

Giuseppe Fiori

VIDA DE ANTONIO GRAMSCI

ediciones península M.R.

La edición original italiana fue publicada por Editori Laterza, de Bari, con el título *Vita di Antonio Gramsci*.

Traducción de JORDI SOLÉ-TURA.

Cubierta de Jordi Fornas.

Primera edición: marzo de 1968
Segunda edición: julio de 1976.
Realizacióu y propiedad de esta edición (incluidos la traducción y el diseño de la cubierta) de Edicions 62 s|a., Provenza 278, Barceloua 8.

Impreso en Lito-Fisan, Jaume Piquet 7, Barcelona.
Dep. legal B. 29.264-1976.
ISBN: 84-297-0611-9.

Prefacio

Gramsci escribió en una carta a Tatiana: «He recibido las fotografías de los niños y he tenido una gran alegría, como puedes imaginarte. Estoy también muy satisfecho porque me he convencido con mis propios ojos de que tienen una cabeza y piernas; desde hacía tres años no veía más que sus cabezas y empezaba a tener dudas de si no se habrían convertido en ángeles sin alas.»

Este libro no tiene otra ambición que completar el retrato de Gramsci, es decir, añadir a la «cabeza» (al Gramsci gran intelectual y dirigente político, mejor conocido) «piernas y cuerpo»: los elementos humanos que, desde la infancia a la madurez, ayudan a hacernos ver el personaje «entero» en los momentos de la fama, del amor y de la lenta agonía. Es pues, especialmente, el retrato de Nino Gramsci.

Recuerdo con afecto a Gennaro Gramsci, muerto trágicamente en Roma en un accidente de automóvil el 30 de octubre de 1965, cuando este libro, que tanto le debe, ya estaba escrito.

Doy las gracias:

A Teresina Gramsci, a quien debo la consulta de una serie de cartas hasta ahora inéditas; a Edmea y Carlo Gramsci; a Alfonso Leonetti, Elsa Fubini y Renzo De Felice; a Leonilde Perilli, a través de la cual me han llegado noticias y documentos sobre la familia Schucht; a los habitantes de Ghilarza, amigos de Antonio Gramsci, sus compañeros de juego y de la escuela elemental, a los compañeros del *ginnasio* y del instituto, a los amigos de los años de Turín; a todos los que estuvieron cerca de él en la lucha y en la cárcel, y que han querido testimoniar sobre su trayectoria humana.

G. F.

Advertencia

Mientras se estaba preparando este volumen, el diario «L'Unità» de Roma publicó el 23 de enero de 1966 cuatro cartas de Gramsci, dos de las cuales —una del período de Cagliari (pág. 76 de la presente obra), la otra del período de los estudios universitarios en Turín (pág. 108)— se presentan como inéditas.

1

La casa donde vivieron los Gramsci, de piedra de lava rojiza, tiene un piso y se encuentra en el centro de Ghilarza, importante población a mitad de camino entre Oristano y Macomèr, aproximadamente en la meseta del Barigàdu. Ahora la ocupa y tiene allí su tienda un comerciante de tejidos y de mercería, el señor Antioco Porcu,[1] que conoció a los padres de Nino Gramsci —como todos llaman allí a Antonio—, el señor Ciccillo y Peppina Marcias. Una visita a la casa permite recoger una serie de noticias interesantísimas sobre el ambiente familiar del gran intelectual sardo.

«Francesco Gramsci, que para nosotros era el señor Ciccillo —cuenta Antioco Porcu— llegó aquí muy joven, en 1881. Tenía veintiún años y ejercía su primer empleo: venía de Gaeta, su ciudad natal, para dirigir la oficina del registro. Como tantos otros continentales que pasan el Tirreno, quizá pensaba entonces en una estancia breve, los pocos años de residencia incómoda con que hay que contar al entrar en una carrera. Pero permaneció aquí hasta el fin de sus días. Aquí se casó. Y, descontando los años de trabajo en Ales y Sòrgono, aquí residió siempre, en esta misma casa donde estamos charlando. Murió en el 37, cincuenta y seis años después de su llegada a Ghilarza. Al final, hablaba incluso nuestro dialecto. Algunos habían empezado a llamarle *tiu* Gramsci.»

Se ha escrito —y así se acostumbra a creer— que Antonio Gramsci fue de origen muy humilde. El señor Antioco mueve lentamente la cabeza antes de contestar: «No es así exactamente. Su padre Ciccillo, era bachiller; estudió para abogado hasta que, al morir el padre, tuvo que

1. La casa ha sido adquirida recientemente por el Partido Comunista italiano, con la intención de restaurarla y de convertirla en museo. Una de las dependencias de la misma se dedicará a biblioteca-exposición de toda la bibliografía gramsciana. *(Nota del traductor.)*

buscar un empleo. Y el padre del señor Ciccillo, por lo que yo sé, era coronel de carabineros. Por parte de su madre, Nino Gramsci pertenecía a una buena familia: los Marcias no eran ricos pero tampoco de condición humilde.»

El mayor de los hermanos de Antonio, Gennaro, me dijo al respecto: «Lo sé. El mismo Togliatti y algunos biógrafos de buena reputación han escrito que Nino era de origen campesino, pero no es verdad.»

«El mismo Nino —recuerda— se refirió al origen de nuestra familia en una carta escrita en la cárcel. Yo puedo completar los datos que él da. Un Gramsci greco-albanés, nuestro bisabuelo, huyó del Epiro durante o después de los alzamientos populares de 1821 y se italianizó en seguida. En Italia le nació un hijo, Gennaro, de quien yo he tomado el nombre. Este Gennaro, nuestro abuelo, era coronel de la gendarmería borbónica. Se casó con Teresa Gonzales, hija de un abogado napolitano, que descendía de una familia italo-española de Italia meridional, como tantas otras que habían permanecido allí después de cesar el dominio español. Tuvieron cinco hijos: papá era el último. Nació en Gaeta en marzo de 1860, pocos meses antes de que las tropas del general Cialdini asediasen la ciudad. Al terminar el régimen borbónico, el abuelo fue encuadrado en los carabineros con el grado de coronel. Murió joven. La única hija se había casado con un tal Riccio, de Gaeta, hombre acaudalado. De los cuatro hijos varones, uno era funcionario en el ministerio de Finanzas, otro inspector de ferrocarriles, después de haber sido jefe de estación en Roma, y un tercero, el tío Nicolino, era oficial del ejército. Papá fue el menos afortunado pues cuando murió su padre estaba estudiando derecho. Tuvo que buscarse trabajo; le salió la ocasión de un empleo en Cerdeña en la oficina del registro de Ghilarza y la aprovechó. También el tío Nicolino fue destinado a Cerdeña: primero en La Maddalena, después en Sassari y finalmente en Ozieri, donde era capitán y mandaba el depósito de artillería y en donde murió. De tal manera que la familia de nuestro padre era la típica familia meridional de buena condición que suministra los cuadros intermedios a la burocracia estatal.»

¿Y Peppina Marcias? «Nuestra madre —me decía Gennaro— era hija de un Marcias de Terralba y de una Corrías de

Ghilarza. El abuelo era perceptor de impuestos y tenía además una pequeña propiedad. Así pues, los Marcias estaban en una situación intermedia, digamos que bien; bueno, entendámonos, bien en nuestra isla: una casa, un poco de tierra, lo suficiente para vivir dignamente.»

Peppina Marcias nació en 1861, o sea que tenía un año menos que Ciccillo Gramsci. Era alta, agraciada, de un nivel social superior a la gran mayoría de las niñas de Ghilarza («Vestía a la europea» me dijo un sastre de Ales que la conoció de joven), en suma, era de aquellas mujeres que atraen en seguida la atención. Había ido a la escuela hasta el tercer grado elemental, leía cuanto le caía en las manos, sin orden —incluso a Bocaccio—, y en aquella época esta circunstancia de saber leer y escribir, constituía, sobre todo en una mujer, un motivo de distinción.[2] Francesco pidió su mano, pero su familia, que residía en Campania, se sintió contrariada. Especialmente a la madre no le sentaba nada bien que él, hijo de un coronel y casi doctor en derecho, tomase por esposa una muchacha de oscura familia que no era de su rango. A pesar de todo, se casaron: ella tenía veintidós años y Ciccillo veintitrés. Al año siguiente, 1884, nacía Gennaro. Poco después, hubo el traslado a la oficina del registro de Ales. Allí nacieron más hijos: Grazietta en 1887, Emma en 1889 y finalmente, el 22 de enero de 1891, Antonio. Lo bautizaron siete días más tarde, el 29 de enero.

¿Eran religiosos los Gramsci? En Bonàrcado, pequeña población no muy distante de Ghilarza, encontré a Edmea, la hija de Gennaro, tan extensa y asiduamente citada en las cartas de la cárcel. Tiene cuarenta años y su pelo ya es gris. Está casada con un médico y enseña en la escuela elemental. Es ella quien me habla de la fe de Ciccillo y Peppina Gramsci:

«El abuelo —dice— no practicaba mucho. Sin embargo, recuerdo que en sus últimos meses de vida, inmovilizado en casa por la enfermedad, le gustaba mucho la compañía de un predicador que iba a visitarle a menudo. "Pero, ¿sabe usted que se parece mucho a Giosuè Carducci?", le decía el

2. «Las personas que en todo el pueblo saben leer y escribir —dice un autor de la época, Vittorio Angius— serán unas doscientas.» Ghilarza tenía ya entonces 2.000 habitantes.

sacerdote para quitarle el mal humor. Se habían hecho amigos. Se entretenían hablando de todo. Antes de morir, el abuelo pidió la confesión. La abuela practicaba con más asiduidad. Iba a la iglesia el domingo a primera hora. Cuando enfermó, salía poco. Pero incluso entonces, especialmente cuando encerraron a Nino en la cárcel, siempre dirigía su pensamiento al Señor y yo la oía repetir: Dios mío, no te pido nada, nada te pido. Dame sólo la fuerza de resistir... Cuando se estaba muriendo me llamó para dejarme algunas imágenes benditas como legado.»

Además, en una carta de la cárcel leemos el siguiente retrato de otro familiar íntimo, Grazia Delogu, la hermanastra soltera de Peppina que se fue a vivir con los Gramsci y constituyó casi una segunda madre para Antonio:

«Tía Grazia creía que había existido una "*donna Bisòdia*" (una señora Bisòdia) muy piadosa, tanto, que su nombre era repetido siempre en el Padrenuestro. Era el *dona nobis hodie* que ella, como tantos otros leía *donna Bisòdia* y encarnaba en una dama de épocas pasadas, cuando todos iban a la iglesia y había un poco de religión en este mundo. Se podría escribir una novela sobre esta *donna Bisòdia* imaginaria, convertida en un modelo. ¡Cuántas veces la tía Grazia habrá dicho a Grazietta y a Emma: ¡Ah, tú sí que no eres como *donna Bisòdia!*»

A Antonio Gramsci no le bautizó el canónigo Marongiu, párroco de Ales por aquel entonces. La ceremonia tuvo una solemnidad particular. Según consta en los registros parroquiales, bautizó al recién nacido «el ilustrísimo y reverendísimo teólogo Sebastiano Frau, vicario general». El padrino fue un notario de Masullas, el caballero Francesco Puxeddu.

En Ales hay quien recuerda todavía la fiesta del bautizo:

«Nuestras familias —cuenta el caballero Nicolino Tunis, sastre, hasta que las fuerzas se lo permitieron y actualmente retirado— eran amigas. El señor Ciccillo y mi padre, ujier del juzgado, salían juntos muy a menudo y la señora Peppina venía a nuestra casa. Había sido madrina de una hermana mía, también llamada Peppina por la madrina. Cuando bautizaron a Nino Gramsci yo tenía diez años. Todavía recuerdo la alegría de la fiesta, con los dulces traídos de Ghilarza y la gran cantidad de gente que había venido para festejar el nacimiento. Yo era compañero de Gennaro; también jugaba con Grazietta y Emma pero eran mucho más pequeñas que yo. A Nino ¡cuántas veces lo habré tenido en brazos! Era un niño hermoso, rubio, de ojos claros. Se fue de Ales cuando todavía era niño, al producirse el traslado del señor Ciccillo a Sòrgono, y ya nunca más volví a verlo.»

En Ales no se encuentran recuerdos gramscianos. La casa natal, ocupada después de la partida del señor Ciccillo por un sacerdote, el padre Melis y destinada luego, durante casi veinte años, a sede del Fascio, es actualmente un bar, el «Bar dello Sport», según reza el rótulo. Sobre la entrada, hay una lápida colocada en 1947,[3] casi totalmente oculta por las enseñas publicitarias de aperitivos y refrescos. Hasta 1947, cuando un comité de Cagliari tomó la iniciativa de honrar a Gramsci en su lugar de nacimiento, no eran muchos los habitantes de Ales sabedores de que tenían un conciudadano tan ilustre.

«Cuando se trasladó a Sòrgono —me dice Antíoco Porcu— tendría un año poco más o menos. Allí, en Sòrgono, permaneció hasta los siete años, descontando los meses de verano que pasaba siempre en Ghilarza. Mientras tanto, la familia había aumentado con el nacimiento de Mario en 1893, de Teresina en 1895 y de Carlo en 1897. Volvieron definitivamente a Ghilarza en 1898. El señor Ciccillo y la señora Peppina no se moverían ya nunca más de allí.»

El regreso había sido dramático. Una serie de graves acontecimientos, con un miserable trasfondo de politiquería local, habían tenido consecuencias ruinosas para Ciccillo Gramsci: la pérdida del empleo y la cárcel. Todo empezó con las elecciones políticas de 1897.

A finales de siglo, en Cerdeña la «actividad pública no se alimentaba —escribe el historiador Bellieni— de ningún debate ideológico: los partidos no eran más que las clientelas de unos cuantos personajes». Al respecto, disponemos del testimonio directo de Francesco Pais Serra, diputado de Ozieri. Crispi le había confiado en diciembre de 1894 la rea-

3. La lápida dice: «Diez años después de su martirio/ a Antonio Gramsci/ en la casa donde nació/ esta lápida colocaron/ el afecto de sus conciudadanos/ y el reconocimiento de los hombres libres.»

lización de una encuesta sobre las condiciones económicas y sobre la seguridad pública en la isla. Al cabo de año y medio, a mediados de 1896, Pais Serra afirmaba en la relación enviada al ministro Di Rudinì:

«Con excepción de algunos escasos centros y de una pequeña minoría, conservadores y liberales, demócratas y radicales son palabras sin contenido; el socialismo, la anarquía y el clericalismo político no son conocidos ni siquiera de nombre; sin embargo, los partidos son vivos, tenaces, intransigentes, batalladores: pero no son partidos políticos ni partidos movidos por intereses generales o locales; son partidos personales, camarillas en el sentido más estricto de la palabra... Bajo las grandes alas de estos vastos partidos personales... pululan los microscópicos partidos personales de los diversos municipios, tanto más rencorosos y violentos, cuanto más próximas son las razones de la divergencia y más necesario y cotidiano es el contacto... Se colocan bajo la dependencia de los partidos mayores, de los cuales reciben, a cambio, protección y ayuda eficaz en las pequeñas disputas locales y, sobre todo, protección personal para obtener favores y para rehuir las consecuencias de las violaciones de la ley e incluso de algunos delitos.»

«Es una especie de vasallaje gradual —concluía Pais Serra— que ha substituido la antigua sujeción feudal con peores y más tristes consecuencias.»

En la circunscripción de Isili, de la cual formaba parte Sòrgono —donde el padre de Antonio Gramsci era encargado de la oficina del registro en aquel tiempo—, iban a enfrentarse duramente para las elecciones de marzo del 97, Francesco Cocco Ortu y Enrico Carboni Boy. Cocco Ortu, hombre muy brillante y con un largo pasado de parlamentario (era diputado desde hacía veintiún años y había sido subsecretario en dos ministerios, el de Agricultura y el de Justicia) era, según Camillo Bellieni, «el principal representante de aquel estado de ánimo de clientela y camarilla». Pero la competición electoral se anunciaba difícil para el influyente hombre de gobierno, pues su joven antagonista, hijo de uno de los pueblos de la circunscripción electoral, Nuragus, tenía muchos seguidores, no sólo en el pueblo de su familia sino también en algunos centros clave, como Tonara y Sòrgono. Ciccillo Gramsci se puso al lado de Carboni Boy. Era una batalla incierta y el combate fue duro hasta el final. Salió elegido Cocco Ortu (cuyo poder aumentó al cabo de algunos meses, cuando por primera vez, fue nombrado ministro de agricultura, industria y comercio en el gabinete Di Rudinì). Nada mejor que la relación del diputado Pais Serra para saber cuál podía ser la actitud de los «coquistas» después de la victoria, es decir, de los pequeños partidos locales, «rencorosos y violentos» que habían hecho campaña en favor de Cocco Ortu: «Que en Roma prevalezca tal o cual programa político, poco importa... Lo que realmente importa es que el jefe del partido tenga influencia en el gobierno central, domine en Cerdeña y como dominador pueda, junto con los que se han beneficiado de su victoria, aniquilar a los vencidos.» Ciccillo Gramsci formaba parte de los vencidos, con todos los peligros inherentes a dicha condición, entre ellos el de caer víctima de una «justicia adulterada».[4]

Algunos meses después de las elecciones de marzo de 1897, una triste circunstancia obligó a Ciccillo Gramsci a ausentarse de Sòrgono. El 17 de diciembre había muerto su hermano Nicolino apenas cumplidos los cuarenta y dos años, el cual mandaba en Ozieri el depósito de artillería. Así que asistió a los funerales y buscó la manera de que Gennaro, que hasta aquel momento vivía con el tío Nicolino pudiese continuar los estudios. Apenas había emprendido el viaje cuando se recibió en Sòrgono un telegrama de Cagliari. Lo expedía la facción contraria para sugerir que aprovechando aquellos días de ausencia del encargado, se llevase a cabo una inspección de la oficina del registro. Cuando regresó de Ozieri, Ciccillo supo que se había abierto una investigacion sobre él.

Quizá se le podía sacar a relucir alguna ligereza: desde luego había desorden en la oficina. Le suspendieron del empleo y sin una lira de sueldo volvió con la familia a Ghilarza. Durante algunos meses, vivió bajo el temor de que pudiesen encarcelarlo. No salía nunca de casa, absorto siempre en pensamientos sombríos. Tenía treinta y ocho años y de un momento a otro, después de la pérdida del empleo, podía

4. «Esta es la expresión más exacta —señalaba por aquellos años Alfredo Niceforo—. Fue demasiado grave, demasiado nauseabundo el disgusto que experimentamos en todos los pueblos de Cerdeña al observar el gran poder que los diputados y los prefectos tenían en la administración de justicia.»

ocurrir lo peor... Los carabineros fueron a detenerle el 9 de agosto de 1898. Le acusaban de desfalco, de concusión y de falsedad en documentos públicos.

Le encerraron en la cárcel de Oristano y en ella permaneció hasta la apertura del juicio. El 28 de octubre de 1899, la fiscalía del Tribunal de Cagliari (*Corte d'Apello*) ordenó su traslado a la capital. El proceso se celebró en Cagliari el año siguiente. El desfalco correspondía entonces a la jurisdicción de la *Corte d'Assise* y fue precisamente este tribunal el que emitió el 27 de octubre de 1900 la sentencia condenatoria. En ésta se hacía constar que el daño era de escaso relieve, dada la exigüidad de la cifra que el inspector encontró a faltar. Pero en aquella época, el código no bromeaba con estos delitos y a pesar de aplicársele la pena mínima con el atenuante del «escaso daño», Ciccillo Gramsci fue condenado a cinco años, ocho meses y veintidós días.

A Peppina Marcias la desventura la había transtornado totalmente; tenía a su cargo siete hijos, el último de los cuales, Carlo, todavía no andaba, y el mayor, Gennaro, sólo tenía catorce años (Antonio tenía siete). Hasta entonces, los Gramsci habían vivido, si no con holgura por lo menos dentro de los límites de la tranquilidad absoluta: la vida sobria y sin angustias, del que cada mes ve entrar en casa una cantidad de dinero, preciosa sobre todo en aquellos lugares en donde predominaba la economía de subsistencia con intercambios en especie y escaseaba el dinero líquido. De golpe, el clima familiar cambiaba radicalmente con la pérdida del sueldo y el encarcelamiento de Francesco. Vinieron tiempos de humillación y de miseria extrema. A una desgracia se sumaba otra, porque desde hacía algunos años Antonio había empezado a dar signos de deformidad física.

2

Es Nennetta Cuba, sobre la cual hay una referencia en una carta de la cárcel, quien me habla de Gramsci niño. Tiene setenta y ocho años. Fue coetánea y amiga de Grazietta, habitaba en Ghilarza enfrente de los Gramsci y en casa de éstos era como de la familia.

«Nino —recuerda— no siempre había sido... digamos... jorobado. Al contrario, de pequeño era muy hermoso. Quizá delicado, pero hermoso, una flor... Tenía cuatro años menos que yo, bromeaba y recuerdo muy bien como era antes de enfermar: un muchacho guapo, normal, de pelo rizado, abundante y de color claro; tenía los ojos azules. Después, no sé por qué, empezó a salirle en la espalda una especie de nuez y él dejó de crecer, se quedó bajo, pequeñito. La *tia* Peppina, la pobre, lo probaba todo para combatir el mal. Parecía siempre confusa y asustada. Lo tendía boca abajo y le hacía masajes con tintura de yodo, pero nada. La nuez era cada día mayor. Así que decidieron ir a ver al médico, en Oristano. También lo llevaron a Caserta: *tiu* Gramsci lo hizo visitar por un especialista. Al volver, la cura que les aconsejaron consistía en suspenderlo de una viga del techo. Le habían construido una especie de corsé con anillas. Nino se ponía el corsé y *tiu* Gramsci o Gennaro lo colgaban del techo dejándolo suspendido en el aire. Pensaban que era el mejor modo de enderezarlo. Pero el bulto en la espalda y luego incluso en el pecho, aumentó y nunca se pudo encontrar un remedio. Nino siguió siendo siempre pequeño. Ni siquiera de mayor llegó a pasar de metro y medio.»

Sus familiares atribuyen la gibosidad a una caída. «He oído muchas veces a mi madre —me dice Teresina Gramsci, la última de las hermanas de Antonio— decir como era Nino en los primeros años, una verdadera flor. Y un día le descubrieron en la espalda una hinchazón sin que nadie llegase a entender el motivo. Nuestra madre, muy impresionada, no dejaba de pensar en ello. Llamó a la sirvienta y le dijo: ¿Te ha caído de los brazos? Dime la verdad si así ha

sido. La mujer insistía en que no, pero acabó admitiéndolo. De nada sirvieron luego todos los remedios.»

Además de la imperfección física, Antonio sufría frecuentes malestares. «Cuando era niño, a los cuatro años —escribirá— tuve hemorragias durante tres días seguidos, acompañadas de convulsiones: me dejaron completamente exánime. Los médicos me dieron por muerto y mi madre conservó hasta finales de 1914 un ataúd pequeño y los vestidos con que tenían que enterrarme.»

Y he aquí, que al dolor por la escasa salud del niño venía sumarse ahora la humillación y la pobreza con el encarcelamiento de Ciccillo. Peppina Marcias no se hundió. El orgullo le impedía pedir ayuda a la suegra y a los cuñados, pues éstos la habían acogido muy mal en la familia cuando se casó. Los hermanos de Ciccillo, todos bien situados, y la hermana casada con un acaudalado propietario, podían haberla ayudado. Pero ella quería salir adelante por sí sola, sin la humillación de tener que pedir ayuda a parientes casi desconocidos.

Era una mujer de mucho carácter, combativa y llena todavía de energías (tenía treinta y siete años cuando detuvieron al marido); por ello afrontó la situación, terrible en tantos sentidos, con una gran fuerza de ánimo. Vendió las pocas tierras que había heredado de sus padres y constituyó con este dinero un fondo que, pese a su modestia, le permitió pagar a los abogados y subvenir a las necesidades de la familia. Además tenía un veterinario a pensión, el doctor Vittore Nessi. Pero sobre todo, trabajaba. «Nuestra madre —recuerda Teresina— cosía muy bien y confeccionaba camisas y otras prendas que vendía y le proporcionaban algún dinero. Nosotros éramos todos muy pequeños, así que ella tenía que ocuparse de la casa y siempre encontraba tiempo para coser renunciando a dormir.» Años más tarde, refiriéndose a aquella época atormentada, Antonio Gramsci escribirá de su madre:

«¿Seremos capaces de hacer lo que ha hecho nuestra madre hace treinta y cinco años? ¿Enfrentarse sola, pobre mujer, contra una terrible tempestad y salvar a siete hijos? Su vida ha sido ejemplar para nosotros y nos ha demostrado hasta qué punto vale la constancia para superar dificultades que parecen insuperables a hombres de sólida fibra (...). Ha trabajado para nosotros toda la vida, sacrificándose de

manera inaudita; si hubiese sido otra mujer, quizá todos nosotros habríamos tenido un fin desastroso; quizá ninguno de nosotros estaría hoy vivo.»

Por aquella época Antonio iba a la escuela elemental de Ghilarza. La madre, teniendo en cuenta su precaria salud, había esperado hasta los siete años y medio para enviarlo a la escuela, y a fin de que no se fatigase, encontraba incluso tiempo para seguir de cerca sus estudios.[1] El primer año entró en una clase de cuarenta y nueve alumnos, con el maestro Ignazio Corrias; en el segundo año tuvo un nuevo maestro, Celestino Baldussi; el tercer año, otro más, Luigi Cossu. Era siempre el mejor de la clase y en aquellos primeros años las notas oscilaron siempre entre el nueve y el diez. «El sistema escolar que seguí —sabemos por una de sus cartas— era muy atrasado; además, la casi totalidad de mis condiscípulos hablaban el italiano muy mal y con grandes dificultades y esto me colocaba en condiciones de superioridad porque el maestro había de tener en cuenta el promedio de los alumnos y saber hablar corrientemente el italiano era ya una circunstancia que facilitaba muchas cosas.» Pero también contribuía a facilitar las cosas la avidez con que el muchacho devoraba todos los escritos que caían en sus manos. «Durante semanas enteras no se le veía —me dice uno de sus compañeros de juego, Felle Toriggia— y cuando le preguntaba el motivo me contestaba que había pasado todos aquellos días leyendo.»

Al mismo tiempo que la tendencia al estudio, empezaba a manifestarse en él el gusto por las actividades prácticas.

«Se había construido —me cuentan sus familiares— una ducha especial. Se puede describir así: un gran recipiente de hojalata colgado de un clavo de gancho. Este recipiente,

1. Me he acordado claramente —le escribirá Antonio desde la cárcel, años más tarde— de cuando estaba en el primero o en el segundo año de la escuela elemental y tú me corregías los deberes: recuerdo perfectamente que no conseguía recordar nunca que *uccello* se escribe con dos *c* y tú me has corregido este error diez veces, por lo menos... Antes nos habías enseñado ya muchas poesías de memoria. Recuerdo todavía *Rataplan* y aquella que decía: "A lo largo de las orillas del Loira/ que cual cinta plateada/ recorre durante cien millas/ una tierra hermosa y feliz..." Recuerdo también lo mucho que admiraba, cuando debía tener cuatro o cinco años, tu habilidad para imitar sobre la mesa el redoble del tambor cuando declamabas *Rataplan*.»

un pequeño bidón, pendía del techo de la cocina. En el lado superior, Nino había practicado unos cuantos agujeros, lo llenaba de agua caliente y lo levantaba. Para darle la vuelta bastaba con tirar de un cordel y el agua salía entonces a chorro.»

Gracias a esta disposición para las actividades prácticas se fabricaba él mismo los juguetes, barcas y carros. «Mi mayor éxito —leemos— fue cuando un *tolaio* (hojalatero) del pueblo me pidió el modelo en papel de una soberbia goleta con dos puentes para reproducirla en hojalata.» Y también:

«Recuerdo muy bien el patio donde jugaba con Luciano (Guiso, hijo del farmacéutico de Ghilarza) y el estanque donde hacía maniobrar mis grandes flotas de papel, de caña, de cañaheja y de corcho, destruyéndolas después a golpes de *schizzaloru*... Hablaba siempre de bergantines, de jabeques de tres mástiles, de goletas de batayolas y de velas de papahigo... Lo único que no me gustaba era que Luciano tenía una pesada barca de hojalata que en cuatro movimientos hundía mis mejores galeones con su complicado aparejo de puentes y velas. Sin embargo, estaba muy orgulloso de mi capacidad.»

También se construyó aparatos para la gimnasia. Desde niño le caracterizó una voluntad casi férrea y estaba resuelto a corregir de todos los modos posibles su imperfección física; por ello, y con gran aplicación, se dedicaba cada día a levantar pesos. En el patio de la casa donde habita actualmente Teresina veo algunas esferas de piedra. Teresina me explica:

«Servían de pesas. El propio Nino las había hecho de piedras muy grandes con la ayuda de sus hermanos. Las desbastaban juntos y después él pasaba horas y horas puliéndolas hasta darles una forma esférica. Había hecho seis bolas de piedra para tres pesas de dimensiones distintas. Las piedras estaban unidas con bastones, con mangos de escoba. El hierro era entonces muy caro y no podía poner una asta metálica. Pero con el asta de madera, las pesas servían muy bien. Todas las mañanas, con regularidad, Nino hacía sus ejercicios. Quería fortalecerse, tener más músculos en los brazos, y empeñándose al máximo levantaba los pesos hasta que las energías le abandonaban. Recuerdo que una vez llegó a hacer dieciséis flexiones seguidas...»

Teresina se enternece al evocar el episodio. Era la predilecta de las tres hermanas, era la que más se parecía a Antonio por su vivacidad intelectual.[2] Tiene setenta años y desde hace mucho tiempo es viuda del encargado de la oficina de correos Paolo Paulesu. Su figura es blanca y amable, la compostura tiene algo de otros tiempos, el vestido, negro, está confeccionado a la antigua. Es discreta, esquiva; su mirada se recubre de un velo de tristeza cada vez que recuerda aquellos tiempos difíciles; parece salida de una ilustracion de libro antiguo. También ella trabajaba, como el marido, en la oficina de correos de Ghilarza: tuvo el retiro en 1960 y desde entonces vive encerrada en casa, de donde sale poquísimo. «Seguro —continúa— que su forma de ser, su inferioridad física, pudo haber influido en la formación del carácter de Nino. Era un poco retraído, se apartaba de los demás... Pero sin ser expansivo, porque desde luego no lo era, tenía con nosotros muchas muestras de ternura: yo tenía cuatro años menos que él y siempre me mimaba, se gastaba el poco dinero de que disponía para comprarme historietas...»

Son las mismas palabras que, con escasas variantes, me han repetido sus compañeros de juego y de escuela. Nennetta Cuba lo recuerda «reservado pero no desabrido». Felle Toriggia dice:

«Era un muchacho melancólico. Pero si alguien le demostraba amistad, se expansionaba, bromeaba... Un año, debió ser en 1900-1901, fuimos a bañarnos juntos a Bosa Marina. Entonces viajábamos en carros de bueyes. Durante el tiempo que pasamos juntos, primero en el carro y después en la playa, no puedo decir que Nino Gramsci fuese un muchacho cerrado y hosco. La compañía le alegraba y en algunos momentos reía a carcajadas.»

Sin embargo, se sentía apartado de un cierto tipo de juegos al aire libre, concretamente de los juegos de gran movi-

2. «¿Recuerdas Teresina, lo que nos gustaba leer y escribir? Creo que cuando tenías diez años y se te habían terminado los libros te leíste todos los códigos.»

miento y de tipo guerrero. Un compañero de la escuela elemental, Chicchinu Mameli recuerda:

«Tenía el cuerpo que usted ya sabe y naturalmente la deformidad le impedía participar en algunos de nuestros juegos. Los muchachos, ahora y siempre, luchan, se desafían: nuestros juegos preferidos eran los combates de valentía física y de resistencia y él, Nino, lo más que podía hacer era contemplarlos. Por eso salía raramente con nosotros. En general, se quedaba en casa leyendo, dibujando, construyendo figuras de madera, jugando en el patio. O bien se iba a pasear por el campo. Lo veía a menudo con Mario. De los demás hermanos, Gennaro era demasiado mayor, tenía siete años más que él y por esto no le podía hacer compañía; Carlo era demasiado pequeño, tenía seis años menos.»

Son los años de las correrías entre el valle del Tirso, debajo de San Serafino, y los huertos y los arroyos de Canzola y la casa de tía Maria Domenica Corrias, en Abbasanta. Siendo muy pequeño había leído *Robinson Crusoe*; lo había encontrado en la biblioteca que una tal señora Mazzacurati, esposa del recaudador de impuestos, le había dejado como donación cuando tuvo que trasladarse a otro lugar, y la impresión le duró mucho tiempo: «No salía de casa —escribirá— sin llevar en el bolsillo granos de trigo y cerillas envueltas en trozos de tela encerada, por si iba a parar a una isla desierta y me veía abandonado a mis propias fuerzas.»

Se distraía atrapando lagartijas o tirando piedras por el gusto de verlas rebotar tres o cuatro veces sobre el agua y oírlas silbar. Le divertían especialmente los momentos pasados espiando la vida de los animales.

«Una tarde de otoño, cuando ya había oscurecido pero la luna resplandecía, fui con otro chico amigo mío a un campo lleno de árboles frutales, de manzanos especialmente. Nos refugiamos del viento tras un matorral. Al cabo de un rato aparecieron los erizos: eran cinco, dos grandes y tres pequeños. Se dirigieron en fila india hacia los manzanos, rondaron un poco por la hierba y se pusieron a trabajar: ayudándose con los morros y las patas, hacían rodar las manzanas que el viento había hecho caer de los árboles

y las reunían en un claro, muy juntas. Pero parece que no les bastaban las manzanas caídas en el suelo: el erizo mayor, con el morro en el aire, dio una ojeada a su alrededor, eligió un árbol muy curvado y subió a él con su hembra. Se instalaron en una rama muy cargada y empezaron a balancearse rítmicamente; sus movimientos se comunicaron a la rama, que empezó a oscilar con sacudidas bruscas y muchas manzanas cayeron a tierra. Las reunieron con las otras y todos los erizos, grandes y pequeños se enrollaron con las púas enhiestas y empezaron a ensartar frutas: los pequeños ensartaron pocas pero el padre y la madre consiguieron ensartar siete u ocho cada uno. Cuando volvían a su madriguera, salimos de nuestro escondite, los metimos en un saco y nos los llevamos a casa. Yo me quedé con el padre y dos erizos pequeños y los tuve durante muchos meses en el patio, en libertad.»

También hay otro recuerdo:

«Con mis hermanos, fuimos un día al campo de una tía nuestra, donde había dos enormes encinas y algunos árboles frutales; teníamos que recoger bellotas para dar de comer a un cerdo. El campo no estaba lejos del pueblo, pero era desierto y había que descender a un valle. Apenas entramos en el campo vimos que debajo de un árbol se había sentado tranquilamente una zorra grande, con su bella cola levantada como una bandera. No se asustó en absoluto; nos enseñó los dientes, pero parecía reir y no amenazarnos. A nosotros nos encolerizaba mucho que la zorra no nos tuviese miedo; mas la verdad es que no lo tenía en absoluto. Le tiramos piedras, pero apenas se movía y seguía mirándonos como si se burlase de nosotros. Cogíamos bastones, los apoyábamos en el hombro a modo de fusiles y hacíamos todos a la vez, ¡bum!; pero la zorra nos enseñaba los dientes sin inquietarse mucho. De pronto, se oyó un disparo de verdad, hecho por alguien allí cerca. La zorra pegó un salto y huyó rápidamente. Todavía me parece verla, con su pelo amarillento, corriendo como un relámpago sobre el muro, siempre con la cola levantada y desapareciendo tras un matorral.»

Recuerda también la feria del pueblo, las carreras de caballos en torno a la iglesia de Sèdilo por la fiesta de Santu

Antine, los tenderetes de dulces, iluminados con débiles lámparas de carburo, los palcos levantados para los concursos poéticos dialectales. En la cárcel escribirá a la madre:

«Cuando puedas envíame algunas de las canciones sardas que cantan por las calles los descendientes de Pirisi Pirione de Bolotana; y si se celebran los concursos poéticos con motivo de alguna fiesta: Dime cuáles son los temas cantados. ¿Se conmemoran todavía la fiesta de San Costantino, en Sèdilo y la de San Palmerio? ¿Tienen importancia? ¿Se celebra todavía tanto la fiesta de San Isidoro? ¿Pasean todavía la bandera de los cuatro moros y existen todavía los capitanes que se disfrazan de milicianos antiguos? Ya sabes que estas cosas siempre me han interesado mucho; escríbemelo pues, y no creas que se trate de tonterías sin pies ni cabeza.»

Pero estas imágenes que pueden dar la idea de una vida irreflexiva son muy parciales. A Antonio le inquietaba profundamente —además de la deformidad física— la terrible miseria en que vivía la familia después de la detención del padre; en él había influido mucho la repercusión psicológica del drama padecido. Al principio, sólo se puso al corriente de la desgracia a Gennaro, que ya era mayor.[3] Por lo demás, habría sido muy difícil ocultar a un muchacho de aquella edad la verdadera situación del padre. Las mentiras piadosas, los subterfugios, las historias inventadas para explicar la larga ausencia podían valer para los demás hijos. Así que Peppina Marcias procuró hasta el fin ocultar el drama al resto de la familia. Francesco Gramsci estaba encarcelado en Gaeta, a pocos centenares de metros de la casa donde vivía su madre. La señora Peppina hacía enviar cartas a su marido que luego, con el sello de Ghilarza, reexpedía a la suegra. A los niños les decía que papá había ido a Gaeta a visitar a Teresa Gonzales. Ahora bien, en aquel ambiente reducido y cerrado de Ghilarza, el castillo de fantásticas justificaciones de la ausencia tenía que derrumbarse tarde o temprano; dada la notoriedad del episodio era imposible que los pequeños Gramsci no llegasen a entrever, aunque fuese confusamente, las auténticas razones de la larga ausencia del padre por alguna insinuación, alguna frase oída al vuelo, alguna palabra oblicua. Treinta años más tarde se le planteó a Antonio una situación parecida, en cierto sentido, y escribió desde la cárcel a Tatiana:

«No entiendo por qué se ha ocultado a Delio que estoy en la cárcel, *sin pensar que podía haberlo sabido indirectamente,* es decir, de la manera más desagradable para un muchacho que empieza a dudar de la veracidad de sus educadores, a pensar por cuenta propia y a hacer vida aparte: *Esto es lo que me ocurría de niño, lo recuerdo perfectamente...* Por esto hay que convencer (a Giulia) que no es justo ni útil en última instancia, ocultar a los niños que estoy en la cárcel. Es posible que la primera noticia provoque en ellos reacciones desagradables, pero debe elegirse bien el modo de informarles. Yo creo que se debe tratar a los niños como seres razonables con los que se habla en serio de las cosas más serias; esto les produce una impresión muy profunda, refuerza su carácter y, especialmente, evita que la formación del muchacho quede a merced de las impresiones del ambiente y de la mecanicidad de los encuentros fortuitos. Es realmente extraño que los mayores olviden que han sido niños y no tengan en cuenta las propias experiencias; *por lo que a mí respecta, recuerdo que me ofendía, y tendía a encerrarme en mí mismo y a hacer vida aparte, cada vez que descubría un subterfugio para ocultarme las cosas, aunque fuesen cosas que pudiesen causarme dolor.* Hacia los diez años era yo una verdadera tortura para mi madre y sentía tanto fanatismo por la franqueza y la verdad en las relaciones recíprocas que provocaba verdaderos escándalos.»[4]

El niño Antonio Gramsci descubrió la verdad de la peor manera, indirectamente. La impresión fue tremenda. Sufrió un trauma que marcó para siempre las relaciones con el padre, hasta el fin de sus días. Hubo incomprensiones, asperezas, largos silencios. Era un golpe de los que dejan huellas profundas. Ya de mayor, dirá: «*Si ella* (la madre) *su-*

3. «Estudiaba en Ozieri el cuarto año de *ginnasio;* vivía en casa del tío Nicolino —me contaba Gennaro. El tío murió hacia Navidad, pero mi padre consiguió que yo pudiese terminar el año escolar en Ozieri. Volví a Ghilarza al llegar las vacaciones. Al reanudarse las clases (mi padre no estaba ya en casa) mi madre me dijo que, de momento, no podía continuar los estudios y me explicó el motivo. En aquel momento era el único de los siete hermanos que sabía que mi padre estaba en la cárcel.»

4. Subrayado mío.

piese que sé todo lo que sé y que aquellos hechos me han dejado cicatrices, se envenenaría los años que le quedan de vida...»[5]

Es cierto que Gramsci, de adulto, sentía una gran ternura por la madre, por «las desgracias mucho más graves y las amarguras mucho más profundas» que había experimentado en aquella misma época, cuando estaba prisionera en casa por la humillación y sólo salía de noche, por la puerta del patio, oculta con un velo negro, evitando la calle para dirigirse a la vecina parroquia y allí, en un ángulo, rezar durante largo tiempo hasta estallar en sollozos.

5. Subrayado mío.

3

En 1900, apenas cumplidos los dieciséis años, Gennaro fue el primero de los Gramsci que encontró trabajo y que pudo contribuir, por consiguiente, a las exhaustas finanzas familiares, aunque fuese en modesta medida.

«Vivíamos con una gran pobreza —cuenta Teresina—. Mamá era una mujer tenaz, llena todavía de energía y decidida a luchar contra la mala suerte. En el trabajo era incansable, pero siete hijos son siete hijos y en casa, a medida que se gastaba el dinero obtenido con la venta de la poca tierra de la herencia Marcias, seguir adelante era cada vez más complicado. Ahorrábamos hasta lo increíble. Recuerdo que siendo todavía criaturas Grazietta, Emma y yo recogíamos la cera de las velas ya consumidas y fabricábamos otras velas más pequeñas para que Nino pudiese seguir leyendo al anochecer.»

En aquellos años, a caballo entre el viejo y el nuevo siglo, Ghilarza era un pueblo de limitados recursos: no era de los más atrasados de la isla, pero tampoco vivía en la prosperidad. Esto se debía a las características primitivas de su economía predominantemente agrícola.

«Los habitantes de Ghilarza dividen el trabajo entre la cosecha de la cebada, la viña, la recogida de leña, la ganadería, la construcción de cercados y la conservación de los predios, con exclusión de otros brazos que los propios... Además, el patrimonio del pueblo está dividido, de modo que todos los habitantes son más o menos propietarios de parcelas; por esto faltan los brazos necesarios para un cultivo más extensivo y los campesinos que no tienen criados atienden el cultivo y la cosecha a cambios, *a manu torrada,* es decir con el intercambio de mano de obra.»[1]

1. *Cf.* Michele LICHERI, *Ghilarza. Note di storia civile ed ecclesiastica.* Monografía publicada precisamente al comenzar 1900.

En aquella población de «casas bajas y oscuras, calles torcidas y sucias, vestidos tradicionales, costumbres patriarcales» y de agricultura poco menos que prehistórica, con el campesino avezado a ver «sobre sus fatigas salir y elevarse el Sol», las operaciones iniciadas hacia finales de 1899 para la revisión del viejo mapa catastral, formado hasta entonces con apreciaciones a ojo, habían de repercutir benéficamente en varios sentidos, como veremos más adelante. Así pues, Gennaro tuvo la primera ocasión de trabajar en el catastro y de ganar algún dinero.

Era el verano después del segundo año de escuela elemental de Antonio. Las notas obtenidas (tres dieces, un nueve, dos ochos y un siete) no demostraban, desde luego, cualidades prodigiosas. Pero sin ser el genio precoz que presentan tantas páginas hagiográficas, el pequeño Gramsci destacaba mucho por encima de los demás alumnos. Por esto tuvo la idea de saltar un año.

«Había hecho el segundo año de escuela elemental y pensaba hacer en noviembre los exámenes de exoneración para pasar a cuarto año saltando el tercero: estaba convencido de que lo podía hacer, pero cuando me presenté al director de estudios para cursar la petición reglamentaria me lanzó a quemarropa esta pregunta: "Pero, ¿ya conoces los ochenta y cuatro artículos del Estatuto?" Ni siquiera había pensado en estos artículos: me había limitado a estudiar las nociones de "derechos y deberes del ciudadano" contenidas en el libro de texto. Fue para mí una terrible advertencia, que me impresionó tanto más cuanto que el 20 de septiembre anterior había participado por primera vez en el desfile conmemorativo con un farolillo veneciano, y había gritado con los demás: "¡Viva el león de Caprera! ¡Viva el muerto de Staglieno!" (No recuerdo si se gritaba el "muerto" o el "profeta" de Staglieno: quizá las dos cosas a la vez), absolutamente convencido de que pasaría el examen y conquistaría los títulos jurídicos para el electorado... Resultaba, en cambio, que no conocía los ochenta y cuatro artículos del Estatuto.»

Durante el año escolar 1900-1901 hizo el tercer curso elemental. En el cuarto año tuvo por maestro el caballero Pietro Sotgiu, que era precisamente el director de los Ochenta y Cuatro Artículos, y en el examen final obtuvo once dieces, un nueve y dos ochos, éstos en gimnasia y en trabajo.

Por aquel entonces, tenía once años. Al llegar las vacaciones (verano de 1902) también él se fue a trabajar al catastro, como Gennaro.

No es que tuviese mucha salud para trabajar en aquella edad. Pero en casa las cosas iban de mal en peor y había que procurarse dinero con el sacrificio de todos, incluso de los más pequeños, y Antonio tuvo que adaptarse. «Desde pequeño me ocupé de mí mismo. Empecé a trabajar cuando tenía once años, ganando unas nueve liras al mes (cantidad que significaba un kilo de pan diario) por diez horas de trabajo diarias comprendida la mañana del domingo; me pasaba todo este tiempo removiendo registros que pesaban más que yo y muchas noches lloraba a escondidas porque me dolía todo el cuerpo.» El agotamiento físico de un muchacho ya físicamente atormentado no dejaba de tener repercusiones psicológicas. Toda una serie de circunstancias —la aflicción del cuerpo, la humillación por el encarcelamiento del padre, el pesado clima familiar y las inevitables renuncias (aunque en casa todas las atenciones fuesen para él: la mejor habitación, la mejor comida)— hicieron aumentar aún más su melancolía. El mismo dirá:

«Desde hace muchos, muchos años estoy acostumbrado a pensar que existe una imposibilidad absoluta, casi fatal de que yo pueda ser amado... Cuando era chico, a los diez años, empecé a pensar esto de mis padres. Me veía obligado a hacer demasiados sacrificios y mi salud era tan débil que llegué a la convicción de que era una carga, un intruso en mi propia familia. Son cosas que no se olvidan fácilmente, que dejan huellas mucho más profundas de cuanto pueda creerse.»

Nennetta Cuba me dijo: «A veces incluso reía, jugaba... Pero no tenía una risa de muchacho. Nunca le he visto reír con alegría.»

El quinto año de escuela elemental (1902-1903) había de ser el de su primer triunfo escolar. Las notas fueron: composición, diez; dictado, diez; aritmética, diez en el examen escrito y diez en el oral; lectura comentada de las cosas leídas y nociones gramaticales, diez; historia y geografía, diez.

Pero, ¿y una vez acabada la escuela elemental? Ghilarza distaba demasiado de las ciudades sardas con instituto (*ginnasio*) y para instalarse en ellas se necesitaba un dinero que Peppina Marcias no tenía. Pese a sus dieces, le ocurría pues a Antonio Gramsci lo mismo que había ocurrido a tantos otros chicos pobres, no sólo de su pueblo: tenía que renunciar a los estudios. La miseria de la familia y el tener que emplearse en un trabajo provisional y mal pagado en la oficina del catastro le impedían ir al *ginnasio*. Con los Gramsci de la península no había ninguna relación: Peppina Marcias nunca les habría pedido que acogiesen a Antonio; por lo demás, el muchacho, que compartía los orgullosos sentimientos de la madre, no lo habría consentido si el precio tenía que ser la humillación. Así pues, se cerraba también esta posible solución (por lo menos lo había sido para Gennaro cuando vivía en Ozieri con su tío Nicolino Gramsci y podía asistir a las clases del *ginnasio*). Antonio tuvo que resignarse a no continuar los estudios, por lo menos hasta que el padre saliese de la cárcel. Pero no era una renuncia sin consecuencias. La imposibilidad de estudiar le exasperaba. Surgió en él el primer sentimiento de rebelión;[2] se aisló todavía más: era un muchacho de apariencia fría, mordaz, con tendencia a la ironía. Veinte años después escribirá a su mujer Giulia: «La vida aislada que he tenido desde la infancia me ha acostumbrado a ocultar mis estados de ánimo detrás de una máscara de dureza o de una sonrisa irónica... Esto me ha hecho daño durante mucho tiempo: mis relaciones con los demás han sido durante mucho tiempo enormemente complicadas.»

Sólo Mario, dos años menor que él, conseguía en aquella época abrir brecha en esta coraza. Me lo describen extravagante y jovial:

«Siempre fue —dice Teresina— la alegría de casa. Por el carácter era lo contrario de Nino. Así como Nino era tranquilo y reposado, Carlo no estaba nunca quieto, siempre dispuesto a hacer extravagancias cómicas. Nino hablaba poco, a Mario sólo conseguíamos hacerle callar cosiéndole la boca. Cuando desaparecía el gato de casa no tardábamos en saber que él lo había metido en un horno. Recuerdo que una vez mamá lo había encerrado en casa. Para estar segura de que no se escaparía le había quitado los zapatos y se los había escondido. Mario, decidido a escaparse fuese como fuese, se pintó los pies con betún negro. A veces, sólo para obligarle a permanecer en casa, mamá le vestía de niña, con alguno de nuestros vestidos. Sólo así evitaba que Mario se escapase.»

También Antonio se reía de las salidas de este hermano ingenioso y de temperamento expansivo. Hacían buenas migas. A veces se divertían improvisando poemas, como los de los concursos de las fiestas patronales; en estos concursos los hermanos Gramsci se burlaban de los personajes más curiosos de Ghilarza. Antonio, plenamente inmerso en el ambiente pueblerino pero con tendencia a la ironía, tenía una buena serie de blancos en que ejercitarse. Años más tarde, en los primeros meses de cárcel, se le ocurrió dedicar a los personajes de su infancia una canción imitada de la *Scomuniga de predi Antiogu a su populu de Masuddas*, composición satírica divulgada hacia finales del ochocientos. En una carta a su madre leemos:

«Quisiera que me mandases, ¿sabes qué? El sermón de fray *Antiogu a su popula de Masuddas*. Se podrá comprar en Oristano porque últimamente lo ha reimpreso Patrizio Carta en su famosa tipografía. Ya que tengo tanto tiempo que perder, quiero componer con el mismo estilo un poema donde aparecerán todos los ilustres personajes que conocí de niño: *tiu* Remundu Gana con Ganosu y Ganolla, *maistru* Andriolu y *tiu* Millanu, *tiu* Michele Bobboi, *tiu* Iscorza *alluttu*, Pippotto, Corroncu, Santu Jancu *zilighertari*, etc. Me divertiré mucho y dentro de unos años recitaré el poema a los niños.»

Antonio pasaba los momentos que le dejaba libre el trabajo en el catastro, estudiando por sí mismo un poco de latín. No había renunciado completamente a reanudar los estudios, si llegaban tiempos mejores. Y para no retrasarse mucho, estudió por sí mismo en los dos años pasados en Ghilarza fuera de las aulas escolares. De vez en cuando to-

2. Años más tarde recordaba: «¿Qué es lo que me salvó de convertirme en un verdadero guiñapo? El instinto de rebelión, que al principio iba dirigido contra los ricos porque no podía estudiar, yo que tenía un diez en todas las materias en la escuela elemental, y en cambio estudiaban el hijo del carnicero, el hijo del farmacéutico, el hijo del comerciante de tejidos...»

maba lecciones de un muchacho que ya había terminado los estudios del *ginnasio*. Se llamaba Ezio Camedda y era un infeliz: también era jorobado. Lo poco que sabía de latín se lo comunicaba al pequeño Gramsci. No puede decirse que esto fuese para Antonio una preparación ideal. Pero ya era algo. Esta aplicación en el estudio le distraía, por lo menos.

Finalmente, hubo un poco de luz. El 31 de enero de 1904, Francesco Gramsci terminó de expiar la pena, reducida en tres meses gracias a una amnistía. Después de tanto tiempo, hacia Pascua, Peppina Marcias y los hijos le recibieron nuevamente en casa.

Felle Toriggia recuerda la noche de su regreso a Ghilarza.

«Los estudiantes —cuenta— solíamos reunirnos en un puente a la entrada del pueblo. El pretil del puente servía para sentarnos y allí nos quedábamos charlando. Una tarde, cuando ya empezaba a oscurecer, vimos llegar al señor Ciccillo y Nannaro que venían a pie de Abbasanta, donde está la estacion de ferrocarril. El padre y el hijo caminaban en silencio, el uno al lado del otro. Cuando estuvieron cerca, dejamos de hablar. El señor Ciccillo había envejecido mucho. Estaba serio. Le saludamos y él nos miraba con timidez. Nannaro le puso una mano en el hombro y continuaron en silencio hacia el pueblo.»

Por lo menos, con él volvió a la familia un poco de la serenidad perdida.

4

Antonio Gramsci tenía trece años. Hacía un año que había terminado la escuela elemental y estaba en Ghilarza «transportando registros» en la oficina del catastro cuando en septiembre de 1904, en Bugerru, importante centro minero de la costa sudoccidental de Cerdeña, la tropa disparó contra los obreros en huelga, matando a tres. Era la primera manifestación violenta de la larga crisis empezada (o cuya acentuación se había iniciado) unos quince años antes, aproximadamente.

Decir que hasta 1887 la economía sarda era floreciente, ciertamente, sería una enormidad. Sin embargo, aunque el marco general fuese de un gran retraso, el envío a los mercados franceses de los productos de la agricultura de la isla, los vinos, el aceite, el ganado bovino, había contribuido hasta entonces a impedir por lo menos la postración total. Vinieron después las grandes catástrofes bancarias: la Caja de Ahorros de Cagliari cerró las puertas en 1886; el Crédito Agrícola Industrial Sardo conoció en 1887 grandes dificultades financieras; el Banco Agrícola Sardo se declaró en quiebra y hubo que proceder a la liquidación. La primera consecuencia tenía que ser la usura, con la ruina de muchos pequeños productores; éstos eran una verdadera multitud, a causa del fenómeno de fragmentación de la propiedad de la tierra en pequeñas parcelas. Pero lo que asestó un golpe mortal a la agricultura sarda fue, sobre todo, la denuncia de los tratados comerciales con Francia en 1889 a causa de los gravámenes aduaneros introducidos por el gobierno italiano para proteger la gran burguesía industrial del norte. La agricultura sarda, privada de su mercado tradicional y por otras razones concurrentes, como la epidemia de filoxera de aquellos años, llegó al punto más bajo de la crisis. En Cerdeña faltaban sobre todo las industrias capaces de atenuar las consecuencias del colapso agrícola y de absorber la mano de obra excedente en el campo. Las consecuencias de esto fueron: el asalto a las cuencas mineras del Sulcis-Iglesiente, donde, sin embargo, no había trabajo para todos; la intensificación del flujo migratorio; un alarman-

te índice de paro forzoso y de subempleo, y el recrudecimiento del bandidaje.

Un quinto efecto del bloqueo de las exportaciones fue la baja del precio de la leche. Muchos fabricantes de queso napolitanos, romanos y toscanos, considerando que el fenómeno era propicio para la apertura de nuevas fábricas en Cerdeña, se instalaron en la isla. Al principio hubo concurrencia entre ellos y el precio de la leche volvió a subir. A los sardos les pareció que el pastoreo volvía a ser más remunerador que los cultivos tradicionales: así que las viñas y los campos de cereales se convirtieron en pastos. La consecuencia fue que las hortalizas, el aceite, las pastas y tantos otros artículos de consumo elemental, cuya oferta disminuía por la sustracción a la agricultura de demasiadas tierras destinadas a pastos, aumentaron de precio. Pero el aumento no redundó en beneficio de los pequeños propietarios, los cuales apenas llegaban normalmente a recoger lo necesario para la subsistencia de la familia; en cambio, perjudicó mucho a la gran masa de los habitantes de las ciudades y de las zonas mineras. Pero no tardó en comenzar para los ganaderos la espiral regresiva. A medida que los fabricantes de queso se entendían entre sí, se organizaban en corporación y descubrían nuevos mercados, el poder contractual de los pastores disminuía. Los dueños de las queserías estaban en condiciones de imponer el precio de la leche y de vender en la misma Cerdeña el queso a los elevadísimos precios del mercado internacional. En aquellos tiempos se difundió entre las clases humildes una expresión muy elocuente: «*Chie mandicat casu hat dentes de oro*» (Quien come queso tiene dientes de oro).

Junto con los industriales del queso dominaban la economía de la isla los concesionarios de las reservas mineras, la mayoría extranjeros, y los grandes propietarios de tierra —enriquecidos con la usura.

«Los que se habían rebelado contra los feudales —escribe Camillo Bellieni—, los *cavaglieri* que habían seguido a Angioy y habían atizado las revueltas populares, cuando hubieron abatido el feudalismo y se hubieron adueñado de las tierras de los barones de sonoros nombres españoles, recrudecieron el sistema de exacciones y con su vigilancia agravaron la servidumbre de la gente del pueblo, aliviada durante algún tiempo por la desaparición de los señores. Eran más feroces que los superintendentes y su opresión era tan asfixiante que no permitía más reacción que la del gesto violento del bandido.»

La criminalidad volvió a ser uno de los peores azotes de la isla. Cuenta Togliatti que en los primeros años de Turín, Gramsci estimulaba a sus compañeros a reflexionar «sobre la estructura de las relaciones comerciales de la isla de Cerdeña con el continente italiano, con Francia y con otros países, y sobre las relaciones que se podían establecer entre la modificación de estas relaciones y hechos aparentemente muy alejados, como el desarrollo de la delincuencia, por ejemplo, la frecuencia de los episodios de bandidaje, la difusión de la miseria, etc.» El nexo existía realmente. Lo había demostrado estadísticamente en 1896 Francesco Pais Serra denunciando la progresión descendente de los delitos entre 1880 y 1887, es decir los años del tráfico comercial abierto con Francia (de 255 homicidios en 1880 se pasó a 148 en 1887; de 184 raptos a 92) y la progresión ascendente después del cierre del mercado de Marsella (nuevamente 211 homicidios y 222 raptos en 1894, cinco años después de la denuncia de los tratados comerciales con Francia).

«La lucha de clases —escribirá en 1919 Antonio Gramsci refiriéndose a los campesinos en general, pero con palabras que reflejan lúcidamente la realidad sarda de aquellos años— se confundía con el bandidaje, con el chantaje, con el incendio de los bosques, con el desjarrete del ganado, con el rapto de niños y mujeres, con el asalto al municipio: era una forma de terrorismo elemental, sin ninguna consecuencia estable y eficaz.»

Pero pocos llegaban a comprender los límites y la esterilidad intrínseca de la explosión anárquica, de la protesta individual del bandido. Un halo de leyanda rodeaba la figura del forajido. Se difundía el mito del valiente, del «vengador» intrépido; la solidaridad de hecho entre los pastores y los campesinos, siempre dispuestos a aprovisionar y a ocultar al bandido, iba acompañada de la solidaridad intelectual de los poetas y los escritores. En 1894 se publicó en «L'Isola» de Sassari la entrevista de Sebastiano Satta con los bandidos Derosas, Delogu y Angius, a los que había ido a ver en pleno monte. He aquí cómo veía a Derosas el poeta de Barbagia: «Tiene algunas explosiones de fiereza, una cierta ternura por todo lo que constituye su familia, cierta

devoción por los amigos. El orgullo de no ser un sicario, la idea, casi diría la ilusión de cumplir con sus terribles actos una misión de justicia, le colocan a un nivel mucho más alto que el de un vulgar asesino.» Era uno de aquellos bandidos «bellos, feroces, valientes» que no sólo Satta tendía a idealizar. En 1897, el ensayista y novelista Enrico Costa publicaba *Giovanni Tolu. Storia di un bandito sardo narrata da lui medesimo*. En las primeras narraciones de Grazia Deledda se encuentran ya figuras que anuncian, hasta cierto punto, el Simone Sole de *Marianna Sirca*. Era una circulación continua de jugos humorales que las clases subalternas comunicaban a algunas zonas de intelectuales y que, enriquecidos con el vigor imaginativo de éstos, volvían al pueblo con una carga sugestiva aumentada. Así, poco a poco, las viejas glorias nacionales sardas (nacionales en una dimensión de patria sarda) Eleonora D'Arborea, Leonardo Alagon y Giovanni Maria Angioy iban siendo sustituidas en la imaginación popular por esta otra mitología bárbara. Y aunque en la escuela de Ghilarza el maestro, el caballero Pietro Sotgiu, hiciese cantar a los alumnos (y a Gramsci entre ellos): «Fulminar el soberbio Aragon / te han visto las atónitas gentes / renovar los olvidados portentos / del romano y del greco valor», muy poca era la participación sentimental de los muchachos en estas gestas. «Recuerdo —escribe Antonio Gramsci— que no conseguíamos imaginar aquellas "atónitas gentes" por el heroísmo del marqués de Zuri; nos gustaba más Giovanni Tolu y también Derosas; los sentíamos más *sardos* que la gran Eleonora.»

El hecho es que al faltar entonces en Cerdeña un tipo de organización política capaz de disciplinar la rebelión y de indicarle objetivos claros, la explosión anárquica del bandido, por insensata, bestial y estéril que fuese, era la única posible en aquella situación histórica. Los partidos sólo existían como clientelas, ideológicamente confusas, de poderosos distribuidores de beneficios. La masonería excitaba los ánimos, pero no hacía nada más que enmascarar el gran juego burgués. El radicalismo podía llevar las masas al delirio y cuando Felice Cavallotti fue a Cerdeña por primera vez en enero-febrero de 1891 y después en noviembre de 1896, y comparó el despilfarro de dinero de Crispi en las aventuras africanas con el abandono en que se encontraba la isla, sus discursos encontraron una entusiástica acogida en las plazas. Pero, cuando se fue, todo continuó igual

que antes. A su vez, el socialismo (en 1896 no había más que 128 inscritos en el partido en toda la isla) daba sus primeros y fatigosos pasos, en la mayoría de los casos vaciado de contenido —salvo en el Sulcis-Iglesiente— por un proceso de decoloración local. En Tempio, escribe Camillo Bellieni «el socialismo significaba sobre todo la lucha por el triunfo del librepensamiento y la prohibición absoluta a sus partidarios de bautizar la prole». En otros puntos —en el mismo Cagliari, por ejemplo— no era más que un poco de barricadismo y de espíritu del 48, cada 17 de febrero, aniversario de la quema de Giordano Bruno, cuando se iba en procesión a colocar flores ante su busto. El «sol rojo» apenas había comenzado a despuntar. Los vehículos de las nuevas ideas eran hombres que pasaban por Cerdeña ocasionalmente.

Así ocurrió también en Ghilarza. Como todos los pueblos sardos, era hasta 1870 una isla dentro de la isla (esto se debía a las notables distancias entre pueblo y pueblo, a las escasas y pésimas carreteras, parecidas a menudo a cañadas, a la insuficiencia de las comunicaciones, realizadas exclusivamente con diligencias de caballos, y a un tipo de economía familiar que reducía el ya escaso comercio entre la aldea y la ciudad). Por ello Ghilarza tuvo durante mucho tiempo una situación excéntrica respecto al mundo moderno. Sólo tenía relaciones con los pueblos vecinos. Eran muy raros los forasteros que se instalaban en el pueblo. «En el cementerio —leemos en el diccionario escrito a mediados de siglo por Angius— no se entierran más forasteros que los que mueren en las cárceles.» Sólo al cabo de unos años, cuando se construyó el ferrocarril (que pasa por Abbasanta, unida hoy a Ghilarza) el pueblo empezó a salir del aislamiento. Pero sólo se insertó efectivamente en la historia de la época en 1899 con la llegaba de los agentes del catastro, importante grupo de técnicos y empleados, jóvenes la mayoría, que el gobierno había enviado a los pueblos de Cerdeña para la revisión de los viejos mapas. Muchos procedían de las regiones septentrionales. Con ellos entró en Ghilarza una ráfaga de ideas nuevas. Otros hábitos de vida, aspiraciones más modernas irrumpían en el aire cerrado del pueblo. Y los jóvenes de Ghilarza reclutados para el trabajo en el catastro tenían, finalmente, nuevos modelos en que inspirarse, otros periódicos que leer, libros que antes no circulaban en aquellos parajes. El mayor de los hermanos

Gramsci, Gennaro, descubrió el «Avanti!» y encontró gusto en aquel periodismo de denuncia. Escuchaba a los que recordaban la matanza de Milán en 1899, con centenares de trabajadores inermes asesinados por los gendarmes de Bava-Beccaris; supo también que el rey Humberto había concedido en seguida y personalmente la cruz de gran oficial de la orden militar de Saboya al general asesino... Seguía todo esto con curiosidad de muchacho. Tenía entonces en 1900 dieciséis años y fue su primera iniciación a las nuevas ideas.

Pero, el caldo de cultivo efectivo del socialismo era el Sulcis-Iglesiente. Un septentrional de origen humilde, Giuseppe Cavallers, que se había trasladado a Cagliari apenas cumplidos los veinte años para huir de las persecuciones policíacas en el Piamonte y que el año siguiente, 1896, se había licenciado en medicina, divulgaba la doctrina socialista entre los mineros.

¿Quiénes eran estos mineros? ¿Cómo vivían? La gran crisis del campo había impulsado a millares de campesinos y de pastores a buscar trabajo en la única industria capaz entonces en Cerdeña de absorber una parte de los braceros agrícolas en paro: la industria extractiva. Las condiciones de trabajo no eran muy distintas a las de los esclavos *ad metalla*, en la época de Roma, o las de las *compagnie delle fosse*, que trabajaban para los ricos pisanos. Había cambiado el patrono, representado ahora por el capital, predominantemente extranjero, francés o belga; la explotación esclavista del obrero no había cambiado. Los campesinos y pastores que habían entrado a trabajar en las minas, *gens taillables et corvéables à merci* sentían en su propia carne los estigmas que deja un cierto modo de aplicar la ley del beneficio. «En las numerosas autopsias que he hecho he encontrado los pulmones de los mineros completamente ennegrecidos por el carbon y las glándulas peribronquiales completamente infiltradas de humo de vela y de aceite.» Son palabras de un médico interrogado por la comisión parlamentaria de investigación, llegada a Cerdeña a principios de siglo. Otro médico declaró: «Los obreros escupen negro.» Otro fragmento de las actas de la comisión de investigación dice: «En la planta de lavado de Seddas Moddizzis, se trabajan once horas consecutivas desde las seis de la mañana hasta las cinco de la tarde, y el obrero se ve obligado a comer un trozo de pan negro mientras trabaja, sin más condumio que el polvo de calamina.» Los médicos internos,

a sueldo de las compañías mineras, tenían interés en colaborar con éstas no admitiendo demasiadas enfermedades contraídas en el trabajo. La comisión parlamentaria recogió testimonios como el siguiente: «Cuando enfermé, el médico me declaró alcohólico e intentó darme la quinina disuelta que él creía que rechazaría, para poderme suspender y, en vez de esto, la tomé de buena gana porque sabía cómo me encontraba; la enfermedad cambió y me quedó un gran atropello en la cabeza.»

En estas condiciones infrahumanas vivían cerca de quince mil campesinos y pastores convertidos en mineros, a caballo entre el viejo y el nuevo siglo: con jornadas de trabajo espantosamente largas y fatigosas, sin un solo día de descanso semanal, sin derecho a fiestas ni vacaciones, privados del salario los días que faltaban al trabajo por enfermedad, pagados a voluntad del concesionario tanto en lo que se refiere a la cantidad como a la periodicidad (cada dos o cuatro meses) y dependientes, por tanto, de las cantinas que las compañías mineras administraban directamente o dejaban en manos de personal de confianza, alojados en dormitorios y casuchas parecidos a establos y obligados además a ocultar la tuberculosis para no ser despedidos. En medio de estos hombres, Giuseppe Cavallera llevaba a cabo su labor de organización.

Era una labor difícil, porque tenía que cubrir dos frentes. En primer lugar, la antigua máxima socialista «el Estado no es más que una junta que administra los negocios comunes de la clase burguesa», no tenía en aquella época nada de metáfora sectaria. En segundo lugar, los mineros del Sulcis-Iglesiente constituían, en realidad, un subproletariado rural incorporado desde hacía poco a las zonas industriales y, por lo mismo, caracterizado todavía por todos los rasgos típicos del mundo campesino de entonces: el individualismo (la resistencia a la unión, aunque fuese para la defensa común) y la pasividad resignada frente al mal por miedo a algo peor (la pérdida del empleo, por ejemplo). La alternativa de la resignación podía llegar a ser, en todo caso, la conmoción violenta, no la lucha paciente y disciplinada.[1]

Cavallera pudo comprobar en seguida la dureza del pri-

1. Velio Spano recordará la indignación de Gramsci por «el abstractismo facilón que equipara un minero de Montevecchio a un obrero de la Fiat.»

mer frente. Tras la matanza de 1898 en Milán, había contribuido a una suscripción abierta por el «Avanti!» en favor de las familias de los muertos con algún dinero recogido en Carloforte. Le acusaron de delito de cuestación ilícita y le condenaron a seis días de cárcel (en apelación, el tribunal de Cagliari le absolvió). En septiembre del 97 había constituido en Carloforte una liga entre los bateleros que transportaban el mineral extraído en Bugerru (liga disuelta por la autoridad en junio de 1898, después de la matanza de Milán, y reconstituida poco después). En agosto de 1900 le detuvieron junto con otros dieciocho compañeros, bajo las siguientes y asombrosas acusaciones: haberse reunido en una liga convertida —nada menos— en asociación criminal; las cuotas pagadas por los socios eran pretextos para ocultar deudas fraudulentas y apropiaciones indebidas; el hecho de haber aconsejado la asociación y el pago de cuotas se calificaba también de extorsión. Recubriendo todas estas acusaciones, no podía faltar la de excitación al odio de clases. El proceso duró desde 17 de julio al 3 de agosto de 1901. El increíble montaje estaba destinado a derrumbarse. Pero Cavallera fue condenado, a pesar de todo, a siete meses, seis de los cuales le fueron condonados (pero ya había pasado once meses en la cárcel, en espera del jucio). No se rindió. En el fondo, la reducción de las prefecturas de la policía y del ejército a instrumentos de clase tenía que darse por descontada. También entraba en la lógica de las cosas que la magistratura, formada entonces casi enteramente por elementos procedentes de la clase propietaria, conservase la ideología de ésta. Por ello no se desanimó. Al salir de la cárcel tenía ventisiete años y le movía el ímpetu inflexible de quien cree firmemente en alguna cosa. Su compatriota Giolitti (ambos eran de Dronero) lo definirá como una «paloma zurita». Pero era todo lo contrario: un joven apacible, lúcido siempre en la distinción entre lo deseable y lo posible, entre el precio que es necesario pagar por una conquista probable y la imposición a los trabajadores de sacrificios, sin esperanza de resultados positivos. Constituyó la primera liga de mineros en Bugerru en 1903 (parece que la dirigió Alcibiade Battelli). Por su iniciativa, no tardaron en aparecer otras. Había fundado un periódico «La Lega», cuya dirección confió en un primer momento a Efisio Orano y después a un joven estudiante de derecho, Jago Siotto. En 1904 estaba al frente de la federación regional de los mineros, con sede en Iglesias. El 4 de septiembre de aquel mismo año tuvo lugar la matanza de Bugerru.

Los obreros estaban en huelga desde hacía cinco días: se oponían a la introducción de un nuevo horario de trabajo, considerado inadmisible; nada hacía presagiar la tempestad. Desde el primer día, Cavallera y Battelli discutieron las bases de un arreglo con el director de la compañía francesa «Malfidano», el ingeniero Achille Giorgiades un turco naturalizado griego, y con su ayudante Steiner, un suizo. Mientras estaban en curso las negociaciones llegó la tropa a Bugerru: en este sentido, las cosas no habían cambiado mucho en Italia desde los años de Di Rudinì y de Pelloux. Cuando los soldados hubieron terminado de concentrarse alrededor de las oficinas de la compañía se ordenó a algunos obreros que preparasen un almacén para alojarlos. Obedecieron, pero otros obreros consideraron que con ello se convertían en esquiroles. Se lanzaron algunas piedras. La tropa disparó y tres mineros cayeron muertos y once heridos.

Era la primera sangre vertida en la isla por causa de luchas sociales. En toda Italia se proclamó la huelga general, la primera de estas dimensiones en la historia del movimiento obrero italiano. En Cerdeña, por debilidad de las organizaciones todas ellas todavía en estado larval, y no porque las masas urbanas y campesinas y el semiproletariado minero no compartiesen sentimentalmente la tragedia de Bugerru, el movimiento de protesta no tuvo ecos. Sin embargo, se había producido un cambio. La muerte de tres mineros, escribe Angelo Corsi, había «conmovido y despertado la atención» de la población sarda. Señalaba el comienzo del paso de la rebelión anárquica del bandido a un método más justo de lucha colectiva y la sangre vertida podía ser el elemento de consagración de este inicio de cambio. Desde luego, se abría un nuevo capítulo de la historia.

5

Cuando regresó a Ghilarza, al salir de la cárcel, Francesco Gramsci no tuvo, sobre todo en los primeros momentos, una vida fácil. Salía muy poco y evitaba encontrarse con la gente: la humillación por la desgracia padecida le pesaba; además, no tenía trabajo. La imposibilidad del acceso a cargos públicos (hasta más tarde no fue rehabilitado) era un grave obstáculo para la reintegración en la vida activa, porque fuera de aquellos cargos las ocasiones de empleo escaseaban. Así que seguía viviendo como segregado, al margen de los demás. Sin embargo, los habitantes de Ghilarza le miraban con simpatía. Eran despiadados con los que merecían el descrédito, pero en el caso de Francesco Gramsci, dado el trasfondo político de su desgracia, consideraban que a la justicia se le había ido un poco la mano y la sospecha de injusticia les movía a manifestar solidaridad con quien la había sufrido. Le admitieron en el Círculo de Lectura, institución cerrada y con socios rigurosamente seleccionados. Al constituirse una mutua para el seguro del ganado bovino le confiaron la secretaría. Fue rehabilitado y, gracias a sus estudios universitarios de derecho, pudo hacer de defensor en el juzgado de paz. Los habitantes de Ghilarza le daban trabajo de buena gana. Era hombre de buena pasta. Su compañía alegraba. Tenía una exuberancia meridional, era inteligente, humano: en definitiva, era un compañero que a todos agradaba tener en la mesa de *quintiglio* por la noche. Finalmente, obtuvo un puesto de amanuense en el catastro y con los escasos ingresos de este empleo tiró adelante el resto de su vida.

Naturalmente, después de su regreso la atmósfera de la familia había cambiado. Sin embargo, los problemas prácticos seguían siendo atosigantes: en un primer momento, por la forzada inactividad del señor Ciccillo; después cuando hubo encontrado trabajo por la modestia de su sueldo. Gennaro, que había ido a Turín a cumplir el servicio militar, no podía ayudar como antes. También Mario estaba fuera: en 1904, después de haber terminado la escuela elemental, había entrado en el seminario de Oristano. Así que el único de

los varones, que llevaba dinero a casa era Antonio. Carlo un niño todavía, estaba en los primeros cursos de la escuela elemental. Peppina Marcias conseguía ganar algún dinero cosiendo y Grazietta y Emma hacían labores —medias, corpiños, chales— que luego vendían. Hasta finales de 1905, Francesco y Peppina no llegaron a la conclusión, tras hacer cuentas, de que con algunos sacrificios, podrían mandar a Antonio al *ginnasio* de Santulussurgiu. En los dos años pasados en Ghilarza fuera de la escuela, el muchacho se había preparado por sí mismo con algunas lecciones particulares. Ahora, a punto de cumplir los quince años, pensaba que podría inscribirse directamente en el tercer año de *ginnasio*. En el instituto no le pusieron ningún obstáculo: era una escuela municipal, no estatal. Antonio reanudó de este modo los estudios regulares, aunque, como veremos, se trataba de una regularidad muy relativa, dadas las condiciones de aquel *ginnasio*.

Santulussurgiu está a dieciocho kilómetros de Ghilarza. Hay un estrecho semicírculo montañoso y en el borde de la cuenca se encuentra el pueblo, el cual parece haber sido construido en el cráter de un volcán. Hacia mediados de siglo dos propietarios, Pietro Paolo Carta Ledda y Giovanni Andrea Meloni, dejaron sus bienes a los escolapios, con la expresa condición de que la comunidad los utilizase para dotar al pueblo de «las escuelas de latinidad, hasta la retórica inclusive». En caso de disolución de la orden, la administración de los legados se confiaba al consejo municipal con la misma finalidad. Efectivamente, en 1866 los escolapios tuvieron que irse y aquel mismo año empezó la larga controversia entre el ayuntamiento de Santulussurgiu y el patrimonio del Estado, liquidador de los bienes eclesiásticos; la controversia duró hasta 1901 y la terminó un real decreto. El *ginnasio* municipal abrió las puertas inmediatamente después. ¿En qué condiciones?

Antonio Gramsci lo recuerda como «un *ginnasio* verdaderamente desastroso», «un pequeño *ginnasio* en el que tres pretendidos profesores se encargaban con mucha cara dura de la enseñanza de los cinco cursos». Consultando los archivos donde se encuentran las actas del consejo de administración del instituto se ve que el juicio no peca de excesiva severidad; hay muchos testimonios directos más graves todavía. He aquí, por ejemplo, lo que se vio obligado a señalar el presidente, el teólogo Francesco Porcu, en la sesión del 4 de

marzo de 1905 (Gramsci se trasladó a Santulussurgiu unos meses después): «Dos de los profesores de este centro carecen de los títulos necesarios para enseñar. Los hemos conservado en su puesto durante dos años con la esperanza de que regularizarían su situación. Al no haber ocurrido así —concluía el presidente— es necesario convocar un concurso para el próximo año escolar 1905-1906» (el primer año en que Gramsci asistió al centro). El concurso se convocó efectivamente, pero no hubo la deseada participación de profesores de calidad y por acuerdo de la junta algunas clases se confiaron a los que habían obtenido las mejores notas en el examen de grado. El futuro secretario de la Cámara del Trabajo de Sassari, Massimo Stara Serra, destinado a la clase de Gramsci, presentó la dimisión al cabo de un par de semanas. Su substituto, el milanés Alfonso Franchini, pidió un anticipo para ir a Santulussurgiu. Tampoco fue. Hasta el 7 de febrero, ya muy avanzado el año escolar, Antonio no empezó a recibir lecciones de materias literarias a cargo de dos suplentes. Un ingeniero enseñaba las materias científicas y daba clases de francés. Estos fueron los profesores que tuvo Antonio en los tres años que pasó en el instituto. En una carta de la cárcel nos dirá con qué provecho: «De muchacho tenía mucha inclinación por las ciencias exactas y la matemática. La perdí durante los años de *ginnasio* porque mis profesores no valían un comino.» Por lo demás, fue un miembro del consejo de administración de la escuela, el doctor Giampietro Meloni, quien denunció en la sesión del 21 de septiembre de 1906 (Gramsci había cursado ya el tercer año): «Los resultados obtenidos hasta ahora por este *ginnasio* son pobrísimos.» El consejero creía beneficioso para todos el cierre del instituto y llegó a someter a votación un orden del día formulado de este modo: «La administración, reconociendo que el *ginnasio* no ha funcionado nunca bien... delibera la posibilidad de cerrarlo durante tres o cuatro años.» El orden del día fue rechazado y de un modo u otro, a trancas y a barrancas, Antonio Gramsci pudo seguir las clases hasta el quinto año. En el último curso, las lecciones todavía no habían empezado a finales de diciembre. Los profesores, poco dispuestos a instalarse en Santulussurgiu, pedían un aplazamiento tras otro y el presidente, obligado a soportar aquel estado de cosas, no sabía ya a qué santo encomendarse. Finalmente, según

las actas contenidas en el archivo, llegó a la conclusión siguiente:

«Habrá que hacer venir a los profesores, aunque sea con retraso. Los alumnos sacarán siempre un provecho, pues a estas alturas les sería imposible entrar en otros institutos. Por lo demás, *no es la primera vez que este "ginnasio" se abre en enero o febrero* y no parecerá extraño si faltan los profesores durante unas semanas.»

Evidentemente la poca puntualidad y la dudosa ciencia de los profesores no eran condiciones ideales para que Antonio Gramsci recuperase el tiempo perdido en Ghilarza durante los dos años transcurridos después de la escuela elemental. Además, la insalubridad de los locales que hacían de aulas contribuía a agravar las molestias de los alumnos, especialmente de aquellos que no gozaban de buena salud como Antonio. El *ginnasio* municipal Carta-Meloni, sabemos por el miembro del consejo de administración doctor Giomaria Manca, que se había trasladado de la «atmósfera malsana del convento de los ex Observantes Menores» a una casa de alquiler; en ésta, el instituto seguía en condiciones «deplorables», «con una atmósfera malsana y un espacio reducidísimo, insuficiente para las necesidades de la escuela».

Al salir de ésta, Antonio no encontraba en casa un ambiente mejor. Habitaba en el barrio Sa Murighessa, a pensión de una campesina de mediana edad, Giulia Obinu, que había sido criada del médico del pueblo: «Pagaba cinco liras al mes por la habitación, la ropa de la cama y la muy frugal comida.» Esta Giulia Obinu «tenía una madre anciana, un poco simple pero no loca, que era precisamente mi cocinera; cada mañana cuando me veía, me preguntaba quién era y porque había dormido en su casa, etc.». Aparte de esto, el ambiente no debía ser muy alegre en aquella casa, a causa del carácter de la ex criada, que quería desembarazarse a toda costa de la madre: «Quería que el municipio la enviase a sus expensas al manicomio provincial y por esto la trataba con dureza, para obligarla a cometer algún exceso grave y poder demostrar su peligrosidad.» La anciana siempre decía a la hija, que la trataba de usted según la costumbre: «¡Dame el tú y trátame bien!»

Con frecuencia, Antonio, trastornado por las escenas,

se iba a estudiar a casa de algunos amigos. Era simpático a todos. El contable Marco Massidda, su compañero de banco, recuerda: «Era un muchacho tranquilo y de buen corazón; se sentía feliz si podía ayudar a los compañeros. Siempre fue el primero de clase en todas las materias; en la composición, sobre todo, era maravilloso.» No cabe duda, sin embargo, que en lo que se refiere a sus composiciones de entonces, el juicio resulta influido por el afecto.

Antonio iba a Santulussurgiu el lunes por la mañana en un carruaje de cuatro caballos, dos que tiraban de él y los dos restantes atados detrás para el relevo a mitad de camino; volvía a Ghilarza el sábado, a veces a pie y no sin peligro, siendo como era aquella zona, entonces no menos que hoy, un teatro de operaciones de los bandidos. Allí van a invernar los pastores de Barbagia y entre Santulussurgiu y Ghilarza hay una zona de tráfico de los ladrones de ganado de la llanura del Campidano oristanense, hacia Bòrore. Pero Gramsci no tuvo nunca molestias, aparte de la aventura que él mismo recordará en una carta a Tania.

«Te quiero contar un episodio que me ocurrió en mi infancia; te divertirá y te dará una idea de lo que era la vida por aquellas tierras... Para estar veinticuatro horas más con la familia, otro muchacho y yo nos pusimos en camino a pie la tarde del 23 de diciembre, en vez de esperar la diligencia de la mañana siguiente. Andando andando, habíamos llegado casi a la mitad del viaje en un lugar completamente desierto y solitario; a nuestra izquierda, a unos cien metros de distancia de la carretera, había una alameda con un bosquecillo de lentiscos. Nos dispararon un primer tiro por encima de nuestras cabezas; la bala pasó a unos diez metros de altura. Creímos que se trataba de un disparo casual y continuamos la marcha. Un segundo y un tercer disparos más bajos nos convencieron de que alguien nos había tomado por blanco y nos tendimos en la cuneta sin movernos durante un rato. Cuando intentamos levantarnos hubo otro disparo y así estuvimos casi durante dos horas, con una docena de disparos que nos seguían mientras nos alejábamos arrastrándonos, cada vez que intentábamos volver a la carretera. Sin duda, era un grupo de juerguistas que querían divertirse asustándonos, pero vaya broma, ¿eh? Llegamos a casa en plena noche, bastante cansados y enfangados y no contamos lo ocurrido a nadie para no asus-

tar a la familia. Pero nosotros no nos asustamos mucho, pues en las siguientes vacaciones de cuaresma repetimos el viaje a pie sin incidentes...»

En Ghilarza, los sábados de Antonio se iniciaban regularmente con unas cuantas bromas, una reprimenda de la madre y un «lavado de cerebro» por parte del padre.

La reprimenda era por el uso que había hecho en Santulussurgiu de las provisiones semanales. La familia recibía continuamente noticias de que Nino, que deseaba comprar libros y periódicos, vendía algunas de sus provisiones (pasta, aceite, queso, etc.) a gentes del lugar. La madre no podía perdonárselo. No se cansaba de repetirle que a dónde llegaría él, ya de por sí tan enfermizo, si no se alimentaba como era debido.

Los «lavados de cerebro» se debían a una cierta prensa subversiva que Francesco Gramsci, horrorizado, veía en manos del hijo. Aquellos periódicos y folletos llegaban de Turín. Gennaro, que ya simpatizaba con las nuevas ideas cuando trabajaba en la oficina del catastro en Ghilarza con los jóvenes técnicos llegados de regiones avanzadas, estaba haciendo ahora el servicio militar en la ciudad más roja de Italia; y con el fervor de todos los neófitos, a medida que se adhería con más convicción al socialismo, intentaba hacer prosélitos por todas partes, y naturalmente, también en su familia. Antonio, cuyo gusto por la lectura había aumentado con los años, pedía en seguida los periódicos y folletos enviados por Gennaro apenas llegaba a su casa el sábado por la tarde. Esta era la causa de las disputas con el padre. Intentaba salirse con la suya bromeando: «Es cierto —le decía— que desciendes de los Borbones.» Francesco llevaba, y no por casualidad, el nombre del último rey de las Dos Sicilias, Francesco II. Había nacido en Gaeta en marzo de 1860, poco antes de que el ejército italiano la asediase y el coronel de la gendarmería borbónica, Gennaro Gramsci, su padre, defendió encarnizadamente el último reducto de los Borbones contra las tropas del general Cialdini.[1] En la familia se contaba que durante el asedio de Gaeta, la abuela Teresa Gonzales, con su hijo Francesco de pocos meses en brazos, huyó de la ciudad hacia Formia, atravesando a pie las líneas de Cialdini. Además de la formación familiar, el conservadurismo de Francesco Gramsci obedecía a otras circunstancias. Su hermano Nicolino había sido en Caserta instructor de Víctor Manuel III y él mismo lo había conocido personalmente un día. Nunca había olvidado la emoción de oírse llamar por su nombre y de estrechar la mano del augusto heredero del trono. Tenía en casa la fotografía de un caballo: era el pura sangre que el futuro rey de Italia había regalado a Nicolino. Aquella fotografía suscitaba en él orgullo y respeto por la dinastía soberana. Así pues, era de ver el espanto que se apoderaba de él cuando veía a sus hijos dispuestos a dejarse intoxicar por la prensa subversiva. Además, cabe añadir que exponer ideas socialistas en aquella época como mínimo, significaba tener una ficha en la comisaría de policía. Y el señor Ciccillo, escarmentado por los años pasados en la cárcel por cosas de las que nadie se habría ocupado probablemente si no hubiese andado por medio la política, tenía muy pocas ganas de volver a ver en casa tricornios de carabineros y mostachos de policías a causa de los hijos subversivos. Pero su autoridad paterna estaba en crisis después de la desventura judicial. Para evitar las discusiones, Antonio pidió al cartero que le entregase personalmente el «Avanti!» a escondidas del padre, y el resto de los materiales que le enviaba Gennaro. En casa se habló cada vez menos de política.

Es decir, volvió a hablarse pero a escondidas, después del regreso de Gennaro que, una vez terminado el servicio militar, había vuelto a trabajar en el catastro. La familia se encontraba nuevamente unida. Mario, pese a saber que daría un gran disgusto a la madre, había dejado el hábito de seminarista. No se sentía dispuesto a continuar aquellos estudios. «Quiero casarme —decía—. No quiero hacerme cura. Es inútil continuar. En todo caso, mandad a Nino al seminario. Él no piensa en las chicas y puede hacer de cura.»

Nino fue a Oristano a pasar el examen final del *ginnasio*. Era el verano de 1908: tenía diecisiete años y medio. Después de los dos años de preparación privada en Ghilarza y de los aventurados años de *ginnasio* en Santulussurgiu, no podía esperar, desde luego, un éxito particularmente brillante. En julio ni siquiera se examinó de dos materias, matemáticas y ciencias. El examen de la tercera materia enseñada en Santulussurgiu por el ingeniero, la lengua france-

1. «Mi abuelo —escribirá Gramsci— era coronel de la gendarmería borbónica y probablemente fue uno de los que detuvieron a Spaventa, el antiborbónico, fautor de Carlos Alberto.»

sa, terminó en catástrofe: un tres. En cambio, tuvo notas buenas en todas las demás disciplinas. (En septiembre aprobó el francés y las dos disciplinas en que no se había presentado.) En julio tuvo un seis en el examen escrito de italiano y un siete en el oral; un seis en las dos versiones de latín y un siete en el oral; un siete en geografía y un tranquilizador ocho en historia. Desde hacía tiempo, todas sus lecturas, fuera de los libros de texto, se orientaban hacia la historia. En una carta a su hijo Delio, recordará su pasión de muchacho: «Creo que la historia te gusta, como me gustaba a mí cuando tenía tu edad, porque se refiere a hombres vivos, y todo lo que concierne a los hombres, a cuantos más mejor, a todos los hombres del mundo en cuanto que se reúnen en sociedad y trabajan, luchan y se perfeccionan a sí mismos, te ha de gustar más que ninguna otra cosa.»

6

Hacia finales del tercer año de *ginnasio* de Antonio Gramsci, entre mayo y junio de 1906 (Gramsci tenía entonces quince años), Cerdeña fue conmovida por una «tempestad humana». Una serie de elementos diversos se confundían, dando a la isla en aquellos días un aspecto de país en tumulto constante: luchas disciplinadas de las ligas obreras, explosiones anárquicas de masas campesinas que todavía no habían sido organizadas y eran por tanto incapaces de plantearse objetivos que no fuesen el incendio de las queserías o de las oficinas de la recaudación de impuestos; intrigas de facciones urbanas empeñadas en asaltar o en defender el poder civil; infiltraciones de vandalismo en los movimientos de protesta con el resultado de saqueos y apedreamientos de escaparates de tenderos inocentes; estallidos de furor en algunos sectores limitados contra la instalación de máquinas que lesionaban sus intereses (un ejemplo de ello eran los carreteros de Quartu, Selargius, Monserrato, en los suburbios de Cagliari, obligados, por las bajas tarifas que practicaba la compañía de tranvías para el transporte de las mercancías, a reducir sus precios y que por lo mismo lo primero que hacían en los días de tumulto, era pegar fuego a las estaciones de tranvías y destruir los coches). Como telón de fondo, había la exasperación de las masas hambrientas. En aquellas condiciones, la más pequeña chispa, aunque la hubiesen provocado (como en el caso de Cagliari) camarillas ajenas a los intereses populares con la única finalidad de abatir otras camarillas, provocaba naturalmente grandes llamaradas. La revuelta empezó en Cagliari y se propagó en seguida a las minas y las zonas rurales.

El Sulcis-Iglesiente seguía bajo el azote de una economía de pura explotación. La producción aumentaba, los niveles de salarios bajaban. En 1905 se habían extraído minerales por valor de 22.850.000 liras; el año siguiente, la producción subió a 25.609.000 liras. En el mismo período, los salarios habían bajado: los mineros habían visto disminuir el salario diario de 2'54 liras a 2'30; los albañiles de 3'12 a 3; los conductores de 3'39 a 3. A las reivindicaciones —legiti-

madas además por la circunstancia de que en las minas toscanas los obreros ganaban casi una lira más al día— las compañías oponían argumentos de tono racista. La opinión del ingeniero Erminio Ferraris, consejero-delegado en la Monteponi, está consignada en las actas de la comisión parlamentaria, que había visitado la cuenca metalífera a principios de siglo para efectuar una investigación sobre las condiciones de trabajo en las minas. «El rendimiento del trabajo manual en Cerdeña —declaró— es muy inferior al promedio del continente. Contribuye a ello —argumentaba— la tendencia al ocio, el clima, la falta de iniciativa y de energía. Ciertamente, hay algunas excepciones —concluía— pero el promedio es bajo y sólo puede valorarse aproximadamente en un 60 % del trabajo continental.» Este y otros razonamientos propios del «hombre blanco» de las colonias, formulados únicamente para justificar unos salarios inferiores al coste del mantenimiento de un esclavo, habían de ser refutados más tarde por un estudioso sardo, el profesor Giovanni Lòriga, el cual analizando los datos del cuatrienio 1904-1907, llegó a la conclusión de que la producción por obrero en las minas sardas (con exclusión del hierro y de los combustibles sólidos) había sido de 1.665'08 liras, cantidad que superaba en 281'80 liras la producción media por obrero en las otras minas italianas del mismo tipo. De esto se puede deducir fácilmente la inconsistencia de las tesis patronales para justificar los bajos niveles salariales. Lo peor es que la mentalidad de «hombre blanco» traslucía no sólo cuando se trataba de determinar las remuneraciones sino también cuando los mineros exigían una disciplina del trabajo más humana. Un grupo de obreros de la Seddas Moddizzis fueron despedidos por haber pedido un poco de regularidad en el pago de los salarios (no cada dos o cada cuatro meses), dos días de descanso pagados al mes, la reducción de la jornada de trabajo a diez horas y un descanso de una hora, de las doce a la una del mediodía para comer. Los despidos llovían. La posición patronal era rígida, incluso cuando se trataba de discutir reivindicaciones mínimas. A este respecto, es reveladora la argumentación del ingeniero Ferraris sobre la cuestión del descanso dominical:

«En los sitios donde ya hace años que se ha introducido el descanso dominical —dijo a la comisión parlamentaria de encuesta— es rarísimo que los obreros lleguen a ahorrar algo; en cambio, son frecuentes los casos de ahorro en las minas aisladas donde el trabajo es continuo y falta, por consiguiente, la ocasión de gastar. En estas minas, *el descanso de un día por cada seis de trabajo es realmente excesivo,* porque lejos de los centros habitados y no sabiendo a qué dedicar el tiempo los días de descanso, muchos lo consumirían abandonándose a libaciones excesivas que comprometerían incluso, el trabajo del día siguiente.»

En cuanto a la escasa puntualidad en el pago de los salarios, cabe señalar que esta práctica arbitraria estaba en relación con la política de las compañías de recuperación de los salarios obreros mediante el sistema de cantinas: los mineros tenían que acudir a éstas cuando, por carecer de dinero líquido, no tenían otra posibilidad que procurarse mediante bonos los artículos de consumo más elementales. El sistema de recuperación de los salarios obreros variaba según la mina. Una forma consistía en pagar todo el salario o una parte de él con mercancías, que siempre se valoraban a un precio más alto que el de las tiendas de fuera. Otra forma consistía en que el mismo dueño de la mina se encargase de la administración de la cantina: el obrero, pagado con dinero líquido, *tenía que* aprovisonarse obligatoriamente en ella. Un tercer método era conceder la administración de la cantina a personas de confianza por cuenta de la compañía, a la cual correspondían una parte de los beneficios. Finalmente, el sistema más brutal consistía en dejar el comercio en manos de empleados o de contramaestres de la mina, con el abuso tolerado de despedir del trabajo al obrero que no frecuentase la cantina. En todos los casos, el criterio básico de la gestión era la venta a precios elevados de ropa vieja o defectuosa y por lo mismo pagada a bajo precio al mayorista. Los sellos, que costaban en otras partes 15 céntimos, se pagaban a 17 en la cantina; el vino pasaba de 30-35 céntimos a 40; el aceite, de 1 lira a 1'60; el queso, de 1'25 a 2; la pasta, de 50 a 60 céntimos. Y así, proporcionalmente, el resto de los artículos. El ciclo de la explotación de los recursos mineros se cerraba sin que quedasen en Cerdeña ni siquiera las migajas. No se había creado, junto a la actividad extractiva, ninguna industria de transformación. No se había propiciado la instalación de industrias mecánicas accesorias. El drenaje de los míseros

salarios obreros a través de las cantinas completaba el sistema colonial instaurado por las compañías mineras. En Cerdeña no quedaban más que unos cuantos tuberculosos.[1] Y el que no escupía sangre estaba condenado a la vejez prematura, cuando no a la muerte o a la mutilación por accidente laboral. En un solo año, 1905, hubo 2.219 accidentes de trabajo.

No era mucho mejor, en aquella época, la situación de los trabajadores agrícolas. Los pequeños propietarios estaban expuestos a todas las intemperies del cielo o del fisco: las cargas fiscales eran elevadísimas y despiadadas; menudeaban las confiscaciones de bienes (según Alberto Boscolo, la provincia de Cagliari ocupó en 1904-1905 el primer lugar en Italia por el número de contribuyentes expropiados por falta de pago de los impuestos). A su vez, los ganaderos, que ocupaban por fuerza una posición secundaria respecto a los fabricantes de queso, tenían necesidad de dinero líquido para pagar el arrendamiento de los pastos y por ello obtenían de éstos el pago anticipado de la leche, pero naturalmente al precio y en las condiciones, siempre vejatorias, que el industrial dictaba. De este modo, los ganaderos se daban cuenta de que, en la práctica, no hacían más que trabajar para mejor gloria de los fabricantes de queso.

El bracero, sobre el cual repercutía en grado máximo el malestar general de la agricultura, por la influencia de la crisis sobre el número de jornadas trabajadas, sobre el salario y sobre el coste de los artículos de primera necesidad, estaba realmente prostrado por las escasas posibilidades de trabajo (en el mejor de los casos doscientas jornadas cada año agrícola) y por el bajo nivel de las pagas. Refiriéndonos siempre a las cifras de los años 1905 y 1906 y prescindiendo de las puntas estacionales (porque en éstas la remuneración aumentaba) el campesino percibía entre 75 céntimos y 1 lira veinticinco diarios. Esto significaba, en relación con el precio de los artículos básicos, que con el salario más alto —una lira y veinticinco céntimos diarios— se podían comprar como máximo un kilo de pan (30 céntimos), un kilo de patatas (15 céntimos), un kilo de pasta (50 céntimos), tres decilitros de aceite (30 céntimos) y nada más. Esclavo de unas estaciones inciertas, debilitado por la desnutrición y las enfermedades que en aquella época azotaban la isla (tuberculosis, malaria, tracoma) y, en general analfabeto, el campesino era realmente el *va-nu-pieds*, el último descalzo de la Italia giolittiana.

Las masas urbanas sufrían también los efectos de la continua alza de precios. Los primeros signos de unos padecimientos, que llegaban al límite mismo de la revuelta, se observaron en Cagliari entre febrero y mayo de 1906. La organización en ligas de muchas categorías de obreros daba a la agitación un poco de orden y de claridad en los fines a perseguir. Empezó la liga de los trabajadores portuarios, que contaba con trescientos miembros. Los descargadores pedían la disminución de las horas de trabajo de quince a nueve y un aumento del salario de 3'50 a 5 liras diarias. Al negarse la empresa a satisfacer sus reivindicaciones, el 24 de febrero de 1906 proclamaron la huelga. Siguió la agitación de los dependientes de comercio que reclamaban un día de descanso a la semana. Finalmente, el 6 de mayo de 1906 los comercios cerraron y no volvieron a abrirse más los días de fiesta. El día siguiente, 7 de mayo, fueron los trabajadores de las panaderías los que iniciaron la agitación. Impusieron en seguida la aceptación de su demanda de reducción del horario de trabajo de quince a doce horas, pero en cambio otras reivindicaciones no fueron satisfechas; una parte de los trabajadores decidió reanudar el trabajo y los otros asaltaron las panaderías. Es de señalar que la población en general, pese a deplorar las violencias inútiles, se solidarizaba con los manifestantes: los mitines eran siempre concurridísimos. Esto se debía también a la acción puntillosa y astuta que un diario interesado en fomentar el descontento, «Il Paese», desarrollaba sin tregua. Detrás de «Il Paese» estaba un joven abogado, Umberto Cao, jefe de la facción contraria al alcalde de entonces, Ottone Baccaredda.

Sin embargo, erraríamos si diésemos un color político a los dos partidos; en todo caso debería tratarse de un color muy aproximativo. Umberto Cao era un joven de talento, polemista brillante y con excelente sensibilidad para captar la fluctuación de los humores de la multitud. Muchos se inclinan a considerarlo un oportunista: monárquico-anarquis-

1. Un médico no vinculado a las compañías mineras, el doctor Gildo Frongia, refirió a la comisión parlamentaria de encuestas: «En el ventenio 1884-1905 encontré que el 35 % de los obreros habían muerto de tuberculosis.»

ta; social-conservador, autonomista con una punta de separatismo y, después, al cambiar el viento, permeable a la verbalización del vacío en que consistían los frenesíes nacionalistas. Gramsci no tenía de él muy buena opinión. Es Velio Spano quien refiere este episodio:

«Una vez, un compañero, joven como yo, recordaba en su presencia las valerosas palabras con que el honorable Cao había replicado al primer discurso de Mussolini en la Cámara después de la marcha sobre Roma, el famoso discurso del aula "sorda y gris" y de la "acampada de manípulos".

»Ibamos andando por la calle XX Settembre de Roma, de noche. Gramsci se puso serio y pareció cambiar de tema para contarnos, a través de dos episodios, la vida del honorable Cao. Nos narró en primer lugar el desarrollo de la *revolución* de 1906 en Cagliari, explicando cómo se había realizado la vinculación entre los trabajadores del campo, los de la ciudad y los intelectuales. En sus palabras —prosigue Spano— veíamos pasar a través de la marea de las multitudes que destruían e incendiaban la figura de Cao, abogado-filósofo que se mezclaba con las masas sin perder nada de su "dignidad" y de su rígida frialdad de universitario. Sin transición, Gramsci se puso a analizar el folleto de Cao *L'autonomia della Sardegna*, con el cual había nacido para mucha gente, y sobre todo para ciertos estratos de intelectuales como yo, el "sardismo". Con la narración histórica y la crítica ideológica, sin decir ni una palabra que constituyese un juicio directo, Gramsci nos había trazado la figura del diputado sardista: un intelectual convencido de ser el ombligo del mundo, que intenta inserirse en la historia para aprovecharse de ella y queda infaliblemente fuera de la historia y de la vida.»

Spano recuerda la conclusión de Antonio Gramsci: «Este hombre no ha creído en nada, salvo en sí mismo.» Y señala: «Un año después, Cao se pasaba al fascismo.» Es un hecho, sin embargo, que la campaña periodística de Umberto Cao en 1906 se nutría de datos verificables en la realidad. La instrumentalización del descontento consistía en que la culpa del alza de los precios, insoportable para las clases trabajadoras, se atribuía exclusivamente al alcalde Baccaredda. Así pues, la lucha se llevaba a cabo en dos niveles: por un

lado había el impulso popular y por otro, sobre esta ola de fondo, había el juego de una facción contra otra.

El 12 de mayo de 1906 una delegación de obreras de la fábrica de tabacos pidió ser recibida por el alcalde. Baccaredda replicó a las cinco mujeres que habían acudido a exponerle la desesperación de los trabajadores por el encarecimiento de la vida: «Si el salmonete va a dos liras el kilo, lo dejo y compro bacalao.» Fue cuando se supo esta frase sobre el bacalao, a la mañana siguiente, en un mitin, que la multitud empezó a excitarse. Una manifestación se dirigió hacia el ayuntamiento, pero al menos por aquel día, las cosas no pasaron de aquí. Se había prometido adoptar medidas para contener los precios y la manifestación se disolvió. Mas a la mañana siguiente, al encontrar el mercado cerrado tras una disputa entre los revendedores y el asentista de abastos, la multitud se precipitó hacia la fábrica de tabacos. Los obreros salieron de la factoría, se dirigieron hacia otros establecimientos industriales, a los talleres del ferrocarril, al gasómetro, y la manifestación fue engrosándose, precedida de una obrera de la fábrica de tabacos con una bandera roja: en el asta de la bandera se había fijado, a manera de emblema, una gran hogaza de pan. La manifestación enfurecida, atravesó el centro de Cagliari. Fueron asaltadas e incendiadas las oficinas de los arbitrios y de la «Quarta Regia», en la Scafa. Después se dirigió hacia la zona de la estación del ferrocarril. Había allí una concentración de soldados. La multitud les silbó, hubo algunos choques, se lanzaron piedras, la tropa abrió fuego, veintidós manifestantes cayeron, dos de ellos muertos; todos los caídos eran obreros y pescadores, salvo uno que era dependiente de comercio. Pero los incendios y las devastaciones no terminaron. Cagliari parecía sacudida por un movimiento insurreccional. Los cinco mil soldados —de infantería, marinos y carabineros— desembarcados entre el 16 y el 18 de mayo le dieron luego el aspecto de una ciudad sitiada.

La chispa seguía, sin embargo, encendida y el fuego de la revuelta se extendió a los campos y a las minas. En todas partes, era un torbellino de hombres lanzados con furia devastadora a saquear las cantinas y a incendiar las queserías. Los soldados disparaban. Y el «Avanti!» escribió el 24 de mayo: «¿Por qué el gobierno publica siempre comunicados oficiales en que se habla de fuerza pública agredida,

cuando los muertos se encuentran siempre entre los manifestantes?» Dos cayeron en Gonnesa, dos en Villasalto con más de doce heridos, uno en Bonorva, uno en Nebida. Pero la sangre excitaba en vez de intimidar. Las queserías de Ittiri y de Terranova (hoy Olbia) fueron destruidas. La multitud asaltó las queserías y la oficina de recaudación de contribuciones de Macomèr. En Abbasanta la multitud asaltó también la oficina de recaudación de impuestos. Aumentaba gradualmente la violencia de la «tempestad humana». «Los excesos bestiales de las masas —telegrafió para la edición del primero de julio el enviado de "Il Secolo" de Milán, Luigi Lucatelli, corresponden perfectamente a la irrazonable presión a que se ven sometidas.» A primeros de julio, una vez aplacado el huracán, empezaba la represión.

Fueron encarcelados centenares de campesinos, de obreros, de intelectuales (entre éstos el abogado Efisio Orano dirigente socialista en Cagliari). En las minas, los despidos llovían implacablemente. Sin embargo, la opinión pública estaba al lado de las víctimas de las represalias. De los barcos que hacían el servicio regular entre la isla y la península descendieron decenas de magistrados y de escribanos enviados a Cerdeña para la gran ola de procesos. En Cagliari los revoltosos que habían de ser juzgados eran ciento setenta y hubo necesidad de abrir una iglesia cerrada al culto, la de Santa Restituta, para que cupiesen todos, testigos y acusados. Los procesos duraron del 6 de mayo al 12 de junio de 1907 y los periódicos dieron gran relieve a las razones aducidas por los abogados defensores. Gramsci tenía entonces dieciséis años y medio: estaba en el cuarto año de *ginnasio* en Santulussurgiu.

El irredentismo regionalista de los sardos encontró un nuevo alimento en la ola represiva. En aquellos años, la separación entre el norte y el sur se había agravado. El régimen de protección aduanera de las industrias lesionaba la economía del Mediodía y de las islas; las fábricas del norte, favorecidas por las elevadas tarifas, se expandían y se creaban otras nuevas. Paralelamente al *boom* de los primeros años del siglo, beneficioso incluso para las cajas del erario público, parecía que se perpetuaba una especie de separatismo al revés: el Estado italiano se separaba de Cerdeña. Luigi Lucatelli, periodista de «Il Secolo», enviado a Cerdeña con ocasión de las revueltas, escribía el 29 de mayo de 1906:

«Por lo que se refiere a su lado odioso —sobre todo el lado fiscal—, no cabe duda que las leyes están todas... Pero los derechos no. En Cerdeña las tarifas ferroviarias son las mismas que en Italia, cuando no más elevadas, pero se viaja con una lentitud y una incomodidad intolerables; los ciudadanos pagan los mismos impuestos que en Roma, Milán o Turín, pero cuando un funcionario demuestra ser bestial o deshonesto lo regalan a los sardos, para que en el ejercicio de sus funciones ponga no sólo la deficiencia o la culpabilidad constatadas sino también el rencor del castigo.»

Así que en la opinión de las gentes, el Estado no era más que una entidad hostil, un aparato monstruoso que sólo sabía hacer proliferar regimientos para la represión de las huelgas, recaudadores de impuestos, prefectos y funcionarios de policía, buenos comensales de los concesionarios de las minas. El «sardismo» se convirtió en el sentimiento de la epoca. El mismo Antonio Gramsci llegó a compartirlo: «Pensaba por entonces —escribirá— que había que luchar por la independencia nacional de la región. ¡Al mar los continentales! ¡Cuántas veces habré repetido estas palabras!»

7

A punto de cumplir los dieciocho años, Antonio Gramsci saltó del pueblo a la ciudad para asistir al Liceo Dettòri de Cagliari. Era a finales de 1908. Su familia había decidido que Gennaro pidiese el traslado a la oficina del catastro de Cagliari y que Antonio se fuese a vivir con él. Pero una vez en la ciudad Gennaro no estuvo mucho tiempo en el catastro. Se le presentó la ocasión de entrar de contable en la fábrica de hielo de los hermanos Marzullo. Consideró el empleo más conveniente y cambió cuando llevaba apenas un mes en la oficina del catastro.

Cagliari era por aquel entonces una ciudad pequeña pero viva. Se publicaban tres diarios: «L'Unione sarda», que seguía la línea del honorable Cocco Ortu, «Il Paese», radicalizante, y el «Corriere dell'isola», clerical. Había también algunas revistas, entre ellas el semanario socialista «La Voce del popolo». Por el escenario de dos buenos teatros, el Cívico y el Politeama Margherita, pasaban los nombres más grandes del teatro en prosa y de la lírica. En el Valdès y en el cine-teatro Edén empezaban a exhibirse las primeras cantantes en *jupe-culotte*. Había muchos círculos que se convertían de vez en cuando en salas de concierto o en aulas de conferencias. Las películas por episodios de la época (*Rocambole, Le cantiche dantesche, Los miserables*) se proyectaban en el Iris o en el Edén. No faltaban las sociedades y los restaurantes con música. Antonio Gramsci, que había vivido hasta los dieciocho años en lugares como Ghilarza y Santulussurgiu, tenía que sentirse forzosamente desplazado con el salto a la ciudad.

Él y Gennaro se habían instalado en una habitación de alquiler en el número 24 de la calle Príncipe Amedeo, que va del promontorio del castillo hasta el barrio de la Marina. Debían arreglárselas con el salario de Gennaro, cien liras al mes; así que no lo pasaban muy alegre.

«No recuerdo haber visto nunca a Nino Gramsci con abrigo —recuerda uno de sus compañeros de instituto, Renato Figàri. Llevaba siempre el mismo traje; los pantalo-

nes le quedaban cortos y la chaqueta le iba estrecha. Cuando hacía frío venía a la escuela con una bufanda de lana debajo de la chaqucta. No tenía libros, o por lo menos no los tenía todos. Pero seguía atentamente las lecciones y además de la gran inteligencia le ayudaba mucho su fortísima memoria. Yo que estaba en el banco de atrás, le veía tomar apuntes con una caligrafía menuda. A veces le prestábamos los libros nosotros o se los prestaba el profesor.»

Entró en el liceo con cierta inseguridad. En enero de 1909 escribió al padre:

«He sabido finalmente el promedio del trimestre; tendría que haber sido mejor pero no es culpa mía porque, como ya te habrá escrito Nannaro, he estado tres días fuera de la escuela por no haber llevado el diploma; precisamente eran los días de los exámenes trimestrales. Por esto no he tenido nota en historia natural y en historia sólo he tenido un cinco; el profesor me ha dado incluso una reprimenda, pero no es culpa mía... Pese a esto, he salido bastante bien, porque en historia natural bastan las dos notas del segundo y del tercer trimestres y en historia sería raro que no me recuperase. Las notas han sido las siguientes: italiano 6/7 (en realidad, la nota en el italiano oral era 8 y no 7, como transcribió Gramsci); latín 6-7/7; griego 6/7; filosofía 6; matemática 6; química 8. Como ves he tenido notas discretas; tienes que tener en cuenta que se trata del primer trimestre y que no he venido de Santulussurgiu con la mejor preparación, especialmente en latín, en griego y en matemáticas.»[1]

Esta carta, de carácter tan rústico, de estructura sintáctica dialectal y estilísticamente defectuosa incluso en relación con las cartas del período inmediatamente posterior, parece demostrar que las condiciones de partida del joven Gramsci no eran muy buenas, después de cinco años de *ginnasio* decididamente irregulares, los dos primeros en privado en Ghilarza y los tres últimos en el *ginnasio* Carta-Meloni de Santulussurgiu. Pero Antonio tenía facultades de recuperación realmente notables. En el segundo trimestre subió el cinco de historia a siete y en historia natural obtuvo un seis. En junio aprobó los exámenes con un seis en casi

1. La carta es inédita.

todas las asignaturas, a excepción hecha de dos sietes en latín y un ocho en italiano oral. Era un signo de que en aquel primer año de instituto los vacíos de la preparación del *ginnasio* habían sido colmados hasta cierto punto.

Al volver de las vacaciones, pasadas con la familia en Ghilarza, cambió de casa, trasladándose el número 149 de Corso Vittorio frente a la calle Maddalena. Era una habitación «que había perdido todo el encalado a causa de la humedad y no tenía más que una ventana pequeña que daba a una especie de pozo, más letrina que patio». El cambio de pensión le resultó bien. En una carta inédita del 26 de noviembre de 1909, casi al comienzo del segundo año de instituto, escribe: «Por lo que a la patrona de la casa se refiere, estamos bastante bien; es una mujer honesta que no nos roba nada. De hecho, estoy mucho mejor que el año pasado.» Le mandaban de casa las provisiones: comía en la habitación o en una fonda de la plaza del Carmine, con Gennaro. Un compañero de pensión, el abogado Dino Frau, le recuerda aislado, aunque no misántropo:

«Hacía una vida apartada —cuenta. Allí, en la pensión de la señora Doloretta Porcu, debíamos ser unos seis o siete huéspedes. Estábamos en el último piso al que subíamos por una escalera de peldaños muy altos y abruptos. Antonio Gramsci ascendía lentamente, se ahogaba. Se encerraba en su habitación sin familiarizarse con nosotros. Sólo entré en su habitación un par de veces. Era sencilla, sin ningún adorno; olía a queso y estaba llena de libros y papeles. Una noche nos invitó a todos los huéspedes. De su habitación salían cantos y ruidos. Encontramos algunas personas desconocidas, la mayoría gente de pueblo. Cantaban, alguno bailaba. En medio de todos estaba Gramsci, intentando ejecutar danzas populares sardas con un órgano de fuelle.»

Estudiaba ya sin las vacilaciones del primer año. Apenas habían transcurrido dos meses desde el comienzo del año escolar y ya podía escribir al padre (la carta inédita lleva fecha del 5 de enero de 1909; sin embargo es de suponer que en los primeros días del nuevo año Gramsci repetía por automatismo la cifra del viejo: tanto las notas como las circunstancias se refieren al segundo año, que cursó en 1909-1910): «En la escuela voy a toda vela; por las noticias

que me han llegado, en latín tendré 7 y 8 de promedio, en italiano no tengo nota porque falta el profesor; en todo lo demás voy bien. Si puedo, estoy decidido a pasar bien el examen final.» En otra carta del 31 de enero comenta las notas trimestrales (latín, siete y ocho; griego, siete y ocho; historia de la cultura griega, ocho; historia y geografía histórica, ocho; filosofía, seis; historia natural, seis; física y química, seis): «Como ves he tenido buenas notas; y en este trimestre espero mejorarlas, porque he tenido un seis por verdadera desgracia.» Por lo demás, el estudio era su única ocupación. Se permitía muy pocas distracciones.

«Si lo encontrábamos por casualidad —cuenta Claudio Cugusi, médico—, venía con nosotros de buena gana. "Antonicheddu, hale, vamos", le decía, cogiéndole por el brazo. Y él, feliz por la invitación, se unía a nosotros, pero sólo para dar cuatro pasos por el Corso, desde la pastelería Clavot hasta el café Tramer, donde por aquella época se efectuaba *sa passillada*, el paseo de tarde de los calleritanos. Hablaba poco, prefería escuchar. Después, cuando nos íbamos todos a Su Cau, una sala de billar del Corso, él se quedaba en la puerta. Saludaba y se iba a casa.»

Se mantuvo apartado de las fiestas y de las reuniones en las sociedades. Renato Figàri recuerda:

«No fumaba, hasta que entró en el instituto. No bebía, y si alguno de nosotros le ofrecía algo, lo rechazaba amablemente: no sé si por orgullo o porque no quería tomar gusto a cosas que no podía permitirse. Venía poco a un círculo fundado por los jóvenes, la Asociación Anticlerical de la Vanguardia, un par de habitaciones a poca distancia del Dettòri, en la calle Barcellona. Además de algunos miembros jóvenes de las profesiones liberales, lo frecuentaban estudiantes del instituto y de la universidad, casi todos con ideas revolucionarias, socialistas, barricadistas; todos veneraban, naturalmente, a Giovanni Bovio y Giordano Bruno. Celebrábamos tertulias y recitales dramáticos. Yo declamaba de vez en cuando versos de Sebastiano Satta, de Ugo Foscolo, de Stecchetti. Gramsci venía raramente a estas manifestaciones. No acabo de entender por qué... Quizá sus condiciones físicas... Pero no. Porque aunque fuese deforme no era feo. Tenía la frente alta, los cabellos abundantes y ondulados y detrás de los quevedos recuerdo un brillo azul, una mirada de metal que impresionaba. Es cierto que nos separaban muchas cosas. Éramos algo derrochadores, elegantes, o por lo menos con pretensiones de serlo, un poco fatuos, como se es siempre en aquella edad... Yo creo que si hacía vida separada era por la gran miseria en que vivía...»

Es muy probable. La comparación con los compañeros de escuela le humillaba. Hasta entonces nunca se había preocupado por sus vestidos; en cambio, ahora se sentía humillado por tener que ir vestido como iba. El 10 de febrero de 1910 escribió a su padre:

«El 26 de febrero los estudiantes de segundo y de tercero harán una excursión a Gùspini para visitar las minas de Montevecchio. Esto quiere decir que yo también tendré que ir y la verdad es que estoy indecente con esta chaqueta que tiene ya dos años y está toda pelada y lustrosa. Envía, pues, una carta a cualquier sastrería para que me pueda hacer un vestido a tu cuenta... Hoy no he podido ir a la escuela porque he tenido que hacerme poner medias suelas en lo zapatos. Durante el carnaval no he salido para nada de casa, acurrucado en un rincón y enfadado, hasta el punto que Gennaro creía que estaba enfermo.» [2]

Pocos días después, el 16 de febrero escribía: [3] «Queridísimo papá: parece que crees que puedo vivir del aire. Nannaro hace ya demasiado, porque con lo que me envías cada mes en Cagliari no se puede vivir, si no es comiendo pan y aún en poca cantidad porque cuesta a 50 el kilo.» Quizá obtuvo algún dinero, pero seguramente no los que necesitaba para el traje. Por ello insistió:

«Ahora hemos de tocar un punto doloroso: sobre lo del traje no me has escrito nada; y yo cuando estuve en Ghilarza iba ya indecente, como tú mismo dijiste... para no hacerte avergonzar no he salido de casa desde hace diez días. Entonces estaba indecente y ahora, que ha pasado un mes y medio y han aumentado las manchas y los rotos no estoy ya indecente sino sucio y estropajoso... Si el director me man-

2. La carta es inédita.
3. La carta es inédita.

da el bedel a casa le digo claramente que no voy a escuela porque no tengo un traje limpio que ponerme.»[4]

A comienzos del segundo trimestre del segundo año, Antonio Gramsci conoció finalmente a su profesor de italiano. Se llamaba Raffa Garzìa y era un joven de treinta y tres años de aspecto no muy agradable, enjuto y bajo, con el ceño siempre fruncido: la tristeza en persona. Era irascible, no tenía ninguna contemplación con los imbéciles y los presumidos y no toleraba las insuficiencias en el aprovechamiento y la conducta: así que no tardó mucho en convertir aquel grupo de alumnos bulliciosos en un rebaño atemorizado. Tenía ya un cierto renombre. Unos diez años antes había publicado un ensayo, *Il canto di una rivoluzione*, examen comparado del himno logudorés de Francesco Ignazio Mannu contra los feudales sardos y del *Giorno* de Parini. Asimismo, dirigía «L'Unione sarda» que pese al montaje artesanal, era el diario de mayor tirada de la isla. Cabe añadir, para completar el retrato de Garzìa, que era anticlerical intransigente y radicalizante y no vacilaba, a pesar de procurar diferenciarse de los socialistas, en divulgar las iniciativas de éstos en su periódico (suyo en todos los sentidos: era también el propietario), llegando incluso a apoyarles. Así se unía a otros dos profesores de Gramsci, de ideas igualmente avanzadas o más: el profesor de latín y griego Costante Oddone, hombre de origen humilde, y el profesor de física Francesco Maccarone, amigo de Gennaro Gramsci y militante socialista.[5] Gramsci se convirtió en seguida en el alumno predilecto de Garzìa.

Sus deberes se leían en clase como ejemplos no sólo de estilo sino también de claridad intelectual. Garzìa prestaba al joven discípulo libros, escolares o no. En la escuela y con los tipógrafos y los periodistas era de maneras bruscas, pero frente a Gramsci se volvía dulce y amable. A veces le invitaba a su estudio de la calle Regina Margherita, donde se reunían los colaboradores de «L'Unione sarda». En fin, se habían establecido entre los dos unas relaciones que bien podían llamarse de amistad.

La distracción preferida de Gramsci seguía siendo la lectura.

«Lo leía todo —me contaba Gennaro. Cuando volví de cumplir el servicio militar en Turín yo era socialista militante: a principios de 1911 fui nombrado tesorero de la Cámara del Trabajo y secretario de la sección socialista de Cagliari. Por esto me reunía a menudo con Cavallera, Battelli, Pesci, los jóvenes dirigentes del socialismo en Cerdeña; a veces Nino venía con nosotros. A casa iba a parar una gran cantidad de material de propaganda, libros, periódicos, folletos. Nino pasaba la mayoría de las noches encerrado en casa sin salir ni un solo momento y leía con gran rapidez todos aquellos libros y revistas.»

Se había acercado ya a Marx: «por curiosidad intelectual», como dirá en una carta de 1924. También incluía en sus lecturas Carolina Invernizio, la «Domenica del Corriere» y «el periódico socialista "Il Viandante", dirigido por el revolucionario Tomaso Monicelli» (según sus propias palabras). «Dirás a Teresina —recomendaba en una carta (inédita) a su padre— que me conserve todos los artículos que publican en la "Tribuna": especialmente, si es posible, que me mande un artículo de Pascoli que han publicado hace cosa de un mes. Yo le estoy conservando la "Domenica del Corriere" y a la primera ocasión que tenga le enviaré todos los ejemplares» (en una postdata pedía la recuperación de *L'olmo e l'edera* de Anton Giulio Barrili y de un número de «Secolo XX»). También leía Grazia Deledda, pero no le gustaba.

«Lo que prefería de Sebastiano Satta —me dice Renato Figàri— eran las odas a los muertos de Bugerru, a Giuseppe Cavallera, a Efisio Orano. Una vez asistió a un recital de poesías en el círculo de la Vanguardia. Yo dije en aquella ocasión que nos correspondía a nosotros los jóvenes valorizar a los escritores sardos. Al día siguiente insistió en el tema. Recuerdo que criticaba a los autores sardos que se mantenían alejados de los temas vivos del momento. Cerdeña, objetaba, no sólo consiste en cercados, saltos, bardanas y madres de muertos. Él hablaba de las condiciones de la

4. La carta es inédita.

5. El profesor Maccarone será, en enero de 1911, uno de los dirigentes de la Asociación Anticlerical de Vanguardia, junto con Carmine Orano, presidente, y Renato Figàri, bibliotecario. En marzo será candidato al consejo municipal de Cagliari, en la lista de los partidos populares.

isla y de los mineros que trabajaban a centenares de metros bajo el suelo en beneficio del capital belga y francés y no disponían ni siquiera de sanatorios, de escuelas, ni de abrigo, y chocaban con la tropa a la primera reivindicación.»

Seguía el «Marzocco» y «La Voce» de Prezzolini, y en aquellas revistas encontraba los autores predilectos.

«A veces —cuenta su hermana Teresina—, después de que Nino hubiese indicado el cambio de domicilio, las revistas seguían llegando durante algún tiempo a Ghilarza. Yo estaba encargada de colocar en una carpeta los recortes de los escritores que más le atraían, sobre todo Croce y Salvemini. Recuerdo que también le gustaban Emilio Cecchi y Papini. Nino tenía una gran admiración por Cecchi. Pero en sus recomendaciones, cuando me pedía que recortase los artículos y los guardase ordenadamente en la carpeta, siempre otorgaba la máxima importancia a Croce y Salvemini.»

En aquellos tiempos estaban en boga los estudios sobre la cuestión meridional y de las islas y Gramsci hacía sus primeras experiencias culturales de reivindicación sardista, en la cual convergían todos, los giolittianos, los socialistas y los radicales, dando ambigüedad al movimiento de opinión. Desde marzo de 1919, el periódico de Raffa Garzìa (el redactor jefe responsable era Jago Siotto, que ya había sido director de «La Lega», el periódico de las primeras organizaciones socialistas) tenía un blanco fijo: el ministerio Luzzatti. Esto dependía en gran parte de la influencia que Francesco Cocco Ortu, excluido de aquel gobierno después de haber sido ministro varias veces, ejercía sobre el periódico, siempre pasivo y dispuesto por tanto, a plegarse más o menos a los cálculos políticos de quien le subvencionaba. La línea del momento era concentrar el fuego desde todas las posiciones contra el «gran Gigione» (así llamaba «L'Unione sarda» a Luzzatti, con un burlesco doble sentido: Luigi-Gigi-Gigione y *gigione-guitto*),[6] sin cuidarse mucho de que los ataques fuesen contradictorios entre sí. Estos procedían a veces de la derecha (por ejemplo, los ataques contra el proyecto de reforma electoral y contra la colusión entre Luzzatti y los reformistas de Bissolati) y a veces de la izquierda. La exuberancia polémica del editor-director Garzìa y del redactor-jefe Siotto se alimentaba sobre todo de savia sardista: el periódico se había convertido en una caja de resonancia de la protesta popular y cabe decir que las ocasiones de protesta no faltaban en un país atrasado en todo y que sólo iba delante de los demás en el analfabetismo, la malaria, el tracoma, la tuberculosis y la muerte por inanición.

6. Juego de palabras en el que se utiliza la cacofonía de *Luigi* (Luis), *gigione* (cantante malo y engreído) y *guitto* (mezquino, miserable). *(Nota del traductor.)*

El 23 de mayo de 1910 desembarcaron en Cagliari del yate real *Trinacria* Víctor Manuel III y la reina. Permanecieron en la ciudad hasta la tarde del 25. El rey puso la primera piedra de un dormitorio público en la calle degli Ospizi, la reina hizo entregar 2.800 liras de dulces a los niños de los asilos. Al día siguiente, «L'Unione sarda», que había dado gran relieve a la visita de los soberanos llegando a publicar incluso una foto, privilegio que sólo se había concedido aquel año a un calleritano divo del teatro lírico, Piero Schiavazzi, publicaba un comentario respetuoso para con los soberanos pero de una violencia extrema contra el gobierno:

«Las fiestas se han acabado —empezaba diciendo el artículo de Raffa Garzìa. Los pendones han bajado al suelo; las banderas se han guardado para otra ocasión; los sombreros de copa y el frac han vuelto a la protección paternal de la naftalina; han regresado a sus sedes los alguaciles que por algunos días han dado al capitán Bousquet la satisfacción de tener una compañía que mandar; se han liberado del privilegio feudal los medios de transporte y han sido restituidos a la sociedad burguesa; han cesado las ansias, las palpitaciones, la histeria de las autoridades que vigilaban en las aguas del puerto... La paz retorna a nuestra ciudad.»

Pero ¿por qué el ministerio Luzzatti quiere la visita de los soberanos? se preguntaba «L'Unione sarda». Una visita de este tipo tiene sentido cuando se quiere consagrar un acontecimiento extraordinario, un nuevo estado de cosas. «¿Y qué es lo que hay de nuevo, hoy por hoy, entre nosotros?» Sólo un poco de polvo «lanzado desvergonzadamente a los ojos de los tontos». En definitiva, la visita de Víctor Manuel III y de la reina había tenido el efecto de suscitar la

unanimidad, pero una unanimidad de cierto tipo contraria a la que las autoridades deseaban. «La Voce del popolo», órgano de las clases trabajadoras sardas, que se publicaba en Cagliari, dedicó este párrafo (ni una línea más) a la visita: «¡Qué ostentacion! ¡Cuántas chisteras, cuántos redingotes, cuántas mujeres hermosas, cuántas sonrisas de complacencia y de satisfacción moral, qué automóviles tan estupendos, cuántas riquezas, cuántas banderas, cuánta tropa, cuántos policías de paisano y de uniforme. He aquí el Rey!» El diario rival de «L'Unione sarda» «Il Paese», cuya línea consistía en oponerse constantemente a lo que dijesen Garzìa, su inspirador y sus colaboradores, esta vez no siguió su costumbre y el domingo 29 de mayo escribió: «Pese a la visita de Víctor Manuel III, todo seguirá en Cerdeña como antes y nuestros sufrimientos no disminuirán en absoluto.» Fue incluso más allá, llegando a denunciar el despilfarro de dinero por la acogida hecha a los soberanos: «Sea grande o pequeña la suma que costarán estos ridículos espectáculos coreográficos, estos alardes inútiles y serviles, estas vacías fiestas oficiales que no edifican sino que corrompen el sentimiento popular, decimos que ha sido simplemente un dinero mal gastado.» El prefecto Germonio había invitado a Cagliari, el miércoles 25 de mayo, a todos los alcaldes de la provincia: el rey —decía la convocatoria— deseaba verles. «Il Paese» publicó el telegrama de respuesta del abogado Felice Porcella, alcalde de Terralba: «Siento no poder adherirme honorífica invitación hecha por Su Señoría en espera que gobierno de Su Majestad se digne responder finalmente a justas y desatendidas reclamaciones de estos alcaldes, promulgando pronta y debidamente leyes para mejorar esta region mísera y doliente.» El vendaval sardista había vuelto a agitar los ánimos con más ímpetu todavía.

Dos semanas después, terminado el segundo año de instituto[7] y antes de regresar a Ghilarza, Gramsci fue a ver a Garzìa. Tenía diecinueve años y le habría gustado de ser posible, dar sus primeros pasos en el periodismo con algunas correspondencias breves del pueblo durante el verano. Raffa Garzìa le dijo que el periódico ya tenía corresponsal en Ghilarza pero añadió que la cosa tenía remedio: Gramsci podía ejercer la corresponsalía de un pueblo cercano a Ghilarza, Aidomaggiore. El joven partió con la promesa de que pronto recibiría su primera credencial de periodista. Y así fue.

La carta de Garzìa que acompañaba la credencial (de fecha 21 de julio de 1910) no tenía el tono burocrático habitual en estas circunstancias: «Le envío la credencial deseada —escribía el severo crítico y profesor de italiano. Sea bienvenida su colaboración: esperamos que nos mandará todas las noticias de interés público; tanto nosotros como nuestros lectores se lo agradeceremos. Cuente con mi sincero afecto.»

La primera correspondencia de Antonio Gramsci, seguramente su primer texto publicado, apareció en «L'Unione sarda» cinco días después, el 26 de julio. Son veinticinco líneas en total: una simple noticia, pero expuesta con ejemplar penetración y buen humor, sin el énfasis típico del debutante provincial. La noticia (firmada GI) dice así:

«En los pueblos vecinos había corrido la voz de que con motivo de las elecciones iban a ocurrir en Aidomaggiore acontecimientos grandes y terribles. La población quería introducir de un solo golpe el sufragio universal —es decir, quería elegir el alcalde y los consejeros plebiscitariamente— y parecía dispuesta a toda clase de excesos. El teniente de los carabineros de Ghilarza, el caballero Gay, seriamente preocupado por estos síntomas, hizo llamar a todo un cuerpo de ejército, 40 carabineros y 40 soldados de infantería —menos mal que sin cañones— y un delegado de la seguridad pública (parece ser que bastaba con uno solo). Al proceder a la apertura de las urnas el pueblo estaba desierto; tanto los electores como los no electores, por temor a la detención, se habían esfumado y la autoridad tuvo que ir casa por casa a desalojar a los reacios...»

La noticia terminaba con una fórmula típicamente gramsciana: «¡Pobres almendrales de Aidomaggiore! ¡Los soldados de infantería son como la filoxera!»

7. Las notas fueron las siguientes: italiano, siete y ocho; latín: ocho y ocho: historia de la cultura griega: nueve; historia y geografía histórica: ocho; filosofía: siete; historia natural: siete; física y química: siete.

8

El 17 de noviembre de 1910, a las pocas semanas de que Antonio Gramsci hubiese regresado a Cagliari para el tercer curso del instituto, aparecieron en la misma página de «L'Unione sarda» dos noticias de distinto relieve: el anuncio de la muerte de León Tolstoi y la inminente llegada a Cerdeña del honorable Guido Podrecca, diputado socialista y director del periódico anticlerical «L'Asino». Sobre todo la segunda fue la que turbó a los calleritanos.

Se atravesaba un momento de inquietud general. La campaña de prensa de «L'Unione sarda» contra el gobierno Luzzatti proseguía con acritud. La inspiraba la hostilidad de Cocco Ortu contra aquel ministerio. Pero si la había promovido el resentimiento de un influyente político excluido del ejercicio del poder, los hechos le daban un contenido serio: los problemas que seguían acumulándose sin solución y agravándose con la elección giolittiana de las alianzas de clase en el norte, en perjuicio del sur. El objetivo del grupo dirigente político era favorecer los altos beneficios de la industria (el proteccionismo contribuía a ello) y narcotizar el movimiento obrero con la práctica de las adaptaciones salariales. Habían de ser sobre todo las masas campesinas del Mediodía las que cargasen con las consecuencias de esta orientación; pero a los grupos que ejercían el poder esto les importaba poco. Eran masas alejadas de las competiciones políticas a causa del analfabetismo; por ello eran incapaces de influir en las cuestiones nacionales y la clase dirigente política no tenía por qué preocuparse de sus estados de ánimo: le bastaban unos cuantos fusiles del ejército para reprimir las eventuales revueltas. De hecho, en Cerdeña la economía agrícola —es decir, una buena parte de la economía de la isla— era una serpiente que se mordía la cola: los bajos rendimientos y la dureza de las cargas fiscales (bandidaje fiscal del Estado, se decía) impedían el ahorro y, por consiguiente, la acumulación de capital; sin capital resultaba imposible toda iniciativa de transformación agraria; y la subsistencia de condiciones atrasadas, con métodos primitivos de explotación de la tierra, era una causa

de los bajos rendimientos. Continuó la despoblación de los pueblos. Aumentó el número de trabajadores en paro. Los precios volvieron a subir: los alquileres y los precios de los víveres y sobre todo, los de los artículos manufacturados de importación, gravados con fuertes tarifas aduaneras. Se habían aprobado algunas leyes en favor de la isla, pero las pocas que se conseguía hacer aplicar lo eran sólo en parte y siempre tarde y mal. Ni siquiera se satisfacían reivindicaciones marginales como la abolición de las tarifas diferenciales para el transporte de mercancías y de pasajeros. El aislamiento era agravado por la irregularidad de las comunicaciones marítimas, a causa de la decrepitud de los barcos y de las frecuentes averías de las instalaciones telegráficas, que apartaban a Cerdeña del resto del mundo. La exasperación se extendía. Todas las capas sociales se resentían de este estado de abandono. Desde comienzos del verano soplaban en Cagliari vientos de tempestad. A primeros de julio, el alcalde Marcello y el consejo municipal en pleno habían dimitido en signo de protesta por las insuficiencias gubernamentales.

En los días de aquella y de otras dimisiones en masa de órganos electivos, «L'Unione sarda» había subrayado la sucesión de los acontecimientos con una tempestad de títulos llamativos, un martilleo de titulares desplegados a toda página.[1] La batalla periodística continuó con la misma vehemencia durante todo el verano. Es fácil comprender que el anuncio de la visita del honorable Podrecca, en aquella atmósfera de revuelta, excitase el entusiasmo de la mayoría de los ciudadanos y llenase de consternación a las autoridades gubernativas y a los ambientes clericales.

Habían sido la sección socialista y la Cámara del Trabajo las que habían invitado a Cagliari al diputado de Budrio. Sobre todo la Cámara del Trabajo, constituía por entonces el punto de confluencia de los obreros, los intelectuales, los empleados y los pequeños comerciantes. Era secretario de la misma un sindicalista toscano, Gino Pesci, que pertenecía al grupo de emigrados políticos llegados a Cerdeña después de Cavallera.[2] Gennaro Gramsci, que tenía entonces veintiséis años, pasaba allí una buena parte de su tiempo libre y a veces Antonio le seguía. Ir a la Cámara del Trabajo, con la atmósfera de catacumba que en ella se respiraba, era entonces para los jóvenes como aventurarse en un mundo prohibido, estimulante precisamente por esto; era como un acto de desafío, un gesto demostrativo de la propia energía moral: concurrir asiduamente a los locales de la calle Barcellona, siempre vigilados por la policía, significaba exponerse al peligro de persecuciones. En definitiva, en una época marcada todavía por el temple romántico, esta atmósfera de nuevo carbonarismo favorecía el proselitismo. Con el anuncio de la visita de Guido Podrecca, se perfilaba ahora la perspectiva de choques en la plaza pública con los clericales, que tenían detrás suyo un diario, «Il Corriere dell'isola».

El diputado socialista tenía que pronunciar un ciclo de conferencias: el martes 22 de noviembre en el teatro Valdès de Cagliari, sobre «El pensamiento revolucionario de Ricardo Wagner»; el jueves 24 sobre el tema «Fe y moral» y el sábado 26 en Iglesias, en la antigua iglesia de San Francesco, sobre «El esposo del alma». Como conclusión, tenía que celebrarse un gran mitin en Cagliari, en la plaza del Carmine, la tarde del domingo 27 de noviembre, sobre el tema «La organización obrera». Cuatro días antes de que el director de «L'Asino» llegase a Cagliari, «L'Unione sarda» publicó una nota fuertemente anticlerical. «Se dice —informaba— que los clericales tienen la intención de concentrarse en la estación del ferrocarril cuando llegue el honorable Podrecca para hacer objeto al diputado socialista de una manifestación hostil, manifestación que se repetirá en todas sus conferencias.» A guisa de comentario de los rumores, el dirio proclamaba indignado: «Sería una verdadera villanía.» Y añadía: «No se nos puede acusar de demasiado simpatía por ciertos métodos del socialismo italiano, pero esto no nos impide saludar en el honorable Podrecca el combatiente por una idea y el colega brillante y valeroso.» Las te-

1. Los titulares eran del tenor siguiente: «Voces de desprecio y principio de batalla», «La fiera protesta de Cagliari y de la provincia», «Las dimisiones del consejo municipal», «Las dimisiones en masa de los cuerpos electivos», «La gran protesta por la defensa de nuestros derechos», «Contra todas las promesas vanas», «La insurrección de la conciencia pública».

2. Un joven pintor, del que después se ocuparía la crítica más seria y competente, Filippo Figàri, había diseñado el boceto del carnet. Junto al lema *Proletarios de todos los países unios* se veía un trabajador portuario y un minero dándose la mano y unos niños que intercambiaban espigas.

midas manifestaciones de hostilidad no tuvieron lugar. El diputado socialista fue acogido triunfalmente; y en Iglesias, según la prosa ditirámbica de «L'Unione sarda» «fue tal la fascinación ejercida por el orador que ni siquiera los clericales pudieron abstenerse de aplaudir». Exageraciones aparte, el viaje propagandístico del popular diputado y periodista tuvo el efecto de dar un nuevo ímpetu y una más segura mordiente a las organizaciones de izquierda.

Por aquellos días se había producido un hecho alarmante, que había aumentado todavía más la inquietud de los ciudadanos y había provocado una nueva ola de protestas contra la pasividad de las autoridades: una epidemia de meningitis. «Las camillas van y vienen», denunciaba el 8 de diciembre «L'Unione sarda». Junto a las rúbricas habituales, «Gorros y togas», «Sardos que nos honran», «El que parte». «Poco a poco», etc. se publicaba ahora otra fija: «La meningitis cerebro-espinal». «Estamos expuestos a un gravísimo peligro»: tal era el grito de alarma del articulista que además de denunciar fustigaba la «ineptitud y la debilidad del prefecto». En cuanto al comisario regio, nombrado a raíz de la dimisión del alcalde Marcello y del consejo municipal en pleno, el periódico se quejaba diciendo: «hoy el ayuntamiento de Cagliari es una sección más de la Prefectura (y quizá también de la Curia)». «¿Y el gobierno? Calla. ¿Y en la Cámara quién protesta? Nadie. Pero aquí la gente se muere.» Tal era la dramática conclusión del articulista, con gran aceptación del público.

El domingo 11 de diciembre de 1910, en plena campaña periodística por la epidemia de meningitis, se celebró en la Cámara del Trabajo una asamblea de delegados de todas las asociaciones ciudadanas. La meningitis cerebro-espinal no se había incluido en el orden del día. En una circular enviada cuatro días antes a las organizaciones en cuestión, Gino Pesci había señalado «la inquietud en que viven los ciudadanos a causa del progresivo aumento del precio de los víveres y de los alquileres» y decía que estaba convencido de que «para detener el movimiento ascendente» era «necesario participar en la intensa agitación de muchas otras ciudades de Italia». La asamblea fue realmente plenaria. Se constituyó un «comité de agitación contra la carestía de los víveres y de los alquileres». Y «L'Unione sarda» aprobó la iniciativa añadiendo:

«El prefecto, el comendador Germonio, que duerme profundamente cuando se trata de luchar enérgica y eficazmente contra la epidemia de meningitis, quiso mostrar ayer el máximo celo enviando un funcionario de la seguridad pública a la reunión de la Cámara del Trabajo, que tenía un carácter y unos objetivos exclusivamente económicos. Pero al comendador Germonio, que no quiere ni sabe dar satisfacción a los intereses supremos de los ciudadanos, no le gusta que le cojan de improviso. Por esto estableció un excelente servicio de información para conocer los nombres de la "canalla" que interviene en la Cámara del Trabajo.»

En aquel clima de ánimos tensos, se supo al día siguiente que el jefe de policía de Bari, destituido a raíz de una investigación, era trasladado a Cagliari. La epidemia de meningitis estaba en su punto culminante. Existía una verdadera exasperación ante la astronómica subida de los precios. Sólo faltaba, para excitar todavía más las pasiones, la nueva demostración de la idea que las autoridades centrales tenían de Cerdeña, como una tierra de castigo. «De modo que —reaccionó "L'Unione sarda"— para el gran Luzzatti, amigo entrañable de Cerdeña, Cagliari y toda la isla son tierras de castigo, de relegación, y si un funcionario, por incapacidad o indignidad resulta incompatible en el continente, se encuentra en seguida la solución: Cerdeña es el domicilio adecuado para estas gentes.»

Poco después, se convocaron para los días 6-7-8 de enero de 1911 las elecciones para la renovación de la comisión ejecutiva de la Cámara del Trabajo. Los candidatos eran el ferroviario Salvatore Baire, el picapedrero Salvatore Crovato, el metalúrgico Luigi Favero, el empleado Gennaro Gramsci, el marmolista Luigi Onali, el sastre Angelo Pischedda y el calderero Alfredo Romani. Gennaro Gramsci fue uno de los elegidos y se encargó de la caja. Naturalmente, la cosa no podía dejar de tener consecuencias, dado el severo control que la policía ejercía entonces sobre los dirigentes sindicales. Al poco tiempo, Francesco Gramsci y Peppina Marcias supieron en Ghilarza que se había solicitado una información sobre Gennaro. Su inquietud fue terrible. Furioso e inquieto, el señor Ciccillo pensaba hacer un viaje a Cagliari para ver claro. Antonio escribió entonces a su madre (la carta se publica aquí por primera vez):

«Te contesto inmediatamente para que papá no haga la tontería de venir aquí. Os asustáis porque la policía pide informaciones de uno. No hay razón alguna para inquietarse. No sé que os imaginaréis: que Nannaro está en la cárcel, entre cuatro carabineros. No tengáis miedo que no pasará nada de esto. Nannaro ha aceptado algunos cargos en la Cámara del Trabajo; por esto, su nombre hasta ahora desconocido, ha llegado a los ojos de la policía, que ha querido saber quién era este revolucionario, este nuevo degollador: esa ha sido la causa de que haya pedido informaciones. ¿Estás satisfecha? Como ves no se trata de nada malo y todo termina ahí. Ha habido una huelga y dado que Nannaro es el tesorero de la Cámara del Trabajo la policía quería saber su dirección para secuestrar los fondos y hacer cesar la huelga; pero la huelga ha terminado por sí sola y los fondos se han quedado donde estaban. Para otra vez, cuando sepáis cosas de este tipo, quedaos tranquilos y reíros en las barbas del teniente y de todos los carabineros, como hago yo mismo: pobrecillos, en el fondo hay que compadecerlos. Ocupándose como se ocupan de socialistas y de anarquistas no tienen tiempo de pensar en los ladrones y malhechores y tienen miedo de que les roben el tricornio...»

Antonio Gramsci tenía veinte años. Se había integrado mejor en el ambiente de la ciudad y leyendo sus cartas inéditas de este período nos formamos de él una nueva imagen. la de un estudiante desmelenado, de un tumultuoso frecuentador del gallinero de los teatros. «Por mi espléndida cabellera que ondea con el viento, me han tomado por una muchacha y se han extrañado de que una mujer hiciese tanto ruido en el teatro, porque sólo veían la cabeza y la mano que hacía un sonoro chasquido. Yo no me lo he tomado mal; al contrario, he agradecido la atención que me prestaban.» Y añadía: «La otra noche me han llamado la atención porque admiraba en voz alta los espléndidos bigotes de un guardia: le he dicho que si no quería que se hablase de su bigote, que se lo cortase.» Pero, detrás de esta apariencia de buen humor, la vida de Antonio era muy triste.

Sin la ayuda de casa, el salario de Gennaro, no bastaba ya para los dos. La vida se había encarecido y dos personas no podín vivir con cien liras al mes. Antonio escribió entonces a su padre: «Nannaro ya se ha sacrificado bastante; se ha hecho anticipar algún dinero pero ahora no sabe cómo arreglárselas; cada día le veo más serio y hoy estaba decidido a enviarme nuevamente a Ghilarza... Sólo con mis ruegos he podido convencerle de que escribiéndote esta noche todo se arreglará.»[3] Siguió sus estudios en Cagliari pero en condiciones muy difíciles. Años más tarde recordará: «Empecé por dejar de tomar el café por la mañana; después procuraba comer lo más tarde posible y así ahorraba la cena. Durante ocho meses hice una sola comida al día y llegué al final del tercer año de instituto en condiciones de grave desnutrición.»

Los chicos de su edad, la quinta de 1891, pasaban la visita para la movilización. Eran en toda la isla 11.632; más de la mitad, 7.968 fueron excluidos del servicio militar por inútiles; y la causa declarada de la inutilidad de 2.486 de ellos era la desnutrición. Era inconcebible que entre aquellas masas hambrientas y entre aquellos intelectuales sentimentalmente próximos a las mismas pudiese propagarse la estrecha concepción del socialismo de los sindicatos reformistas del norte, sustancialmente alineado con los fautores del proteccionismo y, por consiguiente, insensible de hecho a la trágica condición del subproletariado agrícola meridional. Al contrario, empezaba a despuntar el socialismo «campesino», de inspiración salveminiana. Por su hermana Teresina sabemos que Gramsci seguía con gran interés los escritos de Salvemini. En «La Voce» del 13 de octubre de 1910, el intransigente meridionalista había anticipado una parte de su informe al congreso socialista de Milán, donde exponía la posición de los «reformistas disidentes»: éstos «no aceptan el revolucionarismo verbal pero tampoco pretenden que el reformismo sea sinónimo de ministerialismo, de giolittismo, de masonería crónica y haga del partido socialista una nueva organización oligárquica al servicio exclusivo de las corporaciones obreras más poderosas y en detrimento de la mayor parte de la clase trabajadora no electoral». En Cerdeña, la orientación que correspondía en cierto sentido a la de Salvemini era una mezcla de sardismo, radicalizado hasta el separatismo, y de socialismo, no exento de tonos revolucionarios: el resultado era una especie de socialsardismo tan heterodoxo en relación con Marx como son las concepciones federales de un Cattaneo. La lucha de clases era

3. La carta es inédita.

uno de sus elementos doctrinales; pero la clase a combatir se identificaba, confusamente y con una peligrosa generalidad, con los ricos del continente; y entre los ricos, o por lo menos entre los privilegiados, se incluía a los obreros de la industria. La organización política del sardismo, el Partido Sardo de Acción, con temas y un programa precisos, no se fundó hasta 1919; hasta entonces el sardismo no fue más que un clima de rebelión contra el centralismo estatal.

En marzo de 1911 se celebraron en Turín las grandes fiestas conmemorativas del primer cincuentenario de la unidad. Podía ser una excelente ocasión para la tregua, para el adormecimiento de los encendidos ánimos regionalistas. Pero el aluvión de retórica no bastó. El resentimiento era tenaz y contribuyó a agudizarlo el hecho de que no se concediesen facilidades de viaje a los alcaldes sardos invitados a Turín para la gran asamblea que había de celebrarse el 17 de marzo. El alcalde de Cossoine, Agostino Senes, rechazó la invitación con este telegrama: «No asistiré porque las grandes reducciones ferroviarias, no llegan a la vieja Cerdeña, olvidada por todos.» Se le unió el alcalde de Fluminimaggiore con esta otra respuesta: «Dada la gran distancia y la no concesión de rebajas para el viaje desde Cerdeña y las limitaciones financieras de mi ayuntamiento me es imposible asistir asamblea alcaldes, a la cual me adhiero *sin embargo*, con corazón de italiano.» Con matices distintos, representaban el estado de ánimo generalizado en Cerdeña. «L'Unione sarda» calificó al ministro Sacchi de «mezquinamente tacaño».

En aquella época, ¿a qué fase de desarrollo había llegado el «proceso vital» de Antonio Gramsci? Por una carta de 1924 sabemos que por entonces estaba convencido de que «había que luchar por la independencia nacional de la región». También parece ilustrar sobre la primera formación de Gramsci en aquel período de estudios secundarios una composición de italiano que escribió en el tercer año (en enero de aquel mismo año, Gramsci había cumplido los veinte años). El profesor de segundo año Raffa Garzìa, estaba enfermo y había pedido la excedencia. Le había sucedido en la cátedra de italiano un hombre alto y soñador, Vittorio Amedeo Arullani, lector agudo de los textos clásicos y en política abierto a todas las ideas, sin ser de izquierda. Fue con él que Antonio Gramsci hizo una redacción sobre el colonialismo y los pueblos oprimidos:

«... Un día se propaga la noticia: un estudiante ha asesinado al gobernador inglés de la India; o bien: los italianos han sido derrotados en Dogali; o bien: los *boxers* han exterminado a los misioneros europeos. Entonces, la vieja Europa horrorizada lanza imprecaciones contra los bárbaros, contra los salvajes, y se lanza una nueva cruzada contra aquellos pueblos infelices... Las guerras se hacen en nombre del comercio, no de la civilización: los ingleses han bombardeado muchas ciudades de China porque los chinos no querían aceptar su opio. ¡Esto no es la civilización precisamente! Y los rusos y los japoneses se han matado entre sí para dominar el comercio de Corea y de Manchuria.»

El tema terminaba de una manera que ya revelaba claramente la adhesión del joven alumno del Liceo Dettòri al marxismo:

«La Revolución francesa abatió muchos privilegios, liberó a muchos oprimidos, pero no hizo más que sustituir el dominio de una clase por el dominio de otra. Sin embargo dejó una gran enseñanza: que los privilegios y las diferencias sociales son producto de la sociedad y no de la naturaleza y por esto pueden superarse. La humanidad tiene necesidad de un nuevo bautismo de sangre para cancelar muchas de estas injusticias: ¡que los dominadores no se arrepientan entonces de haber dejado a las masas en el estado de ignorancia y de ferocidad en que hoy se encuentran!»

Esto se escribió en 1911; seis años después caería el régimen zarista.

En el examen de grado, Gramsci obtuvo un nueve en italiano escrito; fue el profesor Arullani quien puso la nota. Las notas restantes, incluso las de las materias científicas, fueron también satisfactorias. Gramsci cuenta:

«Después del primer año de instituto dejé de estudiar matemáticas; elegí, en cambio, el griego (entonces había que optar entre las dos disciplinas); pero en el tercer año demostré que había conservado una notable "capacidad". Ocurría que, en tercer año, para estudiar la física había que conocer los elementos de matemáticas que los alumnos que habían elegido el griego no tenían obligación de saber. El profesor de física que era muy calificado (Francesco

Maccarone, socialista y amigo de Gennaro Gramsci), se divertía enormemente planteándonos dificultades. En el último interrogatorio del tercer trimestre me puso preguntas de física relacionadas con la matemática, diciéndome que de la exposición que hiciese dependía el promedio anual y por consiguiente, la obtención de la licencia con o sin examen: se divertía mucho viéndome en la pizarra y me dejó todo el tiempo que quise. Estuve media hora ante la pizarra, me llené de yeso de la cabeza a los pies, intenté, volví a intentar, escribí, borré, pero finalmente "inventé" una demostración que el profesor consideró excelente, aunque no se encontrase en ningún tratado. Este profesor —concluye Gramsci que conoció a mi hermano mayor, en Cagliari, me torturó con sus risas durante todo el tiempo que quedaba de escuela: me llamaba el físico helenizante.»

Aparte del nueve en italiano escrito, Antonio Gramsci concluyó los estudios del instituto, en la primera sesión, con un ocho en todas las materias.

9

Al término de los estudios secundarios se ofrecía la posibilidad a los estudiantes pobres de las antiguas provincias del ex reino de Cerdeña, de proseguir los estudios en la Universidad de Turín, con una beca del colegio Carlo Alberto. La beca consistía en setenta liras mensuales durante diez meses. Aquel año, en el otoño de 1911, la fundación albertina había abierto un concurso para treinta y nueve becas. Antonio Gramsci comprendió en seguida que sin esta solución su familia difícilmente podría sostener la carga de los estudios universitarios. El padre había conseguido la rehabilitación y había entrado en el catastro como simple escribiente, pese a sus estudios clásicos y a un par de años de estudios de derecho. Para mantener a un hijo en la universidad se necesitaba mucho más que su modesta paga, sobre todo si se tiene en cuenta que tenía todavía a su cargo otros cinco hijos además de Antonio. Mario, el cual había cumplido los dieciocho años, quería entrar en la marina o en el ejército; había hecho algunos años de *ginnasio* y tenía alguna posibilidad de hacer carrera como suboficial y quizá como oficial; pero, mientras tanto, en espera de tener la edad para el ingreso voluntario en filas, seguía en Ghilarza sin trabajar y constituía una carga para las débiles finanzas paternas. Carlo tenía catorce años y estudiaba en el *ginnasio* de Oristano. Las hijas ayudaban lo poco que podían. En conclusión, la única perspectiva para Antonio era obtener una de las treinta y nueve becas en concurso. En caso de trasladarse a Turín habría podido contar con algún dinero de Gennaro, que trabajaba en la fábrica de hielo de Cagliari y ganaba lo suficiente para mantenerse y socorrer un poco al hermano estudiante. Había que pasar, sin embargo, la primera prueba, a base de las notas de la licencia secundaria. Si era admitido e invitado a Turín, tenía que pasar una larga serie de exámenes escritos y orales.

Aquel verano, Antonio no atravesaba un buen momento: las comidas saltadas en la última etapa del instituto le habían debilitado. Estaba desanimado. Más tarde recordará: «Sólo a finales del año escolar supe que existía la beca

del colegio Carlo Alberto, pero en el concurso debíamos examinarnos de todas las materias de los tres años de instituto. Así que debía hacer un esfuerzo enorme durante los tres meses de vacaciones.» Tenía un tío en Oristano, el farmacéutico Serafino Delogu (primo hermano de la madre), y un hijo de este tío Serafino, llamado Delio, por el cual Antonio sentía mucho afecto, necesitaba algunas lecciones particulares: «Sólo el tío Serafino se dio cuenta de las deplorables condiciones de debilidad en que me encontraba y me invitó a ir con él a Oristano, como profesor particular de Delio. Estuve un mes y medio y por poco no me volví loco. No podía estudiar para el concurso, porque Delio me absorbía completamente, y la preocupación unida a la debilidad, me fulminaba. Me escapé a escondidas y ya sólo me quedaba un mes para estudiar.»

A primeros de septiembre supo que había sido admitido a las pruebas de examen. Al darle la noticia en carta fechada el 2 de septiembre, la secretaría del colegio Carlo Alberto añadía: «Los concursantes de Cagliari no son más que dos, comprendido usted.» Y también: «Durante el período de los exámenes escritos, del 16 de octubre fecha en que deberá encontrarse usted en Turín, hasta el día siguiente al último examen, recibirá usted la indemnización prescrita de tres liras diarias y se le pagará el viaje en segunda clase de Cagliari a Turín (menos el importe de trescientos kilómetros).»[1] A mediados de octubre, a los veinte años y medio (cumplía los veintiuno en enero), Gramsci abandonó Ghilarza para trasladarse «al otro lado de las grandes aguas», como se decía entonces, menos barrocamente de lo que hoy parece. «Partí hacia Turín —recordará— como en un estado de sonambulismo. Llevaba cincuenta y cinco liras en el bolsillo; había gastado cuarenta y cinco liras para el viaje en tercera, de las cien liras que me habían dado en casa.»

Fue un viaje largo, con parada en Pisa. El tío Zaccaria Delogu, capitán del ejército, partía hacia Trípoli. Habían pasado a saludarlo los hermanos Serafino y Achille. Antonio pasó la noche con ellos. Finalmente, llegó a la gran metrópoli industrial. El «triple o cuádruple provincial que era

1. Lo mismo les había ocurrido en marzo a los alcaldes invitados a Turín con motivo del primer cincuentenario de la unidad: el subsidio para el viaje no comprendía la travesía marítima.

un joven sardo a principios de siglo» quedó aturdido. En la primera carta enviada a casa desde Turín leemos: «Siento una especie de horror a andar por la calle, desde que he corrido el peligro de ir a parar bajo las ruedas de no sé cuantos automóviles y tranvías.»[2] En la estación de Porta Nuova le había recibido un compatriota de Ghilarza que trabajaba en la Pirelli, Francesco Oppo. Apenas llegó a la habitación que le había indicado éste, tuvo la primera sorpresa: a causa del alza de precios provocada por la Exposición del Cincuentenario, la habitación costaba tres liras diarias: todo lo que le daba el Colegio no sólo para dormir sino también para comer. Escribió a su padre: «He tenido que pagar tres liras diarias por el alquiler y otras tantas o más para comer; pero hoy, cuando he ido al Colegio para cobrar la indemnización, he contado al secretario mi odisea y muy amablemente me ha encontrado otra habitación por una lira cincuenta al día.»

Los exámenes empezaron el 18 de octubre. El tema de italiano, según refiere Domenico Zucàro, que ha recogido los testimonios de Maria Cristina Togliatti y de Augusto Rostagni, que también participaron en el concurso, versó sobre la contribución de los escritores anteriores al *Risorgimiento*, Alfieri, Foscolo, etc., a la unidad italiana. Apenas supo que había sido admitido a los exámenes orales, Antonio escribió a casa: «Acabo de volver de la universidad, donde he ido a ver los resultados del tema de italiano. He pasado, menos mal. Pero esto no me da plena seguridad, porque entre unos setenta concursantes sólo cinco han sido suspendidos; esto quiere decir que todos están bien preparados y que el examen es mucho más serio de lo que yo creía.»[3] En los demás exámenes escritos tuvo también notas suficientes: veintiuno en el de historia; veintitrés en la composición de latín, veinticuatro en la traducción del griego; veinticinco en el tema de filosofía. El 27 de octubre pasó los exámenes orales. Más tarde dirá: «No sé cómo hice para pasar los exámenes, porque me desvanecí dos o tres veces.» Al publicarse la clasificación final vio que su nombre figuraba en el noveno puesto. En el segundo estaba el nombre de otro estudiante pobre venido de un instituto de Cerdeña, Palmiro Togliatti.

2. La carta es inédita.
3. La carta es inédita.

No se habían conocido antes. «El primero y fugaz encuentro entre dos jóvenes entonces bastante huraños y cerrados» no tuvo lugar, como más tarde recordará Togliatti, hasta los exámenes para la admisión en el Colegio de las Provincias. Les aproximaba el hecho de proceder ambos de Cerdeña: Togliatti, hijo de un administrador del Colegio Nacional de Pensionistas, fallecido en enero de aquel mismo año 1911, había cursado los tres años de instituto en el Domenico Alberto Azuni, de Sassari. También les movía a la confianza «la común y evidente condición de gran privación, el mismo modo en que íbamos vestidos», escribirá Togliatti. Pero, los vínculos entre los dos jóvenes estudiantes no empezaron a ser sólidos hasta más tarde.

El primer invierno de Gramsci en Turín constituyó uno de los momentos más críticos de su agitada existencia. Había alquilado una habitación en la Barriera di Milano, en el número 57 de Corso Firenze, sobre el Dora. No tenía amigos, estaba lejos de su casa y sentía más que nunca el peso de la soledad. El esfuerzo para ganar la beca y las privaciones a que le constreñían sus escasos medios le habían agotado. «En 1911, en un período en que enfermé gravemente por el frío y la desnutrición —recordará más tarde— soñaba que una inmensa araña se precipitaba de noche sobre mí y me sorbía el cerebro mientras dormía.» Un contratiempo le había hecho pasar las primeras semanas después del concurso sin dinero. Creía que tenía derecho a la exención de las tasas universitarias, pero sólo le concedieron una exención del cincuenta por ciento; para obtenerla tenía que presentar, además, una serie de documentos. En espera de éstos, la inscripción en la universidad estaba condicionada al pago de las tasas enteras; y sin la inscripción en la universidad, el colegio no le pagaba la beca de setenta liras mensuales. El 4 de noviembre, Antonio escribió al padre pidiéndole que pagase el importe de las tasas y añadió: «El colegio no me paga el subsidio si no estoy inscrito regularmente en la universidad: me encuentro casi sin blanca y tengo que pagar a la patrona de la casa donde me he instalado provisionalmente durante estos meses: es necesario pues, que si puedes me mandes telegráficamente treinta liras, por lo menos.»[4] Francesco Gramsci pagó en Ghilarza las 75 liras de tasa el 10 de noviembre y el 16 Antonio

4. La carta es inédita.

pudo finalmente matricularse en la Facultad de Letras, en la sección de Filología moderna. En seguida empezó a percibir el primer dinero del colegio. Pero en Ghilarza no entendían que para vivir necesitase más que las setenta liras de la fundación albertina. Antonio escribió:

«Estas setenta liras son absolutamente insuficientes y lo demostraré con datos concretos: por más vueltas que he dado no he podido encontrar una habitación por menos de veinticinco liras, como la que ocupo ahora. De las setenta quito veinticinco y quedan cuarenta y cinco liras, con las cuales he de comer, lavarme la ropa (no menos de cinco liras entre el lavado, el planchado, etc.), limpiarme los zapatos, iluminar la habitación, comprar papel, plumas, tinta para la escuela: parece poco pero hace en total cuarenta liras. Para el desayuno, os diré que un vaso de leche cuesta diez céntimos y un panecillo de veinticinco gramos cuesta cinco... Para la comida, no se encuentra nada por menos de dos liras en la fonda más modesta, como aquella en que comía hasta hace pocos días: me daban un plato mínimo de macarrones por sesenta céntimos y un bistec delgado como una hoja de papel por otros sesenta céntimos más; tenía que comerme seis y siete panecillos y me quedaba con el hambre de antes...»[5]

Su madre le envió un chal: «para que te lo pongas en los hombros —le escribió Grazietta el 14 de diciembre— cuando estés en casa. A mamá le ha hecho reir la forma en que andas vestido por casa, pero también siente una gran compasión por tu mísera situación». Cinco días antes de Navidad, la primera Navidad que pasaba fuera de casa, Antonio se decidió a contar más abiertamente, en una carta al padre, las condiciones en que vivía en Turín. Es una de las pocas veces en que Gramsci, tan poco inclinado a hablar de sí mismo en lo sucesivo y en todo caso propenso a hacerlo impersonalmente, como si describiese cosas que no le afectasen, es una de las pocas veces, decimos, en que Gramsci, abandonando el tono del cronista alejado de sus sufrimientos, se desahoga —dice libremente:

«Me veo obligado —imploraba— a pedirte que me man-

5. La carta es inédita.

des sin falta, antes de acabar el mes, las veinte liras que me has prometido; este mes en el Colegio sólo me han dado sesenta y dos liras, de las cuales he entregado cuarenta a la patrona como anticipo y deberé darle cuarenta más para completar el resto. Pasaré una Navidad muy estrecha y no quisiera hacerla todavía más escuálida con la perspectiva de tener que vagabundear a través de Turín en busca de un cuchitril, con este frío. Creía que me podría hacer un abrigo, porque Nannaro me ha mandado diez liras. Pero tendré que esperar hasta quién sabe cuando: y no creas que sea muy agradable salir de casa y atravesar la ciudad tiritando y al volver encontrar una habitación fría y no poderla calentar y estar tiritando todavía durante un par de horas. Si lo hubiese sabido, puedes tener por seguro que a ningún precio me habría metido en este glaciar. Y lo peor es que la preocupación por el frío no me permite estudiar, porque o bien paseo por la habitación para calentarme los pies o debo quedarme en cama, envuelto en las mantas, porque no consigo soportar la primera helada.»[6]

El dinero pedido llegó el día de Año Nuevo. Se deduce por una carta del 3 de enero de 1912. Antonio decía a su padre:

«Recibí ayer tu giro telegráfico de quince liras y te estoy muy agradecido. Puedes creer que estoy pasando un momento muy malo y después de recibir una postal el día 26 no esperaba ya que me enviases el dinero. Espero que de ahora en adelante no te sentirás molesto, porque puedes creer que sin tus veinte liras no puedo tirar adelante aunque quiera hacer los más duros sacrificios.»

En estas condiciones, mal alimentado, amargado por una soledad más aguda y dolorosa que nunca, y con el cerebro lacerado por el agotamiento, Gramsci estudiaba. Más tarde recordará: «Pasé el invierno sin abrigo, con un traje de medio tiempo bueno para Cagliari. Hacia marzo de 1912, me encontraba tan mal que durante algunos meses dejé de hablar: cuando hablaba equivocaba las palabras. Además, habitaba junto al Dora y la niebla helada me hacía un daño terrible.»

6. La carta es inédita.

Desde el principio le había tomado mucho afecto un joven profesor dálmata, Matteo Bartoli, catedrático de lingüística, que había publicado ocho años antes un ensayo con el título *Un po'di sardo*. A Bartoli le parecía que el dialecto sardo tenía mucha importancia en el cuadro de los estudios sobre las prolongaciones extremas a que había llegado el latín vulgar, renovándose en varias direcciones y haciendo proliferar nuevas lenguas. Por esto «seguía con mucha atención» como escribe Domenico Zucàro, «los testimonios lingüísticos de Cerdeña». Gramsci hablaba el sardo perfectamente y era uno de los escasos isleños inscritos en la facultad de Letras de Turín. Indudablemente, fue esta circunstancia la que despertó la atención primero y la simpatía después del lingüista, atención y simpatía que a medida que la colaboración se intensificaba se convirtieron en verdadera amistad. A aquel primer período pertenece una carta en que Antonio pedía a su padre que encargase a algún amigo una lista de palabras sardas, «pero en el dialecto de Fonni... indicando claramente si la S se pronuncia sonora, como en *rosa* (italiano) o sorda, como en *sordo* (italiano)».

También se relacionaba, en la universidad o fuera de ella dando largos paseos, con el encargado de literatura italiana, Umberto Cosmo, que había sido profesor de italiano en el Liceo Dettòri de Cagliari.

«Cuando era el alumno de Cosmo —dirá— estaba en desacuerdo con él, en muchas cosas, naturalmente, pero todavía no había precisado mi situación y, aparte de esto sentía por él un gran afecto. Sin embargo, me parecía que tanto yo como Cosmo y muchos otros intelectuales de la época (puede decirse que en los primeros quince años del siglo) nos encontrábamos en un terreno común: participábamos en todo o en una parte del movimiento de reforma moral e intelectual promovido en Italia por Benedetto Croce, cuyo primer punto era el siguiente: que el hombre moderno puede y debe vivir sin religión, es decir, sin religión revelada, positiva, mitológica o como quiera llamársela.»

Entre el joven estudiante desplazado en la gran ciudad y el profesor se había establecido un vínculo que se robustecía por la reciprocidad misma del afecto. Algún tiempo después, en el fuego de la lucha política, estallaron entre

ellos disputas en las que el afán polémico de Gramsci llegó a extremos excesivos. Pero el antiguo afecto siempre reaparecerá. Lo demuestra el propio Cosmo en una carta escrita a Piero Sraffa durante la prisión de Gramsci:

«Entre los recuerdos más queridos hay los de aquellos años en que yo daba lecciones en la universidad y tenía entre mis alumnos preferidos a G. (Gramsci) y a G. (Pietro Paolo Gerosa, coetáneo de Gramsci, originario del Canton Ticino, católico). Dos almas opuestas, pero que coincidían en otorgar, en la literatura, más importancia al hecho religioso-social-político que al artístico. Para uno tenía razón Cantù, para el otro Settembrini y yo tenía que demostrar las deficiencias de ambos críticos y hacer valer las razones de De Sanctis.»

Bartoli y Cosmo fueron los profesores con los que el estudiante sardo tuvo más intimidad. Pero *toda* la universidad dejó una huella en él. Era una gran escuela, rica en estímulos, que respetaba la variedad de direcciones de la cultura italiana de la época, su tensión investigadora y su voluntad renovadora, después de la «sofocación» y «la opresión de la era positivista». Enseñaban en ella, además de Bartoli y Cosmo, Luigi Einaudi, Francesco Ruffini, Giovanni Chironi, Vincenzo Manzini, Gioele Solari, Pietro Toesca, Arturo Farinelli, Giovanni Pacchioni, Rodolfo Renier, Ettore Stampini, Achille Loria, Annibale Pastore: hombres de formación y de orientación cultural diversas, positivista todavía Loria, sensible a las sugestiones del nacionalismo Pacchioni, muy próximo a los jóvenes revolucionarios Farinelli, liberales Ruffini y Einaudi. Con aquella variedad de orientaciones, la huella que podía dejar la Universidad era menos ideológica que metodológica.

«Recuerdo un aula de la planta baja, a la izquierda del patio, entrando, donde siempre nos encontrábamos todos, jóvenes de facultades distintas y de ánimo distinto, unidos por la común inquietud en la búsqueda de nuestro camino —escribe Togliatti. Un gran espíritu, Arturo Farinelli, leía y comentaba allí los clásicos del romanticismo alemán... La moral que nos inculcaba era una moral nueva cuya ley suprema era la sinceridad total con nosotros mismos, el rechazo de las convenciones, la abnegación por la causa a la que se consagra la propia existencia.»

Empezaba a manifestarse un rasgo del carácter de Gramsci. El resultado principal de los estudios universitarios era agudizar en él el espíritu de investigación, el gusto por la precisión, dándole el «hábito de severa disciplina filológica» y la «provisión de escrúpulos metódicos» de que hablará en una carta de la cárcel. En 1916 dirá de sí mismo:

«De su época de universitario (el autor de estas notas) recuerda con máxima intensidad los cursos en que el profesor le hizo sentir la labor de investigación realizada a través de los siglos para perfeccionar el método de investigación. En las ciencias naturales, por ejemplo, todo el esfuerzo que ha costado liberar el espíritu del hombre de los prejuicios y de los apriorismos divinos y filosóficos para llegar a la conclusión de que los manantiales tienen su origen en las precipitaciones y no en el mar. En la filología, la forma en que hemos llegado al método histórico a través de los intentos y de los errores del empirismo tradicional; el hecho, por ejemplo, de que los criterios y las convicciones que guiaban a Francesco De Sanctis al escribir su historia de la literatura italiana no fuesen más que verdades que se habían ido afirmando a través de fatigosas experiencias y búsquedas. Esta era la parte más vital del estudio, el espíritu recreativo que nos hacía asimilar los datos enciclopédicos, que nos fundía en una llama ardiente de nueva vida intelectual.»[7]

La universidad constituía por aquel entonces el centro exclusivo de los intereses del joven emigrado sardo. Fuera de ella no frecuentaba más que a algunos coterráneos. Los veía en un restaurante donde, como cuenta en tono de broma Piero Ciuffo,[8] «los cuchillos y los tenedores, las servilletas y los vasos estaban encadenados a la mesa del comensal (evidentemente, no asegurado contra el robo), e incluso los clientes estaban sujetos con una cadena a las patas de la mesa, para mayor precaución». En el ambiente es-

7. «Avanti!» turinés, 29 de noviembre de 1916.
8. Se trata de *Cip*, el caricaturista de «L'Ordine nuovo», que también era sardo.

tudiantil, Gramsci tenía pocos amigos: Cesare Berger, su compañero en el concurso de la fundación albertina y otros dos colegas de facultad, Camillo Berra y Angelo Tasca, hijo de un obrero socialista. Tasca, que tenía un año menos que Gramsci, era ya el más lanzado políticamente.

En mayo de 1909, cuando sólo tenía diecisiete años y estaba todavía en el instituto, había fundado en Turín, junto con Giuseppe Romita y Gino Castagno el primer *Fascio*, adherido a la Federación Juvenil Socialista de Roma. «Casi todos los domingos —escribirá más tarde— salíamos formando un grupo de *ciclistas rojos* y predicábamos el verbo ante campesinos casi siempre recalcitrantes.» Estaban todavía impregnados de positivismo: «En el triple tributo pagado a Darwin, a Spencer y a Marx, este último salía perdiendo.» Pero se alejaban poco a poco del positivismo dominante en la sección socialista turinesa. Desconfiaban de la elocuencia, reivindicaban la prioridad de la cultura sobre el sentimiento. Y en septiembre de 1912, en un congreso nacional de jóvenes socialistas, un estudiante napolitano de ingeniería, Amadeo Bordiga, les calificó de «culturistas». El *Fascio* de Turín era en la práctica el centro de confluencia de acerbos «románticos revolucionarios», lectores fervientes de «La Voce» de Prezzolini: jóvenes que se diferenciaban mucho de los socialistas de la vieja generación. «Casi todos éramos hostiles al anticlericalismo del tipo Podrecca, al cual se reducía demasiado a menudo el socialismo local. Nuestros grupos, en un congreso nacional, llegaron a votar un orden del día, aceptado por gran mayoría, que aconsejaba el boicot de "L'Asino".» Al principio las relaciones de Gramsci con Tasca se mantuvieron fuera del ambiente del *Fascio* juvenil.

Con Togliatti, que iba a la facultad de derecho y no tenía por aquel entonces ningún interés por la política activa, tal como la practicaba Tasca, las relaciones se reanudaron a principios de la primavera del primer año de universidad, después de una clase de seminario del curso de derecho romano que daba el profesor Giovanni Pacchioni. Éste —según refieren Marcella y Maurizio Ferrara— «sustituía a veces sus lecciones por un debate entre los estudiantes, a los cuales había propuesto temas de investigación. Togliatti escogió el tema de la autenticidad o falsedad de la ley romana de las XII Tablas y sostuvo la tesis de la autenticidad criticando los argumentos de Pais, de Lambert. Fue su primera intervención documentada y polémica en público, y entre los oyentes estaba Gramsci; a la salida volvieron a encontrarse y continuaron la discusión». «Fue el comienzo —recordará Togliatti— de aquel debate que habíamos de reanudar tantas veces con Gramsci, con otras formas, con una experiencia muy distinta y en otras circunstancias, sobre el eterno tema de la historia de los hombres, matriz de todo lo que los hombres saben y pueden saber.» Eran los días en que la Italia del Cincuentenario, empapada, en las regiones meridionales, de analfabetismo, de tuberculosis, de corrupción, de abusos tolerados y de muertos de hambre, subía al escabel líbico para aparecer más alta. Vidas humanas y riquezas se hundían en el desierto. Y todos se burlaban de los que tenían suficiente sensatez como para no caer en los delirios del tipo Corradini o D'Annunzio de los peores momentos e identificaban el prestigio nacional con un menor número de obreros en paro, con más escuelas y, en definitiva, con la civilización interior que todavía estaba por realizar en Italia, antes de pretender exportarla al África. Esta argumentación legitimada por el conocimiento de las terribles insuficiencias en las zonas campesinas, se consideraba derrotista, reveladora de la mentalidad que los colonialistas de entonces llamaban despreciativamente del «pie de casa». En aquel clima, los dos jóvenes universitarios habían empezado a frecuentarse. «Debo decir —testimonia Togliatti— que su estado de ánimo era entonces, en los primeros años de su juventud, no sólo orgullosamente sardo sino también, yo diría, sardista. Experimentaba profundamente el resentimiento común a todos los sardos contra los daños y las injusticias infligidos a la isla; esto se convertía para él en resentimiento contra los continentales y el continente.»

El joven Gramsci se expresaba con una metáfora:

«Imaginad Cerdeña —decía— como un campo fértil y ubérrimo, cuya fertilidad es alimentada por una vena de agua subterránea que proviene de un monte lejano. Súbitamente, vemos que la fertilidad del campo desaparece. Donde había cosechas abundantes no hay más que hierba quemada por el sol. Buscáis la causa de la catástrofe, pero no la encontraréis si no salís del ámbito de vuestro campo, si no lleváis la búsqueda hasta el monte de donde venía el agua, si no comprendéis que muchos kilómetros más allá

un malvado o un egoísta han cortado la vena de agua que alimentaba la ubérrima fertilidad de vuestro terreno.»

¿Quién ha sido el que ha cortado la vena de agua? ¿Quién ha condenado de este modo Cerdeña, al atraso y a la miseria? Para comprender plenamente el sentido de la metáfora parece conveniente releer el llamamiento dirigido en 1925 por el Krestintern (la Internacional campesina) a los sardistas reunidos en congreso en Macomèr. Lo redactó materialmente Ruggero Grieco, pero bajo la inspiración de Gramsci. En él se afirma:

«Cerdeña... es una de las regiones relativamente más ricas de Italia... Posee minas de hierro, de plomo argentífero, de cobre, de antimonio, de piedra litográfica: su patrimonio minero es uno de los más ricos y diversos de Italia. Cerca de una cuarta parte del patrimonio italiano de pastos pertenece a Cerdeña. La industria sarda de la pesca podría asegurar el bienestar de las poblaciones, y lo mismo cabe decir de las industrias del corcho y de la sal... Así que la población sarda tiene en su propia tierra las bases económicas para un cierto florecimiento.»

El cuadro contiene algunas exageraciones. Refleja las convicciones de entonces del joven Gramsci; impresionado por el espectáculo de miseria de las masas campesinas y de las capas medias de la isla, éste se preguntaba naturalmente: ¿quién ha cortado la vena? En el primer período turinés, la respuesta del estudiante sardo era la misma que había madurado en la isla: «Entonces pensaba —escribe Togliatti— que Cerdeña tenía que redimirse luchando contra el continente y los continentales por su libertad, por su bienestar, por su progreso.» Pero, a este estado de ánimo irredentista se mezclaban claramente tendencias socialistas cada vez más marcadas. Es el mismo Togliatti quien recuerda: «Cuando Antonio Gramsci vino de Cerdeña ya era socialista. Quizá lo era más por el instinto de rebelión del sardo y por el humanitarismo del joven intelectual de provincias que por la posesión de un sistema de pensamiento completo.» Cierto es que el socialismo del joven estudiante tenía muy poco que ver con el socialismo en boga en aquella época, ideológicamente dominado por la filosofía positivista.

«Es conocida —escribirá más tarde— la ideología que los propagandistas de la burguesía han difundido en forma capilar entre las masas del norte: el Mediodía es la losa de plomo que impide el progreso rápido del desarrollo civil de Italia; los meridionales son biológicamente seres inferiores, semibárbaros o bárbaros completos, por destino natural; si el Mediodía está atrasado, la culpa no es del sistema capitalista o de cualquier otra causa histórica, sino de la naturaleza que ha hecho a los meridionales vagos, incapaces, criminales y bárbaros, templando este triste destino con la explosión puramente individual de grandes genios, palmeras solitarias en un desierto árido y estéril. El partido socialista fue en gran parte el vehículo de transmisión de esta ideología burguesa al proletariado del norte.»

Y también:

«Los habitantes de la alta Italia pensaban que si el Mediodía no progresaba después de haber sido liberado de las trabas que oponía el régimen borbónico al desarrollo moderno, era porque las causas de la miseria no eran exteriores, no tenían que buscarse en las condiciones económico-políticas objetivas, sino que eran internas, innatas en la población meridional... la incapacidad orgánica de los hombres, su barbarie, su inferioridad biológica. Estas opiniones ya difundidas, fueron consolidadas y elevadas al nivel de teoría por los sociólogos del positivismo (Niceforo, Sergi, Ferri, Orano, etc.), aquiriendo la fuerza de la *verdad* científica.»

Unos años antes se había publicado un libro de Alfredo Niceforo, prologado por Enrico Ferri, donde, partiendo de la medición del cráneo de algunos pastores de Barbagia, en Cerdeña, se llegaba a delimitar entre Orgosolo, Orune y Bitti una «zona delincuente» poblada por hombres que con la leche materna habían sorbido prácticamente el bacilo de la criminalidad.

El patriotismo regionalista del estudiante sardo se sentía herido por estas tesis, desarrolladas incluso por escritores socialistas. «Puedo decirlo con toda certeza, porque éste fue el tema de nuestras primeras conversaciones en el viejo pórtico de la universidad de Turín a la que los dos habíamos llegado procedentes de institutos de Cerdeña, escribirá Togliatti. Gramsci rechazaba con desdén las "expli-

caciones" que circulaban en las obras de los sociólogos "mamarrachos", que querían identificar las causas de la miseria y del atraso de una región italiana con las "características particulares de sus habitantes". Es posible que a esto se debiese también el alejamiento de Gramsci en su primera fase de estudios universitarios, de los ambientes del socialismo turinés, predominantemente corporativo y "localista" por entonces.» .

Pero, por algunos elementos de su actitud, Angelo Tasca tenía ya la esperanza de alistarlo pronto a su lado. Lo revela un episodio: A finales del primer año universitario, Tasca regaló a Gramsci una edición francesa de *La guerra y la paz*, dedicándosela con estas palabras: «Al compañero de estudios, hoy; a mi compañero de batalla —espero— mañana.» La dedicatoria lleva fecha del 11 de mayo de 1912.

Se preparaba para los primeros exámenes. Estaba agotado. El 14 de marzo había escrito a su casa: «No puedo escribir más porque desde hace un par de días me siento mal y no tengo ganas de hacer nada, no puedo pensar en nada: espero con ansia el momento de ir ahí para descansar un poco y ver si me pasa este maldito dolor de cabeza que me tortura día y noche y no me deja estudiar ni dormir; no se puede decir, pues, que mi vida sea muy alegre.»[9] Pensaba presentarse a dos exámenes y escribió al respecto: «El 6 de julio pasaré mi segundo examen y el 15 saldré para la adorada playa de Cerdeña.» Pero no se sintió con fuerzas para examinarse de nada y emprendió el viaje a Ghilarza dejando todas las materias para los exámenes de otoño.

Andaba corto de dinero. Pensó ganar algo dando lecciones particulares. Peppino Mameli, de Ghilarza, recuerda:

«Me habían suspendido en latín y griego para la licencia del *ginnasio* y al saber que Nino había venido a pasar las vacaciones al pueblo fui a dar lecciones privadas con él. Tenía una extraordinaria capacidad de comunicación. Hacía las preguntas en dialecto y después comentaba mis respuestas. Este modo de enseñar el griego y el latín tan cordial, me hacía sentir a mis anchas. Pero tuvimos que interrumpir las lecciones. Él tenía necesidad de restablecerse y durante algún tiempo fue a tomar baños a Bosa Marina.»

9. La carta es inédita.

A principios del otoño de 1912, Gramsci estaba de nuevo en Turín. Cambió de casa, trasladándose al centro, al número 33 de la calle San Massimo. Era huésped de Carlo Gribodo, «dibujante de bordados», según se desprende de una carta que empezaba así: «Me he escapado, en el verdadero sentido de la palabra, de la casa donde vivía antes porque la vida me resultaba insoportable y sin darme cuenta he caído en otra casa donde no estoy mejor y de donde me iría en seguida si encontrase un lugar seguro: pero para estar un poco bien habría que gastar más y esto es imposible.»[10] La calle San Massimo desemboca en la calle Po y en su continuación, un centenar de metros después de la calle Po, se yergue la Mole Antonelliana. En el número 14 de la misma calle vivía, en un entresuelo, Angelo Tasca.

El 4 de noviembre de 1912 se examinó de geografía, obteniendo una calificación de treinta; el 12 se examinó de gramática griega y latín, con una nota de veintisiete; el mismo día 12 pasó el examen de lingüística con Bartoli: obtuvo un treinta *cum laude*.

Siguió colaborando mucho tiempo con el profesor de lingüística, incluso después del examen. Dos semanas después escribía ya a Teresina para que se informase de «si existe en logudorés la palabra *pamentile* y si quiere decir *pavimento*. Si existe la frase: *Omine de pore*, que quiere decir *hombre de autoridad*. Si existe la palabra: *su pirone*, que es una parte de la balanza, y si de verdad existe, qué parte es... Si en campidanés se dice *piscadrici* por pescadora y si es el nombre de algún pájaro marino», etc. Meses después, en marzo de 1913, pedía otra vez a Teresina: «si existe en logudorés la palabra *pus*, con el significado de *después*, pero no "pust" o "pustis": *pus*, simplemente... También si existe *puschena* y qué significan *portigale* (¿porticado?), *poiu* y *poiolu*». Parecía destinado a convertirse en un buen lingüista. «Uno de los mayores *remordimientos* intelectuales de mi vida —escribirá más tarde— es el profundo dolor que causé a mi buen profesor Bartoli de la Universidad de Turín, el cual estaba convencido de que yo era el arcángel que iba a *derrotar* definitivamente a los neogramáticos.»

10. La carta es inédita.

10

Corría el mes de marzo de 1913. Antonio Gramsci, cumplidos los veintidós años, seguía el segundo curso de Letras. En la vida del país habían empezado a pesar las consecuencias de la expedición a Libia; una vez más las clases humildes eran las que cargaban con las peores consecuencias. El malestar se propagaba rápidamente entre los muchos que tenían que pagar un altísimo precio por una guerra que no habían querido. El 19 de marzo, en Turín, 6.500 obreros de la industria automovilística dejaron de acudir a la fábrica. Se amenazó con el despido a los que no se hubiesen reintegrado al trabajo antes del día 25, pero el frente de la huelga no se quebró. En vez de pasar las rejas de la Fiat, de la Spa, de la Lancia, los obreros se reunían todas las mañanas al otro lado del Po, en el parque Michelotti. Allí estaban Bruno Buozzi y los líderes sindicalistas; allí se intercambiaban noticias y se decidía cada día lo que había que hacer, con la práctica de la consulta permanente entre la base y los dirigentes. «En los primeros días —recuerda Gino Castagno— la tribuna de los oradores era una mesa que nos había prestado una fonda vecina. Después, algunos compañeros emprendedores encontraron mesas y construyeron una pequeña tribuna estable, al abrigo de un grupo de grandes plátanos que hacían de telón de fondo y de bastidores.» Así transcurrieron abril y mayo. Los industriales resistían, el frente obrero no cedía y las grandes concentraciones del parque Michelotti eran ya una faceta habitual, casi diríamos la más destacada de la vida ciudadana. El mismo Gramsci se sintió impresionado.

«A ciertas horas de la mañana —cuenta Togliatti— cuando abandonábamos el aula y salíamos del patio hacia el Po, encontrábamos grupos de hombres diferentes de nosotros que seguían aquella calle. Una verdadera multitud se dirigía hacia el río y hacia los parques de sus riberas. Y allí íbamos también nosotros acompañando a aquellos hombres; escuchábamos sus discursos, hablábamos con ellos y nos interesábamos por su lucha. A primera vista parecían dis-

tintos de nosotros los estudiantes; parecían otra humanidad. Pero no eran otra humanidad.»

La huelga terminó victoriosamente el 23 de junio, después de noventa y seis días de lucha. Gramsci seguía todavía al margen de la organización socialista, pero no era indiferente a lo que ocurría.

Siguió haciendo una vida apartada. Le torturaban las malas condiciones de salud. De poco le había servido el descanso durante el verano en Ghilarza y en Bosa Marina. El frío, la desnutrición, el hecho de no poder distraerse de los estudios por el peligro de perder la beca del Colegio albertino, eran las causas de un estado físico extremadamente precario. La soledad hacía todavía más pesada su situación. Distinto a los demás por su constitución deforme y con pocos vínculos, tanto en el ambiente universitario como fuera de él, el joven sardo, de temperamento huraño y poco propenso a las amistades fáciles, sólo frecuentaba un par de colegas. Se relacionaba también con Matteo Bartoli, su profesor de lingüística y juntos pasaban largas horas bajo las arcadas de Corso Vinzaglio donde vivía el profesor, charlando sobre todo de lingüística. Por lo demás, Gramsci hacía una vida totalmente aislada, con toda clase de privaciones. No iba a los espectáculos, no se le veía nunca en el café. Sólo hubo dos cosas a las que nunca renunció: los cigarrillos y los libros. Así como en Santulussurgiu, durante sus estudios secundarios, vendía una parte de sus provisiones para comprar libros, en Turín administraba mal las setenta liras de la beca y era capaz de quedarse sin dinero a cambio de los libros que le interesaban. Una vez, durante el segundo curso universitario, compró un *stock* de libros sobre Cerdeña procedentes de la biblioteca del marqués de Boyl, cuyos herederos se había desprendido de los libros de tema sardo. Por una de sus cartas sabemos que entre los libros comprados estaban *Voyage en Sardaingne,* de Alberto Lamarmora, *Storia di Sardegna* y *Storia moderna di Sardegna dall'anno 1773 al 1799* de Giuseppe Mannu y «un grueso volumen encuadernado (un peso de diez kilos por lo menos) con todas las cartas de Arborea». Absorbido por estas y otras lecturas similares, prefería pasar las horas libres en las mismas aulas universitarias, a veces en otra facultad. Togliatti escribe al respecto: «Lo encontraba por todas partes, donde hubiese un profesor que iluminase problemas

esenciales, desde Einaudi hasta Chironi y Ruffini. Recuerdo que Antonio Gramsci estaba presente, atento, en el curso hoy célebre, en que Francesco Ruffini elaboró la nueva concepción de las relaciones entre la Iglesia y el Estado.»

El agotamiento físico y nervioso no apagaba su curiosidad intelectual. Pero estaba bajo de tono, un poco alejado de la vida. Ni siquiera contestaba las cartas de su familia. El 6 de mayo de 1913 su madre le escribió: «Querido, es la cuarta vez que te escribo y me apena mucho no recibir noticias tuyas desde hace tanto tiempo. No sé qué pensar, ¿estás enfermo, quizá?... Si no contestas en seguida me obligarás a recurrir al Colegio. Espero con ansia.» En julio, Gramsci pidió a la secretaría de la Fundación albertina que se tomasen en consideración sus pésimas condiciones de salud y volvió a Ghilarza sin haberse examinado.

Era un verano de elecciones, las primeras desde la extensión del sufragio. En Cerdeña la polémica librecambista había llegado a un momento de máximo fervor. La habían alimentado las campañas contra el proteccionismo de «La Voce» de Prezzolini, de «L'Unità» de Salvemini y de la «Riforma sociale». A llevarla al terreno de la acción directa se dedicaba un joven intelectual de Nuoro, Attilio Deffenu, que se había graduado el año anterior en Pisa con una tesis sobre *Teoria marxista della concentrazione capitalistica.* Por iniciativa suya se había formado en la isla un Grupo de Acción y Propaganda Antiproteccionista y en los primeros días de agosto apareció en algunos periódicos locales un documento del Grupo escrito por Deffenu y otro joven publicista, Nicolò Fancello, documento que «La Voce» publicó a su vez el 28 de agosto de 1913, en su número 35. A pie de página figuraban, además de las firmas de los redactores, las de Gino Corradetti, secretario del Sindicato de ferroviarios y de la Cámara del Trabajo de Cagliari; del profesor Massimo Stara, secretario de la Cámara del Trabajo de Sassari (había sido profesor de Antonio Gramsci en Santulussurgiu durante algunas semanas); del profesor Giovanni Sanna, que más tarde había de ser junto con Antonio Graziadei el autor de las tesis sobre la cuestión agraria en el II Congreso del Partido Comunista de Italia, celebrado en Roma en marzo de 1922; de Francesco Dore, futuro diputado popular, y de dos jóvenes abogados de orientación republicana, Pietro Mastino, de Nuoro, y Michele Saba, de Sassari. En el documento se renovaba la

protesta contra el régimen proteccionista, al cual Deffenu y sus amigos atribuían «la detención del desarrollo, la creciente miseria y el paro forzoso de las masas trabajadoras, la carestía de los víveres, la despoblación del campo, la emigración». «Para favorecer algunas industrias que, como ha demostrado la experiencia, no tenían necesidad alguna de protección o eran absolutamente incapaces de vivir y desarrollarse sin ésta —proseguía el manifiesto— se ha condenado la economía meridional a languidecer miserablemente.» En especial la economía sarda era perjudicada en primer lugar por los «elevados tributos que encarecen artificialmente el coste de los productos manufacturados, de las máquinas y de los instrumentos de producción»; chocaba con obstáculos para «la exportación y el comercio de sus mejores productos, ganado, vino, aceite, fruta, quesos», que habían perdido sus mercados exteriores porque «el proteccionismo italiano provoca las represalias de los demás Estados (basta recordar el cierre del mercado francés para el floreciente comercio de ganado y de productos agrícolas sardos)». El documento terminaba solicitando la adhesión moral o financiera de los sardos progresistas a todas las iniciativas del Grupo. Gramsci escribió a «La Voce» desde Ghilarza. En el número 41, de 9 de octubre de 1913, consta su adhesión a las tesis del Grupo de Propaganda Antiproteccionista. Era la primera vez que el joven estudiante sardo se adhería públicamente a una batalla política.

Mientras tanto la lucha electoral estaba llegando a su punto culminante. El 26 de octubre había que votar para enviar doce diputados al Parlamento; la gran novedad era la admisión de los analfabetos en las urnas; con ello, el número de electores en Cerdeña pasaba de golpe de 42.000 a 178.000: un incremento de 136.000 electores que podía dar lugar a un verdadero terremoto. «Existía la convicción mística —escribirá más tarde Gramsci— de que todo iba a cambiar después de la votación, de que iba a producirse una verdadera palingenesia social, por lo menos en Cerdeña.» En realidad ¿cuál era la situación?

Entre finales de 1911 y principios de 1913, las organizaciones socialistas habían retrocedido en vez de progresar. Carecían de medios y de cuadros. Algunos dirigentes de notable capacidad, como Giuseppe Cavallera, se habían marchado totalmente desanimados. Incluso en los principales centros, Cagliari por ejemplo, la sección socialista y la Cámara del Trabajo habían cerrado las puertas.[1] En aquel vacío de iniciativas, sin haber organizado nada hasta la víspera misma de las elecciones y sin núcleos políticamente educados que pudiesen servir de centros de irradiación de las nuevas ideas entre las masas analfabetas; la labor de los pocos hombres de buena voluntad que intentaban hasta el último momento poner en pie un mínimo de organización ante la proximidad de las elecciones era una empresa complicada. «Noventa de cada cien trabajadores siguen sin comprender un ápice del nuevo verbo» —tenía que admitir con melancolía «Il Risveglio dell'isola», «semanario proletario». Pero, ¿era culpa de los trabajadores, o bien había que atribuir también una buena parte de culpa a la interpretación de los nuevos dirigentes, alejados de la psicología de las masas y prisioneros de unas cuantas fórmulas débiles? Puede decirse que el socialismo sardo de la época era menos tributario de Marx que del «Asino» de Podrecca. Su rasgo más destacado era un anticlericalismo tosco de taberna. En el número del 6 de julio de 1913, refiriéndose a un forajido del Sàrrabus, «Il Risveglio dell'isola» escribía: «Aunque Tramatzu fuese todavía más delincuente de lo que es, feroz hasta el canibalismo, brutal hasta el exceso, nosotros lo preferiríamos a los curas.» Dos socialistas de la sección de Domusnovas, Francesco Saba i Giuseppe Onnis, habían sido expulsados del partido «por haber servido en la misa, el primero, y por haber tocado las campanas con ocasión de las fiestas de San Juan, el segundo» (éste fue el motivo oficial). Los dirigentes aguerridos y preparados eran una minoría. En aquel otoño de 1913 se presentaban como candidatos tres socialistas: Giuseppe Cavallera (reclamado expresamente de Génova donde residía) en la circunscripción de Iglesias; Gino Corradetti, en Cagliari, i Massimo Stara en Sassari. Por primera vez entraban en la competición electoral otros dos hombres nuevos: el reformista Felice Porcella, en Oristano, y el católico Francesco Dore, en Nuoro. ¿Hasta qué punto la ampliación del cuerpo electoral permitiría quitar de en medio los viejos giolittianos?

Entre los conservadores reinaba el temor. Hasta enton-

1. Con vistas a las nuevas elecciones, tanto la sección socialista como la Cámara del Trabajo, fueron reconstruidas en Cagliari por un ferroviario siciliano trasladado a Cerdeña desde hacía poco tiempo, Gino Corradetti.

ces —como escribirá más tarde Gramsci— «las elecciones giraban en torno a cuestiones muy genéricas, porque los diputados representaban posiciones personales y locales y no posiciones de partidos nacionales. Cada elección parecía ser para una asamblea constituyente y a la vez para un club de cazadores». No había ni siquiera un poco de polémica ideológica. El voto se compraba, se conseguía con la intimidación o con la intriga de los órganos públicos; o bien correspondía a un rito votivo, por gracia recibida. Las facciones locales se combatían sin tener en cuenta la orientación de los candidatos —orientación muy voluble, por lo demás— y sustituyendo el debate ideológico por la difamación, la insinuación y el escarnio.[2] En cambio ahora, con el sufragio casi universal, se imponía un cambio de método, por lo menos parcial. Corromper a todos los electores que se habían multiplicado por cuatro, resultaba más bien caro. Además los socialistas presentaban bien o mal argumentos políticos y había que oponerles otros. Pero ¿cuáles? Se escogió el argumento del miedo. Miedo insinuado en las curias, entre los pequeños comerciantes, entre los propietarios de un minúsculo trozo de tierra (pero propietarios, según un esquema profundamente enraizado): el miedo al salto en el vacío.

Las cosas se clarificaron. Durante muchos años, los parlamentarios conservadores excluidos de un ministerio, los periódicos que apoyaban a aquellos diputados y los periódicos de tendencia popular, los alcaldes gregarios del político feudal furioso contra Sonnino o contra Luzzatti y los administradores municipales en dificultad por la incuria de los gobiernos, los propietarios territoriales irritados por las exigencias del fisco y los obreros y campesinos en el límite de la resistencia por la escasez de los salarios y la carestía creciente de la vida, se habían encontrado juntos en una misma trinchera: la trinchera de la reivindicación sardista. Pocos eran los que advertían que las razones de la protesta eran diversas, cuando no contradictorias, que nada tenían en común la desesperación del campesino hambriento y el despecho del parlamentario conservador excluido del ministerio Sonnino o del ministerio Luzzatti; y desde luego, nadie sacaba de ello las debidas consecuencias. Se disparaba indiscriminadamente contra los gobiernos, y en aquella atmósfera de jacobinismo sardista el resentimiento ocasional de los reaccionarios y el ímpetu de la rebelión de los oprimidos acababa confundiéndose, aunque una cosa fuese el justo descontento de las masas heridas y otra el simple interés en instrumentalizar aquel descontento para abatir un gobierno, no porque fuese incapaz sino porque se había excluido de él un político feudal sardo. Finalmente la amenaza representada por la aparición en la escena electoral de las clases subalternas sirvió para trazar una línea divisoria entre intereses que antes parecían coincidir bajo la capa de un sardismo ambiguo. En esto consistió la clarificación provocada por las elecciones de 1913: a un lado estaban los grupos de la conservación y al otro, los trabajadores. Lejos ya del viejo equívoco de la común batalla sardista, eran posiciones de clase bien definidas: no se podía caer ya en la confusión.

2. «Si después se descubre que un político es cornudo todo resulta claro», comentará también Gramsci.

El blanco de la clase propietaria sarda había cambiado: no era ya el gobierno, con el cual había hecho las paces y se entendía, sino las organizaciones socialistas. Había aprovechado el sufrimiento popular para abatir los gobiernos poco condescendientes y con este fin había apoyado algunas iniciativas de las Cámaras del Trabajo. Ahora, invertido súbitamente el sistema de alianzas, utilizaba el gobierno sus funcionarios periféricos y la capacidad corruptora de sus fondos para combatir la vanguardia organizada de las clases humildes. Finalmente podía dejarse de lado la excusa del sardismo, útil hasta entonces en el marco de una táctica determinada. En los periódicos de la clase hegemónica aparecían otros temas: el martirio de los jóvenes que la misma clase dirigente había enviado a morir en Libia, el apoyo incondicionado del aumento de los gastos militares, el aplauso a los asesinos de los obreros en huelga, la presentación de las reivindicaciones salariales como intentos de perturbación de la «paz entre el capital y el trabajo», y los ríos, los grandes ríos, las inundaciones de dinero que el gobierno amigo destinaba a las obras públicas en la amiga Cerdeña.

En torno a los candidatos ministeriales se habían coaligado todas las fuerzas antisocialistas. En Iglesias, donde parecía probable la elección de Giuseppe Cavallera, el candidato de las compañías mineras Erminio Ferraris, retiró su candidatura para que todos los votos de la derecha se

concentrasen en Giuseppe Sanna Randaccio. Pese al anticlericalismo declarado de éste, la curia suprimió el *non expedit* a su favor. Para los mineros, expresar durante la campaña electoral una idea heterodoxa en relación con la del patrono comportaba el peligro de perder el trabajo. Organizarse era un delito. En Monteponi, diecinueve carreteros de un total de veinticuatro pidieron la reducción de la jornada de trabajo —que era de dieciséis horas diarias y un aumento del salario— que era de dos liras setenta al día. No pertenecían a ninguna organización. Pero el hecho de que hubiesen sido diecinueve a firmar la petición bastó para que la dirección calificase la iniciativa de «conjura» y castigase al «jefe de la conjura» (el primer firmante) con la pérdida del empleo. En todas partes la lucha se llevaba a cabo en este plano por la intransigencia patronal. Los candidatos gubernamentales eran abiertamente apoyados por los diarios y por las prefecturas. Sólo porque estaba dirigida por el socialista Curreli, la administración municipal de Serramanna fue disuelta por orden de la autoridad. «Los procesos contra nuestro Corradetti —señalaba el semanario socialista— no se pueden ya contar... Instigación al odio entre las clases, a la guerra civil, insultos contra las instituciones, delitos de lesa majestad... No hay número del "Risveglio" que no sea perseguido judicialmente.» Junto con los detentores del poder económico se movilizaban en apoyo de los candidatos giolittianos los fiscales del reino, las delegaciones de policía y todos los sectores del aparato estatal que influían en la vida del ciudadano. Pero ocurrió algo nuevo. En Iglesias venció el socialista Cavallera; en Oristano el reformista Porcella; en Nuoro, Dore. Aquella experiencia iba a ser decisiva para el «proceso vital» de Antonio Gramsci.

Desde Ghilarza escribió una larga carta al amigo y colega de facultad, Ángelo Tasca.

«Le había impresionado mucho —dice Tasca— la transformación producida en aquel ambiente por la participación de las masas campesinas en las elecciones, aunque éstas no supiesen ni pudiesen todavía servirse por su cuenta de la nueva arma. Fue aquel espectáculo y la meditación sobre él lo que hicieron definitivamente de Gramsci un socialista. Cuando volvió a Turín, al empezar el nuevo año académico, pude comprobar el valor decisivo que para él había tenido aquella experiencia.»

Sin duda, las elecciones habían revelado a Gramsci la ambigüedad de la antigua protesta sardista, a la cual se había asociado anteriormente hasta el punto de creer que había que «luchar por la independencia nacional de la región». Ahora veía con toda claridad la insensatez de su viejo grito «¡Al mar los continentales!» Sí, «a muchos kilómetros de allí un malvado o un egoísta habían cortado la vena de agua que alimentaba la fertilidad de Cerdeña». Pero ¿quién había cortado la vena? ¿Quién había condenado Cerdeña al atraso y a la miseria? ¿Era *realmente* todo el continente?

En el estudiante sardo comenzó a abrirse paso la idea de que los verdaderos opresores de los campesinos, de los pequeños propietarios y de las capas medias de la isla y de todas las clases pobres del Mediodía no eran los obreros industriales junto con las clases propietarias del norte, como había creído durante tanto tiempo, sino las clases propietarias del norte junto con los grupos reaccionarios sardos, con los grupos reaccionarios de todo el Mediodía. Allí había que buscar los que habían cortado la vena de agua que alimentaba antes a Cerdeña. Allí estaban, a igual distancia del proletariado industrial que había luchado en Turín durante noventa y seis días, entre marzo y junio.

Tasca recordará: «A partir de aquella época, las relaciones de Gramsci con el movimiento socialista fueron sobre todo relaciones con los jóvenes del *Fascio* "Centro".»

11

Al regresar a Turín a principios de noviembre de 1913 para el tercer año de universidad, Antonio Gramsci todavía tenía pendientes todos los exámenes del segundo curso. Cambió nuevamente de casa, trasladándose del número 33 al 14 de la misma calle San Massimo, en el mismo edificio donde habitaba Angelo Tasca. La madre del amigo y colega de universidad Camillo Berra, viuda, había decidido alquilar una habitación. El edificio tiene un gran patio interior con arcadas en los cuatro lados. Tiene dos entradas, una por la calle San Massimo y la otra por el número 8 de la plaza Carlina. Gramsci habitó en el último piso. Permaneció en aquella casa, como huésped único de la viuda Berra, durante casi nueve años, hasta el viaje a Rusia en mayo de 1922.

El estudio le fatigaba. Durante las vacaciones en Ghilarza no se había restablecido de su agotamiento nervioso. Le habría ido muy bien cambiar completamente de vida, tener otra alimentación, cuidarse y gozar de una tranquilidad absoluta. Pero todo esto era impensable sin disponer de dinero. Además, tomarse un descanso y dejar de examinarse hasta la plena recuperación de su salud significaba perder la beca de la Fundación albertina, lujo que Gramsci no podía permitirse. Al precio de humillaciones y de renuncias para sí mismo y la familia, su padre conseguía mandarle a duras penas pequeñas cantidades para complementar las setenta liras mensuales de la beca. Proseguir los estudios enteramente a costa del padre era imposible. En Ghilarza los ingresos de la familia seguían siendo modestos; la única variante era que había una boca de menos. En diciembre de 1911, apenas cumplidos los dieciocho años, Mario había ingresado en el ejército como voluntario, en la especialidad de ciclista. En cuanto a lo demás, Carlo tenía dieciséis años y era demasiado joven todavía para aspirar a un empleo estable; el único que trabajaba fijo, Gennaro, seguía en la fábrica de hielo de los Marzullo en Cagliari y tenía que mantenerse por sí mismo, así que la ayuda que podía prestar a la familia era mínima. El señor Ciccillo se veía obligado a hacer frente a las exigencias de los cuatro hijos que tenía en

casa y de Antonio en Turín con el modesto sueldo de escribiente del catastro. Por esto Antonio temía que si no se examinaba podía perder la beca del Colegio.

Era obstinado, pero la voluntad no bastaba. Escribió, a su padre:

«Te escribo con la rabia y la desesperación en el corazón: hoy ha sido un día del que me acordaré durante mucho tiempo y que, desgraciadamente, todavía no ha terminado. Es inútil. Me he esforzado muchísimo desde hace algunos meses, y con verdadero ahinco en estos últimos días pero ahora, después de una tremenda crisis, he tomado una decisión: no quiero agravar todavía más mis condiciones, no quiero perder totalmente lo que puedo aún conservar. No me examinaré, porque estoy medio loco o soy medio tonto o tonto del todo, no lo sé exactamente; no me examinaré para no perder el Colegio, para no arruinar mi salud del todo... Querido padre, en un mes de estudio intenso no he conseguido más que volver a experimentar vértigos y volver a sufrir unos terribles dolores de cabeza y una forma de anemia cerebral que me priva de la memoria, que me devasta el cerebro, que me hace enloquecer, sin que llegue a encontrar tranquilidad ni paseando ni tendiéndome en la cama, ni revolcándome por el suelo, en algunos momentos, como un poseso... Ayer la patrona de la casa hizo venir un médico, que me dio una inyección con un calmante: ahora tomo una medicina a base de opio, pero además del temblor que no me deja ni un momento, estoy siempre con la obsesión de la ruina física, que no creo que llegue a evitar. Un compañero me ha convencido; veré si consigo algo. Presentaré un certificado médico y quizá la comisión de profesores decida dejarme la beca y me conceda que pueda examinarme en marzo.» [1]

Efectivamente se lo concedieron. El Consejo Directivo del Colegio de las Provincias se ocupó de su caso en la sesión del 19 de febrero de 1914. «Gramsci, Antonio —leemos en el acta publicada por primera vez por Domenico Zucàro— no ha podido examinarse por enfermedad grave, comprobada por un certificado médico del doctor Allasia; de él resulta que el señor Gramsci padece una grave neurosis... El

1. La carta es inédita.

joven ha declarado en Secretaría que desea ponerse al corriente de los exámenes en la prolongación de la sesión de otoño, que tendrá lugar en marzo.» Se trataba pues, de una «grave neurosis»: la enfermedad justificaba ampliamente la no presentación en los exámenes. Pero el certificado del doctor Allasia no valió a Gramsci la plena clemencia del Colegio que le subvencionaba. Le fue aplicada la «sanción de pérdida temporal de la pensión, salvo a concedérsela por entero —precisaba el Consejo directivo— si en la prolongación de la sesión de otoño supera los exámenes atrasados de griego, historia moderna (bienal) y de otra materia a elegir». Así, precisamente en el momento en que el descanso le era más necesario para restablecer su maltrecha salud, el joven se vio obligado a lanzarse a fondo a los libros en condiciones materiales agravadas por la pérdida temporal del subsidio mensual. «Te ruego encarecidamente —le había escrito su padre el 26 de noviembre— que no trabajes mucho, porque ésta es la razón principal de tu enfermedad; piensa que estás muy lejos y que ninguno de nosotros puede venir a hacerte compañía.» Con un gran esfuerzo de voluntad, Antonio consiguió superar la crisis. El 28 de marzo de 1914 se examinó de filosofía moral, con una calificación de *veinticinco;* el 2 de abril pasó el examen bienal de historia moderna (con una nota de *veintisiete*). Le faltaba todavía uno, cuando el 4 de abril volvió a reunirse el consejo directivo del Colegio de las Provincias. Gramsci había solicitado que se le concediese el subsidio mensual inmediatamente después del tercer examen sin necesidad de una nueva deliberación y su petición fue acogida. El 18 de abril pudo ponerse en regla superando el examen bienal de literatura griega con un *veinticuatro*. A partir de entonces volvió a percibir las setenta liras mensuales. Pero el agotamiento de aquellos meses le había dejado una dolorosa huella en la cabeza. «Desde hace tres años por lo menos —escribirá a su hermana Grazietta a finales de 1915— no he pasado un solo día sin dolor de cabeza, sin vértigo o sin desvanecimientos.»

La dedicación al estudio para pasar los exámenes atrasados había provocado también, sino una desvinculación completa, por lo menos una menor relación con los escasos amigos turineses. Hasta después de los exámenes, Antonio no volvió a ver y a frecuentar más a menudo a Angelo Tasca y Palmiro Togliatti. Se había unido al grupo un

estudiante que acababa de empezar los estudios de derecho, Umberto Terracini, el más joven de todos (Gramsci tenía 23 años, Tasca 22, Togliatti 21, Terracini 19). De los cuatro —que cinco años más tarde, al terminar la guerra, se habían de encontrar en la redacción de «L'Ordine Nuovo»— sólo Tasca y Terracini tenían una actividad política regular, ambos en el *Fascio* socialista juvenil. Gramsci, aunque menos dedicado a la acción política (al igual que Togliatti, que como señalará Tasca, «estaba mucho más absorbido por los estudios universitarios») se sentía muy próximo a estos casi coetáneos. Tenían en común la atención viva por Croce, antipositivista y antimetafísico, por Salvemini, que continuaba su batalla contra las degeneraciones corporativas del socialismo, y por el joven dirigente revolucionario, director del «Avanti!», Benito Mussolini.[2]

Por falta de referencias precisas, es difícil decir si en aquella época, antes de 1914, Gramsci se había inscrito ya o no en el Partido Socialista Italiano. En una carta a Alfonso Leonetti del primero de abril de 1964, Togliatti dice:

«Como sabes, conocí a Antonio en el otoño de 1911 en la Universidad. Durante algunos meses nuestras relaciones se redujeron a encontrarnos de vez en cuando y conversar según la costumbre de Gramsci, que tú recordarás. De nuestras conversaciones resulta, sin lugar a dudas, que él se orientaba ya firmemente hacia el socialismo. Por lo demás, esta orientación provenía del período de Cagliari, cuando Gramsci estuvo en contacto con la Cámara del Trabajo de aquella ciudad. Lo que no sabría precisarte es el año en que se inscribió en el PSI. Yo lo hice en 1914; pero Gramsci estaba ya inscrito.»

2. Croce definía así a Mussolini: «...un hombre de sincero temperamento revolucionario, como no se encontraban entre los socialistas italianos, y de perspicacia correspondiente; volvió a la intransigencia del marxismo rígido, pero no intentó la vana empresa de volver a dar al socialismo su forma primitiva sino que, por su juventud, abierto como era a las corrientes contemporáneas, procuró infundirles una nueva alma, utilizando la teoría de la violencia de Sorel, el intuicionismo de Bergson, el pragmatismo, el misticismo de la acción, todo el voluntarismo que se respiraba desde hacía años en los ámbitos intelectuales y que a muchos parecía idealismo; de aquí que él fuese llamado y se llamase a sí mismo de buena gana, "idealista"».

Parecen existir, en todo caso, fundamentos para afirmar que el «nuevo» Gramsci, el Gramsci «nacional», nacía en aquellos momentos.

Quedan por documentar las fases de aquel cambio intelectual, los momentos de su formación filosófica y marxista.

«Tanto para Gramsci como para Togliatti —escriben Marcella y Maurizio Ferrara— el abandono del positivismo fue pronto definitivo... El único punto de referencia seguro seguía siendo Antonio Labriola. Sus textos de explicación y de profundización del marxismo, el escrito *In memoria del Manifesto del comunisti*, los *Saggi intorno alla concezione materialista della storia* y *Discorrendo di socialismo e di filosofia*, eran leídos, releídos, estudiados y comentados.»

Probablemente, esto no se refiere a aquella época concreta antes de la guerra. Es inevitable preguntarse si no se atribuyen a los dos jóvenes estudiantes lecturas de una época ulterior. La duda se basa en una constatación objetiva: en todos los escritos juveniles, Gramsci cita a Labriola *una sola vez* (¡y en 1918!). Hay otro testimonio: el del profesor Annibale Pastore, catedrático de filosofía teórica. Se cuenta que Gramsci le fue presentado por Bartoli con estas palabras: «Abarrótale de filosofía, lo merece. Ya verás como llegará a ser alguien. Quiere profundizar la doctrina de Marx.» Aquel año (Gramsci estaba en el cuarto curso de Letras, 1914-1915), el profesor Pastore dictaba un curso sobre la interpretación crítica del marxismo. Superaba la concepción de la dialéctica hegeliana, «fija en el esquema tricotómico: tesis, antítesis, síntesis» con un «hallazgo original»: «la incubación de las condiciones materiales en el seno de la sociedad como período intermedio entre la tesis y la antítesis.»

«Gramsci comprendió en seguida la novedad y vio abierta una nueva vía crítica de crisis y de revolución. Le dio un curso de lecciones particulares. Su orientación era crociana, pero ya tascaba el freno y no sabía todavía cómo y porqué dejarla... Quería comprender el proceso formativo de la cultura para los fines de la revolución: la practicidad decisiva de la teoría. Quería saber cómo hace actuar el pen-

samiento (técnica de la propaganda espiritual), cómo el pensamiento hacer mover las manos y cómo se puede y por qué se puede actuar con las ideas. Fueron éstos los primeros toques de mi concepción que le impresionaron... Otro punto importantísimo que le aproximó a mí fue mi orientación en la lógica experimental, con la invención de las técnicas, es decir, con el paso del *homo sapiens* al *homo faber*, del lógico al ingeniero, al técnico, al mecánico, al obrero que dirige las máquinas: del trabajo mental al trabajo manual. En suma, Gramsci, excepcional pragmatista, se preocupaba entonces, sobre todo, de comprender a fondo *cómo las ideas se convierten en fuerzas prácticas.*»

¿Olvidó Gramsci más tarde aquel profesor que le daba lecciones particulares? En sus artículos, en sus notas o en las cartas de la cárcel se encuentran a menudo recuerdos afectuosos de otros profesores, con quienes estuvo en contacto en los años de universidad: Bartoli y Cosmo. Pero no hay ninguna referencia a Annibale Pastore, cuyas lecciones tuvieron sobre la formación marxista de Gramsci una influencia quizá no muy relevante —por lo menos no en la medida que el testimonio que acabamos de citar quiere hacer creer— y desde luego, no inmediata. «La Città futura» periódico publicado en 1917, demuestra que Gramsci seguía todavía anclado en el idealismo historicista crociano. La impresión de una aceleración de la formación marxista de Gramsci, que dan algunos testimonios, se debe a una retrotracción de experiencias culturales que seguramente corresponden al Gramsci maduro o menos joven.

Puede decirse que en los años de la universidad el desarrollo de las convicciones de Gramsci (el Gramsci «nacional» después del Gramsci «sardo») se produjo sin hiatos. Gobetti dirá de él que «había venido del campo para olvidar sus tradiciones, para substituir la herencia enferma del anacronismo sardo por un esfuerzo cerrado e inexorable hacia la modernidad del ciudadano», y en la persona física del joven isleño verá «el signo de esta renuncia a la vida del campo y la superposición casi violenta de un programa construido y reavivado por la fuerza de la desesperación, de la necesidad espiritual de quien ha rechazado la inocencia nativa y ha renegado de ella». Sin embargo no fue así. A diferencia de tantos intelectuales de su época, Gramsci fue el único que evitó la alternativa habitual: o quedarse encerrado para siempre en experiencias vitales, sin duda como son las del hombre atento a la realidad de su región, pero incompletas cuando no se confrontan con otras experiencias (Deledda, Satta), o evadirse de ellas asimilando los modos de vida y de pensamiento del nuevo ambiente de trabajo, convertidas prácticamente en la losa funeraria de las experiencias nativas (Salvatore Farina). Gramsci no se encerró en el sardismo de su juventud,[3] ni se limitó a absorber pasivamente la orientación política e ideológica del proletariado septentrional, desviado en aquella época por concepciones corporativistas no menos discutibles que las que dominaban en el mundo cerrado de una isla. Sentía el afán, escribirá, de «superar un modo de vida y de pensamiento atrasado como el de un sardo de principios de siglo para apropiarse un modo de vida y de pensamiento no ya regional y de aldea sino nacional». Pero al mismo tiempo advertía que «una de las más fuertes necesidades de la cultura italiana era la de desprovincializar incluso los centros urbanos más avanzados y modernos». Es decir, al hacerse socialista, Gramsci no sepultaba su pasado. Y si desde el punto de vista socialista podía ver la ambigüedad y, más allá de ésta los límites y la inconstancia de un cierto modo de plantear la protesta sardista, desde la perspectiva del sardo podía descubrir de modo natural la insuficiencia ideológica de un corporativismo obrero que tendía a considerar el Mediodía como una «losa de plomo», un obstáculo para el desarrollo civil del país. Así que como socialista encontraba nuevas respuestas a las cuestiones que le sugería la experiencia sarda; pero como sardo consideraba que el problema del campo no se podía separar del problema de la revolución socialista. «Se trataba —escribía más tarde— de que la clase obrera superase aquel provincialismo al revés de la "losa de plomo", que tenía sus más profundas raíces en la tradición reformista y corporativa del movimiento socialista». Esto lo entendían muy bien Tasca y los demás jóvenes del *Fascio*, fervientes lectores de «La Voce» y de «L'Unità» de Salvemini. «Compartíamos con Gramsci —escribía Tasca— un concepto que él sostenía ardorosamente:

3. «El instinto de rebelión se dirigió contra todos los ricos que oprimían a los campesinos de Cerdeña y yo creía que había que luchar por la independencia nacional de la región: "¡Al mar los continentales!" ¡Cuántas veces habré repetido estas palabras!»

el de la importancia del problema meridional para la política socialista y lo considerábamos, como él, uno de los ejes de su renovación.»

Pronto se presentó la ocasión de poner a prueba la permeabilidad de la sección socialista a estos nuevos planteamientos. Por la muerte de Pilade Gay había quedado vacante la representación parlamentaria de la circunscripción turinesa de Borgo San Paolo; o sea que se planteaba el problema de encontrar el nuevo candidato socialista. A los jóvenes se les ocurrió la idea de ofrecer la candidatura a Gaetano Salvemini, que en octubre de 1913 siendo candidato en la circunscripción de Molfetta-Bitonto había sido batido por la violencia de los esbirros giolittianos. De este modo se habría afirmado la solidaridad de los obreros de Turín con los campesinos de la Pulla, privados de su representante en la Cámara por las supercherías del gobierno. Angelo Tasca en el café-cervecería de la Casa del Pueblo de la calle Siccardi, celebró una conversación sobre el tema con Ottavio Pastore, secretario por aquel entonces de la sección socialista de Turín. La propuesta, aprobada por el ejecutivo de la sección (con gran mayoría izquierdista) fue comunicada a Salvemini, pero éste la rechazó. En aquella época, dice Ottavio Pastore, «Gramsci todavía no había empezado a realizar ninguna actividad particular en el partido». Sin embargo, el proyecto de candidatura de Salvemini, concebido, recordará Gramsci, por «un grupo de la sección socialista del que formaban parte los futuros redactores de "L'Ordine Nuovo"», debe considerarse como la primera iniciativa política del estudiante sardo en Turín. Esta iniciativa maduró más en conversaciones privadas que en los debates públicos de la sección. Pero no por esto deja de ser verdad que algo nuevo empezaba a manifestarse en el socialismo turinés por la influencia de un joven de veintitrés años, inscrito en el partido desde hacía muy poco y militante oscuro todavía, pero ya preparado para vivir con originalidad la experiencia política junto con otros jóvenes.

Su círculo de amigos se amplió. «A menudo —cuenta Angelo Tasca— discutíamos con los compañeros estudiantes entre las arcadas de la universidad, pero nuestro mundo, el mundo en que entró entonces Gramsci, lo constituían sobre todo jóvenes empleados y obreros. Por la noche, salíamos juntos de la Casa del Pueblo de la calle Siccardi y paseábamos, a veces durante horas, intercambiando ideas,

esperanzas, indignaciones.» Era la época de los primeros entusiasmos. Recordando el fervor juvenil de aquellos días, Gramsci escribirá:

«Salíamos a menudo en grupo de las reuniones de partido, rodeando a nuestro líder, a través de las calles de la ciudad silenciosa, mientras los últimos noctámbulos se quedaban mirándonos porque, olvidándonos de nosotros mismos, con los ánimos exaltados todavía por la pasión, continuábamos nuestras discusiones intercalando en ellas expresiones feroces, carcajadas, galopadas en el reino del imposible y del sueño.»

Europa se encaminaba hacia la catástrofe. Cuatro días antes de que empezase la «inútil matanza», el 28 de julio de 1914, la dirección y el grupo parlamentario socialista exigieron la «neutralidad absoluta» de Italia, que fue declarada oficialmente el 4 de agosto. Pero el debate sobre el alcance y el desarrollo de esta neutralidad iba a adquirir pronto una gran vivacidad, incluso entre los mismos socialistas. Había una gran incertidumbre y desde luego sería complicado establecer si ello se debía a la exactitud del «Avanti!» de Benito Mussolini o si, por el contrario, la vacilante orientación del «Avanti!» se debía a un estado de ánimo ya existente. El hecho es que no pocos socialistas, pese a aceptar la interpretación del conflicto como un choque entre grupos imperialistas, se inclinaban a distinguir netamente entre los imperios centrales absolutistas y la Francia republicana y a ponerse al lado de los países agredidos, Francia y Bélgica. El 18 de octubre, se publicó en la tercera página del «Avanti!» un largo artículo de Mussolini, con el título de *Dalla neutralità assoluta alla neutralità attiva ed operante.* Las reacciones fueron diversas y contradictorias. Angelo Tasca escribió en el semanario de la sección socialista de Turín, «Il Grido del popolo» (número del 24 de octubre) un artículo polémico contra Mussolini, donde insistía en la exigencia de la neutralidad «absoluta» de Italia. Pero el director del «Avanti!» tenía, desde hacía ya algunos años, un número nada despreciable de seguidores. «Los jóvenes —escribirá Mario Montagnana— éramos todos entusiastas de Mussolini; en parte porque él también era joven, en parte porque había derrotado a los reformistas y, finalmente, porque sus artículos en el "Avanti!" nos parecían

fuertes y revolucionarios». Gramsci intervino en un debate sobre la neutralidad con un artículo publicado en «Il Grido del popolo» el 31 de octubre de 1914 (era su primer escrito político). «Antes de publicarlo lo había dado a leer a Togliatti, que lo compartía plenamente», refieren Marcella y Maurizio Ferrara. El título, *Neutralità attiva ed operante*, repetía la formulación mussoliniana. Pero, evidentemente, las intenciones eran diversas: lo demuestran las opuestas conclusiones de las dos actitudes en relación con la guerra. La polémica del joven estudiante iba dirigida contra los reformistas. Éstos —escribía— «dicen que no quieren jugar a la ruleta (pero dejan que los demás jueguen y ganen) y quieren que el proletariado asista como espectador imparcial a los acontecimientos, dejando que éstos preparen por sí solos su hora, mientras los adversarios se preparan su propia hora y la plataforma para la lucha de clase». ¿Cómo impedirlo? Para Gramsci, la tarea del revolucionario debía consistir en preparar las condiciones más favorables para la *sacudida* definitiva (la revolución) a través de una serie ininterrumpida de sacudidas operadas sobre las demás fuerzas activas y pasivas de la sociedad. Y si la burguesía italiana estaba llamada por *su* destino a la guerra, esto hacía, precisamente, que se perfilasen otra serie de sacudidas preparatorias de la final.

«Por tanto, Mussolini no quiere un abrazo general, una fusión de todos los partidos en una unanimidad nacional, pues entonces su posición sería antisocialista... La posición mussoliniana no excluye tampoco que el proletariado, después del fracaso o de la impotencia demostrada de la clase dirigente, pueda desembarazarse de ésta y apoderarse de la cosa pública.»

A esta interpretación de la posición de Mussolini, Gramsci añadía prudentemente: «... si he interpretado bien sus declaraciones un poco inconnexas, y las he desarrollado según la misma línea que él habría seguido». Le será difícil, más tarde, desmentir la fama de intervencionista que le dará una interpretación sectaria de este artículo.

Después del episodio, volvió a apartarse de la vida política activa. Era natural que, dado su estado físico, tuviese que pagar la actividad intensa con la agravación de sus condiciones generales de salud. Porque a la actividad política

y al estudio se había añadido ya el trabajo para vivir. Daba clases particulares.[4] En la sesión de otoño del tercer curso universitario sólo pudo examinarse de una materia: la literatura neolatina, el 11 de noviembre de 1914 (con una calificación de veintisiete). Para mantenerse en regla y conservar el derecho a percibir la beca habría tenido que examinarse también de literatura italiana y latina (trienales) y de sánscrito. Pero no se presentó. Y en la sesión del 19 de diciembre, el consejo directivo del Colegio de las Provincias, pese a tener en cuenta —según se dice en el acta— «la declaración hecha a la presidencia por el profesor Bartoli, según la cual el joven sufre periódicamente crisis nerviosas que le impiden asistir a clase con la debida asiduidad», decidió privarle de la beca durante cuatro meses.

Se iniciaba un momento difícil. Gramsci dejó de acudir a la Casa del Pueblo y de escribir para «Il Grido del popolo». Se aisló de los amigos. Seguía dando clases particulares y este esfuerzo contribuía a empeorar su estado de salud. «Quizá he trabajado demasiado, más de lo que me permitían mis fuerzas —escribirá a la hermana Grazietta. He trabajado para vivir cuando lo que me convenía para vivir era descansar y divertirme, precisamente. En dos años quizá no he reído ni llorado nunca. He intentado superar la debilidad física trabajando y me he debilitado todavía más.»

También se había alejado de la familia. «Estuve dos años seguidos, por lo menos, sin escribir a mi madre, y supe lo doloroso que era no recibir ninguna carta.» Poco a poco, Cerdeña, los lugares de su primera juventud, los familiares que habían permanecido en Ghilarza, todo parecía al joven en crisis una escena lejana, viejísima. Olvidaba el recuerdo de las disputas afectuosas con su madre, cuando ésta quería convencerle de que un poco de cebada en el café refrescaba: «¡Pero si yo no quiero refrescarme, quiero beber café!»

4. Seis años después, polemizando con su profesor de literatura italiana, Umberto Cosmo, que había calificado a sus antiguos alumnos de «estudiantes vividores y ociosos», escribirá: «Él, que ayudó a alguno de nosotros en momentos de angustiosa estrechez económica, él sabe que sus alumnos vivían con las setenta liras mensuales del Colegio, sabe que si sus alumnos socialistas querían comprar libros tenían que galopar de un lado a otro de la ciudad dando clases particulares, clases que el mismo Cosmo se preocupaba de facilitar, porque entonces el "maestro" sentía mucho afecto por sus alumnos.»

Los días pasados espiando los erizos en el valle del Tirso, criando halcones, alondras y tortugas, construyendo veleros con Luciano, el hijo del farmacéutico. Ahora tenía la cabeza «siempre llena de dolor».

Sin embargo, continuaba estudiando para sí y para la escuela; no se había detenido. El 13 de abril de 1915 pasó todavía un examen: el trienal de literatura italiana (y fue el último: su «aprendizaje universitario» se interrumpió aquí).

Seguía en Turín cuando el lunes 17 de mayo, una semana antes de que Italia entrase en la guerra, los barrios obreros se insurreccionaron para protestar contra la intervención que se anunciaba y en la ciudad paralizada por la huelga los manifestantes chocaron con los escuadrones de caballería en la calle Cernaia y después en toda la zona. Un joven carpintero, Carlo Dezzani, fue muerto de un balazo. El ejército irrumpió en la Casa del Pueblo y la ocupó. Gramsci seguía los acontecimientos sin participar en ellos.

Lentamente, empezó a salir del fondo de la crisis. El 13 de noviembre de 1915, más de un año después de su primera intervención en el debate sobre la neutralidad, «Il Grido del popolo» publicó otro artículo suyo, en el que se hacía eco de la reunión celebrada el 15 de septiembre en una población suiza, Zimmerwald entre los representantes de los partidos socialistas europeos opuestos a la guerra (el «Avanti!» había publicado las conclusiones de la reunión en el número del 14 de obtubre de 1915: por primera vez millares de militantes socialistas veían estampado el nombre de Lenin entre los firmantes del manifiesto). Pero el artículo de Gramsci no hablaba directamente de la reunión de Zimmerwald sino del X Congreso del Partido Socialista español, significativo, a los ojos del joven escritor, como prueba «de la supervivencia de una actividad puramente socialista en Europa».

«A nosotros, incluso los movimientos pequeños nos parecen grandes porque los relacionamos con otros que sólo nosotros sentimos porque los vivimos... Nos sentimos moléculas de un mundo en gestación, sentimos esta marea que sube lenta pero inexorablemente y sabemos que la infinidad de gotas que la forman están fuertemente unidas entre sí; sentimos que en nuestra conciencia vive verdaderamente la Internacional.»

A finales de 1915, tras reanudar el contacto con la familia después del largo silencio, el joven podía hablar ya de las tribulaciones de los últimos tiempos como de una vicisitud en vías de superación:

«No tenía que haberme alejado tanto de la vida. Durante un par de años he vivido fuera del mundo, como en sueños. He dejado que se rompiesen uno tras otro todos los hilos que me unían al mundo de los hombres. He vivido sólo con el corazón... Y no sólo en lo que a vosotros se refiere... Para mí ha sido como si los demás hombres no existiesen, como si yo fuese un lobo en su guarida.»

Los sufrimientos habían pasado hasta cierto punto. El joven, con veinticinco años cumplidos, volvía a tomar gusto lentamente a la vida, al debate político, a la actividad periodística. Sus artículos empezaban a publicarse en la página turinesa del «Avanti!», colaboraba asiduamente en «Il Grido del popolo». Entre otras cosas encontramos un conmovido recuerdo de Renato Serra, muerto hacía algunos meses en el Podgora: Gramsci afirmaba que existía un ligamen entre el joven crítico desaparecido y Francesco De Sanctis, «el crítico más grande que ha tenido Europa». Con esta reanudación de la labor política se acentuaba el giro en la vida de Gramsci. Todavía no había tomado la decisión de abandonar definitivamente los estudios universitarios,[5] pero prevalecían ya en él otros intereses. El socialismo era la respuesta a todos los problemas incluso los personales, que le habían angustiado; era la solución de la crisis. De hecho, entre finales de 1915 y principios de 1916, nacía el «revolucionario profesional».

«Mi vida —leemos en una carta que envió a su casa por aquellos días— sólo es miserable en lo que se refiere al sentimiento de no poder vencer mi debilidad y a trabajar lo necesario para vivir y poder tener libertad para laborar

5. En una carta del 29 de enero de 1918 al director del «Avanti!», Serrati, que en el número del 26 de enero le había definido, quizá irónicamente, como un «emérito estudioso de la lingüística», dirá de sí mismo: «Como estudiante —y no estudioso y menos aún emérito, ironía y modestia aparte— preparo mi tesis de licenciatura sobre la historia del lenguaje, intentando aplicar a estas investigaciones los métodos críticos del materialismo histórico.»

para mí y para mi futuro, y no sólo para vivir al día. Estoy convencido de que si me encontrase siempre bien podría ganar quinientas liras al mes. Lo que me molesta es estar solo, tener que confiar siempre en los demás, tener que vivir en el restaurante, gastando mucho para estar mal.»

Habría podido llamar de Ghilarza alguno de sus familiares; pero para esto tenía que estar seguro de su salud y de la continuidad de los ingresos. «¿Puedo asumir la responsabilidad de hacer sufrir a otra persona? Esta idea me ha impedido siempre hablaros de la posibilidad de la venida de uno de vosotros a Turín. Pero siento que quizá ha llegado el momento de decidirme, que no puedo seguir así, siempre en la cuerda floja. Escribiré a Mario para saber qué piensa hacer.»

Mario estaba en la guerra. Y también Gennaro y Carlo. En Ghilarza, el señor Ciccillo y la señora Peppina se habían quedado solos con las hijas. *Tia* Peppina repetía constantemente: «Me van a asesinar a los hijos», frase que, como señalará Antonio, «en sardo es terriblemente más expresiva que en italiano: *fàghere a pezza*. *Pezza* es la carne que se vende al público; para la carne humana se utiliza el término *carre*».

12

Había aparecido un nuevo escritor, absolutamente diverso del tipo que conocían hasta entonces los lectores de los periódicos socialistas. Desde comienzos de 1916, la vida de Antonio Gramsci se desarrollaba en el hoy demolido palacio de la Alianza Cooperativa turinesa, la Casa del Pueblo, que se hallaba en el número 12 de la calle Siccardi (hoy calle Galileo Ferraris, en este sector). Allí tenían sus locales la AGO (*Associazione Generale Operai*) y la cooperativa de los ferroviarios (miembros las dos de la Alianza Cooperativa), la Cámara del Trabajo y los sindicatos de ramo (como la FIOM), un ambulatorio bien equipado para la asistencia de los trabajadores incluso en las especialidades; en la planta baja había un café-cervecería siempre lleno (en mayo de 1915 la policía había devastado el Teatro del Pueblo, que también estaba en la planta baja). En el último piso y en tres pequeñas habitaciones, estaban la administración y la redacción de «Il Grido del popolo» (el director era Giuseppe Bianchi. Cuando éste fue llamado a filas le sustituyó una maestra lombarda, Maria Giudice, madre de ocho hijos); el «Avanti!» piamontés que se publicaba en Milán (el responsable, después de la partida de Bianchi era Ottavio Pastore) y la sección socialista. Contigua a la misma estaba la pequeña habitación del *Fascio* «Centro», alma del movimiento socialista juvenil de Turín. Pastore, empleado de ferrocarril, por entonces, Gramsci, y una singular figura de periodista, el excamarero Leo Galetto, pintoresco incluso en el vestir, el sombrero de anchas alas y la corbata a la Lavallière, eran los tres únicos redactores del «Avanti!».

La firma de Gramsci no aparecía casi nunca bajo los artículos, las crónicas culturales, los comentarios sobre los delitos, las conferencias, o los espectáculos que «Il Grido» y la página turinesa del «Avanti!» publicaban asiduamente. «La timidez impulsaba siempre a Gramsci a vivir impersonalmente», señala Pier Paolo Pasolini. Si se refiere a la costumbre de no firmar los escritos, cabe decir que no era por timidez: era rigor científico, repugnancia por las formas exteriores, amor por las ideas en sí, aversión a todas las for-

mas de idolatría, empezando por el culto de los nombres. En el mejor de los casos bajo sus artículos podía leerse la sigla «A.G.» o «Alfa Gamma». Con las simples iniciales, sólo un número limitado de lectores podía conocer el nombre del periodista: dos años y medio después de su entrada en el oficio, en julio de 1918, al celebrarse el proceso por las revueltas del verano anterior, «La Stampa» lo llamará Granischi Antonio y «La Gazzetta del popolo», Antonio Granci. Pero, por oscuro que fuese el nombre de aquel joven de veinticinco años que no desempeñaba ningún papel relevante en la sección socialista y había permanecido al margen de la vida política activa en el primer año de guerra, muchos lectores empezaban a captar ya la originalidad de aquellos artículos en relación con la publicística de izquierda tradicional. En la página turinesa del «Avanti!» se publicaba una sección colectiva de crónica ciudadana, con el título *Sotto la Mole*, creada quizá por Giuseppe Bianchi. La redactaban el mismo Bianchi, Pastore y otros. Con Gramsci, la sección subió en seguida de nivel: eran notas satíricas, pequeñas joyas que hacían del joven escritor sardo un *pamphlétaire* ejemplar, único en un país donde el *pamphlet* es un género casi desconocido. Por lo demás, en todos los escritos de Gramsci, desde los breves ensayos teóricos hasta las crónicas teatrales, se percibía un estilo nuevo: el paso del énfasis grandilocuente de un Rabezzana y de un Barberis al gusto por el razonamiento; un lenguaje cuidado, a veces de una pureza neoclásica, tan lejana de la prosa deslavazada de los «viejos»; la coherencia, el hilo que unía todos los escritos y convertía las notas aparentemente alejadas entre sí en otras tantas ocasiones sucesivas para el desarrollo de una argumentación nunca interrumpida; y la originalidad y la concreción de las propuestas políticas, iluminadas siempre por el convencimiento de que la teoría que no se puede traducir en actos es una abstracción inútil y que las acciones que no se fundamentan en la teoría son impulsos estériles. Ya entonces se percibía en Gramsci la tendencia a un método que más tarde se llamará «mayéutico» o «socrático» de educación de las masas y no de simple excitación con discursos mitinescos. Gobetti escribirá que «si se quiere penetrar en las características íntimas de cultura y de psicología del grupo que dirigió el movimiento comunista turinés hay que acudir a la historia del periodismo socialista de los años de guerra». El joven Gramsci, precisamente, fue

la revelación de aquel nuevo periodismo socialista y su protagonista casi exclusivo en los años de guerra.

Angelo Tasca, el más activo políticamente de los jóvenes «culturalistas», había sido llamado a filas apenas empezada la guerra. Lo mismo le había ocurrido a Togliatti: le declararon inútil en la primera revisión, pero se había hecho voluntario en la organización militar sanitaria (por lo demás, su actividad política había sido hasta entonces absolutamente marginal: algunos autores como Andrea Viglongo, excluyen que antes de la guerra estuviese afiliado al PSI; otros, como Giovanni Boero, consideran que al hacerse voluntario dejó de pertenecer a la sección socialista y no consiguió la «reinscripción» hasta 1919). El último del grupo, Umberto Terracini, había sido detenido a los veintiún años por haber distribuido en Trino Vercellese propaganda pacifista; había sido condenado a una pena leve —un mes de condicional— pero no había podido evitar la movilización (al terminar el curso, por razones políticas, le negaron el grado de oficial y tuvo que ir al frente en Montebelluna como soldado raso). Así que Gramsci se había quedado solo.

Para ver el tipo de tradición periodística simple y vulgar con que tenía que enfrentarse, bastarán estas palabras de Maria Giudice: «"Il Grido" no es todavía bastante sencillo, bastante fácil, bastante claro... Estamos acostumbrados a leer menos en los libros de la teoría y a leer más en el libro de la vida... Sabemos que la masa actúa no como piensa y razona, sino como siente; cuando sentirá socialísticamente, *sin* tanta teoría, actuará en sentido socialista.» Esto no era más que repetir el estribillo entonado un par de años antes por Bordiga en polémica con Tasca: «No se hace uno socialista por la instrucción sino por las necesidades reales de la clase a que se pertenece.» El viejo socialismo turinés, antes de ser renovado por la «generación hija de sí misma», compartía plenamente esta actitud. Gramsci no se dejó condicionar ni siquiera trabajando bajo la dirección, por así decirlo, de Maria Giudice: era un francotirador absolutamente libre. Ya a comienzos de 1916 había subrayado en «Il Grido» la necesaria relación entre la actividad cultural y la revolución:

«El hombre es sobre todo espíritu, es decir, creación histórica y no naturaleza. De otro modo no se explicaría porqué habiendo existido siempre explotados y explotadores,

creadores de riqueza y consumidores egoístas de ésta, no se ha realizado todavía el socialismo. Ocurre que la humanidad sólo ha adquirido conciencia de su propio valor paso a paso, lentamente... Y esta conciencia se ha formado no bajo el aguijón brutal de las necesidades fisiológicas sino con la reflexión inteligente primero de algunos y después de toda una clase, sobre las razones de ciertos hechos y sobre los mejores medios para convertirlos de ocasiones de vasallaje en signos de rebelión y de reconstrucción social. Esto quiere decir que toda revolución ha ido precedida de una intensa labor de crítica, de penetración cultural.»

Concluía poniendo el ejemplo de la Revolución francesa, preparada por la Ilustración. El fin que se proponía alcanzar el joven redactor de «Il Grido» y del «Avanti!» era irradiar una cultura sin la cual el proletariado no podría tomar nunca conciencia de su función histórica. Fue este estímulo, esta necesidad de actualizar con fervor misionero la experiencia de la Ilustración (el contenido había cambiado porque habían cambiado los fines) desde el primer momento, lo que hizo de Gramsci un creador de cultura, fuese cual fuese el tema de que se ocupase.

Recordando su actividad de crítico teatral (había empezado a escribir sobre teatro a los veinticinco años) podrá decir años más tarde en una carta a Tatiana: «¿Sabes que mucho antes que Adriano Tilgher yo descubrí y contribuí a popularizar el teatro de Pirandello? He escrito tanto sobre Pirandello... que se podría compilar un volumen de doscientas páginas; y cabe decir que mis afirmaciones eran entonces originales: a Pirandello le soportaban amablemente o se burlaban de él abiertamente.» La sección *Sotto la Mole*, publicada día tras día sobre los temas más diversos pareció tan ejemplar a los lectores más atentos que quisieron recogerla en un volumen. El mismo Gramsci lo testimonia.

«En diez años de periodismo —escribirá— he escrito tantas líneas que podría llenar quince o dieciséis volúmenes de cuatrocientas páginas. Pero las escribía al día y a mi entender, con el día debían morir... El profesor Cosmo quería en 1918 que le permitiese hacer una selección de las notas que escribía cotidianamente en un periódico de Turín para publicarlas con un prefacio suyo, muy benévolo para mí, pero no lo quise permitir.»

Para realizar la tarea que se había fijado, de promotor de cultura entre los obreros no sólo con la palabra escrita, salía cada vez más a menudo del coto cerrado de la redacción. Sus compañeros de lucha política recordarán más tarde como dato destacado de la personalidad de Gramsci su vocación por la propaganda de las ideas y su constante incitación a estudiar, a profundizar los problemas con método. No tenía ningún cargo directivo en la sección socialista. Iba a los círculos de la periferia turinesa a dar conferencias como simple militante y periodista de partido. Dio una el 25 de agosto de 1916 en Borgo San Paolo sobre *Au dessus de la mêlée*, la obra de Romain Rolland que acababa de publicarse en traducción italiana; el 16 y el 17 de octubre dio otras dos sobre la Revolución francesa en los círculos de la Barriera di Milano y de Borgo San Paolo; el 17 de diciembre dio todavía otra sobre la Comuna de París. Una página de historia, un libro acabado de publicar, una representación teatral: todo le servía para difundir ideas nuevas. En marzo de 1917 actuó en el Carignano Emma Gramatica, representando *Casa de muñecas*. En la fría reacción del público ante las vicisitudes de Nora Helmar, que desilusionada del marido lo abandona, Gramsci creyó ver la rebelión del hombre latino contra unas costumbres más avanzadas «para las cuales la mujer y el hombre no son únicamente músculos, nervios y epidermis sino esencialmente espíritu; para las cuales la familia no es sólo una institución económica sino especialmente un mundo moral en acto, que se completa por la íntima fusión de dos almas que encuentran la una en la otra lo que les falta a cada una individualmente; para las cuales la mujer no es sólo la hembra que nutre a los recién nacidos y siente por éstos un amor hecho de espasmos de la carne y de latidos del corazón sino también una criatura humana dotada de una conciencia propia, con necesidades interiores propias, con una personalidad humana propia». En mayo de 1917 Gramsci dio una conferencia sobre este tema para el grupo femenino de Borgo Campidoglio.

También era nuevo en Gramsci, respecto a Rabezzana, a Barbieris, a Maria Giudice y otros periodistas del mismo tipo, el modo de plantear el problema de las relaciones con los demás partidos. Battista Santhià recuerda una visita a la redacción de «Il Grido». Cuatro jóvenes discutían con Gramsci en tono tranquilo. Se trataban de usted.

«Al término de la larga conversación supe con estupor que se trataba de jóvenes católicos y que su oposición a la guerra se diferenciaba de la nuestra por su carácter exclusivamente pacifista. ("Estamos contra todas las guerras", decían por su referencia a las enseñanzas evangélicas). Para estimularme Gramsci me propuso que ayudase a aquellos jóvenes. No lo entendía bien y pregunté ingenuamente si tenía que unirme a ellos en sus plegarias para obtener el gran milagro de la paz.»

Santhià refiere así la seca respuesta de Gramsci:

«Lo único que os enseñan es un anticlericalismo estúpido, que en vez de educar os hace intelectual y políticamente más ignorantes. Yo tampoco voy a la iglesia porque no creo. Pero hemos de darnos cuenta de que los que creen en la religión son la mayoría. Si seguimos manteniendo relaciones únicamente con los ateos seremos siempre una minoría. Hay burgueses antisocialistas que son ateos, se burlan de los curas y no van a la iglesia y sin embargo, son intervencionistas y nos combaten violentamente. En cambio, estos jóvenes van a misa, no son industriales y no piden más que trabajar con nosotros para hacer cesar lo más pronto posible la guerra.»

La recusación del anticlericalismo sectario y la tesis de la alianza de clase serán en lo sucesivo dos temas centrales en el pensamiento de Gramsci.

Empeñado en sacar la discusión política del equívoco en que los «viejos» socialistas la ahogaban, pasaba los días trabajando en la redacción y celebrando coloquios-debates, que también constituían una parte de su trabajo. Dedicaba muy poco tiempo a las cuestiones privadas. Todavía se veía obligado a dar clases particulares: el sueldo del «Avanti!» era de cincuenta liras al mes (y la colaboración en «Il Grido» gratuita) y no le bastaba para vivir. En los escasos ratos libres se veía con algunos amigos sardos, uno llamado Corona, enólogo de la Alianza Cooperativa, y otro llamado Mura, que tenía un bar en la plaza Statuto; también iba por casa de Attilio y Pia Carena (ella era taquígrafa en el periódico); o pasaba algunas noches en casa de Bruno Buozzi, de cuya familia era amigo. Pero lo que más le gustaba era estar con los muchachos de la Federación Socialista Juvenil.

Por uno de éstos, Andrea Viglongo, hijo de un bedel de la escuela elemental Giacinto Pacchiotti, supo a finales de 1916 que tenían intención de publicar un número de revista único. Les pidió que se lo dejasen escribir. El número único, que sólo constaba de cuatro páginas, se publicó el 11 de febrero de 1917 con el título de «La Città futura».

Lo había escrito enteramente Gramsci, pero incluía fragmentos de textos de Gaetano Salvemini (de *Cultura e laicità*, «volumen que todos los jóvenes deberían leer», advertía una nota en la segunda página), de Benedetto Croce (en la tercera página, *La religione*, extraído de «La Critica») y del gentiliano Armando Carlini (en la tercera página también *Che cos'è la vita?*, de *Avviamento allo studio della filosofia*, texto que «se aconseja vivamente leer y meditar»). La elección de estos autores parece claramente indicativa de una determinada matriz intelectual. En las cuatro páginas de «La Città futura», que puede considerarse el punto de llegada de la formación juvenil de Gramsci, se observan claramente las influencias idealistas. Define a Croce como «el pensador más grande de Europa en este momento». El propio Gramsci recordará más tarde: «En una breve nota que precedía la reproducción del escrito de Croce *Religione e serenità* escribí que así como el hegelianismo había sido la premisa de la filosofía de la praxis en el siglo XIX, en los orígenes de la civilización contemporánea, la filosofía crociana podía ser la premisa de una renovación de la filosofía de la praxis en nuestros días, para nuestras generaciones.» En realidad, en la nota indicada no se expresa este concepto. «La cuestión —admite Gramsci— apenas se insinuaba en una forma primitiva y claramente inadecuada, porque en aquel tiempo el concepto de la unidad de la teoría y la práctica, de la filosofía y la política no estaba claro para mí y *yo era más bien tendencialmente crociano*.»[1]

«La Città futura» se abría con el artículo *Tre principi tre ordini*, censurado en numerosos puntos:

«El orden y el desorden —afirmaba el joven revolucionario— son las dos palabras que se encuentran con más frecuencia en las polémicas de carácter político. Partidos de orden, hombres de orden, orden público... La palabra orden tiene un poder taumatúrgico, la conservación de las institu-

1. Subrayado mío.

ciones políticas en gran parte, se confía a este poder. El orden actual se presenta como algo armónicamente coordinado, establemente coordinado, y la multitud de los ciudadanos vacila y se asusta en la incertidumbre de lo que puede aportar un cambio radical... En la fantasía se forma la imagen de algo violentamente lacerado, no se ve el nuevo orden posible, mejor organizado que el antiguo, más vital que éste... No se ve más que la laceración violenta y el alma pávida se detiene con miedo de perderlo todo, de encontrarse ante el caos, ante el desorden ineluctable...»

Gramsci concluía:

«Los socialistas no deben sustituir el orden por el orden. Deben instaurar el orden en sí. La máxima jurídica que quieren realizar es *la concesión a todos los ciudadanos de la posibilidad de realizar íntegramente la propia personalidad humana*. Con la concreción de esta máxima se derrumban todos los privilegios constituidos. *Lleva a un máximo de libertad con un mínimo de constricción.* Quiere que la regla de la vida y de las atribuciones sea la capacidad y la productividad, fuera de todos los esquemas tradicionales. Que la riqueza no sea un instrumento de esclavitud sino que pertenezca a todos impersonalmente y a todos dé los medios para el máximo bienestar posible. Que la escuela eduque a los inteligentes, sea cual sea su procedencia social... De esta máxima dependen orgánicamente todos los demás principios del programa máximo socialista. No es una utopía. Es universal, concreto, puede ser realizado con un acto de voluntad. Es un principio de orden, del orden socialista. De aquel orden que creemos que será una realidad en Italia antes que en los demás países.» [2]

En el número único juvenil se reflejaban nítidamente algunos aspectos de la personalidad de Gramsci: la tensión del hombre que siente la exigencia de militar y combatir,[3] la intransigencia frente a los adversarios de clase,[4] la vena sarcástica,[5] la aversión por la retórica populista de las «manos desnudas y callosas»,[6] la confianza en la «voluntad tenaz del hombre» como motor de la historia y la correspondiente aversión por la «superstición científica» de los positivistas, por los reformistas del tipo Claudio Treves, idólatras de la «ley natural», de la «marcha fatal de las cosas». La polémica del joven Gramsci contra el ala reformista del PSI iba a ser a partir de aquel momento apretada y mordaz: «Esperar que seamos la mitad más uno es el programa de las almas tímidas que creen que el socialismo se hará con un decreto regio refrendado por dos ministros.»

Ya se anunciaba el Gramsci de «L'Ordine nuovo». Una nota al final de la última página de «La Città futura» decía, por lo demás:

«Hemos dado a esta hoja un título que no es sólo nuestro. Antes de que la guerra azotase el mundo con su látigo irresistible habíamos decidido con algunos amigos lanzar una nueva revista de vida socialista que fuese algo así como el foco de las nuevas energías morales, del nuevo espíritu (palabra censurada, quizá "revolucionario") e idealista de nuestra juventud... Con la gran fe de nuestro ánimo joven y ardoroso pensábamos recomenzar una tradición plenamente italiana, la tradición mazziniana revivida por socia-

2. El último subrayado es mío.

3. «Creo, como Federico Hebbel, que "vivir quiere decir ser combatiente". Quien vive verdaderamente no puede dejar de ser ciudadano y combatir. Odio a los indiferentes... La indiferencia actúa poderosamente en la historia. Actúa pasivamente, pero actúa... Los hechos maduran en la sombra, unas pocas manos, no sometidas a ningún control, tejen la tela de la vida colectiva y la masa ignora porque no se preocupa... Soy combatiente, vivo, siento ya en las conciencias viriles de mi bando el pulso de la actividad de la ciudad futura que mi bando está construyendo... Vivo, soy combatiente. Por esto odio a los que no combaten, odio a los indiferentes.»

4. «Cuando discutas con un adversario intenta ponerte su vestido: lo comprenderás mejor y quizá llegarás a darte cuenta que tiene algo de razón o mucha. Durante un cierto tiempo he seguido este consejo de los sabios. Pero el vestido de mis adversarios era tan sucio y maloliente que he llegado a la conclusión de que vale más ser injusto alguna vez que volver a experimentar un asco tan profundo como aquel.»

5. A propósito de los intelectuales que abandonan el movimiento socialista escribía: «Hay diletantes de la fe, como hay diletantes del saber... Para muchos la crisis de conciencia no es más que una letra vencida o el deseo de abrir una cuenta corriente.»

6. «Prefiero que se acerque al movimiento socialista un campesino que un profesor de universidad. Ahora bien, el campesino debe intentar que su experiencia y su amplitud de miras sean tan grandes como las del profesor de universidad, para no hacer estéril su acción y posible su sacrificio.»

listas. Pero no hemos abandonado el intento. Las partes de nuestro ánimo que la guerra se ha llevado volverán al hogar. Y la revista será una realidad.»

Era el mes de febrero. No tardaron en estallar los sucesos de Rusia.

Al principio no era fácil comprender lo que había ocurrido exactamente en San Petersburgo. Las dificultades objetivas para la obtención de informaciones exactas, la censura y la tendencia de algunos periódicos, como la «Gazzetta del popolo» a deformar los acontecimientos por cálculos de propaganda interna impedían una visión clara de lo ocurrido. El 18 de marzo se supo que el zar había sido derrocado, que se había creado un gobierno provisional decidido a continuar la guerra, pero que un grupo de maximalistas ultrarrevolucionarios dirigidos por Lenin propugnaban ya la paz inmediata al precio que fuese. El primer comentario de Gramsci se publicó en «Il Grido» el 29 de abril de 1917. Se decía en él que «leyendo los periódicos, leyendo las noticias que la censura ha dejado publicar» no era fácil captar la sustancia de la revolución rusa, saber si era liberal o proletaria.

«Los periódicos burgueses... nos han dicho que el poder de la autocracia ha sido sustituido por otro poder todavía no bien definido y que ellos esperan que sea un poder burgués. Y han establecido en seguida el paralelismo: revolución rusa, revolución francesa, y han encontrado que los hechos se parecen... Sin embargo nosotros estamos convencidos de que la revolución rusa es además de un hecho, un acto proletario y desembocará naturalmente en el régimen socialista.»

«La Stampa» dio el 10 de mayo noticias mucho más detalladas entre otras cosas, informaba de la consigna leninista: paz inmediata, todo el poder al proletariado a través de los consejos de obreros y campesinos. Lenin se convirtió en seguida en el blanco de los ataques de toda la prensa conservadora italiana; por esto el proletariado le consideraba el «más socialista», el «más revolucionario de los jefes de los partidos socialistas rusos» (así decía «Il Grido»).

«Los maximalistas rusos son la revolución misma. Kerenski, Tseretelli, Chernov (protagonistas de la revolución democrático-burguesa de marzo) constituyen el hoy de la revolución, son los realizadores de un primer equilibrio social, la resultante de fuerzas en que los moderados tienen todavía mucha importancia. Los maximalistas son la continuidad de la revolución: por esto son la revolución misma... (Lenin) ha suscitado energías que ya no morirán. Él y sus compañeros bolcheviques están convencidos de que es posible realizar el socialismo en cualquier momento.»

Dada esta resonancia en Italia de la revolución democrático-burguesa de marzo y la confianza que los escritores socialistas (Gramsci en primera línea) y los dirigentes de una de las alas del movimiento obrero italiano tenían en el partido de Lenin —bajo cuyo impulso, esperaban que la revolución rusa se convertiese de liberal en socialista— era natural la acogida que cuarenta mil trabajadores tributaron el 13 de agosto de 1917 en Turín a Goldenberg y Smirnov, enviados del gobierno provisional liberal para una primera toma de contacto con los países aliados. Unos días antes, Goldenberg había declarado al corresponsal en París de «La Stampa»: «Lenin no es nuestro amigo, somos adversarios.» Cuando los dos delegados del gobierno Kerenski aparecieron en el balcón del palacio de la calle Siccardi, la multitud les acogió al grito de «¡Viva Lenin!» Diez días después se levantaban barricadas en Turín y se combatía detrás de ellas.

El motivo inicial de la batalla fue la falta de pan. Pero el ímpetu de los sublevados, demostrado por la violencia de la lucha y el número de muertos y heridos, sólo podía obedecer a otras razones. La propaganda contra la guerra se había intensificado en los últimos meses. En el sentimiento popular se había impuesto la tesis de que al proletariado le convenía más perder quinientos de los suyos en una batalla por la causa obrera que dejar sacrificar diez mil contra los alemanes en interés exclusivo de la burguesía. En las fábricas, donde la disciplina era controlada por un representante del ejército y estaba vigente el código penal militar de guerra, la impaciencia de los obreros era cada vez mayor. En aquel ambiente, propicio a la idea de «hacer lo mismo que en Rusia», la tentativa insurreccional era inevitable.

Se empezó a disparar por la mañana del jueves 23 de agosto. La revuelta se extendía sin jefes ni dirección. Gran-

des árboles abatidos, vagones de tranvía y de ferrocarril volcados sobre las vías aislaban los centros de la insurrección. No había ninguna relación entre los dirigentes socialistas y los insurrectos. La multitud, lejos de actuar según un plan revolucionario bien calculado, no parecía tener más que un objetivo: saquear, destruir. Y los soldados, en cuya propensión a fraternizar con los obreros se había confiado excesivamente, reaccionaban disparando.[7] Hubo una cincuentena de muertos y más de doscientos heridos. Siguió una gran ola de detenciones, que privó a la sección socialista de casi todos sus dirigentes. A partir de entonces, un comité provisional se encargó de dirigir el movimiento obrero turinés en la medida en que era posible llevar a cabo una acción de este tipo en una ciudad declarada en septiembre de 1917 zona de guerra (lo cual quería decir comparecer ante un consejo de guerra por actividades, informaciones y juicios divergentes de las directivas y de las informaciones oficiales de la autoridad militar).

Gramsci era uno de los doce miembros de este comité. Por primera vez, a los veintiséis años, ocupaba un cargo directivo en la sección socialista de Turín. El 1 de marzo de 1921 escribirá en «L'Ordine nuovo», convertido ya en diario:

«En momentos muy graves y difíciles para la clase obrera turinesa se confiaban a algunos de nosotros cargos de partido de gran responsabilidad: al ser dispersada la Sección y ocupado militarmente el palacio de la calle Siccardi después de los hechos de agosto de 1917, uno de nosotros fue nombrado secretario político de la Sección; después de Caporetto, uno de nosotros fue enviado a la reunión de Florencia, en la que había que decidir la actitud y la orientación del partido.»

Lazzari y Bombacci, de la Dirección, y Gino Pesci, de la fracción maximalista revolucionaria, habían convocado una reunión clandestina a celebrar en Florencia el 18 de noviembre de 1917 (Pesci había sido secretario de la Cámara del Trabajo de Cagliari cuando Gennaro Gramsci ocupaba el

7. Gramsci creerá recordar que en la representación participó la brigada Sassari. El recuerdo es inexacto. Por aquellos días, la brigada estaba trasladándose de Cividale a la meseta de la Bainsizza y el 29 de agosto entró en combate en Cravec.

cargo de tesorero; Antonio que iba todavía al Liceo Dettòri, lo había conocido entonces). El objetivo de la reunión era reafirmar, incluso después de Caporetto, que el proletariado era ajeno a la guerra de la burguesía. Gramsci compartía la tesis de Bordiga sobre la oportunidad de una intervención activa del proletariado revolucionario en la crisis bélica.

Hacía apenas cuatro días que los bolcheviques estaban en el poder (6-14 de noviembre). A Italia llegaban escasísimas noticias truncadas por la censura y deformadas por la gran prensa de información. Con el título de *I saturnali del leninismo* la «Gazzetta del popolo» había escrito el 10 de noviembre: «Una multitud de maximalistas saqueó las bodegas del Palacio de Invierno y se embriagó hasta ser dispersada por las fuerzas armadas.» El gran acontecimiento histórico se reducía a un alboroto de unos cuantos granujas. Pero Gramsci, el joven de veintiséis años que unos meses antes, el 28 de julio, había manifestado claramente su confianza en el desarrollo socialista de la revolución liberal intuyó rápidamente, pese a los vacíos provocados por la censura y las deformaciones de la prensa burguesa, que se estaba realizando un cambio fundamental. El 24 de noviembre, en una breve nota de presentación de un artículo de Souvarine, escribió en «Il Grido»:

«No se tiene ninguna noticia precisa sobre los últimos acontecimientos de la revolución rusa. Es probable que no tengamos ninguna durante cierto tiempo. "Il Grido" había previsto —y era fácil hacerlo— que la revolución rusa no podía detenerse en la fase Kerenski. La revolución rusa continúa y continuará todavía.»

Aquel mismo día, el 24 de noviembre de 1917, se publicó en la edición nacional del «Avanti!» un editorial con el título *La rivoluzione contro il «Capitale»*, firmado por Antonio Gramsci. Era un nuevo testimonio tal vez el más estentóreo de la formación idealista de Gramsci y de su tendencia a no encerrarse en esquemas demasiado rígidos, como los de algunos intérpretes de Marx.

«La revolución de los bolcheviques —afirmaba el joven editorialista en su primera "incursión" fuera de las páginas y de las publicaciones de Turín— es la revolución contra el

Capital de Carlos Marx. *El Capital* de Marx era en Rusia el libro de los burgueses, más que de los proletarios. Era la demostración crítica de la fatal necesidad de que en Rusia tenía que formarse una burguesía, iniciarse una era capitalista e instaurarse una civilización de tipo occidental antes de que el proletariado pudiese ni siquiera pensar en su insurrección, en sus reivindicaciones de clase, en su revolución. Los hechos han provocado el estallido de los esquemas críticos que tenían que servir de marco al desarrollo de la historia de Rusia según los cánones del materialismo histórico. Los bolcheviques reniegan de Carlos Marx, afirman con el testimonio de la acción desplegada de las conquistas realizadas, que los cánones del materialismo histórico no son tan férreos como se podía creer y se ha creído.»

Era una argumentación impregnada de hegelianismo y de crocismo:

«Si los bolcheviques reniegan de algunas afirmaciones del *Capital*, no reniegan de su pensamiento immanente, vivificador. No son "marxistas", esto es todo; no han compilado a base de las obras del maestro una doctrina exterior, hecha de afirmaciones dogmáticas e indiscutibles. Viven el pensamiento marxista, el que no muere, el *que es la continuación del pensamiento idealista italiano y alemán* y que en Marx se había contaminado de incrustaciones positivistas y naturalistas.»[8]

Gramsci rechazaba una vez más la concepción de la historia como una evolución espontánea y fatal determinada por los simples hechos económicos; contraponía al determinismo de los positivistas la voluntad del hombre, fautor máximo de la historia. Cabe añadir (y esta conciencia de las dificultades que conlleva toda laceración histórica será siempre viva en él) que el joven estudioso y militante se diferenciaba de los que creían eufóricamente que en Rusia se había instaurado, con el simple derrocamiento del viejo orden, un mundo de plena felicidad. «Al principio, será el colectivismo de la miseria, del sufrimiento» —afirmaba crudamente. Pero añadía: «El capitalismo no podría hacer *en seguida* en Rusia más de lo que podrá hacer el colectivismo.

8. Subrayado mío.

Hoy haría mucho menos porque tendría *ipso facto* contra él un proletariado descontento, frenético, incapaz de soportar unos cuantos años más los dolores y las amarguras que conllevarían las dificultades económicas.»

Aparte de la actividad periodística, la censura militar consentía a Gramsci pocas iniciativas de organización y de propaganda en aquel período de su gestión provisional de la secretaría de la sección. Sin embargo, debe registrarse una resolución contra el proteccionismo aduanero que hizo aprobar al Ejecutivo provisional. Sobre este tema, que tanto interesaba a Gramsci desde su primera juventud, se había publicado el 20 de octubre de 1917 un número especial de «Il Grido», con intervenciones de Ugo Mondolfo, Umberto Cosmo, Bruno Buozzi y un artículo de Togliatti, el primero que escribió para un periódico socialista. A esto se puede considerar como su entrada en la política activa; después de haberse licenciado en Derecho se había inscrito en la facultad de Filosofía y en aquel momento seguía en Caserta un curso para alumnos oficiales. Por lo demás, Gramsci no podía producir mucho al nivel de la organización, dada la situación objetivamente desfavorable. Sin embargo había organizado un club de vida moral: la educación política de los jóvenes seguía siendo lo que más le interesaba. «Asigno una tarea a cada joven —sabemos por una carta de Gramsci a Giuseppe Lombardo-Radice—, un capítulo de *Cultura e vita morale* de B. Croce, de *Problemi educativi e sociali*, de Salvemini, de *La Rivoluzione francese* o de *Cultura e laicitá* del propio Salvemini, del *Manifiesto de los comunistas*, una *Postilla* de Croce sobre la *Critica* o cualquier otro texto que refleje el movimiento idealista actual.»[9] Algunos días después la asignación de la tarea iba seguida de la discusión, casi siempre al aire libre.

«Hacíamos grandes caminatas bajo las arcadas —me dice Carlo Boccardo uno de los jóvenes del club. Gramsci se colocaba en el centro, con andar lento, y nosotros le rodeá-

9. Se trata, como se puede constatar, de autores y textos muy indicativos del estadio a que había llegado la formación cultural del joven revolucionario; para él, Marx era «maestro de vida espiritual y moral, no pastor armado de cayado»; no «un mesías que ha dejado una serie de parábolas llenas de imperativos categóricos, de normas indiscutibles, absolutas, fuera de las categorías del tiempo y del espacio».

bamos. Asistían Andrea Viglongo, Attilio Carena, hermano de Pia y a veces también Angelo Pastore, hermano menor de Ottavio. Gramsci nos dejaba hablar. Éramos muchachos de dieciséis o diecisiete años: nuestra ignorancia era proporcional a la edad y la presunción a la edad y a la ignorancia. Pero Gramsci no se impacientaba; nunca adoptaba la actitud del teórico depositario de toda la sabiduría; le gustaba recoger las ideas de los demás y escuchaba de buena gana. Cuando intervenía finalmente para encuadrar el problema comprendíamos nuestros errores y los corregíamos. Durante un par de meses nos reunimos todas las noches. Recuerdo la última noche de 1917 en casa de Andrea Viglongo. Para celebrar el fin de año y la llegada del año nuevo, la madre de Andrea nos había preparado un gran plato de buñuelos. Estábamos en la dirección de la escuela de donde era bedel el padre de Andrea. Esperamos el año nuevo leyendo y comentando los *Recuerdos* de Marco Aurelio. Después fuimos llamados a filas, uno tras otro, y el club se disolvió.»

Es una lástima que se haya perdido una dedicatoria de Gramsci al joven Attilio Carena, antes de que éste fuese movilizado. Gramsci la había escrito en una de las primeras páginas del libro editado por Barbera en 1911 *Ricordi dell'imperatore Marc'Aurelio Antonino* y según Alfonso Leonetti contenía una serie de preceptos que constituían como una especie de decálogo del club de vida moral: serás, harás, etc.

Después de la detención de Maria Giudice, Gramsci era el único redactor de «Il Grido» y en la práctica lo dirigía. El semanario de la sección socialista cambió pronto de aspecto. El joven director —tenía entonces veintisiete años— seguía con atención el desarrollo de la revolución rusa y hacía traducir por un compañero polaco, Aron Wizner, textos de autores bolcheviques, noticias y documentos que él publicaba en su periódico.

«El pequeño semanario de propaganda del partido —recuerda Piero Gobetti— se convirtió en 1918 en una revista de cultura y de pensamiento. Publicó las primeras traducciones de los escritos revolucionarios rusos, propuso la exégesis política de la acción de los bolcheviques. El animador de esta tarea era el cerebro de Gramsci. La figura de Lenin se le aparecía como una voluntad heroica de liberación: los

motivos ideales que constituían el mito bolchevique, profunda y ocultamente enraizados en la psicología popular, tenían que actuar *no como el modelo de una revolución italiana sino como la incitación a una iniciativa libre y operante desde abajo.*» [10]

Así que no era un modelo que había que transponer mecánicamente, sino una lección, un estímulo para el reconocimiento histórico y socio-económico de la realidad italiana. Gramsci seguía rechazando el concepto de la política como abstracta ciencia normativa, exterior a las categorías del tiempo y del espacio. El primer esfuerzo del joven estudiante en la metrópolis industrial había sido la superación de un modo de vida y de pensamiento «aldeanos». Ahora Gramsci tendía a superar incluso el horizonte nacional, «o, por lo menos —según los testimonios autobiográficos— a confrontar el modo nacional con los modos europeos, las necesidades culturales italianas con las necesidades culturales y las corrientes europeas (en la medida en que esto era posible y factible en aquellas condiciones personales, es cierto; pero por lo menos, según exigencias y necesidades fuertemente experimentadas en este sentido)». Y así como la originalidad del «triple o cuádruple provincial» había consistido en un esfuerzo de integración en la cultura nacional pero sin repudiar la experiencia sarda, la originalidad del hombre de cultura italiano consistía en el esfuerzo de vincularse a las corrientes europeas y de «asimilar» la revolución socialista, sin abandonar la atención de los datos típicos y «autónomos» de la realidad nacional, distinta a la rusa. El «autonomismo» de Gramsci, el esfuerzo de investigación de las condiciones históricas en que se había formado la sociedad italiana y del modo en que, específicamente en aquella sociedad, se podría desarrollar la lucha de clases, eran bien evidentes en «Il Grido».

El último número del semanario se publicó el 19 de octubre de 1918. En una nota de despedia, su «redactor único», la revelación del periodismo turinés de los años de guerra, podía decir con razón, que lo había convertido de «semanario de crónicas locales y de propaganda evangélica» en una «pequeña revista de cultura socialista, desarrollada según las doctrinas y la táctica del socialismo revolucionario».

10. Subrayado mío.

13

Empezaba la postguerra. Gennaro Gramsci había sido sargento mayor en el «21° Minatori», en Monterosso y Montenero y en las montañas sobre Caporetto.[1] Al licenciarse, volvió a Cagliari donde dirigía una cooperativa de consumo en la calle Vittorio. También había vuelto a Cerdeña, a Ghilarza concretamente, el menor de los hermanos, Carlo, que había alcanzado el grado de oficial. Durante algún tiempo Carlo encontró dificultades para reintegrarse a la vida civil y obtener un empleo. A su vez, Mario seguía vistiendo el uniforme. Los estudios en el seminario le habían servido para obtener el grado de subteniente. Había conocido en Varese una señorita de la aristocracia lombarda, Anna Maffei Parravicini, y se había casado en seguida con ella. Esperaba que podría quedarse en el ejército. En Ghilarza, el señor Ciccillo y la señora Peppina vivían en compañía de Grazietta y Teresina, además de Carlo. Emma, dos años mayor que Antonio, era contable en la empresa constructora del dique del Tirso. En casa de los Gramsci no se pasaba, hasta cierto punto, la penuria económica de otro tiempo. Se vivía con relativa serenidad, incluso con un cierto orgullo por el éxito de Nino como periodista en la gran ciudad. Desde luego, el señor Ciccillo no llegaba a entender aquella idea que el bendito muchacho se había metido en la cabeza, aquella extravagante ilusión de poder cambiar la faz del mundo. Mucho más prestigio le habría dado ser periodista en «La Domenica del corriere», o en el «Giornale d'Italia», periódicos como Dios manda, hechos por gente juiciosa... Cuando tocaba este tema, la señora Peppina, lectora de todo lo que Nino mandaba a casa señalado con lápiz rojo, reaccionaba dulcemente: «Será que él lo ve así...», decía para cortar el razonamiento.

En 1919, en Cerdeña apenas se sabía nada de Antonio

1. Gramsci recordará: «Nannaro ha hecho la guerra en condiciones excepcionales como zapador bajo tierra, oyendo a través del muro que separaba su galería de la galería austríaca el trabajo del enemigo para hacer estallar antes que él su propia mina y hacerle saltar por los aires.»

Gramsci. Pero los habitantes de Ghilarza empezaban a considerarle ya una pequeña gloria local.

«Un día —cuenta Velio Spano— en la carretera que va de Ghilarza a Abassanta, a la entrada del pueblo una parienta mía me dijo mostrándome una bella muchacha: «Es la hermana de Nino Gramsci». Era la primera vez que oía aquel nombre y pregunté quién era. Me contestó de manera imprecisa, diciéndome que era un profesor, un periodista que vivía en el continente. Pero lo decía con orgullo.»

Desde el 5 de diciembre de 1918, Gramsci trabajaba exclusivamente en el «Avanti!», que se publicaba desde entonces en edición piamontesa impresa en Turín, en la calle Arcivescovado 3, esquina calle XX Settembre. Había cambiado. Tenía veintiocho años y no se parecía en nada al joven tímido, retraído, de los primeros años turineses. Había influido en su soledad la melancolía del isleño que siente la hostilidad de la gran ciudad y reacciona contra la frialdad del ambiente apartándose totalmente de él. Finalmente había conseguido un trabajo estimulante. Desaparecía la angustia de su deformidad física. Incluso pasaba por un momento de buena salud: mostraba orgullosamente la fuerza que tenía en las manos apretando fuertemente la muñeca de los colegas de la redacción y riéndose como un muchacho. Lleno de una insospechada vitalidad, liberaba en la acción energías antes escondidas y con la plena recuperación de la seguridad en sí mismo desaparecía la imagen de aquel Gramsci más apto para «las investigaciones ascéticas del lingüista» que para la vida de combatiente. Era frío, incapaz de expansión, por la larga costumbre de dominar sus sentimientos, que escondía bajo una capa de mesura y contención. A veces bromeaba y reía, pero era una risa cerebral, voluntaria: una risa entrecortada. En cambio, eran espontáneos los accesos de ira, verdaderas válvulas de escape frente a la larga comprensión de sentimientos a veces dolorosos, frente al largo esfuerzo de voluntad en el trabajo y en el estudio. En la polémica política nunca empleaba tonos suaves. Sus críticas teatrales eran esperadas por los comediógrafos y los actores con inquietud. Una vez, Nino Berrini estuvo cortejándole durante una semana para obtener una crítica favorable, pero el resultado fue igualmente un artículo violento. Sentía aversión por la *flatterie* de los

escritores y los actores. En Gramsci, la sequedad del juicio era siempre la consecuencia de una aversión extrema por la hipocresía, tan aguda en él que siempre temía que un juicio indulgente contuviese un poco de insinceridad.

Durante algunos meses no ejerció ningún cargo en la sección. Había formado parte del comité provisional puesto al frente de la sección después de la detención en masa de los antiguos dirigentes, por la revuelta de agosto de 1917. Al ser licenciados los militares y vaciarse las prisiones, era natural que se volviese a la normalidad. En la nueva comisión ejecutiva de la sección socialista de Turín, elegida el 28 de noviembre de 1918, descollaban los «intransigentes rígidos» (entre ellos, Francesco Barberis, Giovanni Boero, Pietro Rabezzana, Giovanni Gilodi y Giovanni Parodi). Gramsci trabajaba exclusivamente en el «Avanti!». Pasaba los días en una habitación del pequeño edificio de la calle del Arcivescovado, no lejos del Arsenal saboyano. Era un antiguo reformatorio para menores. Para llegar a él, después de entrar en la calle del Arcivescovado se atravesaba un patio, donde la Alianza Cooperativa turinesa tenía un depósito de zapatos. En la planta baja del antiguo reformatorio se había instalado la tipografía, una rotativa Marinoni bastante vieja y media docena de linotipias; en el primer piso estaba la redacción, siete u ocho habitaciones que se habían formado separando los compartimentos con tablas de madera. Una escalera de caracol unía los dos pisos. Gramsci tenía un escritorio antiguo, con unas estanterías pequeñas a ambos lados. En medio de grandes montones de libros, de pilas de periódicos desordenadas, de pruebas que había que corregir o que se habían acumulado de los días anteriores, escribía, estudiaba, escuchaba a los obreros y a los corresponsales de las fábricas, a los secretarios políticos y sindicales de la ciudad y de la provincia, a los jóvenes universitarios, a los miembros de las comisiones internas que iban a verle, sobre todo al atardecer. Volvía a casa muy avanzada la noche, siempre acompañado de algún colega joven: Alfonso Leonetti, pullés que se había trasladado a Turín para enseñar en el instituto Ugo Foscolo, o Giuseppe Amoretti, Mario Montagnana, Andrea Viglongo o Felice Platone.

Tasca, Togliatti y Terracini habían regresado del frente. Volvió a surgir la idea de un periódico publicado por el antiguo grupo de la universidad. Gramsci había estudiado a

fondo y seguía con gran atención la revolución de octubre y su desarrollo. A partir de 1917 se habían empezado a conocer en Italia los primeros extractos de los escritos de Lenin, publicados por revistas francesas y por una americana, «Liberator», que dirigía Max Eastman. *El imperialismo, estadio supremo del capitalismo* y *El Estado y la revolución* circulaban por Italia. A través de estas lecturas, Gramsci encontró nuevas respuestas a las cuestiones que le planteaba su experiencia de italiano del Mediodía inserto en la gran ciudad obrera. De aquí la exigencia vivamente sentida también por los otros jóvenes de contar con un periódico nuevo, donde se pudiesen discutir estos temas con la máxima libertad, fuera de la influencia de los grupos dirigentes del partido.

De los fundadores de «L'Ordine nuovo» tenemos el retrato que nos ha dejado Piero Gobetti, que los trató durante mucho tiempo. Angelo Tasca, que tenía entonces veintisiete años, «llegaba al movimiento político a través de una educación predominantemente literaria, con mentalidad de propagandista y de apóstol». Propugnaba un «socialismo de literato, de profeta mesiánico, que concebía la redención popular como una palingenesia iluminista y superponía a la civilización moderna un sueño de virtud obrera pequeño-burguesa, alimentada de hábitos moderados y atávicos, de una tranquilidad encontrada en la casa y el huerto». Terracini procedía de una modesta familia judía (no de la de los Terracini *diamantaires*). Tenía veinticuatro años. Era «antidemagógico por sistema, aristocrático, contrario a las violencias oratorias, razonador sutil, firme en la polémica y en la acción hasta la aridez y la obstinación». Se le consideraba el «diplomático, el maquiavélico». Togliatti, el último que había entrado en la política, sufría las consecuencias de su inquietud, «que *parecía* cinismo inexorable y tiránico y *era* en realidad indecisión, que parecía equívoca y quizá era, únicamente, un hipercriticismo combatido en vano». Finalmente, Gramsci:

«El cerebro ha vencido al cuerpo... La voz es tan cortante como disolvente la crítica, la ironía se convierte en sarcasmo, el dogma vivido con la tiranía de la lógica impide el consuelo del humorismo... Su rebelión es quizá el resentimiento y quizá el despecho más profundo del isleño que no puede abrirse si no es con la acción, que no puede liberarse de la esclavitud escolar si no es poniendo en las órdenes y en la energía del apóstol un elemento de tiranía.»

¿De qué nuevo verbo querían hacerse portadores Gramsci, Tasca, Terracini y Togliatti? ¿Existía homogeneidad entre ellos? ¿Tenían alguna idea común, aparte la aversión por Turati, Modigliani, Treves y demás exponentes de la tradición reformista? «El único sentimiento que nos unía —dirá Gramsci— ...era el que suscitaba una vaga pasión de una vaga cultura proletaria; queríamos hacer, hacer, hacer; nos sentíamos angustiados sin una orientación, inmersos en la vida ardiente de aquellos meses que siguieron el armisticio, cuando parecía inminente el cataclismo de la sociedad italiana.» Se reunieron, discutieron. Tasca encontró el dinero, seis mil liras. El primero de mayo de 1919 apareció el primer número de «L'Ordine nuovo», «el único documento de periodismo revolucionario y marxista —dirá Gobetti— publicado en Italia con una cierta seriedad ideológica». Bajo el título aparecía el nombre de Antonio Gramsci, «secretario de redacción». Se encargaba de las tareas administrativas Pia Carena, excelente traductora, además, de los textos franceses (Rolland, Barbusse, Marcel Martinet, etc.).

Al principio, el periódico tardó en encontrar la orientación que Gramsci deseaba. «Fue una antología y nada más que una antología (el juicio, claramente excesivo, es del propio Gramsci) una revista de cultura abstracta, con tendencia a publicar narraciones horripilantes y xilografías bien intencionadas.» Pero la crítica se hizo más precisa. Gramsci acusaba a Tasca de haber rechazado «la propuesta de dedicar las energías comunes a descubrir una tradición soviética en la clase obrera italiana, a excavar el filón del verdadero espíritu revolucionario italiano». ¿Así, cuál era en este punto, la orientación de la búsqueda gramsciana? El joven, que seguía con atención la experiencia de los soviets (en ruso *soviet* significa consejo), el desarrollo de los consejos de fábrica y de taller en que se habían organizado los obreros y los campesinos rusos, se preguntaba: «¿Existe en Italia, como institución de la clase obrera, algo que pueda compararse con el soviet, que tenga su misma naturaleza?... ¿Existe un germen, un indicio por leve que sea, de gobierno de los soviets en Italia, en Turín?» La respuesta era: «Sí, existe en Italia, en Turín, un germen de gobierno obrero, un germen de soviet: es la comisión interna.» Pero, ¿cómo

podía desarrollarse aquel embrión de democracia obrera hasta convertirse en el órgano del poder proletario? La idea central de Gramsci era que *todos* los obreros, *todos* los empleados, *todos* los técnicos, *todos* los campesinos y, en breve, *todos* los elementos activos de la sociedad, *tanto si estaban inscritos en el sindicato o en algún partido como si no, por el solo hecho de ser obreros, campesinos, etc.* habían de convertirse de simples *ejecutores* en *dirigentes* del proceso productivo; de piezas de un mecanismo regulado por el capitalista, en *sujetos*. Concluyendo: que los órganos democráticamente elegidos por los trabajadores (los consejos de fábrica, de taller, de barrio) habían de ser investidos desde abajo del poder tradicionalmente ejercido en la fábrica y en el campo por la clase propietaria y en la administración pública por los delegados del capitalista. La comisión interna era elegida por los trabajadores organizados en el sindicato. En cambio, el consejo de fábrica había de ser elegido por todos los trabajadores, incluidos los anarquistas y los católicos: Gramsci no tenía prejuicios anticlericales.[2] No se trataba, como en el caso de los sindicatos, de luchar por mejores salarios, por una reglamentación democrática de la vida en la fábrica (horarios, higiene, descansos, etc). El consejo de fábrica, formado por los delegados elegidos en cada sección, no tenía que tratar con el capitalista sino substituirle para regular de arriba abajo la vida de la fábrica. Sin embargo, ¿existían en aquel momento, en Italia, y no sólo en Turín, una preparación de masas, una madurez, un espíritu revolucionario que permitiesen la realización de un cambio de tamaña entidad? ¿Se podía pensar con fundamento que el país estaba viviendo un clima revolucionario? El debate al respecto está todavía abierto entre los que atribuyen la derrota del movimiento de los consejos de fábrica a la timidez del Partido Socialista y de la Confederación General del Trabajo y los que consideran el movimiento como una construcción intelectual concebida por un grupo de jóvenes literatos que no conocían el terreno donde el atrevido edificio tenía que levantarse: sólo la columna turinesa se apoyaba en un terreno sólido. Es

2. El año siguiente, en marzo de 1920, escribirá: «En Italia, en Roma, en el Vaticano está el Papa: el Estado liberal ha tenido que encontrar un sistema de equilibrio con el poder espiritual de la Iglesia: el Estado obrero deberá encontrar también un sistema de equilibrio.»

indudable que en Turín la idea lanzada el 21 de junio de 1919 por «L'Ordine nuovo» (con el artículo *Democrazia operaia*) tuvo repercusiones inmediatas entre los obreros.

«La fórmula "dictadura del proletariado" —concluía el artículo, escrito por Gramsci en colaboración con Togliatti— ha de dejar de ser una simple fórmula, una ocasión para hacer gala de fraseología revolucionaria. El que quiere el fin ha de querer los medios. La dictadura del proletariado es la instauración de un nuevo Estado, típicamente proletario, en el que confluyen las experiencias institucionales de la clase oprimida, y la vida social de la clase obrera y campesina se convierte en sistema difundido y fuertemente organizado. Este Estado no se improvisa.»

La adhesión del proletariado turinés no se hizo esperar.

«Togliatti, Terracini y yo —cuenta Gramsci— fuimos invitados a celebrar conversaciones en los círculos educativos, en las asambleas de fábrica, fuimos invitados por las comisiones internas a discutir en reuniones restringidas de cuadros. Continuamos; el problema del desarrollo de la comisión interna se convirtió en la *idea* de "L'Ordine nuovo"; se planteaba como el problema fundamental de la revolución obrera, era el problema de la "libertad" proletaria. "L'Ordine nuovo" se convirtió para nosotros y para cuantos lo seguían, en el "periódico de los consejos de fábrica".»

Se aproximaban los días —el 20 y el 21 de julio— de la gran huelga de solidaridad con las repúblicas socialistas soviéticas de Rusia y de Hungría, contra las cuales todos los gobiernos aliados, con la excepción del de Italia, fomentaban iniciativas contrarrevolucionarias. A finales de marzo de 1919 había sido trasladada a Turín, en servicio de orden público, la brigada Sassari, de composición predominantemente regional: casi todos los miembros eran pastores y campesinos sardos. Desde el mes de mayo, Gramsci era otra vez miembro de la comisión ejecutiva de la sección socialista de Turín, junto con los revolucionarios intransigentes todos ellos obreros menos una mujer, la empleada Clementina Berra Perrone. El secretario era Giovanni Boero. Gramsci señalaba la necesidad de inducir a los soldados de la brigada Sassari, sus coterráneos, a fraternizar con los obre-

ros turineses, de hacerles comprender que si disparaban contra un obrero golpearían a un hombre que luchaba también por la liberación de los pastores y de los campesinos de la esclavitud secular. No era una labor fácil y tenía que realizarse en un doble frente, porque el recuerdo de otras represiones quemaba todavía entre las masas de Turín y había que reducir a la disciplina a muchos obreros, especialmente los anarquistas, dominados por un espíritu de revancha. En cuanto a los «sassarinos», su estado de ánimo se refleja muy bien en lo que el propio Gramsci contaba sobre la experiencia de un obrero curtidor de Sassari que había sido encargado de los primeros sondeos de propaganda. El curtidor se acercó a un «sassarino»: la acogida fue cordial.

«¿Qué habéis venido a hacer a Turín? —Hemos venido a disparar contra los señores que hacen huelga. —Pero si no son los señores los que hacen huelga, son los obreros pobres. —Aquí todos son señores: todos llevan cuello y corbata; ganan treinta liras diarias. Yo conozco a los pobres y sé cómo van vestidos; en Sassari hay muchos pobres; todos los jornaleros somos pobres y ganamos una lira cincuenta al día. —Pero yo también soy obrero y soy pobre. —Tú eres pobre porque eres sardo. —Pero si hago huelga con los demás, ¿dispararás contra mí? El soldado reflexionó un poco y poniéndome una mano en el hombro dijo: —Mira cuando hagas huelga con los demás, quédate en casa.»

«Este era —comenta Gramsci— el espíritu de la gran mayoría de los miembros de la brigada; en ella sólo había un pequeño núcleo de mineros de la cuenca de Iglesias. Sin embargo, al cabo de unos meses, en vísperas de la huelga general del 20-21 de julio, la brigada fue sacada de Turín. Partió para Roma en tren a las dos de la madrugada del 18 de julio. «Los turineses —recuerda el soldado Antonio Contini de Bonorva— estaban a ambos lados de la calle, la noche en que salimos y nos aplaudían. Estaban contentos de nosotros porque, al contrario de otros, habíamos respetado a la gente del lugar, y ellos nos habían respetado a nosotros. No hubo ni un solo disparo, ni un solo choque. Por esto estaban contentos y nos aplaudían.»

Dos días después, el 20 de julio, Gramsci pasó por su primera experiencia carcelaria que fue bastante breve. Un joven obrero, también encarcelado por motivos políticos,

Mario Montagnana, le recuerda en una de las *rotondas* de la cárcel.

«Vi por lo menos una docena de guardianes que rodeaban y escuchaban religiosamente a un hombrecillo vestido de oscuro, que les hablaba sonriendo. Era Gramsci. En treinta y seis horas, recluido en la celda, había conseguido conquistar, fascinar a numerosos guardianes, sardos como él, hablándoles en el dialecto nativo, con aquella manera de hablar, simple, popular pero al mismo tiempo riquísima de sentimientos, de hechos, de ideas. De un guardián al otro se corría la voz: "¿Sabes? En el número tal hay un sardo, un político... Ve a hablar con él". Efectivamente, muchos habían ido, contraviniendo la severa disciplina... Y algunos —todos los que podían hacerlo— le acompañaban, aunque no fuese más que para gozar todavía un poco de su conversación, hasta la oficina de matriculación, orgullosos de aquel sardo tan inteligente, tan instruido y tan simpático.»

A primeros de septiembre estalló lo que para sus promotores tenía que ser el comienzo del movimiento revolucionario. Los dos mil obreros de la Fiat-Brevetti eligieron a los delegados de sección: había nacido el primer consejo de fábrica. Los obreros de la Fiat-Centro les imitaron en seguida. La acción había ido precedida por una intensa campaña propagandística. Durante todo el verano, Gramsci y sus colaboradores de «L'Ordine nuovo» habían insistido en la necesidad de crear junto a las instituciones tradicionales del movimiento obrero (partido y Confederación del Trabajo) «incapaces de contener en su seno una vida revolucionaria tan rica», «una red de instituciones proletarias enraizadas en la conciencia de las grandes masas», los consejos de fábrica. Habían publicado ensayos y artículos de John Reed *(Cómo funciona el Soviet)*, de Fournière *(Un esquema de estado socialista)*, de Gramsci *(Il Soviet ungherese)*, de Ottavio Pastore (*Il problema delle commissioni interne*), de Lenin *(Democracia burguesa y democracia proletaria)*, de Andrea Viglongo *(Verso nuove instituzioni)*. La referencia a las experiencias similares de otros países era constante: la asociación sindicalista revolucionaria de los *Industrial Workers of the World* (IWW) animada por el marxista norteamericano Daniel de Leon, o el movimiento inglés de los

shop-stewards («cada quince obreros eligen un delegado; la asamblea de los delegados constituye el comité obrero; todos los comités obreros de una región se reúnen para constituir un comité obrero local»). Del análisis de aquellos movimientos, del estudio de la experiencia soviética y del debate en las fábricas de Turín nacía la elaboración de esta nueva forma de autogobierno proletario, de los proletarios inscritos en el partido o «sin organizar» inscritos o no en el sindicato. La constitución de los primeros consejos de fábrica en la Fiat significaba que el principio se podía convertir perfectamente en realidad. El 5 de octubre, en «Il Resto del Carlino», Georges Sorel escribía: «La experiencia que se está realizando en las fábricas de la Fiat tiene más importancia que todos los escritos publicados bajo los auspicios de "Neue Zeit"». Esta adhesión podía llevar agua al molino de los que acusaban a los «ordinovistas» de anarcosindicalismo. Gramsci salió al paso de esta intención polémica que se insinuaba en muchos distinguiendo entre Sorel, «animado de un amor demasiado sincero por la causa del proletariado para perder el contacto con la vida, la comprensión de la historia de éste», y la teoría sindicalista, «tal como la quieren presentar los discípulos y que seguramente no es la que concibió la mente del maestro». Por ello añadió:

«Sorel no se ha encerrado en ninguna fórmula y hoy, conservando cuanto de vital y nuevo había en su doctrina, es decir, la firme exigencia de que el movimiento proletario se exprese con formas propias, *dé vida a instituciones propias*, puede seguir no sólo con una mirada inteligente sino también con ánimo comprensivo, el movimiento realizador iniciado por los obreros y los campesinos rusos y puede llamar todavía "compañeros" a los socialistas de Italia que quieren seguir aquel ejemplo.»[3]

En cada número de la revista siguieron publicándose contribuciones doctrinales, propuestas prácticas y (traducidos de la prensa obrera rusa, francesa o inglesa) documentos y testimonios sobre la vida de la fábrica y de los consejos obreros: textos de Arthur Ransome, de Bujarin, de Bela Kun, de Jules Humbert-Droz. En el otoño, el debate de preparacion del congreso se mezcló con la actividad de elaboración teórica de los consejos y de comparación con los textos y las experiencias de los revolucionarios rusos y occidentales.

3. «L'Ordine nuovo», 11 de octubre de 1919. Subrayado mío.

Las primeras elecciones políticas de la postguerra iban a celebrarse el 16 de noviembre de 1919. La reunión nacional del Partido Socialista se celebró en Bolonia una semana antes, del 5 al 8 de octubre; fue un congreso netamente orientado hacia la izquierda: incluso los proponentes de la moción de la derecha votaron la adhesión del PSI a la Tercera Internacional. Ninguna de las tres resoluciones se calificaba de reformista; Turati dijo que hablaba en nombre de la fracción «que con la nomenclatura necia y superada que utilizamos para calumniarnos recíprocamente se califica de reformista». Entonces ¿dónde estaban las diferencias? A la extrema izquierda, un joven ingeniero, Amadeo Bordiga, que desde diciembre de 1918 dirigía en Nápoles el semanario «Il Soviet», guiaba la fracción de los «abstencionistas». Estaba convencido de que el derecho concedido por la clase propietaria a los explotados de poner de vez en cuando una papeleta en la urna no sólo no favorecía el avance de los trabajadores sino que frenaba su empuje revolucionario. Sólo cuando el proletariado perdiese la ilusión de avanzar a través de las instituciones representativas burguesas y se convenciese de la ineluctabilidad de la conquista violenta del poder, se decidiría a derrocar los obstáculos con todas sus fuerzas. También los maximalistas de Serrati propugnaban «el uso de la violencia para la defensa y contra las violencias burguesas, para la conquista del poder y para la consolidación de las conquistas revolucionarias», pero al contrario de los «abstencionistas», consideraban que los órganos del Estado burgués (parlamento, ayuntamientos, etc.) eran tribunas útiles «para la propaganda intensa de los principios comunistas». Bordiga y Serrati se diferenciaban además en otros dos puntos: en la cuestión del nombre del partido, que Bordiga quería cambiar en Partido Comunista y en la de la unidad del partido, que Serrati defendía en contraposición a Bordiga, partidario de la expulsión de los que proclamaban «la posibilidad de la emancipación del proletariado en el ámbito del régimen democrático», repudiando «el método de la lucha armada contra la burguesía para la instauración de la dictadura proletaria». Finalmente, a la derecha se impugnaba el criterio de la abstención electoral. Para Lazzari, la abstención en

vez de demoler la institución parlamentaria disminuiría las dificultades de la burguesía para dirigirla. También impugnaba el principio de que la violencia era la única vía para la conquista del poder. En Turín, en el debate previo al congreso, el grupo de «L'Ordine nuovo» se había colocado al lado de Serrati; el secretario de la sección, Giovanni Boero, y Giovanni Parodi habían apoyado la moción «abstencionista»: Boero intervino en favor de ésta en el congreso de Bolonia. La votación del congreso dio la mayoría a los «eleccionistas» de Serrati (48.411 votos); la moción «maximalista unitaria» de Lazzari obtuvo 14.880; la moción «abstencionista» sólo consiguió 3.417 votos.

El movimiento turinés de los consejos de fábrica no había encontrado mucho eco en Bolonia, aparte de las irónicas alusiones de Turati al «significado taumatúrgico de la palabra Soviet» y al «voto atomístico de los no organizados y de los mismos esquiroles». En realidad, ni siquiera Serrati y Bordiga compartían las posiciones de «L'Ordine nuovo». El debate, que se había iniciado antes del congreso, se intensificó. Para Bordiga, con los consejos de fábrica se repetía el error de creer que «el proletariado puede emanciparse ganando terreno en las relaciones económicas, mientras el capitalismo conserva el poder político junto con el Estado». Otro error era que se contraponía un órgano esencialmente corporativo al único instrumento de liberación del proletariado, el partido de clase, el partido comunista. A su vez, Serrati calificaba de aberración el voto concedido a los «no organizados»: la extensión del derecho de voto a los «no organizados» era un crédito de capacidad revolucionaria que se concedía peligrosamente a la «masa amorfa». Serrati atribuía a Gramsci y a sus amigos «una curiosa confusión entre los *soviets,* órganos políticos e instrumentos de gobierno después del *triunfo de la revolución,* y los comités de fábrica, órganos *técnicos* de la producción y de la ordenación industrial». Y concluía: «La dictadura del proletariado es la dictadura consciente del Partido Socialista.»

Sin embargo, en Turín (donde el PSI había obtenido un clamoroso triunfo en las elecciones, adjudicándose once de los dieciocho escaños atribuidos a la circunscripción, sin que figurase como candidato ningún «ordinovista») la réplica de Gramsci de que el proceso revolucionario debía llevarse a cabo en el lugar de producción, en la fábrica, y de que era utópico concebir la instauración del poder proletario como una dictadura de las secciones del partido socialista, era compartida incluso por miembros de algunas de las tendencias que, en el ámbito nacional, se oponían a los consejos de fábrica. Por ejemplo, los «abstencionistas» Boero y Parodi estaban con Gramsci.

El movimiento de los consejos se amplió. En otoño, más de treinta mil metalúrgicos entre ellos los de la Fiat-Lingotto, de la Fiat-Diatto, de la Savigliano, de la Lancia, etc., tenían ya sus consejos de fábrica. La primera acción coordinada de los consejos se llevó a cabo el 3 de diciembre de 1919, dos semanas después de las elecciones políticas.

«Por orden de la sección socialista, que concentraba en sus manos todo el mecanismo del movimiento de masas —contará más tarde Gramsci— los consejos de fábrica movilizaron en el curso de una hora y sin ninguna preparación, ciento veinte mil obreros encuadrados por fábricas. Una hora después, el ejército proletario se precipitó como una avalancha hacia el centro de la ciudad y expulsó de las calles y de las plazas a toda la gentuza nacionalista y militarista.» [4]

No era ya un movimiento que los industriales pudiesen seguir con la misma indiferencia que al principio. La ocasión de la contraofensiva se presentó a finales de marzo de 1920.

Se había introducido en toda Italia la hora legal. Los delegados de sección de Industrie meccaniche, una dependencia de la Fiat, pidieron que el horario laboral siguiese adaptado a la hora solar e insistieron en que las agujas del gran reloj de la fábrica siguiesen marcando la hora antigua. Por toda respuesta, se despidió a la comisión entera. A consecuencia de ello estalló una huelga de protesta, a la cual se asociaron en seguida, por solidaridad, todos los metalúrgicos de Turín, ocupando las fábricas. La reacción de los industriales no se hizo esperar. El 29 de marzo decidieron el *lock-out* y las tropas entraron en las fábricas. Y fue precisamente en el curso de las negociaciones para el arreglo de la cuestión cuando los industriales plantearon el problema

4. *Il movimento torinese dei Consigli di fabrica,* informe enviado en julio de 1920 al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, y publicado por «L'Ordine nuovo» diario, el 14 de marzo de 1921.

de los consejos de fábrica. Se negaban a reconocerlos y estaban dispuestos a ceder en algunas reivindicaciones marginales a condición de que se pusiese fin al movimiento de los consejos. El conflicto se agudizó. Pero la dirección del PSI y la Confederación General del Trabajo no dieron a la lucha —precisamente cuando nacía de la reivindicación del derecho a mantener las nuevas instituciones del poder proletario— el apoyo decidido que los «turineses» esperaban.

Era un partido en crisis; su crecimiento reciente, demasiado brusco, le había hecho perder vitalidad en vez de fortalecerlo: tenía 300.000 miembros, contra 50.000 antes de la guerra; los adheridos a la Confederación General del Trabajo eran dos millones, contra el medio millón de 1914; el grupo parlamentario se había triplicado, pasando de 50 a 150 diputados. Era una expansión que suscitaba euforia y que a la vez creaba nuevos problemas de encuadramiento. Las consecuencias fueron dobles: una difusa fe revolucionaria, basada en la presunción de que la marcha del proletariado continuaría hasta desembocar finalmente en la victoria final más que en la consciencia y la puesta a punto de los medios indispensables para esta victoria; y la asunción de «tareas directivas absolutamente inadecuadas a su capacidad» por parte de «demagogos impreparados doctrinalmente y sin ninguna experiencia» (según Nenni). Los hombres de mayor brillo intelectual se encontraban entre los grupos minoritarios de derecha (entre los reformistas) y de izquierda («L'Ordine nuovo»). Ambos grupos eran consecuentes: el uno convencido de que la perspectiva revolucionaria se alejaba;[5] el otro firme en la persuasión de que el momento era objetivamente revolucionario y por ello dedicado a elaborar los medios para este fin y decidido a exigir a la totalidad del partido la adopción de estos medios. El equívoco estaba en el centro, donde la mayoría, distinguiéndose de los reformistas, llevaba hasta el paroxismo el verbalismo revolucionario, pero sin plantearse el problema —y en esto se distinguía del ala comunista— de cómo se llevaría a la práctica la perspectiva revolucionaria. El PSI parecía padecer una

5. Había sido precisamente Claudio Treves, exponente de la derecha, el que había definido la verdadera correlación de las fuerzas en presencia cuando en marzo de 1920, en un famoso discurso en la Cámara, conocido como el «discurso de la expiación», había dicho dirigiéndose a Nitti: «Vosotros no podéis imponernos ya vuestro orden y nosotros no podemos imponeros todavía el nuestro.»

especie de «monomanía delirante e inofensiva» (Tasca). Se había creado en él una «psicología parasitaria, la del heredero ante un moribundo (la burguesía), cuya agonía no vale ni siquiera la pena acortar». La consecuencia inevitable de ello era, para decirlo también con una imagen de Tasca: «Mientras esperamos la herencia ya segura, la vida política italiana se transforma en un banquete permanente en el que el capital de la próxima revolución se despilfarra en orgías verbales.»

Ni siquiera en Turín, donde los frentes empresarial y obrero estaban empeñados en una prueba de fuerza quizá decisiva, el PSI daba signos de querer salir de su línea vacilante, receptiva a la hipótesis revolucionaria pero estéril en la práctica, después de la orgía de palabras. Gramsci preparó e hizo adoptar por la sección, nueve puntos para el Consejo Nacional del PSI, publicados después con el título de *Per un rinnovamento del Partito socialista.* No es este el momento de discutir si el documento reflejaba en sus premisas la verdadera situación italiana, declarada revolucionaria, o si, al contrario, estaba viciado por un tono abstracto que le hacía asimilar la carga revolucionaria de los trabajadores italianos a la capacidad de iniciativa del proletariado de Turín: «Los obreros industriales y agrícolas están plenamente decididos *en todo el territorio nacional* a plantear de modo explícito y violento la cuestión de la propiedad de los medios de producción.»[6] Incluso el centro «maximalista» compartía este diagnóstico por erróneo que fuese. Sólo vacilaba en sacar de él las debidas consecuencias:

«El Partido Socialista asiste en plan de espectador al desarrollo de los acontecimientos, no tiene nunca una opinión a expresar en relación con las tesis revolucionarias del marxismo y de la Internacional Comunista, no lanza consignas que las masas puedan recoger, que tracen una orientación general y unifiquen y concentren la acción revolucionaria. El Partido Socialista, como organización política de la vanguardia de la clase obrera, debería desarrollar una acción global que pusiese a la clase obrera en condiciones de hacer triunfar la revolución de modo duradero.»

En vez de esto, «incluso después del congreso de Bolonia,

6. Subrayado mío.

ha seguido siendo un simple partido parlamentario, inmóvil dentro de los angostos límites de la democracia burguesa... No ha adquirido una figura autónoma de partido característico del proletariado revolucionario y únicamente del proletariado revolucionario». Es pasivo ante los reformistas;[7] está desligado de la línea de la Internacional Comunista: el «Avanti!» y la editorial del partido ignoran las polémicas sobre la doctrina y la táctica de la Internacional y el partido permanece al margen de este «riguroso debate en el que se templan las conciencias revolucionarias y se construye la unidad espiritual y de acción de los proletarios de todos los países».

«Del análisis precedente —proseguía el documento gramsciano— resulta cuál es la obra de renovación y de organización que nosotros consideramos indispensable llevar a cabo en las filas del Partido. El Partido debe adquirir un rostro preciso y propio: de partido parlamentario pequeño-burgués debe convertirse en partido del proletariado revolucionario... un partido homogéneo, cohesionado, con una doctrina propia, una táctica propia, una disciplina rígida e implacable. Hay que eliminar del partido a los que no sean comunistas revolucionarios; la dirección, liberada de la preocupación de conservar la unidad y el equilibrio entre las diversas tendencias y los diversos líderes, debe dedicar toda su energía a poner las fuerzas obreras en pie de guerra... El Partido debe lanzar un manifiesto en el que se plantee de modo explícito la conquista revolucionaria del poder político, en el que se invite al proletariado industrial y agrícola a prepararse y a armarse y en el que se delineen los elementos de las soluciones comunistas a los problemas actuales: control proletario de la producción y la distribución, desarme de los cuerpos armados mercenarios y control de los municipios por parte de las organizaciones obreras.»

El eje del documento era el punto tercero, que anunciaba proféticamente la ola reaccionaria fascista:

7. «Ni la dirección del partido ni el "Avanti!" contrapusieron una concepción revolucionaria propia a la incesante propaganda de los reformistas y los oportunistas en el Parlamento y en los organismos sindicales.»

«La fase actual de la lucha de clases en Italia es la fase que precede a la conquista del poder político por parte del proletariado revolucionario... o una tremenda reacción por parte de la clase propietaria y la clase gubernamental. Se recurrirá a todas las formas de violencia para someter al proletariado industrial y agrícola a un trabajo servil; se intentará destruir inexorablemente los órganos de lucha política de la clase obrera (el Partido Socialista) e incorporar los órganos de resistencia económica (los sindicatos y las cooperativas) al engranaje del Estado burgués.»

En el momento de la redacción de estos nueve puntos estaban en huelga, en Turín, las empresas metalúrgicas. Los industriales resistían: el poder del Estado estaba con ellos.

«Hoy Turín —señalaba Gramsci el 3 de abril de 1920 en el "Avanti!" turinés— es una plaza fuerte asediada: se habla de cincuenta mil soldados, en la colina se han dispuesto las baterías de cañones, en el campo esperan los refuerzos, en la ciudad los blindados; se han montado ametralladoras sobre las casas privadas en los barrios que tienen fama de revoltosos; también hay ametralladoras en los puentes, en las encrucijadas y en las fábricas.»

El Estado temía la insurrección; Gramsci estaba convencido de que los industriales querían provocarla, para reprimirla sangrientamente y destruir de una vez para siempre el movimiento obrero turinés. Gramsci intuía el propósito del frente patronal de pasar al ataque. Pero creía que todavía no habían madurado las condiciones para un choque frontal: «En nuestra ciudad se ha concentrado, se ha acumulado en estos últimos meses una gran cantidad de energías revolucionarias que tienden a expandirse a toda costa, buscando una vía de salida. *Su vía de salida no debe ser, por ahora, una ruptura local, peligrosa, fatal quizá.*» De momento, le parecía más conveniente «aumentar la intensidad de la preparación *en todo el país,* ampliar las fuerzas, acelerar el proceso de desarrollo de los elementos que han de concurrir todos juntos a una obra común».[8] Sin embargo, el 13 de abril se proclamó la huelga general. ¿Era una solución

8. «Avanti!», edición turinesa, 3 de abril de 1920. Los subrayados son míos.

adecuada si la patronal no esperaba, como creía Gramsci, más que la ocasión del choque frontal?

El rasgo más destacado de la huelga de abril, su novedad en relación con otras huelgas, económicas o de protesta contra la guerra, fue que el proletariado no se movía impulsado por el hambre o el paro forzoso, no exigía mejoras salariales o una nueva reglamentación del trabajo. La clase obrera de Turín se lanzaba a una batalla por el control de la producción a través de los consejos de fábrica. Pero era una lucha difícil, no contaba con el apoyo del resto de Italia, el proletariado turinés se encontraba aislado y por esto el combate no tenía perspectivas razonables de desembocar en la revolución. La ciudad «estaba inundada de policías; en torno a ella se habían dispuesto baterías de cañones y ametralladoras en puntos estratégicos».[9] Después de diez días de resistencia, los obreros volvieron al trabajo a base de un acuerdo que prácticamente significaba la derrota de Gramsci y de los «ordinovistas».

Entonces, se hizo más agudo el conflicto entre el grupo que rodeaba a Gramsci por un lado y las jerarquías sindicales y la dirección del PSI por otro, acusadas éstas de «estrechez mental». Hubo una polémica entre el «Avanti!» de Milán, que reflejaba la posición de la mayoría del PSI y el «Avanti!» piamontés, abierto a la influencia de los «ordinovistas», cuyas tesis compartía el redactor en jefe Ottavio Pastore. Serrati acusó a los dirigentes socialistas de Turín de haber caído en la provocación del frente patronal en un momento equivocado y de haber buscado, en el último instante, la ayuda de los demás proletarios de Italia «menos fuertes» y «menos preparados». El argumento se podía volver del revés (por la responsabilidad que tenían Serrati y la mayoría del PSI en aquella «menor fuerza» y en aquella «menor preparación»). Pero era incontestable en la práctica. El «Avanti!» piamontés replicó: «El proletariado de Turín ha sido derrotado localmente, pero ha vencido en el plano nacional porque su causa se ha convertido en la causa de todo el proletariado de la nación.» Con palabras diversas se repetía la frase final del último boletín publicado por el comité de huelga: «Esta batalla ha terminado, la guerra continúa».

Pero la crisis interna del PSI iba mucho más allá; no se trataba sólo de que las diversas tendencias, la reformista, la maximalista y la comunista fuesen irreconciliables en el terreno práctico. También faltaba cohesión entre los grupos comunistas («Il Soviet» de Bordiga y «L'Ordine nuovo»); y dentro del propio grupo «ordinovista», por un lado empezaba a hacerse evidente la ruptura con Tasca y, por el otro, las posiciones de Gramsci empezaban a diferenciarse de las de Terracini y Togliatti, hasta el alejamiento total.

Aparte de la común aversión por los reformistas, Gramsci disentía de Bordiga en casi todos los temas del momento: los consejos de fábrica, el problema del partido revolucionario, la actitud de los socialistas ante las elecciones. Para Bordiga, anclarse en el esquema de los consejos significaba preocuparse más de la creación de las instituciones del poder socialista que de la conquista del poder. Era erróneo, escribía «Il Soviet» «tratar de la cuestión del poder en la fábrica antes de la cuestión del poder político central». Sobre la cuestión del partido revolucionario, «Il Soviet» sostenía desde febrero de 1920: «A nuestro parecer, nada vale lo que una buena escisión. Ante todo, cada cual en el lugar que le corresponde. Se sabe exactamente si fulano es comunista o no, no hay modo de equivocarse. Con una buena escisión se hace la luz. Los comunistas a un lado, los oportunistas de todo orden, al otro.» En cambio a Gramsci le parecía, que la escisión a la izquierda no era la línea justa y que los grupos comunistas existentes en el PSI tenían que expandirse dentro del partido hasta conquistar la dirección.

Otra divergencia entre la fracción de Bordiga y los «ordinovistas» venía provocada por la actitud abstencionista de aquella. Según Bordiga, la recusación de la democracia burguesa y de sus instituciones tenía que ser total: ni un solo socialista había de acudir a las urnas. El 8 de mayo de 1920, Gramsci se trasladó a Florencia, invitado como observador a una conferencia de los «abstencionistas», que se estaban organizando a escala nacional: durante la reunión propuso inútilmente el abandono del prejuicio abstencionista. «No puede constituirse un partido político —dijo— sobre la base restringida del abstencionismo. Es necesario un amplio contacto con las masas, que sólo puede conseguirse a través de otras formas de organización» (y el consejo de fábrica era una de éstas). La propuesta fue rechazada. Gramsci no tardó en expresar secamente su opinión al respecto.

9. Informe de Gramsci a la Internacional, ya citado.

«Siempre hemos considerado —escribió el 3 de julio en "L'Ordine nuovo"— que el deber de los núcleos comunistas del partido no es caer en las alucinaciones particularistas (el problema del abstencionismo, el problema de la constitución de un partido *verdaderamente* comunista) sino laborar para crear las condiciones de masas que permitan resolver todos los problemas particulares como problemas del desarrollo orgánico de la revolución comunista.»

El abstencionismo y el propósito de Bordiga de constituir un partido «verdaderamente» comunista con una ruptura izquierdista que separase del PSI una minoría de revolucionarios «puros» no eran pues para Gramsci, más que «alucinaciones particularistas».

El enfrentamiento Gramsci-Tasca se debía a la cuestión de los consejos, por la tendencia de Tasca, tenazmente combatida por Gramsci, de englobar el movimiento en el ámbito sindical bajo la tutela de la Confederación General del Trabajo (dirigida por los reformistas). Muchos años después, Tasca dirá, recordando su época de aprendizaje junto a Bruno Buozzi y los demás dirigentes de la FIOM en la huelga de los obreros de la industria automovilística, durante el invierno de 1911-12:

«Allí se formaron mi experiencia directa de las luchas obreras y mis vínculos con la organización sindical, de la cual se mantuvieron alejados, naturalmente, los demás redactores futuros de "L'Ordine nuovo". Esto creó entre nosotros una disparidad que, cualquiera que sea el juicio que sobre ella se forme, fue el origen de la disensión que nos dividió y determinó la casi ruptura de 1920.»

Esta «casi ruptura» se evidenció claramente en la polémica, siempre viva y a veces violenta, que se desarrolló en las páginas de «L'Ordine nuovo» desde junio hasta agosto.

En aquel momento, Gramsci tendía a diferenciarse también de Terracini y Togliatti. La comisión ejecutiva de la sección socialista de Turín (que comprendía desde febrero a «ordinovistas» y «abstencionistas») había entrado en crisis por la actitud de los «abstencionistas», que habían dimitido en julio para acelerar el proceso de escisión del PSI y para intentar imponer la tesis de la no participación de

los socialistas en las inminentes elecciones administrativas, convocadas para el 31 de octubre y el 7 de noviembre de 1920. Así que había que elegir la nueva comisión ejecutiva: Gramsci no quiso entrar en la misma lista que Terracini y Togliatti. Ni qué decir tiene que era partidario como éstos de la participación de los socialistas en las elecciones y rechazaba secamente el prejuicio de Bordiga. Pero al mismo tiempo le parecía que el eleccionismo y el abstencionismo eran «programas ficticios» y que la *querella* eleccionismo-abstencionismo no hacía más que ahondar las disensiones entre los grupos comunistas del PSI, abandonando la labor en el terreno de la acción de masas, la labor de educación revolucionaria, la única que realmente valía la pena. Pensando en esto, creó un grupo de educación comunista, intermedio entre las dos fracciones. Se proponía dejar al margen del debate las tácticas opuestas sobre las elecciones y en cambio «imponer en las asambleas del partido, con energía infatigable y paciente, la discusión de los problemas fundamentales de la clase obrera y de la revolución comunista». También quería conseguir que la sección laborase útilmente «para preparar los cuadros de la revolución y de la organización social que deberá ser expresión concreta de aquélla y que, por consiguiente, a través del impulso de las masas, dé una orientación precisa a los sindicatos y a la Cámara del Trabajo». Pocos fueron los que le siguieron. En el grupo de educación comunista entraron apenas diecisiete compañeros (entre ellos Battista Santhià, Vincenzo Bianco y Andrea Viglongo). El aislamiento de Gramsci se puso claramente de relieve en las votaciones para la elección de la nueva comisión ejecutiva. Los «eleccionistas», de quienes Gramsci se había separado (Togliatti, Montagnana, Terracini, Roveda, etc.) obtuvieron la mayoría con 466-465 votos. Los candidatos «abstencionistas», (Boero, Parodi, etc.) obtuvieron 186-185. Las papeletas en blanco, que Gramsci había solicitado, fueron 31. Togliatti fue nombrado (agosto de 1920) secretario de la sección.

14

Desde el 19 de julio se estaba celebrando en Moscú el II Congreso de la Internacional Comunista. El ejército rojo había derrotado definitivamente a las fuerzas contrarrevolucionarias de Koltchak, de Denikin y de Wrangel. Había perspectivas revolucionarias en otras partes del mundo. Pero una serie de acontecimientos nada agradables para el movimiento obrero de Europa, advertían de las dificultades de la empresa. En Berlín, los militares y los socialdemócratas aliados con ellos habían derrotado a los revolucionarios espartaquistas en enero de 1919, asesinando a sus principales dirigentes, Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht. El primero de mayo de 1919 otra alianza entre los militares y los socialdemócratas había dado al traste con la república soviética de Baviera. En Hungría, el gobierno comunista de Bela Kun, derrotado por las tropas contrarrevolucionarias rumanas y checoslovacas, había sido reemplazado a principios de agosto de 1919 por el gobierno puente del socialdemócrata Peidle: el 12 de agosto de 1919 subía al poder el almirante Horthy y se iniciaba en Hungría una ola de terror blanco. Haciendo un balance, sólo parecía posible una conclusión: la revolución había vencido únicamente donde el partido revolucionario (el bolchevique en Rusia) había avanzado sin (o contra) los partidos moderados de orientación reformista (mencheviques y socialistas revolucionarios). Así pues, la línea central del II Congreso de la Internacional Comunista fue inevitablemente la guerra a la socialdemocracia. La asamblea discutió las veintiuna condiciones para la admisión de los partidos socialistas en la Tercera Internacional. Una premisa indispensable era, además del cambio de nombre en el de Partido Comunista, la expulsión inmediata de los reformistas.

En la delegación del Partido Socialista Italiano no figuraba ningún «ordinovista». Había en ella comunistas «eleccionistas» y «abstencionistas», todos (desde Serrati hasta Bordiga) hostiles a los «turineses» y al movimiento de los consejos de fábrica. Sin embargo, el desarrollo del Congre-

so fue más favorable al director de «L'Ordine nuovo» que a los directores de «Avanti!» y de «Il Soviet».

¿En aquel momento qué se sabía de Gramsci en Moscú? A este respecto, es muy ilustrativo (y casi desconocido) el testimonio de un funcionario de la Internacional, V. Degott, que estuvo en Italia a finales de 1919. Podemos leerlo en un libro impreso en Moscú en 1923 con el título de *En libertad, en la ilegalidad (recuerdos del trabajo ilegal en el extranjero en 1918-1921)*, que no ha sido traducido nunca.[1] Degott cuenta en él:

«Casualmente, vino a parar a mis manos el periódico comunista "L'Ordine nuovo" dirigido por Gramsci, que se publicaba en Turín semanalmente. Me interesó muchísimo. La justa posición que percibía claramente en cada una de sus líneas me indujo a decir al camarada Viz... (Aron Wizner) que pidiese a Gramsci que viniese a Roma. Vino en seguida. Era un camarada estupendo, interesante. Pequeño, giboso, con una gran cabeza (no parecía suya), una mirada profunda, inteligente. Tranquilamente, hizo un análisis de la situación italiana. En cada idea se percibía el marxista profundo. En la ciudad de Turín... la base de su periódico era amplia y lo mismo cabe decir de la influencia de Gramsci, aunque Serrati y un camarada ruso que se hacía llamar Nicolini fuesen de otro parecer.»

Al regresar a Moscú para participar en el II Congreso de la Internacional, Degott se entrevistó en el Smolny con Zinoviev: «Le entregué —dice— el informe del camarada Gramsci.» Era el informe sobre el movimiento de los consejos de fábrica. Degott vio después a Lenin. «Informé extensamente sobre Serrati. Hablé de la labor colosal que realizan los camaradas de Turín, dirigidos por Gramsci.»

Sabemos pues, por el testimonio casi inédito de V. Degott, que aunque Gramsci y los «ordinovistas» fuesen excluidos de la delegación del PSI en el II Congreso de la Internacional, no estaban desvinculados del vértice del movimiento comunista. Sus posiciones tuvieron un eco inmediato. En el punto 17 de las *Tesis sobre las tareas fundamentales del II Congreso de la Internacional Comunista*, redactadas por Lenin, se decía explícitamente:

1. Debo a Renzo De Felice la consulta de las partes relativas a la labor ilegal en Italia.

«En lo que se refiere al Partido Socialista Italiano, el segundo Congreso de la III Internacional considera sustancialmente justas las críticas al partido y las propuestas prácticas publicadas como propuestas al Consejo Nacional del Partido Socialista Italiano, en nombre de la sección turinesa del mismo partido, por la revista «L'Ordine nuovo» del 8 de mayo de 1920. Estas críticas y propuestas corresponden plenamente a todos los principios fundamentales de la III Internacional.»

Se trataba del documento de abril, los nueve puntos publicados con el título de *Per un rinovamento del Partito socialista*, a los que ya nos hemos referido. En el curso de la reunión, el propio Lenin hizo otras referencias favorables a las posiciones gramscianas.

Serrati se oponía a la directiva de la expulsión inmediata de los reformistas. No negaba que en otros países los reformistas se habían aliado durante la guerra con las burguesías nacionales y habían traicionado después la revolución. Pero transponer mecánicamente a la situación italiana este juicio, válido para la socialdemocracia alemana y francesa pero no para los reformistas del PSI, era un error. Los reformistas indeseables, los Bissolati, Bonomi, Podrecca, habían sido expulsados ya del partido en 1912, en el congreso de Reggio Emilia. Sería injusto poner al nivel de éstos, hombres como Turati, Modigliani, Treves, que durante la guerra habían respetado la disciplina del partido y habían saludado como un fausto acontecimiento la revolución rusa, pidiendo, en solidaridad con los grupos comunistas, la adhesión del PSI a la Tercera Internacional. Podía ser aconsejable una depuración gradual del partido, pero no la escisión.[2] El líder maximalista pensaba también, no sin fundamento, en los peligros de la ruptura del frente socialista, precisamente en

2. En 1926, recordando en «L'Unità» a Serrati, que había muerto hacía poco, Gramsci escribirá: «El rasgo esencial de la personalidad de Serrati como hombre de partido era el sentimiento de la unidad, el esfuerzo incesante para conservar esta unidad, que representaba decenas y decenas de años de sacrificios y de lucha, que significaba persecuciones soportadas en común, años de cárcel cumplidos en común.»

los momentos en que en Italia la burguesía reaccionaria se estaba organizando para el contraataque.

«Creo —dijo a los congresistas, en la sesión del 30 de julio— que hay que tener en cuenta las condiciones particulares de cada país. Yo os pregunto, camaradas: si, por ejemplo, volviésemos hoy a Italia y la reacción se desencadenase contra nosotros, si encontrásemos el imperialismo lanzado contra nosotros, ¿podríais vosotros, los camaradas del Comité Ejecutivo, aconsejarnos que provocásemos una escisión, en esta situación? No, queridos camaradas, dad al Partido Socialista Italiano la posibilidad de elegr por sí mismo el momento de la depuración. Nosotros os aseguramos que la depuración se llevará a cabo, pero dadnos la posibilidad de hacerla de modo que resulte útil para las masas obreras, para el partido, para la revolución que preparamos en Italia.»

Lenin, firme en su juicio general sobre la socialdemocracia y poco dispuesto a distinguir entre los reformistas italianos y los de los demás países, insistió en la condición previa: en la misma sesión del 30 de julio de 1920 replicó a Serrati:

«Debemos decir simplemente a los camaradas italianos que lo que corresponde a la orientación de la Internacional Comunista es la orientación de los militantes de "L'Ordine nuovo" y no la de la actual mayoría de los dirigentes del Partido Socialista y de su grupo parlamentario... Por esto hemos de decir a los camaradas italianos y a todos los partidos que tienen un ala derecha: la tendencia reformista no tiene nada que ver con el comunismo.»

Tres días más tarde, el 2 de agosto, fue Bordiga el blanco de la requisitoria de Lenin. Ya en su obra *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, Lenin había acusado al dirigente del grupo napolitano y a los camaradas «abstencionistas» de deducir de su «justa crítica del señor Turati y consortes, la falsa conclusión de que en general toda participación en el parlamento es perjudicial»: «Los *izquierdistas* italianos no pueden aducir ni la sombra de un solo argumento serio en favor de esta opinión. Ignoran simplemente (o intentan olvidar) los ejemplos internacionales de

una utilización de los parlamentos burgueses efectivamente revolucionaria y comunista, incontestablemente útil a la revolución proletaria.» En el congreso repitió y amplió la crítica:

«Por lo que parece, el camarada Bordiga ha querido defender aquí el punto de vista de los marxistas italianos; pero a pesar de esto, no ha contestado ninguno de los argumentos aducidos por otros marxistas en favor de la acción parlamentaria... Tú sabes, camarada Bordiga, que en Rusia hemos demostrado, no sólo en la teoría sino también en la práctica, nuestra voluntad de destruir el parlamento burgués. Pero has olvidado que esto es imposible sin una preparación bastante larga; has olvidado que en la mayoría de los países es todavía imposible destruir el parlamento de un solo golpe. Estamos obligados a llevar incluso dentro del parlamento la lucha por la destrucción del parlamento... Se dice que el parlamento es un instrumento que utiliza la burguesía para engañar a las masas. Pero este argumento debe volverse contra ti, camarada Bordiga; se vuelve contra tu tesis. ¿Cómo mostraréis a las masas efectivamente atrasadas y engañadas por la burguesía el verdadero carácter del parlamento? ¿Cómo denunciaréis tal o cual maniobra parlamentaria, la posición de tal o cual partido, si no entráis en el parlamento, si permanecéis fuera de él? Por ahora, el parlamento sigue siendo un teatro de la lucha de clases.»

El II Congreso de la Internacional Comunista terminó el 7 de agosto de 1920. Gramsci encontró en él un nuevo impulso, cobró nuevas fuerzas, aunque su situación personal fuese en aquel momento, por otras circunstancias, objetivamente difícil: era desconocido o casi desconocido fuera de Turín y en la propia ciudad, había roto con Tasca, se había apartado de los «abstencionistas», era autónomo con respecto a la mayoría de la sección (Togliatti, Terracini, etc.) y las jerarquías sindicales le combatían. Había hecho venir de Cagliari a su hermano Gennaro y le había confiado la administración de «L'Ordine nuovo» para tener una ayuda en tareas en las que fácilmente se perdía —llevar las cuentas y otros rompecabezas similares. Con la presencia de Gennaro volvió a encontrar algo que le faltaba desde hacía tiempo: un afecto seguro y, en muchos sentidos, una guía. Le pedía

consejos, a él confiaba lo que no sabían ni siquiera los compañeros de trabajo y de lucha más asiduos. Años más tarde, en una carta de la cárcel, dirá: «No creía posible volver a ver a mi hermano en Turín. Me he puesto muy contento, porque me siento mucho más próximo a Gennaro que al resto de la familia.» Con la llegada del hermano mayor a Turín se sentía menos aislado.

No debe creerse, sin embargo, que las vicisitudes internas del grupo de «L'Ordine nuovo» durante el verano hubiesen debilitado su fervor ni un solo momento. Con una tenacidad indomable había continuado su batalla sobre el tema de los consejos y por la expansion de los grupos comunistas dentro del PSI. En «L'Ordine nuovo» del 21 de agosto dio la noticia de la solidaridad de Lenin con el movimiento turinés y la comentó brevemente:

«El informe que la sección socialista de Turín había preparado para el Consejo Nacional de abril no fue tomado en consideración por los organismos centrales y responsables del Partido. En cambio, cuando lo leyeron en Moscú los camaradas del Comité Ejecutivo de la III Internacional, fue considerado como la base del juicio sobre el Partido Socialista Italiano y se apuntó como tema de discusión útil para un congreso extraordinario. El informe fue redactado en los primeros días de la huelga general de los metalúrgicos de Turín, cuando la huelga general no se presentaba a nadie ni siquiera como posibilidad... Los acontecimientos se desarrollaron entonces de acuerdo con la voluntad de los capitalistas, y la clase obrera fue derrotada; de nada sirvieron los esfuerzos de la sección de Turín para conseguir que el Partido se colocase al frente del movimiento: la sección fue acusada de indisciplina, de ligereza, de anarquismo... Cosas pasadas... Pero, por el recuerdo de las apasionadas jornadas que vivimos en abril último, nos causa un gran placer, como se lo causará seguramente a todos los camaradas de la sección y a todos los trabajadores, saber que el juicio del Comité Ejecutivo de la III Internacional es muy distinto al de los principales exponentes italianos del Partido, que parecía inapelable; nos causa un gran placer saber que el juicio de los "cuatro alocados" de Turín ha sido aprobado por la más alta autoridad del movimiento obrero internacional.»

Se estaba en vísperas del último espasmo revolucionario en Italia, la ocupación de las fábricas.

Desde el 20 de agosto, en todas las fábricas del país había obstruccionismo por la negativa de los industriales a discutir los aumentos de salario pedidos por la FIOM. Para evitar el cierre de las fábricas, el personal entraba en ellas pero se abstenía de trabajar. El objetivo de la FIOM no era revolucionario: con aquella acción los dirigentes de la Federación Metalúrgica se proponían simplemente provocar el arbitraje del gobierno (en junio, Giolitti había vuelto al poder: su programa parecía reformador, no habían faltado las advertencias y las amenazas del frente patronal). Pero la acción puramente demostrativa, se convirtió en revolucionaria, especialmente en Turín. En la noche del 31 de agosto al primero de septiembre se anunció el cierre de las fábricas: a la mañana siguiente, el personal procedió a la ocupación permanente de las mismas. Los consejos asumieron todos los poderes. En la mesa presidencial de Agnelli, en la Fiat-Centro, se sentaba un obrero socialista, Giovanni Parodi. Se decidió poner término al obstruccionismo y reanudar el trabajo bajo la dirección de los consejos de fábrica. En los talleres de la Fiat-Centro, se producían 37 automóviles diarios, contra los 67-68 de los momentos normales, y esto a pesar de la deserción de casi todos los técnicos y de muchos empleados. En todas partes —y no sólo en Italia— los ojos estaban fijos en Turín.

«Las jerarquías sociales —escribió el "Avanti!" piamontés el 5 de septiembre de 1920— se han quebrado, los valores históricos se han invertido: las clases *ejecutivas*, las clases *instrumentales* se han convertido en clases *dirigentes*... han encontrado en su propio seno los hombres representativos... los hombres que asumen todas aquellas funciones que convierten en grupo orgánico, en criatura viva, un agregado elemental y mecánico.»

El experimento era seguido con curiosidad; suscitaba, cuando no un consenso explícito por lo menos una respetuosa atención, incluso en sectores no socialistas. En una carta a Ada Prospero, que más tarde sería su mujer, Gobetti escribió el 7 de septiembre:

«Aquí estamos en plena revolución. Sigo con simpatía los esfuerzos de los obreros que construyen realmente un orden

nuevo. No me siento con fuerzas para seguirlos en su obra, al menos por ahora. Pero me parece que poco a poco se va clarificando y planteando la batalla más grande del siglo. Mi lugar estará entonces entre los que dan muestras de mayor religiosidad y espíritu de sacrificio... Estamos ante un hecho heroico. Claro que lo pueden ahogar en sangre; pero será entonces el comienzo de la decadencia...»

En aquellos días, Gramsci y los demás «ordinovistas» (el periódico había dejado de publicarse, como en la huelga de abril) iban frecuentemente a las fábricas, junto a los obreros, para orientarles, para discutir con ellos los infinitos problemas que planteaba la vida de la fábrica —especialmente después de la deserción de numerosos técnicos—, para intentar resolver las cuestiones prácticas con la colaboración de todos. El nuevo hecho había apagado las disensiones. En el momento del combate, todos volvían a encontrarse: la ola revolucionaria alineaba en un mismo frente a Tasca y al grupo gramsciano de educación comunista, a los bordiguianos (Parodi, Boero) y a los dirigentes de la sección (Togliatti, Montagnana, Terracini, etc.). Pero en algunas fábricas el extremismo de fuertes núcleos de obreros iba en una dirección que no podía dejar de preocupar a Gramsci. Había la tendencia a romper en seguida con el PSI, a separarse de él para constituir un nuevo partido, el Partido Comunista.

Cabe decir, al respecto, que después del artículo del 3 de julio, en el que se definía como una «alucinación particularista» la idea de constituir un partido «verdaderamente» comunista, Gramsci no había cambiado de opinión. Seguía pensando que lo que había que hacer era realizar propaganda comunista en la base, para conquistar el PSI desde dentro. Al tener noticia de iniciativas escisionistas en algunas de las fábricas ocupadas, fue a ver a uno de los compañeros de su grupo, Battista Santhià, obrero en la SPA. Era la noche del 11 de septiembre. El centinela que vigilaba la puerta no reconoció al director de «L'Ordine nuovo» y fue corriendo a avisar a los delegados de sección reunidos en la sede de la comisión interna que se había presentado en la puerta y quería entrar «un camarada de pequeña estatura y cabellos muy largos». Se hizo entrar en seguida a Gramsci. Recorrió largamente los talleres, habló con los obreros que trabajaban y encontró el modo de hablar separadamente con Santhià. Es el mismo Santhià quien refiere el diálogo:

«Gramsci: ¿Estás al corriente de la iniciativa que quiere tomar la Fiat-Centro de romper con el Partido Socialista para constituir el Partido Comunista?

Santhià: Sé muy poco de esto. Pero estoy de acuerdo en que sólo se debe abandonar el Partido Socialista después de una preparación adecuada. En Turín debemos salir de él como mayoría, no como un pequeño número de disidentes.»

La respuesta —comenta Santhià— no sorprendió a Gramsci. Más de una vez, durante la huelga de abril, habíamos discutido el problema: el comportamiento del Partido Socialista había destruido todas las esperanzas y todas las ilusiones sobre la posibilidad de hacer aceptar a la Dirección las directivas de la III Internacional. El mismo Gramsci estaba convencido de ello, pero sabía que el problema consistía en conquistar los obreros inscritos en el Partido Socialista.

Por esto no podía compartir el propósito escisionista del consejo de fábrica de la Fiat-Centro, dominado por los bordiguianos.

«La orientación de muchos camaradas del grupo comunista de aquella fábrica —prosigue Santhià— era preocupante. Envenenados por el peor de los maximalismos se dejaban influir más por las fórmulas exteriores que por la sustancia ideológica. El camarada Parodi estaba fuera de discusión. Pero en aquellos días no era fácil superar la exasperación, cada vez más intensa a medida que se reforzaba la convicción de que disminuía el movimiento revolucionario en las fábricas.»

«Con mucho tacto y delicadeza», Gramsci sugirió a Santhià que tomase contacto con Parodi.

La misión no dio ningún fruto. Es el mismo Santhià quien lo cuenta: «El 20 de septiembre estalló finalmente en la Fiat-Centro aquello que se veía venir desde el 13 y el 14. Los camaradas de la fracción comunista decidieron separar su responsabilidad de la de los dirigentes sindicales reformistas y del Partido Socialista, sosteniendo la necesidad de la salida inmediata del Partido Socialista para crear el nuevo Partido Comunista.» Al día siguiente mismo, el 21 de septiembre, los bordiguianos de Turín propusieron al comité central de la fracción «abstencionista» (lo referirá «Il Soviet»

de Bordiga unos días después) que iniciase «la labor para la creación del Partido Comunista, sección italiana de la Internacional Comunista, y convocase inmediatamente un congreso nacional para su constitución». Bordiga más prudente, sostuvo la opinión de que había que presentar la batalla en el ya próximo congreso nacional del PSI; por ello el comité central de la fracción «abstencionista» rechazó la propuesta de los escisionistas turineses. También la dirección de la sección socialista de Turín (controlada por Togliatti, Montagnana, Terracini, etc.) tomó posición contra los bordiguianos de la Fiat-Centro. El 22 de septiembre se publicó en el «Avanti!» piamontés un documento explícito de condena. «No se trata —se decía en él de jugar a quien va más adelante y llega primero; se trata de que el Partido Comunista se presente en sus comienzos como el único gran organismo en que pueda confiar el proletariado y capaz de reunir todas las fuerzas revolucionarias.»

Entre tanto la ocupación de las fábricas se estaba convirtiendo en un fracaso. Fuera de Turín, la adhesión de las masas a la acción revolucionaria no había tenido la misma intensidad y las organizaciones sindicales se preocupaban únicamente de encontrar una salida honorable, secundadas en esta actitud por la vocación mediadora de Giolitti. No se podía hacer otra cosa, dada la pasividad de grandes sectores del proletariado italiano.

«Había fábricas —cuenta Ludovico D'Aragona— en que los obreros hacían una verdadera demostración de conciencia y de madurez; en algunas de ellas los obreros sabían hacerlas funcionar como si las dirigiese el propio capitalista. Pero en otras fábricas, donde por una infinidad de razones que no dependían sólo de la madurez de las masas sino también de la falta de materias primas, de la falta de dirigentes, de técnicos, etc. resultaba imposible el funcionamiento. Había incluso otras que habían sido abandonadas por sus obreros, que por esta causa debían ser transferidos de un establecimiento a otro para tener un pequeño núcleo que diese la impresión de que allí dentro había todavía obreros que dirigían.»

Poco a poco la ola revolucionaria refluyó. Los obreros, derrotados, tuvieron que abandonar las fábricas. Volvieron al trabajo a principios de octubre a base de un compromiso

dictado por Giolitti, que aunque en algunos puntos desagradaba al frente empresarial, significaba la derrota y el fin del movimiento de los consejos de fábrica.

Años más tarde, Gramsci dirá en una carta a Zino Zini, el 10 de enero de 1924: «En aquel momento (1919-20) después de la revolución (con un partido como era el socialista, con una clase obrera que en general lo veía todo rosado y amaba más las canciones y las charangas que los sacrificios), hubo intentos contrarrevolucionarios que nos destruyeron irremediablemente.»

Mientras tanto, se aproximaban las elecciones administrativas del 31 de octubre y el 7 de noviembre. En la asamblea de los socialistas turineses se propusieron, entre otras, las candidaturas de Togliatti, secretario de la sección y de Gramsci. «Contra Gramsci —refiere Tasca— se levantó en la asamblea un clamor de protesta.» Le acusaban de haber escrito en octubre de 1914 un artículo (*Neutralità attiva ed operante*) que se consideraba de tono intervencionista. «No hay que olvidar —prosigue Tasca— que en aquellos años el Partido Socialista había decidido no admitir candidaturas de los que, en cualquier modo, hubiesen tomado posición en favor de la guerra. Pero concurrían otros factores.» Esto es indudable cuando se piensa en la distinta acogida que tuvo la candidatura de Togliatti, el cual sin embargo se había alistado voluntario. Los «otros factores» eran éstos:

«En el período 1916-1918 e incluso en el de "L'Ordine nuovo", Gramsci había fustigado muchos equívocos, puesto al desnudo algunas vanidades más o menos ilustres. En la marmita turinesa hervían todavía muchos rencores contra él... Hay que añadir a esto que Gramsci no tenía nada de tribuno y, por consiguiente, sólo era conocido y apreciado por un estrecho círculo de intelectuales y de obreros.»

El ataque procedía ahora de la derecha. Pero es inevitable sospechar que las divergencias del verano, apagadas durante la ocupación de las fábricas, no se habían superado totalmente; induce a creerlo el hecho de que el grupo de Togliatti y Terracini, que controlaba la sección con una gran mayoría, no rechazó, como se lo permitía su posición de predominio, el ataque contra la candidatura de Gramsci. Lo cierto es que se le excluyó de la lista.

Este episodio no había de ser el único motivo de amar-

gura para Gramsci en aquel período. El 5 de noviembre de 1920 llegó un telegrama de Ghilarza, anunciando que Emma, la hermana empleada en el Tirso, en la construcción de la presa, estaba grave. Antonio se embarcó en seguida para Cerdeña: había adivinado lo que de verdad significaban las palabras del telegrama. Emma, que trabajaba en zona de malaria, había contraído la enfermedad. Cuando Antonio llegó al pueblo ya la habían enterrado.[3] Permaneció en Ghilarza unos cuantos días. Pero estaba intranquilo; la señora Peppina le sorprendía a menudo absorto en sus pensamientos. La madre se había asustado al verlo tan delgado, con el rostro descolorido y fatigado, el rostro de un muchacho acabado. Antonio tenía entonces 29 años.

Volvió a Turín en pleno debate con vistas al congreso nacional socialista. Los núcleos de izquierda (los ex-escisionistas; decimos «ex» porque la adhesión a los veintiún puntos de la III Internacional comportaba el abandono del prejuicio abstencionista; el grupo gramsciano de «educación comunista»; los «eleccionistas», término que una vez superado el debate sobre la participación en las elecciones, también quedaba vacío de significado; y otros socialistas de izquierda) habían encontrado el elemento de sutura en la fidelidad a las tesis de la Internacional, por encima de las diferencias de fondo. En la primera quincena de octubre se había celebrado en Milán una conferencia en la que se había lanzado el Manifiesto-Programa de la fracción comunista. Lo firmaban, en representación de todos los grupos, Bombacci, Bordiga, Fortichiari, Gramsci, Misiano, Polano, Repossi y Terracini. Así la base de la fracción estaba constituida. La sanción oficial se tuvo el 28-29 de noviembre de 1920 en Imola; por ello la fracción tomó el nombre de esta ciudad. Predominaban Bordiga y su grupo, el único que estaba organizado a escala nacional. En 1923, Gramsci dirá en una carta a Togliatti: «Por la repugnancia que sentimos en 1919-20 en crear una fracción nos quedamos aislados, reducidos o casi reducidos a una serie de individuos; en cambio, en el otro grupo, el abstencionista, la tradición de fracción y de trabajo en común ha dejado huellas profundas que todavía hoy encuentran reflejos teóricos y prácticos muy considerables

3. El nombre de Emma Gramsci figura en una lápida que recuerda a todos los caídos en la ejecución de la obra: la lápida se ve en seguida a la entrada de la presa.

en la vida del partido.» Desde Imola, y antes incluso, se enfrentaban dos concepciones totalmente opuestas: el partido como secta de unos cuantos intransigentes que las masas seguirían en la acción revolucionaria (Bordiga) y el partido *de las* masas, «no un partido que se sirva de las masas para intentar imitaciones heroicas de los jacobinos franceses». Por consiguiente, había dos posiciones opuestas en relación con el PSI: separarse de él (Bordiga); intentar renovarlo desde dentro (Gramsci). Incluso después del lanzamiento del Manifiesto-Programa de la fracción comunista, Gramsci había acusado a la reacción de querer golpear Turín «como sede de un pensamiento político preciso que amenaza con *conquistar la mayoría del partido Socialista Italiano*, que amenaza con *transformar el partido* de órgano de conservación de la agonía capitalista en organismo de lucha y de reconstrucción revolucionaria».[4] Una semana después, el 24 de octubre, en la nota titulada *La frazione comunista* escribía: «Los comunistas quieren organizarse ampliamente y *conquistar el gobierno del Partido Socialista y de la Confederación General del Trabajo.*»[5]

Pero el mismo Lenin estaba en aquel momento más próximo a Bordiga que a Gramsci. Serrati había escrito en «L'Humanité» del 14 de octubre: «Todos estamos por las veintiuna condiciones de Moscú. *De lo que se trata es de su aplicación.* Afirmo que hay que depurar el partido de los elementos nocivos y yo mismo he propuesto expulsar a Turati, pero no hemos de perder la masa de los inscritos en los sindicatos y en las cooperativas. Los otros quieren *una escisión radical.* En esto consiste la disensión.» La réplica de Lenin apareció en *Falsos discursos sobre la libertad*, escrito el 4 de noviembre-11 de diciembre de 1920. La objeción de fondo de Lenin era ésta:

«Serrati teme que la escisión debilite el partido, y sobre todo los sindicatos, las cooperativas y los ayuntamientos. En cambio, los comunistas temen el sabotaje de la revolución por parte de los reformistas. Teniendo a éstos en las propias filas *no se puede* hacer triunfar la revolución proletaria, *no se puede* defenderla. Por esto Serrati pone en pe-

4. «L'Ordine nuovo», 17 de octubre de 1920. El subrayado es mío.
5. Subrayado mío.

ligro la suerte de la revolución para no perjudicar la administración municipal de Milán.»

Hasta aquí, las tesis de Lenin eran compartidas plenamente por Gramsci. Pero Lenin iba más allá:

«Hoy en Italia se aproximan batallas decisivas del proletariado contra la burguesía para la conquista del poder estatal. En un momento como éste no sólo es absolutamente indispensable alejar del partido a los reformistas, a los turatianos, sino que puede ser útil incluso alejar de todos los puestos de responsabilidad a excelentes comunistas que titubean, que manifiestan vacilaciones en el sentido de la "unidad" con los reformistas. Citaré un ejemplo clarísimo... En vísperas de la revolución de octubre, algunos bolcheviques y comunistas destacados, como Zinoviev, Kamenev, Rikov, Noguin, Miliutin, manifestaron vacilaciones, preocupados por el peligro de que los bolcheviques se aislasen demasiado, se arriesgasen demasiado desencadenando la insurrección, fuesen demasiado intransigentes con un sector de los "mencheviques" y de los "socialistas-revolucionarios". El conflicto llegó a tal punto que aquellos camaradas abandonaron ostensiblemente todos los cargos de responsabilidad y la labor en el partido y en las organizaciones soviéticas. Pero, al cabo de unas semanas o de unos meses, como máximo, todos ellos se convencieron de su error y volvieron a ocupar los puestos de mayor responsabilidad en el partido y en los soviets... Italia se encuentra ahora, precisamente, *en un momento similar*... En un momento similar, en condiciones similares, el partido no se debilitará sino que *se reforzará* cien veces más si los reformistas se alejan completamente de sus filas *y si se separa de la dirección incluso a excelentes comunistas, como lo son probablemente los miembros de la actual dirección del partido Baratono, Zannerini, Bacci, Giacomini, Serrati.*»[6]

De hecho, era sancionar oficialmente la orientacion bordiguiana de ruptura a la izquierda. ¿No puede pensarse que la orientación izquierdista dada por Lenin favoreció la voluntaria subordinación de Gramsci a Bordiga? El hecho es que Gramsci sólo aceptó la escisión como solución inevitable después de la publicación de *Falsos discursos sobre la*

6. El último subrayado es mío.

libertad. El 18 de diciembre, un mes antes del congreso de Liorna, escribió por primera vez palabras de consentimiento a la ruptura por la izquierda:

«Sería ridículo gimotear sobre lo ocurrido y lo irremediable. Los comunistas deben razonar fría y tranquilamente: si en el PSI todo se deshace, hay que rehacerlo todo, hay que rehacer el Partido, hay que considerar y querer desde hoy a la fracción comunista como un verdadero partido, como el sólido andamiaje del Partido Comunista Italiano.»

Pero la ola revolucionaria estaba en pleno reflujo y la reacción levantaba la cabeza. El PSI había vuelto a obtener en las elecciones administrativas del 31 de octubre-7 de noviembre de 1920, los buenos resultados de 1919, conquistando la mayoría en 2.162 ayuntamientos, sobre un total de 8.000 (entre ellos Milán y Bolonia) y en 26 provincias sobre 69. El 21 de noviembre, mientras Gnudi, el alcalde socialista de Bolonia aparecía en el balcón del Palazzo d'Accursio para responder a las aclamaciones de la multitud, un grupo de fascistas irrumpió disparando sobre la gente. Desde una ventana del Palazzo d'Accursio se lanzaron bombas de mano sobre la multitud. Fue una verdadera matanza: diez muertos y cincuenta y ocho heridos. Un mes más tarde en Ferrara y en iguales circunstancias, los fascistas asaltaron el Palazzo Estense: tres de ellos murieron en manos de los guardias rojos, y las expediciones punitivas de los fascistas se multiplicaron.

Serrati, que pensaba más en la defensa que en el ataque, tenía, por lo menos, estos buenos motivos para desear en aquel momento la unidad de los socialistas italianos. El 16 de diciembre de 1920 contestó a Lenin:

«No somos defensores de los reformistas. Defendemos el partido, el proletariado, la revolución contra una insana manía de destrucción y de demolición. Defendemos la unidad del movimiento socialista italiano para que pueda hacer frente a las dificultades y a los sacrificios de mañana, en la obra de reconstrucción. La burguesía italiana ha iniciado ya su acción reaccionaria... Se ha iniciado ya el período del contraataque burgués en respuesta al ataque de las clases trabajadoras desde el día del armisticio hasta hoy. El capitalismo italiano —que controla el poder del Estado, la

policía, la magistratura, y el ejército plenamente eficiente todavía— no está dispuesto a ceder las armas y se está organizando seriamente, estrechando las propias filas. Las últimas elecciones administrativas y los episodios ocurridos recientemente en algunas ciudades italianas han demostrado suficientemente que la clase dominante quiere oponer su propio bloque, sólido y cerrado, al resuelto proceder de la clase obrera.»

Si ésta era la nueva situación de Italia, es decir, una situación de contraataque burgués al que había que resistir unidos y no pulverizados en varios partidos socialistas, le parecía natural a Serrati referirse a un escrito de Zinoviev [7] y concluir: «Nosotros, que no somos centristas, pedimos únicamente a la Tercera Internacional que nos aplique, como aplica a otros, sus mismos criterios, es decir, que nos deje juzgar a nosotros mismos la situación que está madurando y las medidas a tomar para la defensa del movimiento socialista italiano.»

Un mes después, el 15 de enero de 1921, se abría en Liorna el XVII Congreso Nacional del PSI. El resultado no fue el que Lenin esperaba, de consenso de la mayoría del proletariado italiano a las posiciones de los comunistas «puros».

«Fuimos derrotados —escribirá Gramsci en 1924— porque la mayoría del proletariado organizado políticamente no nos dio la razón, no se vino con nosotros, aunque tuviésemos de nuestra parte la autoridad y el prestigio de la Internacional, que eran grandísimos y en los cuales confiábamos. No habíamos sabido realizar una campaña sistemática que nos permitiese llegar a todos los núcleos y elementos constitutivos del Partido Socialista y obligarles a reflexionar; no habíamos sabido traducir en un lenguaje comprensible para cualquier obrero y campesino italiano el significado de todos los acontecimientos italianos de los años 1919-1920.»

La manera en que la fracción comunista se había presentado en la batalla llevaba la marca de Bordiga. En el congreso de Liorna, Gramsci no tomó ni siquiera la palabra.

7. «La Internacional Comunista no tiene, naturalmente, la intención de forjar todos los partidos en el mismo molde... La Internacional Comunista reconoce que existen una serie de cuestiones locales en desarrollo que hay que resolver según las exigencias de los diversos partidos.»

La dirección del PSI quedó en manos de Serrati (98.000 votos contra 58.000 de los comunistas «puros» y 14.000 de los reformistas). Al día siguiente, 21 de enero de 1921 (Gramsci cumplía treinta años el 22) la minoría de los comunistas «puros» (los seguidores de Serrati se llamaban a sí mismos «comunistas unitarios») constituía en el teatro San Marco de Liorna el nuevo Partido Comunista de Italia.

Lo dominaba absolutamente Amadeo Bordiga que, apoyado por la Internacional, finalmente había dado realidad a la «alucionación particularista» (como decía Gramsci en julio) de un partido «verdaderamente» comunista. Gramsci, cuya conversión a esta realidad era demasiado reciente, tenía que contentarse con un papel subalterno. Estuvo a punto de quedar fuera del primer comité central del nuevo partido. Su inclusión fue duramente combatida. Los nuevos camaradas —o algunos de ellos— no rehuían tampoco los tristes recursos polémicos a que en el pasado habían recurrido los adversarios internos del PSI. «Algunos delegados —refiere Togliatti— quisieron oponerse a la inclusión de Gramsci con la estúpida acusación, puesta en circulación por los reformistas y los maximalistas durante las violentas polémicas de antes del congreso, de que había sido intervencionista e incluso de que había sido miembro de las escuadras de choque en el frente.» Entraron en el Comité Central ocho comunistas del grupo de «Il Soviet» (Bordiga, Grieco, Fortichiari, Repossi, Parodi, Polano, Sessa y Tarsia), cinco maximalistas de izquierda (Belloni, Bombacci, Gennari, Marabini y Misiano) y sólo dos «ordinovistas» (Terracini y Gramsci). El director de «L'Ordine nuovo» fue excluido del Ejecutivo. Lo formaban Bordiga y tres de los suyos (Fortichiari, Grieco y Repossi) y Terracini.

El Partido Comunista de Italia, que había nacido como una secta, iba a conservar durante mucho tiempo esta característica. Gramsci escribirá más tarde:

«La reacción se ha propuesto reducir el proletariado a la situación en que se encontraba en el período inicial del capitalismo: disperso, aislado, disgregado en una multitud de individuos, y no formando una clase consciente de constituir una unidad y que aspira al poder. La escisión de Liorna (el alejamiento de la mayoría del proletariado italiano de la Internacional Comunista) sin duda alguna, ha sido el mayor triunfo de la reacción.»

15

Poco después de la escisión de Liorna hubo en la vida de Gramsci momentos que algunos consideraron de relativa «inercia» (Gobetti, por ejemplo). Ahora bien, ¿tiene fundamento esta opinión?

El primero de enero de 1921, «L'Ordine nuovo» se había convertido en diario y Gramsci era el director. Ganaba mil cien liras al mes, sueldo considerable en aquella época. Pero seguía viviendo en su modesta habitación de estudiante en casa de la familia Berra en la plaza Carlina. Todos los días, entre las dos y las tres de la tarde, al despertarse, iba a recogerle un hombre gigantesco, Giacomo Bernolfo, ex sargento de artillería de montaña, que lo escoltaba hasta el restaurante para protegerle contra las posibles violencias fascistas (a veces también le acompañaba como guardaespaldas un coterráneo en paro forzoso, Titino Sanna, de Ghilarza). Comía en la calle Po o en una lechería de la calle Santa Teresa, cerca de la confluencia con la plaza Solferino. Sin embargo, lo más frecuente era que comiese en casa de Pia Carena. Después se iba en seguida al trabajo, en la calle del Arcivescovado. Una breve pausa por la noche para cenar y otra vez al periódico hasta la madrugada, cuando empezaban a abrirse los primeros cafés de la calle Roma y de la calle Po.

Eran tiempos difíciles; había que resistir a la intimidación y a las violencias, se vivía en un clima de fortaleza asediada. Y Gramsci estaba siempre en primera línea, infundía valor, animaba, corregía los errores tácticos: sus compañeros le recuerdan como un guía seguro, como un ejemplo de resistencia tenaz a la ola de barbarie.

Las condiciones políticas generales habían cambiado en relación con las de la postguerra inmediata; por consiguiente, habían cambiado también las condiciones del trabajo periodístico, no sólo por el salto del semanario al diario. Junto a «L'Ordine nuovo» había otros dos diarios comunistas: «Il Lavoratore», que se publicaba en Trieste bajo la dirección de Ottavio Pastore, e «Il Comunista», que salía en Roma

dirigido por Togliatti. Dispersa de este modo la redacción orgánica de Turín, el resultado, como dice Gobetti, era la publicación «de tres diarios ilegibles»: el juicio es sin duda excesivamente rígido, al menos por lo que se refiere a «L'Ordine nuovo», pero no es del todo infundado. Pese a una cierta vivacidad que seguía distinguiéndolo de la prensa general del partido, «L'Ordine nuovo» no tenía ya aquel frescor del semanario. Era un periódico oficial del partido, subordinado a la línea de éste —que era la línea de Bordiga— y esta falta de autonomía le perjudicaba en cierta medida. Cada día se percibían menos, o no se percibían con la misma claridad, los signos de la libertad de elaboración teórica, de la fantasía y del ímpetu creador de otro tiempo. En el nuevo partido y por una serie de razones no todas fáciles de comprender, Gramsci aceptaba el papel subalterno que le había asignado Bordiga.

La disensión no estallará hasta más tarde y en febrero de 1924, Togliatti escribirá a Gramsci: «No te oculto mi opinión de que muchas de las cosas que dices ahora deberías haberlas dicho hace ya mucho tiempo y no en conversaciones privadas, de las que se tenía noticia indirectamente, sino ante el partido. En el Central que se constituyó en Liorna tú representabas el grupo que seguía una concepción diversa de la de Bordiga.»

Pero en 1921 Gramsci pensaba, evidentemente, que tenía buenos motivos para justificar su renuncia a combatir en terreno abierto las concepciones sectarias de Bordiga; y es de suponer que no sería el menos importante de ellos el gran prestigio de que gozaba entre los militantes e incluso en los ambientes de la Internacional el líder del Partido Comunista de Italia después de su abandono (formal, únicamente) del extremismo. Durante el III Congreso de la Internacional Comunista, refiriéndose a la forma en que había terminado el congreso de Liorna, Lenin había dicho el 28 de junio de 1921 a Lazzari, delegado del PSI:

«Disponíais de 98.000 votos pero habéis preferido quedaros con 14.000 reformistas en vez de iros con 58.000 comunistas. Aunque éstos no hubiesen sido verdaderos comunistas, aunque no hubiesen sido más que seguidores de Bordiga *(y no era así, porque después del segundo congreso de la Internacional, Bordiga declaró con perfecta lealtad que renunciaba a todo anarquismo y a todo antiparlamentarismo)*,[1] tendríais que haber ido con ellos.»

Así pues, Bordiga era absuelto por Lenin. Diferenciarse de él en Italia podía ser inoportuno, un riesgo para la solidez del frente revolucionario. También desaconsejaban la apertura de un claro debate interno las condiciones creadas en el país por la ola reaccionaria fascista, cuando para no sucumbir había que defenderse unidos. Gramsci dirá en un escrito de 1924:

«Después de la escisión de Liorna nos encontramos en estado de necesidad. Esta es la única justificación que podemos dar a nuestra actividad en aquel período... Había que organizar el partido en el fuego de la guerra civil... había que transformar, en el acto mismo de su constitución, de su ingreso, nuestros grupos en destacamentos para la guerrilla, una de las guerrillas más atroces y difíciles que haya que tenido organizar y librar nunca la clase obrera.»

En aquel clima, ¿podía Gramsci abrir una polémica viva contra el sectarismo de Bordiga? Y aunque hubiese querido, ¿cuál era su fuerza real? ¿Le habrían seguido las masas comunistas? Un *test* bastante reciente inducía a abrigar serias dudas al respecto. Gramsci había sido derrotado como candidato en las elecciones políticas del 15 de mayo de 1921, las primeras después de la constitución del Partido Comunista. Los comunistas turineses habían preferido votar por Misiano y Rabezzana. Además, es de suponer que en los círculos de la Internacional no se le consideraba todavía en condiciones de ejercer la dirección del partido. Puede ser un signo indicativo el juicio de Degott, pese a lo mucho que le apreciaba (como ya hemos visto):

«Gramsci, mucho más profundo que los demás camaradas, analiza justamente la situación. Comprende con agudeza la revolución rusa. Pero exteriormente no puede influir en las masas. En primer lugar, no es orador; en segundo lugar, es joven, de pequeña estatura y giboso, cosas que tienen importancia para el público oyente.»

El estado de prostración física y nerviosa había llegado

1. Subrayado mío.

en aquel período a un verdadero extremo. Las vicisitudes privadas de sus familiares constituían otro motivo de amargura para él. Gennaro se negaba a casarse con la madre de su hija. Mario se había dejado absorber en los cuadros de la reacción. Se había convertido en el primer secretario federal fascista de Varese. Gramsci fue a hablar con él. Después de casarse con Anna Maffei Parravicini, Mario había dejado el ejército para entrar en una empresa comercial. Antonio le interrogó largamente sobre los motivos de su adhesión al fascismo. Y con calma le dijo: «¿Te parece justo? Piensa en ello. Eres un buen chico y sé que reflexionarás.» Seis años más tarde escribirá a la madre: «Cuando fui a visitarle a su casa, hace algunos años, creo que me hice una idea exacta del ambiente en que vivía y en el que era una especie de héroe. Pero son cosas que vale más no escribir; por lo demás, Mario es mi hermano y le quiero pese a todo. Espero que ahora se ocupe más de sus cosas y que siente la cabeza.»

Eran, pues, muchas (graves o pasajeras, de influencia diversa) las preocupaciones de Gramsci en aquel período. Sin embargo, parece arbitraria la referencia de Gobetti a «un cerebro y una actividad agostados».

El hombre de cultura continuaba con originalidad y concreción todavía el análisis de las fuerzas que operaban en la sociedad italiana, hasta descubrir la verdadera sustancia del fascismo, la vocación reaccionaria de los que le apoyaban, la estupidez de las fuerzas de complemento pequeño-burguesas que lo secundaban, y su peligrosidad, no totalmente valorada en aquellos momentos por otros comunistas. En 1921-1922 eran muchos los don Ferrante[2] que se obstinaban en negar la «peste» y el «contagio», y acababan muriendo de ellos. El partido tenía la concepción oficial de que era imposible la instauración de una dictadura fascista o militar. Gramsci disentía de esto pero se limitaba a expresar su desacuerdo exclusivamente en conversaciones privadas. Su límite fue la aquiescencia, formal por lo menos, a tesis no compartidas, la falta de crítica (abierta) del bordiguismo y de sus posiciones «groseras y triviales».

El hombre de acción se prodigaba en el periódico. Era exigente con los redactores, no toleraba la falta de atención,

2. *Don Ferrante:* personaje de *I promessi sposi* de Manzoni. *(Nota del traductor.)*

la superficialidad, el comentario o la crónica hechos con ligereza. Se encolerizaba, obligaba a rehacer. Uno de los redactores, Alfonso Leonetti, recuerda los accesos de ira de Gramsci, algunas noches, frente a las pruebas de las páginas: «¡Esto no es un periódico, es un saco de patatas! Mañana, Agnelli[3] puede llamar a los obreros y decirles: "Mirad, no saben hacer un periódico y pretenden dirigir el Estado." Hemos de evitar que Agnelli diga esto, pero no lo evitaremos publicando periódicos que parezcan sacos de patatas.»

En la sustancia política, la aceptación de las posiciones de Bordiga (sólo formal y sólo en el sentido, muy limitado, de que no se oponía a ellas abiertamente), no le impedía expresar algunas exigencias de fondo ya que no todo su mundo ideal. Entre ellas estaba la «apertura» hacia los trabajadores no comunistas, incluso los católicos y los intelectuales de la oposición. Había confiado la crítica teatral de «L'Ordine nuovo» a un liberal, Piero Gobetti. En la primavera se trasladó a Gardone, acompañado por un legionario de Fiume, Mario Giordano, para entrevistarse con D'Annunzio (pero la entrevista no llegó a celebrarse). Seguía con atención las iniciativas de los católicos de izquierda organizados en el Partido Popular (el grupo de Guido Miglioli). Combatía el anticlericalismo de grandes sectores del proletariado piamontés.

«Recuerdo una asamblea diocesana en la que participaban doscientos mil fieles, me dice Andre Viglongo. Gramsci quiso que hablásemos de ella. "Es un hecho periodístico, participa en él el pueblo y no podemos ignorarlo", decía. Así que escribí una breve crónica que "L'Ordine nuovo" publicó con un título a dos columnas. En otra ocasión escribí un artículo violentamente polémico contra los anticlericales. En él había frases como éstas: "La pornografía anticlerical, desarrollada por una curiosa coincidencia en el mismo período dorado de la predicación evangélica prampoliniana, surgió por la falta de una conciencia moral en el socialismo racionalista de hace veinte años... "L'Asino" es para nosotros, los jóvenes, como un símbolo del socialismo de hace veinte años, masónico, parlamentarista, pequeño burgués." Gramsci leyó el artículo y lo aprobó, publicándolo en

3. Agnelli era el patrón de la «Fiat». *(Nota del traductor.)*

primera página el 27 de agosto de 1921. Algunos círculos obreros, como el de Borgo San Paolo, reaccionaron con vivas protestas. Gramsci permaneció tranquilo. Me dijo: "El artículo estaba bien".»

Mientras tanto, se iba delineando una ruptura entre la Internacional y la dirección bordiguiana del Partido Comunista de Italia. Antes de la escisión de Liorna, Lenin había dicho: «Para llevar la revolución a la victoria y para defenderla, el partido italiano debe dar todavía un *cierto paso a la izquierda* (sin atarse las manos y *sin olvidar que a continuación las circunstancias quizá le exigirán que dé algunos pasos a la derecha*).»[4] El «paso a la izquerda» ya se había dado, con la separación de los grupos comunistas del PSI, en Liorna. Las circunstancias exigían ahora «algunos pasos a la derecha»; la alianza con los socialistas en el «frente único» para resistir la ofensiva reaccionaria. Ésta era la orientación dada por el III Congreso de la Internacional (junio-julio de 1912). En Moscú se reconocía ahora que, después del contraataque de la reacción, el movimiento obrero estaba en retirada, especialmente en Italia; el objetivo inmediato de la clase obrera no podía ser ya, en aquellas condiciones, la conquista del poder y la dictadura del proletariado sino, ante todo, la defensa de las libertades democráticas, para lo cual había que luchar junto con los socialistas. En Italia, donde la escisión de Liorna había agudizado los contrastes, Bordiga y su grupo se resistieron tenazmente a seguir la nueva orientación. Lenin se dio cuenta de ello y lo censuró. El 14 de agosto de 1921 escribió que algunos partidos comunistas, entre ellos el italiano, «habían *exagerado un tanto* la lucha contra el centrismo, habían *ido algo más allá* del límite en que esta lucha se transforma en un deporte». En realidad, en la lucha contra el PSI, Bordiga y su grupo habían hecho más que exagerar «un tanto». Y ahora, al sustituir la Internacional, el viejo objetivo de la conquista inmediata del poder por el otro, intermedio, de la defensa de las libertades democráticas, les parecía que la alianza con los socialistas a los pocos meses de la ruptura de Liorna, equivalía a admitir que aquella ruptura había sido intempestiva.. Gramsci dirá más tarde:

4. Subrayado mío.

«Lenin había definido el significado de la escisión en Italia con una fórmula lapidaria, cuando dijo al camarada Serrati: "Os separáis de Turati y luego os aliáis con él." Nosotros teníamos que adaptar esta fórmula a la escisión, ocurrida en forma diversa a como la preveía Lenin. Es decir era indispensable e históricamente necesario separarnos no sólo del reformismo sino también del maximalismo, que en realidad representaba y representa el oportunismo típico italiano en el movimiento obrero; pero después de esto, y sin cesar la lucha ideológica y organizadora contra ellos, teníamos que intentar una alianza contra la reacción. Para los elementos dirigentes de nuestro partido, toda acción de la Internacional encaminada a obtener una aproximación a esta línea parecía una desautorización[4] implícita de la escisión de Liorna, una manifestación de arrepentimiento.»

Son palabras escritas en 1926. No era tan explícita la divergencia entre Gramsci y Bordiga sobre el tema del frente único en los meses que precedieron al II Congreso Nacional comunista, en marzo de 1922 en Roma.

La tendencia de Bordiga a cerrarse sectariamente en vez de lanzarse a vastas acciones políticas y de masas para detener y derrotar el fascismo era compartida por la mayoría de los dirigentes sin excluir a Togliatti y Terracini. El mismo Togliatti lo admite:

«Lo que más sorprende y debe registrarse con atención —escribe— es que acabaron por capitular ante una concepción sectaria del partido incluso camaradas como Terracini y Togliatti que junto con Gramsci y bajo su dirección no sólo habían seguido una línea de trabajo opuesta sino que habían contribuido a la elaboración de concepciones muy diversas y en ellas se habían inspirado en el curso de acciones de notable relieve.»

Tasca y los demás miembros de la minoría de derecha se oponían a Bordiga. De los miembros de la mayoría sólo Gramsci «no callaba sus críticas. Pero éstas no salieron durante mucho tiempo —prosigue Togliatti— del ámbito de las conversaciones personales, no dieron lugar a debates en el Comité Central y sólo se expresaron en una asamblea de la sección comunista de Turín en vísperas del II Congreso del Partido». Las tesis preparadas por Bordiga para el congreso

de Roma rechazaban la táctica del frente único; así pues, eran contrarias a la línea de la Internacional. Aparte de la minoría de derecha, nadie planteó objeciones. Gramsci dice al respecto:

«En Roma aceptamos las tesis de Amadeo [Bordiga] porque se presentaban como una opinión para el IV Congreso (de la Internacional) y no como una línea de acción. Creíamos que así el partido se mantendría unido en torno a su núcleo fundamental, pensábamos que se podía hacer a Amadeo esta concesión, dado el enorme papel que él había tenido en la organización del partido: no nos arrepentimos de esto. Políticamente habría sido imposible dirigir el partido sin la participación activa de Amadeo y su grupo en la labor central... Por esto nos retiramos, procurando que fuese una retirada ordenada, sin nuevas crisis ni nuevas amenazas de escisión en el seno de nuestro movimiento, sin añadir nuevos fermentos de disgregación a los que la derrota determinaba ya por sí sola en el movimiento revolucionario.»

En esta posición había unas reservas suficientes sobre la consistencia de las tesis bordiguianas para que Gramsci gozase del favor de la Internacional, y un elemento suficiente de aquiescencia para que Bordiga no se convirtiese en su enemigo. Así que Gramsci fue designado representante del Partido Comunista de Italia en el Ejecutivo de la Internacional, en Moscú (por encargo de la Internacional había estado ya en Lugano y en Berlín: en la capital alemana había permanecido desde el 22 de enero hasta el 24 de febrero de 1922).

Partió hacia Moscú a finales de mayo de 1922. Dejaba Turín después de casi once años de residencia. Dejaba también la dirección de «L'Ordine nuovo»: la despedida en las oficinas de la calle del Arcivescovado tuvo lugar en una atmósfera de intensa emoción. Aquel viaje iba a representar un gran cambio en su vida: por su enriquecimiento político junto a los protagonistas de la revolución rusa y por el encuentro con Julia Schucht, que lo había de completar.

16

Llegó a Moscú con una fuerte depresión. Estaba enfermo. Pagaba la tensión polémica de los últimos tiempos, las amarguras y las incomprensiones y, además, unas fatigas que no podía soportar sin grave detrimento un hombre como él, que al cuerpo desgraciado unía la desnutrición y los choques psicológicos sufridos de pequeño. Sus compañeros de trabajo se dieron pronto cuenta de sus pésimas condiciones de salud y a principios del verano, Grigori Zinoviev, que presidía entonces la Internacional, quiso que fuese a recuperarse en el sanatorio del Serebriani Bor («El bosque de plata»), en la periferia de Moscú. Tenía tics nerviosos, altibajos «casi feroces», convulsiones. «Algunas personas muy amables, que venían a hacerme compañía —contará— me dijeron más tarde que habían tenido miedo, sabiendo que era sardo, ¡de que intentase degollar a alguien!» Entre estas personas «muy amables» había una enferma. Eugenia Schucht, algo mayor que él, que hablaba perfectamente el italiano. Una forma grave de agotamiento psicofísico le impedía andar, y gracias a la posibilidad de comunicación inmediata por su conocimiento del italiano y de Italia se hicieron amigos. Al poco tiempo, Antonio sabía ya muchas cosas de Eugenia y de su larga estancia con la familia en Italia, en Roma.

Había nacido en Siberia, durante la deportación del padre, Apolo Schucht, antizarista de origen escandinavo. Era la tercera hija. Antes que ella habían nacido Nadina y Tatiana. Hacia 1890, la familia se trasladó a Francia, a Montpellier concretamente y después a Ginebra. En la emigración, nacieron Ana y en 1896 Julia y finalmente Víctor, el único varón. A principios de siglo la familia se instaló en Roma. Apolo Schucht, hombre rico, versado en el estudio de la literatura francesa y con una buena cultura musical, era de familia de militares y tenía un patrimonio que le permitía vivir tranquilamente sin penurias. Todas las hijas estudiaban: Nadina hizo dos licenciaturas y regresó a Rusia, a Tiflis, para casarse; Tatiana siguió los cursos de ciencias naturales de la Universidad de Roma; Eugenia fue al Insti-

tuto de Bellas Artes de la calle Ripetta, Ana y Julia, ambas con vocación musical, eran alumnas del curso de violín del Liceo Musical, anexo a la Academia de Santa Cecilia. Pasaron en Roma los años de la adolescencia y de la primera juventud. Habitaban en la calle Montserrato y después en la calle Buonconsiglio, cerca del Coliseo. Finalmente se trasladaron a la calle Adda. Apolo no trabajaba, con excepción de una época en que dio clases de ruso a los oficiales en el Ministerio de la Guerra. En el otoño de 1913 la familia comenzó a dispersarse. Las primeras que dejaron Italia fueron Eugenia y Ana. Se trasladaron a Varsovia: Eugenia enseñaba en una escuela israelita y Ana se casó el 13 de mayo de 1915 con Teodoro Zabel. Pocos meses después, Julia, que había terminado los estudios de violín, dejó Italia seguida al cabo de poco tiempo de su madre. Apolo y el hijo Víctor se trasladaron a Suiza. El 29 de septiembre de 1915 Apolo escribió a Leonilde Perilli una amiga romana de las hijas: «He recibido carta de Moscú: Genia tiene trabajo, Julia todavía no. Ana irá a vivir con la madre de su marido en un pueblo cerca de Moscú.» A principios de 1916, Eugenia, Ana, Julia y su madre estaban en Ivanovo Vosniesiensk, una ciudad textil a un centenar de kilómetros de Moscú. En diciembre de 1916 toda la familia volvió a reunirse en Moscú, con excepción de Nadina, de la que no se han tenido más noticias, y de Tatiana que había permanecido en Italia. El régimen zarista estaba a punto de caer. Los Schucht estaban también en Moscú cuando estalló la revolución de octubre. Después de la revolución volvieron a separarse: Eugenia y Víctor en Moscú, Julia con el padre y la madre y la nueva familia de Ana, Teodoro Zabel y su hijo, en Ivanovo.

Cuando Eugenia conoció a Gramsci sus familiares seguían en Ivanovo. Iban a visitarla asiduamente al sanatorio del «Bosque de plata». A mediados de julio de 1922, Gramsci vio por primera vez a Julia. Hasta entonces Eugenia le había demostrado una viva simpatía. Pero fue Julia la que le impresionó. Era alta, de tez clara; tenía un rostro bello y ovalado, con grandes ojos tristes. Dos largas trenzas le descendían por la espalda. Tenía veintiséis años, cinco menos que el joven italiano. Hacía siete años que estaba en Rusia y sentía nostalgia por Italia. Siempre le había pesado el alejamiento de Italia. Después de la partida, a los diecinueve años (se trasladaba a Rusia que todavía no conocía) decía a Leonilde Perilli en una carta escrita el 21 de

junio de 1916 desde Tzarikov: «Estoy en Bulgaria. Me he acercado a Rusia, pero me he alejado de Italia, de Roma...» Y en septiembre de aquel mismo año escribió desde Moscú: «Por aquí ya hace frío. Me siento melancólica pensando que en Roma... es hoy el 15 de septiembre.» Ahora daba clases en el Liceo Musical de Ivanovo.

Gramsci se sintió intimidado. Tenía treinta y un años y hasta entonces nunca se había abierto completamente a una muchacha. Se dominaba por miedo a la desilusión: le oprimía la conciencia de su estado físico. «Desde hace muchos, muchos años, me he acostumbrado a pensar que existe una imposibilidad absoluta, casi fatal de que yo pueda ser amado.» La visión de Julia le turbaba. Después de uno de los primeros encuentros le escribió: «¿Ha venido a Moscú, como me había anunciado? La he esperado durante tres días. No me he movido de mi habitación, por temor de que pudiese ocurrir lo de la otra vez... ¿No ha estado en Moscú, de verdad? Estoy seguro de que si hubiese estado se habría acercado a mi casa, aunque fuese sólo un momento... ¿Vendrá pronto? ¿Podré verla otra vez?... Escríbame. Sus palabras me hacen mucho bien, me dan más fuerza.» Durante las visitas de Julia a Eugenia pasaban largos ratos juntos. Aquel joven italiano, de miembros débiles pero con tanta dulzura en los ojos azules y con tanta fuerza interior la cautivaba. Gramsci recordará con nostalgia los primeros encuentros en el sanatorio y el comienzo del idilio:

«Sigo con el pensamiento todos los recuerdos de nuestra vida común, desde el primer día que te vi en Serebriani Bor, cuando no me atrevía a entrar en la habitación porque me habías intimidado (de verdad, me habías intimidado y hoy sonrío recordando esta impresión), hasta el día en que te fuiste a pie y yo te acompañé hasta la gran carretera que atraviesa el bosque y me quedé mucho rato allí, viendo cómo te alejabas sola por la gran carretera, hacia el mundo grande y terrible.»

Para aquel joven que un día había confesado que sólo había vivido con el cerebro y no con el corazón, todo esto representaba alcanzar un nuevo equilibrio. Hasta entonces, la vida de Gramsci había consistido en replegarse continuamente sobre sí mismo, en encerrarse dentro de sentimientos contradictorios: por un lado, el instinto de sociabilidad

y por el otro la voluntad de ser fuerte sin necesidad de ningún apoyo afectivo.

«Cuántas veces —escribirá a Julia— me he preguntado si era posible ligarse a una masa sin haber amado a nadie, ni siquiera a los propios padres; si era posible amar una colectividad sin haber amado profundamente a criaturas humanas singulares. ¿No habrá tenido esto un reflejo sobre mi vida de militante? ¿No habrá esterilizado y reducido a un puro hecho intelectual, a un puro cálculo matemático mi cualidad de revolucionario? He pensado mucho en todo esto y he vuelto a pensar en ello estos días, porque he pensado mucho en ti, en ti que has entrado en mi vida y me has dado el amor, me has dado lo que siempre me había faltado y me hacía a menudo malo y torvo.»

Descubría finalmente que «no se puede desmenuzar y hacer trabajar una sola actividad; la vida es unitaria y toda actividad se apoya en las demás; el amor refuerza toda la vida... crea un equilibrio, da una mayor intensidad a las demás pasiones y a los demás sentimientos». Pero las circunstancias iban a convertir aquella relación en una serie de encuentros intermitentes y de largas y penosas separaciones.

De Italia llegaban voces de catástrofe. El 28 de octubre de 1922 había tenido lugar la marcha sobre Roma; al día siguiente, el rey había confiado a Benito Mussolini el encargo de formar gobierno. Habían pasado dos años y medio desde que, en abril de 1920, Gramsci escribía: «La fase actual de la lucha de clases en Italia es la fase que precede o a la conquista del poder político por parte del proletariado revolucionario... o a una tremenda reacción por parte de la clase propietaria y de la casta gobernante.» La segunda profecía se cumplía. Las Cámaras del Trabajo eran saqueadas e incendiadas, las escuadras fascistas asaltaban las redacciones de los periódicos democráticos, los dirigentes de izquierda eran perseguidos, encarcelados, apaleados, asesinados. Todo esto ocurría en vísperas del IV Congreso de la Internacional, que iba a iniciarse en Moscú el 5 de noviembre de 1922. El problema básico era el siguiente: ¿cómo habían de reaccionar todos los partidos democráticos ante la ola de violencia? ¿Divididos o, al contrario de lo que había ocurrido en el pasado, luchando en una trinchera común?

Zinoviev, Bajarin y los bolcheviques más influyentes en la Internacional recomendaban, en general, el frente único de los partidos proletarios; les parecía indispensable la fusión de los comunistas con los socialistas, especialmente después de la expulsión del ala reformista del PSI en el congreso de octubre de 1922. Bordiga y el mismo Terracini se oponían con intransigencia a esta orientación.

En una reunión del Comité Central del Partido Comunista de Italia. Graziadei dirá dirigiéndose a los antifusionistas: «La escisión de Liorna se realizó, inevitablemente, demasiado a la izquierda. Al igual que otros camaradas, yo la consideré un mal. En cambio, vosotros la considerásteis un bien y os sentisteis contentos. En esta diversidad de juicios está la base de una profunda divergencia política.» Pero, si bien es cierto que la hostilidad a la fusión con los socialistas era muy neta entre los que en Liorna habían considerado que la ruptura a la izquierda era un bien, los fautores de la fusión y sus tenaces adversarios se dividían ahora en torno a otra cuestión: el juicio sobre el fascismo. La mayoría, sectariamente encerrados en esquemas rígidos, metían en el mismo saco a fascistas y a socialdemócratas: todos eran enemigos de clase, todos eran igualmente defensores del orden burgués: Mussolini era lo mismo que Turati. Así que no constituía ninguna novedad el hecho de que un partido burgués, el fascista, hubiese ocupado el lugar de otro partido burgués en la dirección del gobierno. Para Amadeo Bordiga lo que había ocurrido en Italia después de la marcha sobre Roma era un simple cambio de gobierno. Lo mismo pensaban todos los ex-abstencionistas: pero no sólo ellos. Terracini calificaba la marcha sobre Roma y la entrega del poder a Mussolini de «crisis ministerial un poco movida». A su vez, Togliatti había escrito el 27 de julio de 1922: «El torvo tirano contra el que deberán levantarse todas las energías todavía vivas en las multitudes tendrá un solo aspecto y un triple nombre. Se llamará, a la vez, Turati, don Sturzo y Mussolini.» Los dirigentes comunistas italianos no comprendían las diferencias entre el fascismo y los partidos democráticos tradicionales. Y al no advertir su peligrosidad, tampoco se planteaban el problema de una dictadura burguesa que se disponía a suplantar la democracia burguesa. La nueva directiva de la Internacional (el cambio del objetivo inmediato y el paso de una línea de ataque a una de defensa: la lucha por la defensa de las

libertades democráticas y no, al menos por el momento, la revolución proletaria) no era, pues, comprendida; y todavía se comprendía menos la necesidad de las alianzas o de la fusión con fuerzas que, a juicio de la mayoría de los comunistas, no representaban nada más que el ala izquierda de las fuerzas burguesas. Gramsci fue uno de los pocos que supieron captar la nueva sustancia del fascismo, la gravedad del peligro que éste representaba y la justeza de la línea defensiva propuesta por la Internacional.

Dejó el sanatorio para participar en las labores del IV Congreso. Había superado la fase aguda de la enfermedad, pero todavía no estaba curado del todo: «Al empezar el IV Congreso hacía pocos días que había salido del sanatorio, después de seis meses de permanencia que me habían aliviado poco; sólo habían impedido la agravación del mal y una parálisis de las piernas que me habría podido inmovilizar en cama durante algunos años. Desde el punto de vista general, persistía el agotamiento y la imposibilidad de trabajar por la amnesia y el insomnio.» En el congreso se le acercó pronto Matias Rakosi. Gramsci no le tenía en mucha estima, pues le consideraba «un tonto» sin «un solo gramo de inteligencia política». «Con la delicadeza política que le caracterizaba —contará— me asaltó para ofrecerme la jefatura del partido, tras eliminar a Amadeo, que sería excluido del Comintern si persistía en su línea.» Pese a disentir de Bordiga, Gramsci estaba fascinado por su fuerte personalidad y temía que una ruptura provocase la disolución del partido:

«Mis posiciones nunca eran autónomas; siempre provenían de la preocupación de lo que haría Amadeo si yo pasase a la oposición: se retiraría, provocaría una crisis, pero nunca aceptaría llegar a un compromiso... Si yo me hubiese opuesto (a Bordiga) la Internacional me habría apoyado. Pero, ¿con qué resultados, cuando el partido se organizaba con dificultades, en plena guerra civil, siempre bajo la mirada atenta del "Avanti!", que aprovechaba todas nuestras disensiones para disgregarnos?»

Así que rechazó la propuesta de Rakosi:

«Le dije que haría lo posible para ayudar al Ejecutivo de la Internacional a resolver la cuestión italiana, pero que no creía que se pudiese, en modo alguno (y menos con mi persona), sustituir a Amadeo sin una labor preventiva de orientación del Partido. Además para sustituir a Amadeo en la situacion italiana se necesitaba contar con más elementos porque por su capacidad general de trabajo Amadeo vale al menos por tres.»

Los debates sobre la fusión se prolongaban interminablemente. Por un lado, Tasca estaba de acuerdo con la Internacional en la fusión inmediata. Bordiga, terco en la resistencia, pedía que la solución se aplazase, por lo menos. «Yo andaba sobre ascuas —escribe Gramsci— y desde luego no era la labor más adecuada para mi condición de debilidad crónica.» Adoptó la actitud de «serpentear», como él mismo dice. En el seno del PSI se había constituido la fracción «tercerinternacionalista» (los llamados *terzini*) que proclamaba su fidelidad a la III Internacional Comunista. La propuesta intermedia de Gramsci fue que había que proceder en seguida a la fusión no con todo el PSI sino por el momento únicamente con los *terzini*. Fue ésta la propuesta que prevaleció. («Me he ganado involuntariamente —dirá Gramsci más tarde— la fama de un zorro de infernal astucia.») Se fijaron en catorce puntos las condiciones de la fusión y se nombró una comisión mixta para su aplicación. Bordiga, que había sido designado para formar parte de ella, se negó a aceptarlo y Gramsci ocupó su puesto; los demás miembros eran Scoccimarro y Tasca por los comunistas y Serrati y Maffi por los socialistas.

Pero Gramsci no regresó a Italia. Serrati fue detenido apenas hubo entrado en el país y Tasca tuvo que expatriarse a Suiza. En Italia, la labor de fusión era llevada adelante por Scoccimarro y Maffi, pese a la resistencia de la mayoría de los comunistas y de los socialistas. Gramsci seguía trabajando en Moscú en el Ejecutivo de la Internacional: Había de sacrificar una gran parte de su vida privada a las tareas políticas. Iba a menudo al sanatorio para curarse y para visitar a Genia Schucht. Allí pasó la Navidad de 1922:

«Hice el último árbol de Navidad en 1922, para divertir a Genia que todavía no podía levantarse de la cama o por lo menos no podía andar sin apoyarse en las paredes y en los muebles. No recuerdo bien si se había levantado; eso sí recuerdo, que el árbol estaba sobre una mesita junto a la

cama, repleto de velas que encendimos simultáneamente cuando Julia, que había dado un concierto para los enfermos, entró en la habitación, donde yo había permanecido para hacer compañía a Genia.»

En general, los encuentros con Julia eran intermitentes, a causa de la labor política. «No sé todavía —le escribía el 13 de febrero de 1923— si el domingo podré venir a su casa. Nos están convocando a cada momento, en las horas más imprevistas y me disgustaría mucho no asistir a una reunión sin poder justificar mi ausencia.» Realizaba su labor de funcionario de la Internacional con gran escrúpulo. Pero la joven y dulce violinista era ya una parte de él: «Deseo, deseo absolutamente que usted me quiera... yo he tomado todo esto en serio, muy en serio.» Después de haber conocido a Julia, «la más bella, la más grande, la más fuerte razón del mundo» le distraía de pensamientos, de ocupaciones y de batallas otrora exclusivos, absorbentes de todos los residuos de energía intelectual y física. Y así, aquel disciplinadísimo y rígido funcionario de la organización que desde Moscú manejaba los hilos de la revolución proletaria en medio mundo pasó de la fase «oso de las cavernas» a la de «lobo sentimental» y un buen día decidió cometer una transgresión de la disciplina. Había llegado un telegrama de Italia: el Comité Central del PCI anunciaba la existencia de un mandato de detención contra Gramsci. Así que se le aconsejaba que no regresase al país. Fueron a buscarlo muy de mañana al Lux, el hotel de la calle Gorki donde habitaba. No estaba allí y ninguno de los italianos supo decir dónde se encontraba: Gramsci no había dicho nada ni dejado ninguna nota. Estuvieron dando vueltas por todo Moscú con un automóvil: era inútil, ni la sombra se encontraba del joven italiano. Los mensajeros empezaron a inquietarse e impresionados por la desaparición llegaron a movilizar a la GPU. Cuando Gramsci regresó al Lux todos lo miraban como «un resucitado», dirá él mismo. Simplemente había ocurrido, que por una noche había querido ser un enamorado y nada más. De este modo, ligados a tareas que les obligaban a vivir en ciudades diversas, él en Moscú, ella en Ivanovo, y casi corriendo uno tras otro, aprovechando los pocos momentos de libertad, Antonio y Julia vivieron sus momentos más felices, hasta que vino la separación.

En Italia la situación se había agravado. Los responsables de la Internacional observaban con preocupación el PCI, disgregado por la ola de detenciones (Bordiga y Grieco estaban en la cárcel desde el 3 de febrero de 1923), reducido al inmovilismo por el espíritu sectario de muchos de sus dirigentes y caído en pleno marasmo.

«Habiendo sido detenido el Ejecutivo en las personas de Amadeo (Bordiga) y de Ruggero (Grieco) —escribe Gramsci— en Moscú, se esperaron en vano durante un mes y medio informaciones que estableciesen con exactitud cómo habían ocurrido los hechos, con qué límites había chocado la policía al destruir la organización, qué medidas había tomado el Ejecutivo en libertad para reanudar los vínculos de organización y reconstituir el aparato del partido. Después de una primera carta en la que se decía que todo había sido destruido y que la central del partido había de reconstituirse *ab imis*, no se recibieron más informaciones concretas sino únicamente cartas polémicas sobre la cuestión de la fusión, escritas con un estilo que parecía tanto más arrogante e irresponsable cuanto mas su autor había creado, con la primera carta, la impresión de que el partido no existía más que en su persona... Se planteó brutalmente la cuestión del valor del centro del partido italiano. Las cartas recibidas fueron criticadas duramente y se me preguntó qué podía yo sugerir... Yo también estaba bajo la desastrosa impresión de las cartas... Por esto llegué a decir que si se consideraba que la situación era realmente la que aparecía objetivamente en el material de que disponíamos, sería mejor acabar de una vez y reorganizar el partido desde fuera con elementos nuevos elegidos por la Internacional.»

El Ejecutivo ampliado de la Internacional decidió pues en junio de 1923 liquidar la antigua mayoría bordiguiana y designar para el Ejecutivo del PCI a Togliatti, Scoccimarro, Fortichiari, Tasca y Vota. Fortichiari, ex-abstencionista, rechazó el nombramiento. Le substituyó Gennari, contrario a las posiciones de Bordiga. Pero el 21 de septiembre de 1923 el nuevo Comité Ejecutivo (Togliatti, Tasca, Vota, Gennari y Leonetti, que substituía a Scoccimarro) fue sorprendido también por la policía en casa del obrero Renato Scanziani, en un suburbio de Milán y fue encarcelado en bloque. Así que se encargó a Gramsci que se trasladase a Viena para seguir más de cerca la difícil situación del partido en Italia.

El joven sardo pasaba del estado de relativo aislamiento del último período de Turín a la responsabilidad máxima. A treinta y dos años era, a juicio de la Internacional, el líder efectivo del partido italiano.

Salió de Moscú para Viena a finales de noviembre de 1923, después de año y medio de trabajo en el Ejecutivo de la Internacional. Este período había significado un gran cambio en su vida. Sólo le deprimía la idea de tener que separarse de Julia. Pero la joven violinista era consciente del sacrificio que le exigía la actividad de Antonio. Pocos meses después, el 7 de junio de 1924, Gramsci escribirá a su madre: «Mi compañera comparte plenamente mis ideas: no es italiana pero ha vivido mucho tiempo en Italia y ha hecho sus estudios en Roma. Se llama Julia (Julka en su lengua) y es licenciada en el Liceo Musical: es valiente, de fuerte carácter y estoy seguro que todos la apreciaréis y la querréis cuando la conozcáis. El verano que viene o el otoño quiero ir a Cerdeña por unos días, con ella.»[1]

1. La carta es inédita.

17

Angélica Balabanov le había obtenido el permiso de residencia en Viena. Vivía en una calle bastante alejada del centro. La habitación no tenía calefacción y la cama —escribía— «es alemana, muy dura, muy incómoda, con una especie de colcha en vez de sábanas y mantas que se me cae por todos los lados y me despierta continuamente con un pie o un hombro al aire congelados». La patrona de la casa, una judía convertida al catolicismo, había abjurado también esta segunda religión para casarse con un comunista, Joseph Frey. Sin embargo, había vuelto a las prácticas del culto, sentía nostalgia por su viejo y buen emperador y maldecía al partido que la obligaba a tener en casa a un extranjero, por cuya causa la policía podía molestarla. (Al cabo de algunos meses Gramsci cambió de casa.) Pasaba el tiempo en una especie de semi-clausura. Sólo salía para ir al restaurante o a alguna cita convenida. La ciudad no le atraía: «La nieve cubre las calles, el paisaje es una sucesión de montículos blancos que me recuerdan las salinas de Cagliari con los correspondientes forzados. Pero Viena es mucho más triste que Moscú. No hay aquí los trineos que con su ruido de campanas surcan alegres la blancura de las calles: no hay más que el estrépito de los tranvías. La vida transcurre triste y monótona.» Vivía aislado. Tenía un secretario, Mario Codevilla, consumido por la tuberculosis y de escasa vivacidad intelectual: «Estoy siempre solo. Mi compañero no me procura ninguna comunión de pensamiento que vaya más allá de una banal conversación.» Por esto esperaba con ansia que Julia fuese a reunirse con él.

Éste era el tema de sus cartas: «Vivo aisladísimo y creo que tendré que seguir viviendo así durante bastante tiempo. Siento tu ausencia, siento un gran vacío en torno a mí. Hoy comprendo mejor que ayer y que anteayer lo mucho que te quiero, comprendo que cada día se puede querer más. ¿Cuándo será posible que vengas a vivir y a trabajar conmigo?» Siempre insistía en la cuestión de vivir juntos:

«He pensado que quizá soy demasiado egoísta al pedirte que vengas a vivir conmigo, que te separes de tu vida habitual para estar junto a mí; lejos de la actividad fervorosa que te rodea, que está en el aire que respiras, aunque tu trabajo personal sea mecánico y externo. He pensado que quiero tenerte cerca porque estoy muy solo y esta soledad me entristece demasiado... Querida, debes venir conmigo. Te necesito. No puedo vivir sin ti... Estoy como suspendido en el aire, como alejado de la realidad. Siempre pienso, con un pesar infinito, en el tiempo que hemos pasado juntos, con tanta intimidad, con una expansión tan grande de nosotros mismos.»

Pero Julia no se trasladó a Viena. Estaba débil, ya se manifestaban los primeros síntomas del agotamiento que años más tarde, durante la prisión de Antonio, la llevará a las puertas de la locura. Para justificar la imposibilidad de ir a Viena decía que no podía dejar solos a sus familiares. Y Antonio insistía: «Yo también he pensado en tu familia, pero ¿no puedes venir, aunque sólo sea por unos meses? ¡Qué bello sería un nuevo paréntesis de vida común, de alegría cotidiana en cada hora, en cada minuto... Me parece sentir tu mejilla junto a la mía y la mano que te acaricia la cabeza y te dice que te quiero aunque la boca calle.» En las cartas de Julia se filtraba algo de su debilidad física y mental, pero sólo un eco, un leve eco.

«Me parece verte —le escribía Antonio el 21 de marzo de 1924— siempre seria, preocupada. Por esto quisiera que estuvieses junto a mí; creo que encontraría las cosas más ingeniosas para hacerte contenta, para hacerte sonreír. Haría relojes de corcho, violines de cartón, lagartos de cera con dos colas; en fin, agotaría todo mi repertorio de recuerdos sardos. Te contaría otras historias, a cuál más maravillosa, de mi infancia un poco selvática y primitiva, tan diferente de la tuya. Y después te abrazaría y te besaría una y otra vez, para sentirte viva en mí, vida de mi vida.»

Julia permaneció en Moscú; esperaba un hijo. Al principio sólo se lo había anunciado vagamente a Antonio. «Me ha dado un vuelco el corazón al leer tu carta. Sabes por qué. Pero tu referencia es vaga y yo me consumo, me muero de deseo, porque quisiera abrazarte y sentir una nueva vida, que une las nuestras más de lo que ya lo están, amor

mío queridísimo.» Después del primer anuncio hubo unas semanas de silencio. El 29 de marzo de 1924 Antonio le escribió:

«El 24 de febrero hiciste una vaga referencia a tu maternidad que me había causado una gran alegría. Deseaba ardientemente que fueses madre; pensaba que esto fortalecería tu personalidad, que te haría superar una crisis que me parecía ver latente en ti, ligada a tu pasado, a tu infancia, a todo tu desarrollo intelectual, y te habría permitido amarme con un abandono más completo... Tu amor me ha fortalecido, me ha hecho un verdadero hombre o, por lo menos, me ha hecho comprender lo que es ser hombre y tener una personalidad. No sé si mi amor por ti ha tenido las mismas consecuencias; creo que sí porque también he sentido vivamente en ti como en mí, esta potencia creadora. En el breve período de nuestra felicidad plena he pensado intensamente en que tu maternidad contribuiría a coronar todo esto. Has hecho una referencia a la misma, y después no has dicho nada más.»

Al dolor por la separación de Julia se sumaba, en aquellos meses de vida en Viena, la desvinculación política. Gramsci se esforzaba en seguir con las informaciones que recibía, las vicisitudes rusas y las del partido en Italia. Desde principios de 1922 Lenin sufría parálisis de las piernas y del brazo derecho y en marzo de 1923 había perdido el uso de la palabra. En el Partido Comunista ruso la lucha de las corrientes empezaba a endurecerse. El 13 de enero de 1924, ocho días antes de la muerte de Lenin, Gramsci escribía: «No conozco todavía los términos exactos de la discusión llevada a cabo en el partido (ruso). Sólo he visto la resolución del Comité Central sobre la democracia del partido, pero no he visto ninguna otra resolución. No conozco el artículo de Trotski ni el de Stalin. No consigo explicarme el ataque de este último, que me ha parecido bastante irresponsable y peligroso. Pero quizá mi juicio sea equivocado por el desconocimiento de los materiales.»

En Italia, la confusión dentro del partido había llegado al máximo desde hacía más de un año. La minoría de derecha (Tasca, Vota, Graziadei) y la mayoría (Togliatti, Scoccimarro, Terracini) se combatían encarnizadamente (Bordiga estaba en la cárcel y desde junio de 1923 no formaba parte

del Ejecutivo). Las orientaciones tácticas de la Internacional (primero «el frente único»; después la fusión con los socialistas; finalmente, al fracasar las negociaciones para la fusión, el bloque político entre los dos partidos) eran acogidas siempre de uñas por la mayoría, sin ninguna voluntad seria de ponerlas en práctica. Eran todavía fuertes en la mayoría los residuos de sectarismo, incluso después de la deposición de Bordiga en junio de 1923 por el Ejecutivo ampliado de la Internacional. En la reunión del Comité Central del 9 de agosto de 1923, Tasca dijo:

«Ha llegado a mis manos el acta de una reunión entre camaradas de la mayoría y de ella resulta que si, por un lado el camarada Palmi (Togliatti) y otros han expresado el deseo de colaborar con la política de la Internacional, después de una aclaración que precisase la posición pasada y presente de la mayoría, el camarada Urbani (Terracini) en cambio, ha expresado la opinión de que se debía aceptar exteriormente, pero siguiendo aplicando a escondidas las viejas directivas del partido, desaprobadas por Moscú.»

El acta a que se refiere Tasca, conocida, indudablemente, por vías indirectas, es un claro signo del clima del PCI en aquellos meses. Togliatti refiere al respecto: «En la lucha de fracciones, que se reflejaba incluso en los organismos de dirección más delicados, era una regla la búsqueda por ambas partes de las cartas y los documentos que pudiesen utilizarse contra los exponentes del grupo adversario.» En aquella atmósfera viciada, en la que habían llegado a ser habituales la ambigüedad y la intriga, se debatía una iniciativa tomada por Bordiga en la cárcel. Cabe decir que éste, aunque fuese hombre de ideas extremas, tenía por lo menos el mérito de no ocultarlas y asumía la responsabilidad hasta las últimas consecuencias, por desagradables que fuesen, sin excluir la pérdida del poder. Su idea era, pues, que la mayoría del PCI tenía que romper con la Internacional. Con este fin, proponía la publicación de un manifiesto firmado por todos los dirigentes, con excepción, naturalmente, de Tasca y de los demás miembros de la minoría de derecha. Gramsci fue el único de los interpelados que rechazó sin vacilar la iniciativa. La misma actitud, aunque en un plano diverso, había adoptado Leonetti. En cambio, Terracini y Scoccimarro la compartían. Togliatti estaba indeciso.

Por un lado, consideraba la propuesta de Bordiga «conforme a una lógica rigurosa hasta el exceso» («La táctica de la Internacional tiende a ligarnos al PSI exactamente igual como estábamos antes de Liorna, por no decir peor»); pero por otro lado era consciente de los grandes riesgos de la ruptura:

«En la práctica, en las actuales condiciones, hacer lo que dice Amadeo significa entrar en lucha abierta con la Internacional Comunista, salirse de ésta y, por consiguiente, privarse de un poderoso apoyo material y moral, reducidos a un pequeñísimo grupo unido por vínculos casi exclusivamente personales, y condenados en poco tiempo sino a dispersarnos por lo menos a perder toda influencia real y práctica inmediata en el desarrollo de la lucha política en Italia.»

El 5 de enero de 1924, Gramsci escribió a Scoccimarro desde Viena comunicándole los motivos de su negativa a firmar el manifiesto:

«Después de la publicación del manifiesto la mayoría podría ser totalmente descalificada e incluso excluida del Comintern. Yo creo que la exclusión se produciría si la situación política en Italia no se opusiese a ella. Según la concepción del partido que se deriva del manifiesto, la exclusión debería ser taxativa. Si una de nuestras federaciones hiciese sólo la mitad de lo que la mayoría del partido quiere hacer con el Comintern, su disolución sería inmediata. No firmaré el manifiesto porque no quiero parecer un completo payaso.»

La negativa de Gramsci no obedecía únicamente al aspecto formal. Desde los años de su primera formación política había sido el hombre del «diálogo», de la «apertura». El sectarismo le repugnaba. Lo había combatido ya antes de Liorna, en polémica con el grupo de «Il Soviet». Después se había constituido el PCI, inevitablemente, por las directivas de la Internacional, con una ruptura mucho más a la izquierda de lo que él decía querer hasta un mes antes del congreso de Liorna. El «paso a la derecha» sugerido después por la Internacional no podía dejar de satisfacerle. «No creo, en absoluto, que la táctica elaborada en las reu-

niones del Ejecutivo ampliado y en el IV Congreso (donde se aprobó la fusión del PCI con el PSI) sea errónea. Ni por el planteamiento general ni por los detalles relevantes.» El manifiesto ponía a Gramsci ante la urgente necesidad de resolver dos problemas, mezclados entre sí: 1) cómo disuadir a Bordiga de la iniciativa; 2) cómo formar un nuevo grupo dirigente dispuesto a aplicar con lealtad las nuevas directivas de la Internacional

Gramsci no se hacía muchas ilusiones sobre la flexibilidad de Bordiga: «Tiene una personalidad vigorosa y está tan profundamente convencido de tener razón que es absurdo pensar en engatusarlo con un compromiso. Seguirá luchando y en todas las ocasiones volverá a presentar sus tesis intactas.» Y añadía: «Estoy convencido de que es inamovible; estoy convencido incluso de que no vacilaría en separarse del partido y de la Internacional antes que ocupar un cargo responsable contra sus convicciones.» Quedaba el problema, muy delicado, de la actitud a adoptar frente a él:

«Yo también creo que el partido no puede pasarse de su colaboración: pero, ¿qué hacer?... Su carácter inflexible y tenaz hasta el absurdo nos obliga a pensar en la posibilidad de construir el partido y el centro dirigente sin él y contra él. Creo que en las cuestiones de principio no hemos de llegar a más compromisos, como en el pasado: vale más la polémica clara, leal, una polémica que vaya al fondo de las cosas, ayude al partido y lo prepare para todas las eventualidades. Naturalmente, la cuestión no está cerrada: éste es mi parecer, por ahora.»

El problema era quién había de constituir el nuevo grupo dirigente. A fines de enero de 1924 Gramsci todavía tenía al respecto muchas dudas y vacilaciones. Consideraba ya totalmente disgregado el antiguo grupo de «L'Ordine nuovo» y, por lo menos en aquel momento, excluía que la renovación del partido pudiese basarse en los hombres y el programa del viejo grupo turinés. El 28 de enero de 1924, escribió a Alfonso Leonetti:

«No comparto tu punto de vista de que se debe revalorizar el grupo de Turín formado en torno a "L'Ordine nuovo"... Tasca pertenece a la minoría que ha llevado a las consecuencias extremas la posición asumida desde enero de 1920

y culminada en la polémica entre él y yo. Togliatti no sabe decidirse, como ha sido siempre un poco su costumbre: la "vigorosa" personalidad de Amadeo le ha impresionado fuertemente y le hace adoptar una posición intermedia, con una indecisión que quiere justificar incluso con argumentos puramente jurídicos. Umberto (Terracini) creo que en el fondo, es más extremista incluso que Bordiga, porque ha absorbido su concepción pero no posee su fuerza intelectual, su sentido práctico y su capacidad de organización. ¿Cómo podría revivir, pues, nuestro grupo? No parecería nada más que una camarilla reunida en torno a mi persona por razones burocráticas. Las mismas ideas fundamentales que caracterizaron la actividad de "L'Ordine nuovo" son anacrónicas... Hoy las perspectivas son diferentes y hay que evitar insistir demasiado en el hecho de la tradición turinesa y del grupo turinés. Acabaríamos cayendo en polémicas de tipo personalista para disputarnos una herencia de recuerdos y de palabras.»

Pero las posibles soluciones no eran muchas, dadas las circunstancias. En las semanas que siguieron, Gramsci revisó hasta cierto punto su posición inicial, debida probablemente no sólo al examen crítico de la experiencia turinesa y de su desarrollo sino también al desánimo momentáneo. El día de Año Nuevo de 1924 había escrito a Julia: «Da un tirón de orejas a Bianco. Dile que escribo por lo menos media docena de cartas al día. En toda mi vida no he escrito tantas cartas como en estos días.» La literatura epistolar no había sido nunca su género preferido. Siguió escribiendo durante toda su estancia en Viena. Poco a poco las indecisiones de algunos camaradas desaparecieron y otros consideraron conveniente dar la impresión de que habían desaparecido. Así que el nuevo grupo no se formó sin equívocos. Sin embargo, se habían creado las condiciones para una labor alineada con las directivas de la Internacional. El primero de marzo de 1924. Gramsci escribió a Scoccimarro y Togliatti:

«Yo no tenía ni la capacidad ni la voluntad necesarias y no quería asumir el peso de determinar la nueva situación en las condiciones en que me encontraba. Hoy, después de vuestra carta, pienso de otra manera: se puede constituir un grupo capaz de laborar y de tomar la iniciativa. Yo daré

a este grupo toda la contribución y la colaboración que mis fuerzas me consientan, en lo que buenamente valgan. No me será posible hacer todo lo que quisiera, porque sigo sufriendo una atroz debilidad que me hace temer una recaída en el estado de sopor y de atontamiento por el que pasé hace algunos años; pero a pesar de esto me esforzaré igualmente.»

A pesar de la mala salud trabajaba también haciendo traducciones y escribiendo para la prensa del Partido. El 12 de febrero de 1924 se había publicado en Milán el primer número de «L'Unità». Desde el primero de marzo se publicaba la tercera serie de «L'Ordine nuovo», ahora quincenal. El 15 de marzo escribió a Julia:

«Te envío el primer número de "L'Ordine nuovo", del que estoy poco satisfecho. Hacía ya un mes que estaba redactado cuando salió, y lo habíamos escrito con prisas porque parecía que iba a salir en seguida. Ha tenido éxito. Se ha hecho una tirada de 6.500 ejemplares (1.500 más que en 1920) y el primer día se agotó toda la edición. Desde Turín, y Milán pedían a Roma dos mil ejemplares más, que no se pudieron suministrar... Esta adhesión y las esperanzas que muchos camaradas ponen en la obra que podrá realizar "L'Ordine nuovo" renacido me abaten: siento más todavía mi debilidad, mi incapacidad. Se necesitaría una voluntad de hierro, un cerebro siempre lúcido y dispuesto, una capacidad de trabajo material que son, precisamente, las cosas que me faltan.»

Quería que Julia estuviese junto a él para recuperar algunas de estas fuerzas. Pero ella no podía moverse, porque esperaba el nacimiento del hijo.

«¿Te podré sacar la lengua, todavía? Ahora somos personas serias, dentro de poco tendremos un hijo y no hay que dar malos ejemplos a los pequeños. ¿Ves cuántos horizontes nuevos se nos abren?... Hago un poco el loco, pero sin muchas ganas. La verdad es que te quiero mucho, que pienso en ti continuamente y de vez en cuando creo abrazarte estrechamente, muy estrechamente. Me ocurren cosas raras: apenas hube recibido tu última carta me pareció que habías llegado a Viena y que te iba a encontrar por la calle.

Me había sentido mal, una vez más sin poder dormir y tu carta me había exaltado. Cuando pueda abrazarte creo que me sentiré mal, hasta tal punto me transtornará la pasión. Querida Julia, eres toda mi vida, como nunca la había sentido antes de amarte: es algo grande y bello que llena todos los minutos y todas las vibraciones del ser. Hoy quiero ser fuerte como nunca lo he querido, porque quiero ser feliz por tu amor y esta voluntad se refleja en toda mi actividad. Pienso que cuando viviremos juntos seremos invencibles y encontraremos el medio de derrotar incluso al fascismo; queremos un mundo libre y bello para nuestro hijo y lucharemos para conseguir que así sea como nunca hemos luchado, con una astucia que nunca hemos tenido, con una tenacidad, con una energía que derribará todos los obstáculos.»

El 12 de mayo de 1924 dejó finalmente Viena después de una estancia de cinco meses y medio. En las elecciones del 6 de abril había sido elegido diputado por una circunscripción véneta. Gracias a la inmunidad parlamentaria, que le garantizaba ahora contra la detencion, podía regresar a Italia. Dos años hacía que había salido. En seguida pudo oir, por boca de los mismos que las habían sufrido, las trágicas vicisitudes de aquellos años, los asesinatos, las tropelías, los incendios. También su hermano Gennaro había sufrido las violencias de los fascistas.[1] Esto había ocurrido en diciembre de 1922; una camarada, Pia Carena, había ayudado después a Gennaro a huir a Francia.

Al volver a Italia Gramsci pudo comprobar también que el partido, como organización homogénea, no existía. Entre la cabeza y el cuerpo, entre el nuevo grupo dirigente y los cuadros periféricos, había una escisión, una desvinculación que provocaba la parálisis o peor aún, la contradicción de un organismo orientado en un sentido por el pensamiento (las directivas de la Internacional y de Gramsci) y movido en sentido opuesto por las piernas (el aparato de base). Bordiga, desposeído de la dirección del partido por una intervención autoritaria de la Internacional, seguía controlando la mayoría de las federaciones. Las masas, permeables

1. Gramsci dirá a su mujer: «Ha sido triste regresar a Italia y... conocer en seguida por boca de otros la persecución de que los fascistas, creyéndome en Turín, han hecho objeto a mi sombra, y los palos y las cuchilladas que ha sufrido por mi cuenta mi hermano, que ha perdido un dedo y la mitad de su sangre.»

a un cierto tipo de predicación incendiaria, le seguían en su extremismo, en su negativa a aceptar otra perspectiva ni siquiera intermedia, que no fuese la insurrección. Gramsci pudo hacerse cargo de la correlación de fuerzas dentro del partido durante la conferencia clandestina convocada en mayo cerca de Como, pocos días después de su regreso a Italia. La reunión[2] fue la primera ocasión para contar las propias fuerzas, recuento que resultó decididamente desfavorable para Gramsci. Los participantes se encontraron ante tres mociones: la primera, presentada por la nueva mayoría del Comité Central (Gramsci y su grupo) tuvo el voto de sólo cuatro miembros del Comité Central (tres de los cuales estaban ausentes) y de cuatro secretarios de federación; a la segunda, presentada por la minoría de derecha (Tasca y su grupo) se adhirieron cuatro componentes del Comité Central y seis secretarios interregionales o federales; la moción Bordiga, claramente victoriosa sobre las demás, fue apoyada por un miembro del Comité Central, por treinta y nueve secretarios interregionales o federales y por el representante de la federación juvenil. Gramsci pudo comprobar aquel día lo mucho que quedaba por hacer para la conquista efectiva del partido, internacionalista en el vértice y bordiguiano al nivel de los cuadros intermedios. Pero no se rindió. En los dos años pasados en el extranjero había cambiado. Había cumplido los treinta y tres años y tenía más garra, manifestaba una voluntad de dominio antes insospechada en él. Ahora veía más claramente que en el pasado la necesidad de que coincidiesen la elaboración del pensamiento político y el ejercicio del poder para la afirmación de aquel pensamiento. No se había restablecido totalmente de la crisis física. Seguía padeciendo insomnio. Sin embargo, animado por aquella voluntad que tantas veces le había ayudado a salir del abismo de unas crisis terribles, se puso a laborar sin un momento de respiro.

2. La reunión, escribirá Gramsci, «se celebró como si se tratase de una excursión por la montaña de los empleados de una fábrica de Milán: durante el día discutíamos sin parar sobre las tendencias, sobre la táctica, y a la hora de comer en el albergue, lleno de huéspedes, pronunciábamos discursos fascistas, entonábamos himnos a Mussolini: era una comedia general para no despertar sospechas y para que no nos inquietasen en las reuniones que celebrábamos en unos valles bellísimos, cubiertos de blancos narcisos.»

18

Vivía en Roma, en una villa de la calle Vesalio, que hacía esquina con la calle Nomentana. Era huésped de una familia alemana, los Passarge, que sabían muy poca cosa de él e ignoraban incluso que era diputado comunista.[1]

«En aquella habitación —recuerda Felice Platone, que había formado parte del grupo de "L'Ordine nuovo"— no tardó en reanudar las viejas costumbres: discusiones, visitas numerosas, hervor de ideas y de trabajo. En los primeros días no nos cansábamos de recordar el período de "L'Ordine nuovo"; volvía a tomar contacto con los viejos amigos que quería tener todavía junto a él; se informaba de la situación de cada uno de ellos; estaba impaciente por volver a ver a Amoretti y a Montagnana, los dos "viejos" redactores de "L'Ordine nuovo". El restaurante donde acostumbrábamos a comer (cerca de la estación Termini; lo había "descubierto" Gennari) se convirtió pronto en un centro de reunión para los camaradas que querían o debían hablar con Gramsci. Nuestras distracciones consistían en algunos paseos nocturnos, con preferencia hacia el Coliseo, y en ir de vez en cuando al cine.»

Como en los años de Turín, Gramsci dedicaba la máxima atención a los jóvenes. Después de las elecciones del 6 de abril de 1924, empezaban a constituirse en Roma grupos de «L'Ordine nuovo». «El primer grupo —cuenta Velio Spano— lo formábamos una veintena: el mayor de nosotros tenía veintidós años. Habíamos preparado una serie de temas y para cada uno de ellos se nombraba un ponente. Nos reuníamos en un viejo almacén, detrás de la plaza Venezia, en el que no había más que una mesa y tres o cuatro sillas; la mejor la dábamos a Gramsci y otra al ponente. Los demás permanecían generalmente de pie. Queríamos

1. «Adopto la actitud de un profesor serio, muy serio; me tienen, pues, una gran consideración y me dejan tranquilo hasta la exasperación.»

que Gramsci hablase; él, en cambio, quería que hablásemos nosotros.»

Estalló la crisis Matteotti.[2] No hacía ni un mes que Gramsci había vuelto a Italia cuando, el 10 de junio de 1924, Matteotti desapareció. Toda la opinión pública se sintió desconcertada; estaba intimidada por tres años de terrorismo y en los primeros días las reacciones fueron inciertas. Gramsci no vaciló y pasó en seguida al ataque.

«Un policía —recuerda Giuseppe Amoretti, redactor de "L'Unità", que se publicaba en Milán— vino al periódico a comunicarnos con aire de misterio la desaparición del diputado socialista. Nos dijo que sólo había que publicar la noticia y, en sustancia, que había que guardar silencio sobre el asunto. Bajo la forma diplomática, el sentido de la recomendación era amenazador. —Si no obedecemos— replicamos —¿también nosotros tendremos el fin de Matteotti?—. El policía asintió como queriendo decir: "Si es esto lo que queréis..."». Y se fue. Nos quedamos sin saber qué hacer. Todo el aparato de represión pesaba, amenazador, sobre nosotros. En la puerta había siempre un pelotón de camisas negras. El periódico podía ser devastado, nos podían abrir otra vez las cabezas... Precisamente fue entonces, cuando Gramsci nos llamó por teléfono desde Roma. Había que atacar y nosotros teníamos que ser los primeros en el ataque. Había que empujar hacia adelante a las masas populares, en plena agitación.»

«L'Unitá» salió con un titular a toda página: «*Abasso il Governo degli assassini*». (Abajo el gobierno de los asesinos).

Incluso aquel sector de la opinión que al principio había reaccionado con más lentitud y torpeza ante el avance fascista —favoreciéndolo, de hecho— se sublevó esta vez. Menos de dos semanas después de la desaparición y el asesinato de Matteotti, el 22 de junio, Gramsci escribía a Julia:

«He vivido días inolvidables y sigo viviéndolos. Con los

2. Matteotti era uno de los más destacados dirigentes socialistas del momento. Un grupo de fascistas lo raptó y al cabo de unos días apareció asesinado. El delito provocó una gran conmoción pública en toda Italia. *(Nota del traductor.)*

periódicos es imposible hacerse una idea exacta de lo que está ocurriendo en Italia. Caminábamos por encima de un volcán en ebullición; de golpe, cuando nadie lo esperaba y menos que nadie los fascistas, archiseguros de su poder infinito, el volcán ha estallado, lanzando un inmenso río de lava ardiente que ha invadido todo el país, arrollando a todo el fascismo. Los acontecimientos se han desarrollado con una rapidez fulminante, inaudita: cada día, cada hora la situación cambiaba, el régimen era asediado por todas partes, el fascismo era aislado y sentía su aislamiento por el pánico de sus dirigentes, por la huida de sus gregarios. El trabajo ha sido febril; a cada hora había que tomar disposiciones, dar directrices, intentar orientar el torrente popular desbordado. La fase aguda de la crisis parece hoy superada. El fascismo reagrupa desesperadamente sus fuerzas que, aunque reducidas, siguen dominando porque cuentan con el apoyo de todo el aparato estatal y porque las masas se encuentran en una dispersión y una desorganización increíbles. Pero nuestro movimiento ha dado un gran paso adelate: el periódico ("L'Unità") ha triplicado la tirada; en muchos lugares nuestros camaradas se han puesto al frente de las masas y han intentado desarmar a los fascistas; nuestras consignas se acogen con entusiasmo y se repiten en las mociones votadas en las fábricas; creo que en estos días nuestro partido se ha convertido en un verdadero partido de masas.»

La ilusión de Gramsci sobre la eficiencia del partido no duró mucho tiempo. Una vez superada la desbandada inicial, el fascismo remontaba la corriente y se reorganizaba para la contraofensiva: su fuerza radicaba en la dispersión de las masas y especialmente, en la inercia de las oposiciones parlamentarias.

Los grupos decididamente adversarios del fascismo y los que sólo disentían de él por algunas reservas sobre sus métodos de gobierno no coincidieron más que en un solo punto: abandonar el parlamento en signo de protesta. Pero, ¿qué voluntad política seria animaba a los partidos del Aventino? Subsistían las distancias entre los grupos, la des-

3. *Aventino:* recinto romano donde se reunieron los diputados de la oposición que se habían retirado del Parlamento *(Montecitorio)* en signo de protesta contra la criminal conducta del gobierno fascista en el caso Matteotti. *(Nota del Traductor.)*

confianza recíproca, la irreconciliabilidad de las ideologías y de las líneas tácticas. La oposición iba desde un ala sustancialmente semifascista, propensa a apoyar al gobierno sólo con que Mussolini garantizase el restablecimiento de la legalidad constitucional, hasta los comunistas, que formaban un grupo reducido (diecinueve diputados) orientado a provocar la caída del gobierno con el llamamiento a las masas. Entre uno y otro polo estaban los grupos liberales, confiados todavía pese a todo lo ocurrido en la prudencia del rey, de quien esperaban una intervención decisiva; estaban los católicos del Partido Popular, tan hostiles al socialismo (por no decir más) como al fascismo. La larga polémica había abierto un abismo entre el PCI y el nuevo grupo dirigente socialista Vella-Nenni. En definitiva, al fascismo no se le oponía un bloque uniformemente resuelto y combativo sino una asociación ocasional de grupos desligados, indecisos sobre las iniciativas a tomar y, en la práctica, incapaces de ir más allá de unas cuantas manifestaciones verbales de desprecio. En los primeros días de la crisis Matteotti, cuando por la calle no se veía ni un solo distintivo fascista en el ojal, Gramsci propuso al Comité de los Dieciséis (una especie de ejecutivo del Aventino) la huelga general política. La propuesta fue rechazada y Gramsci comentó el 22 de junio: «Grandes palabras pero ninguna voluntad de acción: un miedo increíble a que nosotros nos hiciésemos con la dirección y, por consiguiente, maniobras para obligarnos a abandonar la reunión.»

Durante meses, la actividad del Aventino siguió reduciéndose a afirmaciones abstractas de principios, a algunos artículos de periódico y, en sustancia, a una monótona sucesión de lamentaciones inocuas. Sin embargo, cabe decir que el extremismo de que había dado pruebas el Partido Comunista desde su constitución contribuía a aumentar la desconfianza de algunos grupos hacia la propuesta de Gramsci de formar un frente único, no limitado a la «vociferación molesta» (como definía Mussolini el programa real del Aventino dando plenamente en el clavo). La acción política de Gramsci sufría de la grave limitación de estar al frente de un partido joven, poco organizado todavía y, lo que era peor, debilitado por el veneno del sectarismo, es decir, mantenido en posiciones inmovilistas por la acción frenadora de los izquierdistas. Gramsci estaba inevitablemente condicionado por esta situación. Comprendía que la ola reaccionaria fascista había hecho retroceder a la clase obrera italiana a posiciones desde las cuales era más difícil dar el salto revolucionario. Partiendo de esta realidad no vacilaba en sacar dos conclusiones naturales: en primer lugar, la necesidad de recuperar las posiciones perdidas antes de lanzar el asalto decisivo para el derrocamiento del orden burgués; en segundo lugar, la imposibilidad de recuperar las posiciones perdidas sin un amplio sistema de alianzas con las fuerzas antifascistas, incluidas las burguesas. Bordiga no quería alianzas, simplemente porque rechazaba el fin, la restauración de la democracia burguesa: su único objetivo era la dictadura del proletariado, que había que instaurar superando las fases intermedias. También Gramsci se proponía, como objetivo final, la revolución proletaria, pero, al contrario de Bordiga, no se dejaba desviar por la idolatría del medio. Por su formación cultural estaba poco dispuesto a encerrarse en fórmulas mágicas, inmutables en todos los momentos históricos. Por esto había aceptado las últimas orientaciones de la Internacional, considerándolas las más adecuadas a la nueva situación. En sustancia, estas orientaciones eran: en primer lugar, resistir la tempestad reaccionaria y después, en régimen de libertades burguesas, preparar el ataque para el triunfo de la revolución socialista. Estos dos momentos, la resistencia al fascismo y la propaganda revolucionaria, tendían sin embargo, a confundirse en la acción política de Gramsci. Quizá dependía esto de la circunstancia de ser el dirigente nominal de un partido sustancialmente bordiguista, como lo había demostrado claramente la conferencia de mayo en Como. Lo cierto es que mientras por un lado proponía a los grupos dirigidos por Treves, por Arturo Labriola y por Amendola la unidad de las fuerzas antifascistas, coherente con el plan de la Internacional y suyo de encontrar aliados para la recuperación de las libertades burguesas, por otro lado polemizaba violentamente contra los mismos Treves, Arturo Labriola y Amendola, considerados como otras tantas expresiones del orden capitalista que había que abatir. Así que la iniciación de un diálogo serio resultaba difícil por las múltiples desconfianzas que lo truncaban desde el primer momento. Éste era el cuadro completo del Aventino: no había concordia entre los grupos de la democracia burguesa y los partidos obreros; graves divergencias separaban el partido reformista (Turati, Treves) del Partido Socialista (Vella, Nenni) y los dos parti-

dos socialistas del comunista; las divisiones se multiplicaban en el interior de los partidos: la actividad fraccionista de los bordiguistas reducía la fuerza del Partido Comunista, lacerado por disputas no sólo ideológicas (puesto que la difamación personal entraba en juego ampliamente), precisamente cuando más necesaria era la cohesión para enfrentarse con la desesperada voluntad de los fascistas de no sucumbir.

El único resultado evidente de la crisis Matteotti fue el aflojamiento del régimen de represión. Gramsci podía moverse por la ciudad sin dificultades «porque la policía no funciona, como tampoco funciona ningún órgano del Estado fascista: todos son saboteados por los funcionarios. No sé cuanto podrá durar este estado de cosas. Los acontecimientos obligan al Partido a un aprendizaje muy difícil, después de tres años de ilegalidad y de pura defensa de la organización. Hay que moverse, hacer agitación, salir al aire libre: los camaradas, que no estaban preparados para este salto súbito, se han mostrado un poco inciertos». Todas las semanas celebraba tres o cuatro reuniones con los organismos dirigentes del partido o con las formaciones locales de camaradas. «Reuniones muy interesantes —dirá— especialmente las que celebro con los obreros. Conversaciones, discusiones, informaciones, problemas a resolver, cuestiones de principio y de organización que hay que sistematizar.» Fuera del ambiente del partido no frecuentaba a nadie.

Vivía en Roma un hermano de su padre, Cesare, funcionario del ministerio de Finanzas. No fue a visitarlo y escribió a su madre (carta inédita):

«No he encontrado nunca el tío Cesare y no sé donde vive. Pero aunque supiese su domicilio no iría a verle ni a la oficina ni a su casa. Todvía recuerdo su terror cuando fui a verle en 1917, encontrándome en Roma como testigo en un proceso político: temía que le comprometiese y me contó una serie de mentiras para hacerme creer que la policía había ido a su casa a buscarme, cosa absolutamente inventada por su miedo. Él sabe que estoy en Roma y puede venirme a ver en el Parlamento. Si no lo ha hecho es porque tendrá sus buenas razones, que yo me guardaré mucho de discutir o de poner a prueba.»

Estaba solo.

El 7 de julio escribió a Julia: «Querida Julia: el recuerdo de tus caricias me da fiebre, me hace sentir todo el peso de mi soledad melancólica. No me permito gozar de la belleza de Roma; quisiera recorrerla contigo, verla juntos, recordar juntos. Por esto me encierro en casa. Me parece que me he vuelto un oso de las cavernas.» Volvía a padecer insomnio, debilidad:

«Pensar me fatiga, el trabajo me reduce los nervios a condiciones deplorables. Debería hacer muchas cosas pero no consigo hacerlas. Pienso en ti, en la dulzura de amarte, de saberte tan próxima aunque estés tan lejos. Querida Julia, estás lejos pero pensar en ti me ayuda a ser más fuerte. Aunque mi vida no podrá volver a ser normal mientras estemos separados: el amor que siento por ti es una parte demasiado grande de mi personalidad para que pueda sentirme normal sin tu presencia.»

Los acontecimientos en que se encontraba inmerso no le permitían ser demasiado optimista:

«Hay que reorganizar el Partido, que es muy débil y, en conjunto, trabaja muy mal. Formo parte del centro político y soy secretario general; también tendría que ser director del periódico ("L'Unità"), pero las fuerzas no me alcanzan. Todavía puedo trabajar poco. Habría que seguirlo todo de cerca, verlo todo... Nos faltan trabajadores responsables, especialmente en Roma. Las reuniones en que participo me producen satisfacción por el cuadro de buena voluntad y de ardor de los camaradas, pero me hacen sentir también pesimista por la falta de preparación general. La situación es óptima para nosotros... El fascismo se deshace; parece haber enloquecido, no sabe encontrar una medida política que le sea útil. Todo se vuelve contra él. Pero el desarrollo de los acontecimientos será relativamente lento, porque somos todavía pocos y demasiado mal organizados.»

La carta es del 18 de agosto de 1924. Gramsci era padre desde hacía ocho días, pero la carta en que Julia se lo comunicaba todavía no le había llegado.

Tres días antes, el 15 de agosto, había escrito a su madre: «Mi hijo debe haber nacido ya uno de estos días, pero todavía no he recibido noticias, dada la distancia que me se-

para de mi compañera: sé que los médicos habían previsto el nacimiento entre el 8 y el 15 de agosto. Creo que todo habrá ido bien y espero tener noticias la semana que viene.»[4] El 18 escribió a Julia:

«Mientras te escribo quizá nuestro hijo ya ha nacido, está cerca de ti y puedes acariciarlo, después de haber sufrido para darle la vida. Por esto mi alegría es un poco melancólica. Hay tantas cosas que quisiera saber y que no puedo saber. Pero, ¿qué importa saber si no he podido sufrir contigo?... Mi felicidad es un poco triste... He escrito a mi madre que dentro de poco tendremos un hijo; está ansiosa por tener noticias. Si puedes mandarme fotografías envíame dos ejemplares de cada una: daré una gran alegría a mi madre, que siente los vínculos familiares como todos los sardos, de forma muy violenta y apasionada.»

Al día siguiente, el 19 de agosto, salió para Milán y Turín. Estuvo fuera de Roma quince días. Al volver, el 3 de septiembre, encontró dos cartas de Julia. Le contestó diciendo:

«Después de haber leído, no sé qué escribirte. ¿Cosas serias y melodramáticas? Me burlo de mí mismo. No sé, en fin... Quizá una leve caricia expresaría mejor lo que quiero decirte que un diluvio de palabras. Apruebo todo lo que has hecho. Apruebo incluso el nombre aunque me parece exagerado para un niño de tres kilos y medio (pero quizá hoy pesa ya un poco más) y que todavía no tiene un solo diente, eso de llamarse Lev.[5] Pero seguro que llegará a ser un verdadero Lev, ¿no es cierto?... Pero es que además nada de esto me importa; lo único que me importa es que el niño sea un niño vivo, que sea nuestro hijo y que nosotros nos queramos más que ayer porque nos veamos en él más fuertes y más felices... Esperaré compartir tu alegría siguiendo el desarrollo sucesivo de la personalidad del niño. Me parece que un momento importante será cuando se meterá por primera vez un pie en la boca: tendrás que informarme en seguida de este acto, que señalará la toma de posesión de los límites extremos de su territorio nacional.»

4. La carta es inédita.
5. *Lev:* equivalente ruso del nombre de pila León. *(Nota del Traductor.)*

Dos días después, el 5 de septiembre, anunció a su madre el nacimiento del niño:

«Nació el 10 de agosto y su madre está bien porque me ha escrito dos cartas, una al día siguiente mismo, el 11 por la mañana, y otra el 18. Pesaba tres kilos seiscientos gramos tenía muchos cabellos castaños, la cabeza bien formada, la frente grande, los ojos muy azules —te estoy copiando la descripción que de él hace su madre, la cual añade, muy poéticamente, que parece bañado del sol como un fruto que todavía está en la rama. Han pasado veinticinco días desde el nacimiento y ya debe haber crecido. Se llama Lev, que en italiano significa Leone. Esto me parece un tanto exagerado para un niño que sólo pesa tres kilos y medio y todavía no tiene ningún diente. Me pesa mucho estar tan lejos de mi compañera en este momento. Creo que tendrá que retrasar su venida durante algún tiempo: es difícil hacer cinco días de tren con un niño de pocos meses. Mientras tanto, sigue viviendo con su familia. En cuanto sea posible me mandará una fotografía del niño, que te enviaré. Así podrás ver a tu nuevo nieto, que de momento sólo tortura, a tres mil kilómetros de Italia, a su madre. La verdad es que ella escribe verdaderas locuras sobre él: que le saca la lengua para hacerle rabiar, lo cual me parece exagerado. ¿No crees? Pero quizá todas las madres ven estos milagros en su primer hijo.»[6]

El niño se llamó finalmente Delio, como Delio Delogu, el primo con el que Antonio había vivido de pequeño en Oristano y que había muerto muy joven (en una carta preguntará a su madre: «¿Sabe el tío Serafino que he dado el nombre de Delio a mi hijo?»)

Vivir lejos de Julia le entristecía ahora todavía más: «A veces me pasan por la cabeza muchas ideas melancólicas. Pienso en todo este tiempo pasado lejos el uno del otro; en tu vida intensa y en mi ausencia de tantas cosas, en tantos momentos. Lo peor es que no veo ninguna solución próxima a este estado de cosas y que durante algun tiempo será muy difícil que pueda salir de Italia; por otro lado, comprendo las dificultades que se oponen a que tú vengas a Italia.» Quería ayudarla como fuese; pero ella, que no estaba

6. La carta es inédita.

en una situación muy boyante, creía que debía arreglárselas por sí sola y rechazaba el dinero. Fue el comienzo de largas discusiones:

«Pero, ¿por qué no has querido aceptar el dinero que él (Vicenzo Bianco, un emigrado político que residía en Moscú) tenía el encargo de darte? No creo que esto contravenga los principios y nuestras normas de vida: para mí habría sido un gran placer que lo aceptases. Pienso a menudo que no puedo hacer nada por vosotros, por el niño, y quisiera hacer algo. Creo que si supiese que mi trabajo tiene alguna importancia en vuestra vida o que os ayuda a superar una dificultad, me sentiría muy feliz: me parecería que se habría creado un nuevo vínculo para unirnos, para darnos la ilusión de que estamos más cerca.» [7]

El intento fracasó. El 6 de octubre de 1924 le escribía, casi en tono de excusa:

«¿Por qué he querido que Bianco te entregase algo de mi parte?... Sólo he pensado en esto: que me habría gustado saber que algo de la vida del niño y de la tuya se debía a mí; para mí no representaba más que un pequeño sacrificio, digamos que un paquete de cigarrillos o un café de menos. ¿Por qué todo esto? Creo que se trata de un recuerdo de mi vida de niño, ligado a los padecimientos materiales y a las dificultades que se superan junto con la madre y los demás hermanos y que ligan, crean vínculos de solidaridad y de afecto que nada puede luego destruir. ¿Crees tú que la mejor de las sociedades comunistas podrá modificar fundamentalmente esta condición de las relaciones individuales? Yo creo que no, durante bastante tiempo.»

La tendencia a unirse, a apretarse para superar todos juntos las dificultades —explicaba— es un sentimiento que no tiene nada de burgués; al contrario, es propio de las clases que sufren la inestabilidad de la vida y la inseguridad del pan, del vestido, del techo para los hijos y los ancianos. «Crees que estás a cubierto de todo riesgo porque vives en un Estado soviético; pero debes admitir que incluso en un Estado soviético estas condiciones siguen vigentes para muchísimos.» Existían las leyes soviéticas que confiaban el niño al cuidado de la sociedad en general, además de confiarlo al cuidado del padre y de la madre, etc..., y Julia se lo había recordado. Pero a Antonio esto le parecía más propio de Rousseau que de Lenin: «Cuando me describes la escena de los niños distribuidos a las madres que deben alimentarlos, todos llorando en una gran carriola, la escena me parece tan nítida que creo que te haré rabiar si digo que quizá cada vez dan a la madre un niño distinto, pues la disciplina soviética no es tan perfecta como para dar una conciencia segura a las *nianie* (niñeras) de los hospitales.» Finalmente, volvía a tocar el motivo de fondo de su melancolía: «Es una lástima que no haya podido compartir contigo las ansias y las alegrías de los primeros días de nuestro hijo; esto lo encontraré a faltar durante toda mi vida.»

Las condiciones de trabajo eran cada vez más difíciles. En julio, en plena crisis Matteotti, creía inminente la caída del fascismo. El diagnóstico, formulado en una reunión del Comité Central, se basaba en los siguientes elementos: 1) el fascismo había subido al poder aprovechando y organizando «la inconsciencia y la estupidez de la pequeña burguesía, llena de odio contra la clase obrera». «El hecho característico del fascismo consiste en haber conseguido constituir una organización de masas en la pequeña burguesía. Es la primera vez que esto ocurre en la historia. La originalidad del fascismo consiste en haber encontrado la forma adecuada de organización para una clase social que siempre ha sido incapaz de tener una trabazón y una ideología unitaria»; 2) el fascismo no ha cumplido ninguna de sus promesas, no ha satisfecho ninguna esperanza, no ha aliviado ninguna miseria. «Las clases medias, que habían puesto to-

7. En 1931 le dirá en una carta desde la cárcel: «¿Por qué rechazaste con tanta obstinación la ayuda que te mandé a través de Bianco? ¿Y por qué no conseguí yo imponerme y hacerte reconocer mi derecho a ayudarte? Había percibido 8.200 libras de indemnización periodística y las entregué íntegramente al nuevo periódico, ("L'Unità"). ¿Por qué pude permitir que tú contrajeses deudas por valor de doce rublos mientras yo entregaba 8.200 liras al periódico, cuando habría podido entregar, sin ninguna dificultad y sin dejar de cumplir con mi deber, sólo la mitad? Todo esto me exaspera contra mí mismo y me hace ver hasta qué punto nuestras relaciones eran de una incongruidad y de un romanticismo atroces. Es cierto que tú no me dijiste nada de los doce rublos y te burlaste de mis "pretensiones" de ayudarte, pero ahora siento que habría tenido que encontrar el modo de obligarte a aceptar lo que tú no querías.»

das sus esperanzas en el régimen fascista, han sido trastornadas por la crisis general»; 3) así pues el fascismo está condenado a muerte:

«La ola de desprecio suscitada por el delito (Matteotti) sorprendió al Partido fascista, que se estremeció de pánico y se sintió perdido: los tres documentos escritos en aquel momento angustiosos por el honorable Finzi, por Filippelli y por Cesarino Rossi, y dados a conocer a la oposición, demuestran que los altos dirigentes del fascismo habían perdido también su seguridad y acumulaban un error tras otro. Desde aquel momento, el régimen fascista ha entrado en la agonía; todavía le rodean las fuerzas llamadas sustentadoras, pero le rodean igual como la cuerda sostiene al ahorcado. El delito Matteotti demostró que el partido fascista no llegará a ser nunca un verdadero partido de gobierno, que Mussolini no tiene de estadista y de dictador más que algunas pintorescas poses exteriores: no es un elemento de la vida nacional, es un fenómeno de folklore aldeano, destinado a pasar a la historia como una más de las diversas máscaras provinciales italianas y no como un Cromwell, un Bolívar, un Garibaldi.»

En realidad, las fuerzas que flanqueaban el fascismo no eran para éste la cuerda que sostiene al ahorcado, ni mucho menos. Una vez superado el pánico inicial, los fascistas, que contaban con el apoyo del capitalismo agrario e industrial, empezaron a recuperar toda su agresividad. El 31 de agosto, Mussolini había dicho a los mineros de Monte Amiata: «El día que (los grupos del Aventino) salgan de la vociferación molesta para ir a cosas concretas, les convertiremos en paja para los campamentos de los camisas negras.» La ola de violencia fascista se había reanudado: como en 1921-22, volvían a registrarse apaleamientos, asesinatos, devastaciones, asaltos de periódicos, registros y saqueos de las casas de los opositores. El 5 de septiembre de 1924 fue terriblemente apaleado, en Turín, Piero Gobetti (sus padres, después de que los fascistas les hubieron incendiado la casa, fueron a vivir a la casa en que habían habitado Angelo Tasca y Gramsci, entre la plaza Carlina y la calle San Massimo). El 12 de diciembre, un desequilibrado, Giovanni Corvi, asesinó en Roma, dentro de un tranvía, al diputado fascista Armando Casalini. Para los fascistas aquel asesinato compen-

saba el de Matteotti. La represión volvió a ser durísima. Gramsci no gozaba ya de la libertad de movimientos de los meses anteriores:

«Antes me dejaban tranquilo, pero después de la muerte del diputado fascista Casalini, vuelven a vigilarme; un fascista turinés me reconoció y me señaló a un grupo de amigos suyos. Para defenderme, la policía empezó a seguirme, es decir a dificultarme los movimientos y a obligarme a circular en coche y no en tranvía cuando debo ir a alguna reunión.»

Había que actuar con extrema decisión. El 20 de octubre, acogiendo la sugerencia de Gramsci, el grupo parlamentario comunista propuso al comité de las oposiciones que el Aventino se transformase en Antiparlamento, en la única asamblea representativa de la voluntad popular contra el grupo parlamentario fascista, reducido a pura expresión de la arbitrariedad. La propuesta fue rechazada.

Mientras tanto se habían celebrado en numerosas ciudades de Italia los congresos de las federaciones comunistas, en presencia de Gramsci. Fue aprovechando una pausa en esta actividad febril que Antonio pudo estar algunos días con su familia en Ghilarza, después de haber intervenido en el congreso regional del partido, celebrado clandestinamente en Cagliari, en un prado próximo a las salinas de Quartu, el 26 de octubre de 1924.

Era un domingo. Gramsci, que había llegado a Cagliari la noche anterior con el tren de Olbia, había pasado la noche en el estudio del abogado Alberto Figus en la calle Ospedale, a unos centenares de metros de la casa de la calle Vittorio, donde había vivido cuando estudiaba en el Liceo Dettòri. Le habría gustado salir un poco, ir a dar una vuelta para ver los lugares en que había transcurrido su primera juventud. Pero de momento, convenía la prudencia. Tres días más tarde era el segundo aniversario de la marcha sobre Roma y los milicianos fascistas se habían movilizado ya en todas partes. Durmió en una hamaca. En el pequeño estudio había una mesa, algunas sillas, una lámpara de petróleo. Al día siguiente, al despuntar el alba, fue a buscarlo un joven metalúrgico de Costruzioni Meccaniche, Nino Bruno.

«Llevaba una camisa sucia y no tenía corbata —me dice

Bruno. Yo no le había visto nunca, pero había oído hablar mucho de él y me lo imaginaba alto y fuerte, un coloso. Pero en vez de esto, tenía un cuerpo anormal y ni siquiera se preocupaba de su aspecto: iba sin afeitar, los cabellos abundantes y mal peinados y llevaba un traje modesto y manchado. Salimos para trasladarnos al lugar de la reunión que yo había sugerido. Había poca luz y las calles estaban desiertas. Había escogido un itinerario tranquilo: las calles en la periferia parecían de pueblo: una vuelta larga para no saltar demasiado a la vista. Pero no parecía cansado. Era un hombre alegre, bromeaba, reía y me hablaba en sardo. A eso de las siete, llegamos al punto convenido, Is Arenas, entre el Poetto y Monte Urpinu. Ya estaban allí algunos delegados y otros iban llegando separadamente. En total no llegaríamos a la veintena. El congreso empezó en seguida. Era la época de los granados. Nos sentamos en el suelo y nadie podía vernos, lejos de la carretera, en medio de viñas y de matorrales. Gramsci, sentado bajo un árbol, presentó el informe. Habló de Bordiga y de la necesidad de reorganizar el partido y de hacer propaganda en Cerdeña para convencer a los pastores, a los campesinos y a los pescadores de que se uniesen a los obreros de toda Italia. Se inició después la discusión. El único favorable a Bordiga era el delegado de Sassari, pero tuvo que marcharse pronto para tomar el tren de las dos. Comimos. Uno de Oristano, Scalas, había llevado pastas: Gramsci no quiso tomar y dijo alegremente que prefería *pane e casu*, pan y queso; bebió un poco de vino y comió algunas manzanas. A las seis de la tarde dimos por terminado el congreso. Volvimos a la ciudad cada uno por su lado, excepto Gramsci que iba acompañado.»

Al día siguiente, terminado ya el congreso y por consiguiente sin la preocupación de que le siguiesen, fue a comer en pleno corazón de la ciudad, en la casa Fanni, un restaurante de Largo Carlo Felice. Fue a tomar café a un bar de la plaza Jenne. Le sirvió un joven comunista, Giovanni Lay (con el que siete años más tarde se encontraría en la cárcel de Turi). A las dos, Gramsci tomó el tren para Ghilarza.

No había estado en el pueblo desde la muerte de Emma en 1920. En la familia habían cambiado algunas cosas. Carlo, que ya había cumplido los veintisiete años, tenía una zapatería e iba tirando con aquel comercio bastante desmedrado. Teresina, empleada en la oficina de correos, se había casado hacía algunos meses con Paolo Paulesi, gerente de la oficina. En casa sólo se habían quedado, haciendo compañía a los padres (el señor Ciccillo tenía 64 años; la señora Peppina 63), Carlo y Grazietta; además vivía con ellos una niña de cuatro años, Edmea, hija de Gennaro. Todos esperaban a Nino con grandes preparativos. La señora Peppina, sobre todo, no vivía con el ansia de volver a abrazar a aquel hijo que a los treinta y tres años era diputado y (mayor felicidad no podía darle) tenía mujer y un hijo. También el señor Ciccillo contaba las horas y los minutos.

Los viejos amigos fueron a recibir a Nino a la estación de Abbasanta.

«Apenas hubo bajado del tren —cuenta Peppino Mameli, de Ghilarza— nos abrazó. En seguida noté que hacía un gesto con los ojos y vi a una cierta distancia un par de individuos que habían bajado del tren y estaban por allí, intentando adoptar un aire indiferente. Eran policías. Nino siguió charlando con nosotros ante la puerta abierta del vagón y cuando el jefe de estación dio la señal de partida volvió a subir al tren. Los policías le imitaron. El tren se puso en marcha. Le saludamos agitando la mano. Nino abrió rápidamente la puerta y saltó. No sé si los policías llegaron a darse cuenta. El tren había tomado velocidad y no podían bajar ya. Nino se los había quitado de encima.»

Se encaminaron todos hacia Ghilarza. Había estado allí hacía cuatro años, pero había sido una escapada de tres o cuatro días, en un momento difícil. Emma había muerto a los treinta y un años; existía, además, la crítica situación de Turín, la derrota del movimiento de los consejos de fábrica, la amenaza de supresión inminente de la edición piamontesa de «Avanti!», por la acusación de indisciplina hecha por Serrati en el debate que precedió al congreso, y las discusiones no siempre amistosas con Togliatti y Terracini, de los cuales se había separado en los meses anteriores. Es decir, todo un conjunto de motivos de desánimo y de incertidumbre, de pensamientos tumultuosos... Puede decirse que desde el verano de 1913, o sea, desde hacía once años, no había hecho ninguna estancia larga en el pueblo. Nada parecía haber cambiado. Ghilarza le parecía igual que siempre, con sus casas bajas de piedra lávica, el humo azulado que fluctuaba lentamente sobre los tejados, el olor de los

naranjos, el trote de los asnos en que montaban los campesinos al volver del trabajo, y las tías Tane y los Cozzoncu y los Remundu Gana, en el portal. La única novedad eran las primeras bicicletas, que empezaban a hacer la competencia a los asnos. Al verlo, los ancianos se llevaban un dedo a la visera de la gorra, en signo de saludo. Y corría la voz: ha llegado el hijo de Peppina Marcias, ha llegado el sobrino de Grazia Delogu.

En seguida empezó el desfile de los *prinzipales*, los notables del pueblo, «incluso los fascistas —cuenta Gramsci— que venían a visitarme con mucha gravedad, felicitándose de que fuese... diputado, aunque comunista. Es un honor para los sardos, ¡eh! *Forza paris!* ¡Adelante Cerdeña!». Él se divertía mucho. «También vinieron los socios de la sociedad local de socorros mutuos formada por artesanos, obreros y campesinos, empujando a su presidente, que no quería comprometer el apoliticismo de la sociedad, y me hicieron muchas preguntas: sobre Rusia, sobre cómo funcionaban los soviets, sobre el comunismo, sobre lo que significaban el capital y los capitalistas, sobre nuestra táctica ante el fascismo, etc.» Carlo, que había organizado la reunión, permanecía fuera, de guardia. Refiriendo la narración que Gramsci le había hecho de aquellas conversaciones, Celeste Negarville escribe:

«Eran hombres muy primitivos, deshechos por una vida de miserias y de fatigas; todos estaban pendientes de sus labios. No era fácil explicarles lo que querían saber, pero aquella singular capacidad que Gramsci tenía de conversar con los trabajadores le sirvió de maravilla. Al final del primer día, un campesino le dijo: "Cuando supimos que eras candidato en las elecciones, decidimos votar por ti, porque te conocemos y sabemos que eres un hombre honrado. Pero nos dijeron que no podíamos hacerlo (Gramsci era candidato en la circunscripción de Venecia Julia y en el Piamonte) y esto nos disgustó. Pero, si quieres que te digamos la verdad, no sabíamos muy bien en qué partido te habías metido en el continente." Gramsci les dijo que estaba en el Partido Comunista y les explicó lo que era. Los campesinos se quedaron pensativos hasta que al final uno de ellos dijo: "Pero, ¿por qué después de haberte marchado de Cerdeña por lo pobre que es te has metido en un partido de pobres?".»

A la señora Peppina la molestaban mucho estas visitas. Por lo demás, el mismo Nino, con excepción de algunas concesiones a los visitantes gratos o no, prefería charlar con la madre o jugar con la hija de Gennaro. Hablaba a sus familiares de Julia, les contaba cómo se habían conocido, lo que hacía; y la señora Peppina no se cansaba de escucharle, extática: «Los ojos le brillaban de emoción —me dice Teresina - porque veía a Nino como nunca, feliz por el amor de Julia y por haber tenido un hijo.» Quizá pensando en Delio, Gramsci se entretenía jugando con Mea, la cual ha conservado de aquellos momentos recuerdos vagos en algunos sentidos, precisos en otros. «Siempre reía —cuenta— y me acompañaba en viajes fabulosos, haciéndome saltar sobre las rodillas; se divertía mucho con mis travesuras.» Para Gramsci fueron momentos de intensa paz. Algunos días después escribió a Julia:

«He jugado mucho con una sobrina mía de cuatro años. Tenía miedo de unos cangrejos hervidos y le hice vivir toda una novela en la que entraban 530 cangrejos malos mandados por su general Mascacaldo, ayudado de un brillantísimo estado mayor (la maestra Sanguijuela, el maestro Escarabajo, el capitán Barbazul, etc.) y un pequeño grupo de cangrejos buenos, Diablillo, Patapum, Barbablanca, Barbanegra, etc. Los malos le pellizcaban las piernas con mis manos, los buenos acudían en triciclo armados de lanzas y de escobas para defenderla; el chuf chuf del triciclo alternaba con los golpes de escoba, con diálogos de ventrílocuo y toda la casa se llenaba de cangrejos en plena actividad, ante el estupor de la pequeña que lo creía todo y se apasionaba por el desarrollo de la novela, inventando por sí misma nuevos episodios y nuevos combates. He vuelto a vivir un poco de mi infancia y me he divertido mucho más así que recibiendo las visitas de los notables del pueblo.»

Las vacaciones duraron unos diez días, desde el 27 de octubre hasta el 6 de noviembre de 1924. Llegó, finalmente, el momento de la despedida. La señora Peppina había dado al hijo, para que la regalase a Julia, una cofia sarda del pueblo de Desulo. Cuando se separaron, ella no sabía que era el último abrazo.

19

La presión fascista aumentaba y cada vez era más evidente la incapacidad del Aventino de oponerse a ella con eficacia. El 12 de noviembre de 1924, cinco días después del regreso de Gramsci de Cerdeña, al abrirse nuevamente la Cámara, cerrada desde hacía cinco meses, los comunistas se separaron por primera vez del Aventino. Se encargó a un diputado comunista, Luigi Repossi, que entrase en la sala de Montecitorio, donde se conmemoraba a Matteotti, para leer una declaración. Sólo estaban presentes los diputados fascistas y filofascistas. Repossi no se dejó intimidar y frente a una «charca» que constituía la flor y nata del escuadrismo fascista, dijo: «Desde que el mundo es mundo, no se permite a los asesinos conmemorar a su víctima.» Dos semanas más tarde, todo el grupo parlamentario comunista, separándose oficialmente del Aventino, volvía a ocupar su puesto en la sala, para llevar la batalla antifascista desde la tribuna del Parlamento.

Aquel mismo día, el 26 de noviembre, Gramsci escribió a Julia:

«Se labora afanosamente. La situación política ha tomado, por el momento, una forma que nos obliga a una actividad pequeña pero gigantesca en sus términos globales. El proletariado despierta y vuelve a adquirir conciencia de su fuerza; mayor es todavía el despertar entre los campesinos, cuya situación económica es espantosa. Pero la organización de las masas sigue siendo difícil y el Partido, en su complejo de células y de grupos locales, se mueve y trabaja con lentitud. La dirección del partido ha de intervenir continuamente en todos los puntos, ha de estimular y controlar el trabajo, ayudar a los camaradas, orientarles, trabajar con ellos. Nos hemos fortalecido mucho: hemos conseguido celebrar reuniones públicas frente a las fábricas, con una asistencia de cuatro mil obreros que aclamaban el Partido y la Internacional. Los fascistas no infunden ya tanto miedo; se han dado casos de que después de una reunión de éstas, las masas se dirijan a asaltar la casa de algún jefe fascista. La bur-

guesía está disgregada; no sabe darse ya un gobierno de confianza: ha de agarrarse desesperadamente a los fascistas; la oposición languidece y, en realidad, sólo se preocupa de obtener de Mussolini un mayor respeto por las formas legales.»

Pero no lo obtuvo.

En julio, Gramsci había dicho en una reunión del Comité Central y había escrito después en «L'Ordine nuovo» el primero de septiembre:

«¿Habrá un compromiso entre el fascismo y los grupos de oposición? Es... muy improbable... Por el carácter mismo de su organizacion el fascismo no soporta colaboradores en igualdad de derechos; quiere sólo siervos bien sujetos: en régimen fascista no puede existir una asamblea representativa; toda asamblea se convierte en seguida en una "acampada de manípulos" o en la antecámara de un prostíbulo para oficiales subalternos embriagados.»

El 3 de enero de 1925, se pudo comprobar la exactitud de este juicio. Los grupos de oposición legalistas habían caído en la ilusión de un proceso de «normalización» del fascismo. Creían desde hacía tiempo que la situación se le había escapado de las manos a Mussolini, que no era el responsable directo de la ola de violencia, y que la expulsión gradual de los miembros más sectarios del partido fascista cerraría el paréntesis de la guerra civil. Para quitar todas estas ilusiones podían bastar los extractos del memorial de Cesare Rossi publicados el 27 de diciembre por el periódico de Amendola «Il Mondo». Rechazando el papel de víctima propiciatoria que se le quería atribuir, el ex jefe de la oficina de prensa de la presidencia del Consejo de Ministros escribía: «Todo lo que ha ocurrido ha sido siempre por voluntad directa o ha contado con la aprobación o la complicidad del *duce*.» Siete días después, dejando de lado la costumbre de decir una cosa y hacer otra, de respetar de palabra el Estatuto e inspirar en la práctica la violencia, Mussolini habló brutalmente en la Cámara: «Declaro ante esta asamblea y ante todo el pueblo italiano que yo solo asumo, la responsabilidad política, moral, histórica de todo lo que ha ocurrido... Si el fascismo ha sido una asociación de delincuentes, yo soy el jefe de esta asociación.» En tres días,

del 3 al 6 de enero, se clausuraron noventa y cinco círculos y centros políticamente sospechosos, se disolvieron veinticinco organizaciones «subversivas» y ciento veinte grupos de la asociación «Italia libera», se hicieron seiscientos cincuenta y cinco registros domiciliarios y se detuvieron ciento once «subversivos». El secuestro de los periódicos de la oposición se convirtió en una regla. ¿Cómo respondió el Aventino? Con otra afirmación abstracta de principios. Los grupos de oposición legalistas se reunieron el 8 de enero en una sala de Montecitorio y se pusieron de acuerdo en una declaración en la que, entre otras cosas, se decía: «La máscara constitucional y normalizadora ha caído: el gobierno pisotea las leyes fundamentales del Estado, ahoga con una inaudita arbitrariedad la libre voz de la prensa, suprime el derecho de reunión, moviliza las fuerzas armadas de su partido y tolera y deja sin castigar las devastaciones y los incendios que golpean a sus adversarios.» Como descubrimiento de la vocación totalitaria del fascismo, cabe decir que era algo tardío. Como contramedida para levantar a Italia del despotismo, era una gota de agua en la hoguera de las libertades constitucionales. Desde luego, con aquellas denuncias no se podía esperar que Mussolini se sintiese inquieto. El 12 de enero, Gramsci escribió a Julia: «En Italia vivimos una fase que no creo que haya existido en ningún otro país, una fase llena de imprevistos, porque el fascismo ha conseguido lo que se proponía: destruir todas las organizaciones y, por tanto, todos los medios con que las masas podían expresar su voluntad.»

No se encontraba bien: «Mis nervios están enfermos, pero más que los nervios, la sangre está anémica» (4 de diciembre de 1924). «Me siento un poco cansado. Desde hace algunos días me tortura la neuralgia y, por consiguiente, el insomnio: siento la cabeza confusa y pesada» (2 de febrero de 1925). Pero los acontecimientos le impedían descansar y el esfuerzo hacía ya un año que duraba.[1] Escribía artículos y, como recuerda Felice Platone, viajaba de un lado a otro del país celebrando reuniones «para disipar equívocos, eliminar prejuicios, clarificar la situación, fijar las perspectivas, movilizar hombres y organizaciones». Se dirigía a otros

1. El 16 de enero escribió a Julia: «Ha pasado más de un año desde que nos dejamos: para mí ha significado una vida más intensa, aunque físicamente no estuviese en condiciones de vivirla plenamente.»

militantes a través de las asignaturas de una escuela de partido por correspondencia. Seguía con la costumbre de los años turineses de hacer de maestro de los jóvenes con grandes paseos nocturnos por las calles de la ciudad.

«A las dos o a las tres de la madrugada —recuerda Velio Spano— le acompañábamos a pie desde el centro hasta la calle Nomentana. En la conversación de aquel hombre, prodigiosamente culto, no había nada abstracto, nada libresco... Hablaba y andaba lentamente; construía su argumentación poco a poco, con una observación y, más a menudo, con una pregunta y con la respuesta de otro camarada.»

De entre los políticos no comunistas, se relacionaba especialmente con Emilio Lussu, dirigente del Partido Sardo de Acción. Iban a comer juntos a menudo. Lussu le hacía preguntas sobre Rusia, sobre el movimiento de los campesinos en Cerdeña. Las ocasiones de distracción, una película o un espectáculo teatral, eran raras. Como él mismo escribía a Julia, casi nunca salía de aquel «desierto puramente político».

A finales de enero de 1925 conoció a Tatiana Schucht. La había buscado inútilmente desde su llegada a Roma. Hacía muchos años que Tatiana vivía desligada de su familia. Se había quedado en Roma cuando sus familiares se repartieron, cada uno por su lado. Las revoluciones de marzo y de octubre habían hecho difíciles las comunicaciones, por el aislamiento de Rusia. No era fácil para Tatiana saber algo de los suyos. El 17 de agosto de 1921, Julia había escrito a Leonilde Perilli: «Si esta carta le llega, intente encontrar a Tatiana y darle nuestra dirección.» La carta, escrita en Ivanovo y enviada desde Alemania, había llegado, a pesar de los tiempos que corrían, pero Leonilde Perilli no había conseguido encontrar en seguida a Tatiana. Cuando finalmente la encontró, ésta tuvo una actitud que es difícil no considerar extraña. Sufría una depresión; sospechaba que alguno de sus familiares había muerto y no escribía por temor de que le confirmasen este presentimiento; vivía pues en un estado de ansiedad sin salida posible. Tuvo las primeras noticias de Gramsci; supo que se había casado con Julia. Iba entonces por los cuarenta, es decir, tenía cuatro o cinco años más que Antonio. Debía haber sido una bella muchacha, pero se había agotado prematuramente, por las vicisitudes padecidas. (Cuando Gramsci la conoció se ganaba la vida enseñando ciencias naturales en un instituto internacional de la calle Savoia, el Instituto Grandon). Inmediatamente después del encuentro, Gramsci escribió a Julia, el 2 de febrero:

«He conocido a tu hermana Tatiana. Ayer estuve con ella desde las cuatro de la tarde hasta casi medianoche; hablamos de muchas cosas, de política, de su vida aquí en Roma, de sus posibilidades de trabajo. Comimos juntos y no me extraña que esté tan débil: come poquísimo; pero no creo que padezca ninguna enfermedad orgánica; puede decirse incluso que parece sanísima. Creo que nos hemos hecho ya muy amigos... Me ha prometido que me contará todas sus peripecias, para que yo pueda repetírtelas de viva voz. Me ha gustado mucho conocerla. Porque se parece especialmente a ti, porque políticamente está mucho más cerca de nosotros de lo que me habías dado a entender... Su única objeción es que se haya negado la libertad de prensa a los "eseristas" (socialistas revolucionarios) y los padecimientos que sufren en alguna prisión una cierta Ismailia (me parece) y la Spiridonova. Quisiera trabajar para los soviets pero le han hecho creer que los representantes soviéticos en Roma son todos unos canallas corrompidos y no quiere tener nada que ver con ellos, no quiere que alguien crea que trabajando con ellos desea aprovecharse de los beneficios de la revolución sin haber soportado los sacrificios que comporta.»

Siguieron viéndose. Pero estos destellos de vida privada no podían bastarle a Gramsci, y esperaba con impaciencia el momento de volver a abrazar a Julia y de conocer finalmente a Delio. Para el 21 de marzo estaba convocada en Moscú una reunión del Ejecutivo ampliado de la Internacional. Gramsci tenía que dirigir la delegación italiana. El 7 de febrero escribió a Julia:

«Mi viaje se ha retrasado unos quince días, pero creo que lo haré con toda seguridad. Me darán incluso un pasaporte regular. Es un pequeño consuelo por el retraso. ¿Podremos dar algún paseo entre finales de marzo y primeros de abril?... Tu hermana Tatiana me anticipa un poco tu presencia: se te parece mucho por ciertos rasgos y movimientos; el tono de su voz es un eco de la tuya (estaría contenta si

supiese que he escrito "eco" porque una vez casi se ofendió de que pudiese comparar su voz a la tuya, que ella consideró bellísima): la veo a menudo y vamos a comer frecuentemente al restaurante, pero sólo he conseguido hacerla comer un poquito más que lo que tiene por costumbre... Querría enviarte un par de zapatos con unos talones que me han aterrorizado: he resistido fuertemente, sosteniendo que tú nunca te pondrías aquel horror... También quiere comprar zapatos para el niño: es una mujer realmente terrible tu hermana, con su manía de calzar a todo el mundo.»

Salió a finales de febrero de 1925. No veía a su mujer desdc noviembre de 1923, es decir, desde hacía casi año y medio. Conoció a Delio, que estaba por cumplir ocho meses. El hijo era finalmente para Gramsci «un niño vivo y real y no una leve impresión en una cartulina fotográfica». Sufría en aquel momento tosferina y Gramsci se sintió muy preocupado. Le llevaba a pasear a menudo con el cochecillo por los jardines próximos a la Tverskaia Yamskaia (hoy calle Gorki), donde habitaban los Schucht. Pero más que la enfermedad de Delio, preocupó a Gramsci el morboso estado de su cuñada, Eugenia. Había superado el grave agotamiento psico-físico que la había obligado a una larga permanencia en el sanatorio del «Bosque de plata», inmóvil en la cama. Todavía perduraba en ella una evidente debilidad nerviosa, con preocupantes signos de anormalidad. En el sanatorio había sentido por Gramsci sentimientos más que amistosos; ahora se consideraba también madre de Delio. Apenas hubo llegado a Moscú, Gramsci se sintió impresionado por el siguiente episodio (lo cuenta él mismo en una carta inédita): con Julia habían decidido regalar a la doctora que cuidaba del niño una reproducción de los ángeles de la Danae de Correggio. Él firmó como padre, pero bajo el nombre de Julia, Eugenia quiso añadir su nombre y al lado de los dos escribió «las madres». El señor Apolo estaba muy enfadado; no quería que Delio llamase mamá a Eugenia. Decía continuamente: Delio no tiene más que una madre, una sola madre. También Gramsci se sentía inquieto, pero prefirió no tocar la cuestión. Estimaba mucho a Genia; la había conocido cuando no podía moverse de la cama y recordaba sus sufrimientos; comprendía que ante la imposibilidad física de tener una actividad plena, Delio se había convertido para ella en un verdadero hijo, es decir, en el principal y único

vínculo con la vida y el mundo. Por esto fue condescendiente y humano. Salió de Moscú con la promesa de Julia que pronto ella, el niño y Genia irían a Roma.

El 28 de abril estaba nuevamente en Italia. El gobierno había preparado un proyecto de ley que, según el ministerio, iba dirigido, sobre todo, contra la masonería. Pero el proyecto se proponía el fin mucho más genérico de «disciplinar la actividad de las asociaciones, entes e institutos y la pertenencia a éstos de los empleados públicos». Así que era fácil adivinar la verdadera intención de los proponentes: estaban decididos a crear un instrumento para golpear todas las organizaciones antifascistas, bajo la apariencia de actuar en régimen de plena legalidad. En cuanto a la masonería, según Gramsci, las razones del fascismo eran de concurrencia y no de lucha con objetivos opuestos; el objetivo del fascismo podía ser romper el espinazo a la masonería para imponerle después, desde una posición de evidente superioridad, un compromiso. En cambio, una vez aprobada la ley, la furia represiva del gobierno se dirigía sobre todo contra aquellas organizaciones con las cuales el compromiso era imposible. El 16 de mayo de 1925, Gramsci intervino en la Cámara para denunciar la superchería de la ley. Era su primera intervención en el parlamento. Finalmente se encontraban frente a frente el joven líder de la oposición de izquierda (Gramsci tenía entonces treinta y cuatro años) y el hombre que hasta 1914 había sido director de «Avanti!» y líder de la joven generación revolucionaria y que ahora, a los cuarenta y dos años, se hacía llamar *duce* por las fuerzas de asalto de la burguesía reaccionaria. Aunque hasta entonces no hubiesen tenido nunca la oportunidad de encontrarse, se conocían muy bien el uno al otro. Hablando el primero de diciembre de 1921 desde los bancos de la oposición de la Cámara, Mussolini había dicho: «Los anarquistas definen al director de "L'Ordine nuovo" como un estúpido aparente; aparente porque se trata de un sardo jorobado y profesor de economía y filosofía, un cerebro indudablemente poderoso.» Y Gramsci había escrito el 15 de marzo de 1924 en «L'Ordine nuovo» quincenal:

«En Italia tenemos el régimen fascista y al frente del fascismo tenemos a Benito Mussolini; tenemos una ideología oficial en la que el *jefe* es divinizado, declarado infalible y preconizado como organizador e inspirador de un renaci-

do Sacro Imperio Romano. Cada día vemos publicados en los periódicos decenas y centenares de telegramas de homenaje al *jefe*, procedentes de las vastas tribus locales. Vemos las fotografías: la máscara más endurecida de un rostro que ya conocíamos de los mitines socialistas. Conocemos este rostro: conocemos aquel girar de ojos en las órbitas que con su mecánica ferocidad habían de hacer temblar a la burguesía en el pasado y hoy al proletariado. Conocemos aquel puño siempre cerrado en son de amenaza. Conocemos todo este mecanismo, todo este instrumental y comprendemos que pueda impresionar y remover las vísceras a los jóvenes de las escuelas burguesas; es realmente impresionante, incluso visto de cerca...»

Pero, ¿quién era en realidad Mussolini? Era «el tipo concentrado del pequeño-burgués italiano, rabioso, mezcla feroz de todos los detritus dejados en el suelo nacional por varios siglos de dominación de los extranjeros y de los curas: no podía ser el jefe del proletariado; se convirtió en dictador de la burguesía, que ama los rostros feroces cuando vuelve a ser borbónica, que espera ver en la clase obrera el mismo terror que ella sentía ante aquel girar de ojos y aquel puño cerrado y amenazador». Por primera vez, los dos líderes se enfrentaban en la sala de Montecitorio. Dos personalidades opuestas, dos temperamentos contrarios.

Gramsci no tenía nada de la sonoridad del tribuno. Su discurso parecía venir directamente del cerebro, no de los pulmones y la garganta. Al día siguiente de las elecciones de abril Gobetti había escrito en «La Rivoluzione liberale»: «Si Gramsci llega a hablar en Montecitorio veremos probablemente a los diputados fascistas recogidos y silenciosos para oir su voz apagada y tenue y en el esfuerzo de escuchar les parecerá sentir una nueva emoción de pensamiento. La dialéctica de Gramsci no protesta contra las intrigas y los fraudes sino que partiendo de las alturas puras de la idea hegeliana demuestra que son absolutamente necesarias para un gobierno burgués.» Eran palabras proféticas. «Mientras Gramsci hablaba —recuerda Velio Spano— todos los diputados se habían concentrado en los bancos de la extrema izquierda para oir mejor su débil e inflexible voz. Una gran fotografía publicada por un periódico de Roma mostraba al jefe del gobierno con la mano haciendo pantalla detrás de la oreja, en un esfuerzo de atención.» Tranquilo de ánimo,

Gramsci analizó la sustancia de clase de la masonería [2] y del fascismo.[3] Y sacó una primera consecuencia:

«El fascismo lucha contra la única fuerza eficientemente organizada con que contaba la burguesía en Italia para suplantarla en la ocupación de los puestos que el Estado da a sus funcionarios. La revolución fascista no es más que la sustitución de un personal administrativo por otro personal.

MUSSOLINI: De una clase por otra, como ha ocurrido ya en Rusia, como ocurre normalmente en todas las revoluciones, como nosotros lo haremos metódicamente...

GRAMSCI: Sólo puede llamarse revolución la que se basa en una nueva clase. El fascismo no se basa en ninguna clase que no estuviese ya en el poder...

MUSSOLINI: ¡Pero si una gran parte de los capitalistas están contra nosotros! ¡Pero si puedo citar a grandes capitalistas que votan contra nosotros, que están en la oposición, los Motta, los Conti...!

FARINACCI: ¡Y financian los periódicos subversivos!

MUSSOLINI: ¡La alta banca no es fascista, y usted lo sabe!

Para Gramsci era fácil objetar que el fascismo estaba preparando precisamente el compromiso con las fuerzas todavía no absorbidas en el sistema:

«El fascismo no ha conseguido absorber completamente todos los partidos en su organización. Con la masonería ha empleado la táctica política del *noyautage* y después el sistema terrorista del incendio de las logias. Hoy utiliza la acción legislativa, con la cual determinadas personalidades de la alta banca y de la alta burocracia terminarán entendiéndose con los dominadores para no perder sus puestos. Pero el gobierno deberá llegar a un compromiso con la masonería. ¿Qué se hace cuando el enemigo es fuerte? Primero se le rompe el espinazo y después se le impone el compromiso, en condiciones de superioridad evidente. (...) Por esto noso-

2. «Dada la forma en que se ha constituido la unidad de Italia, dada la debilidad de la burguesía capitalista italiana, la masonería ha sido el único partido real y eficiente que la clase burguesa ha tenido durante mucho tiempo.»

3. «La primera e instintiva consigna del fascismo después de la ocupación de las fábricas fue ésta: "Los rurales controlaban la burguesía urbana, que no sabe ser fuerte contra los obreros".»

tros decimos que en realidad la ley va dirigida especialmente contra las organizaciones obreras. Preguntamos por qué desde hace algunos meses, sin que el Partido Comunista haya sido declarado asociación ilegal, los carabineros detienen a nuestros camaradas cuando les encuentran reunidos en número de tres, por lo menos...

MUSSOLINI: Hacemos lo mismo que vosotros en Rusia...

GRAMSCI: En Rusia hay unas leyes que todos observan; vosotros tenéis vuestras leyes...

MUSSOLINI: Vosotros hacéis unas redadas formidables. ¡Y hacéis muy bien!

GRAMSCI: En realidad, el aparato policíaco del Estado considera ya al Partido Comunista como una organización secreta.

MUSSOLINI: ¡No es cierto!

GRAMSCI: Pero se detiene sin ninguna acusación específica a los que se encuentran en reuniones de tres personas, sólo porque son comunistas, y se les envía a la cárcel

MUSSOLINI: Pero se les libera en seguida. ¿Cuántos están en la cárcel? Simplemente los pescamos para conocerlos.

GRAMSCI: Es una forma de persecución sistemática que anticipa y justificará la aplicación de la nueva ley. El fascismo adopta los mismos sistemas que el gobierno Giolitti. Hacéis lo mismo que hacían en el Mediodía los esbirros giolittianos: detenían a los electores de la oposición... para conocerlos.

UNA VOZ: No hubo más que un solo caso. Usted no conoce el Mediodía.

«Soy meridional», contestó inmediatamente Gramsci. Las continuas interrupciones le impedían desarrollar su argumentación. Pero siempre conseguía volver a encontrar el hilo:

«La masonería pasará en masa al partido fascista y constituirá una de sus tendencias; resulta, pues, bien claro que con esta ley esperáis impedir el desarrollo de grandes organizaciones obreras y campesinas. Este es el valor real, el verdadero significado de la ley. Algún fascista recuerda todavía nebulosamente las enseñanzas de sus viejos maestros, de cuando era revolucionario y socialista, y cree que una clase no puede seguir siéndolo permanentemente y desarrollarse hasta la conquista del poder si no cuenta con un partido y una organización que reúna la parte mejor y más consciente de ella. Algo hay de verdad en esta torva perversión reaccionaria de las enseñanzas marxistas.»

Pero, en aquella situación, ¿era cierto que la disgregación de los partidos obreros había destruido para siempre las fuerzas del proletariado italiano? El diputado sardo contestaba al que le había gritado «Usted no conoce el Mediodía»:

«En Italia el capitalismo ha podido desarrollarse porque el Estado ha presionado a la población campesina, especialmente en el sur. Vosotros sentís hoy la urgencia de estos problemas: por esto prometéis mil millones para Cerdeña, obras públicas y centenares de millones para todo el Mediodía. Pero para hacer una obra seria y concreta deberíais empezar por restituir a Cerdeña los cien o ciento cincuenta millones de impuestos que cada año arrancáis a la población sarda. Deberíais restituir al Mediodía los centenares de millones de impuestos que cada año arrancáis a la población meridional... Cada año, el Estado saca de las regiones meridionales una suma de impuestos que no restituye en modo alguno, ni con servicios de ningún género... Son cantidades que el Estado extrae de las poblaciones campesinas meridionales para dar una base al capitalismo de la Italia septentrional. Sobre este terreno de las contradicciones del sistema capitalista italiano se formará necesariamente, pese a todas las leyes represivas, pese a la dificultad de constituir grandes organizaciones, la unión de los obreros y de los campesinos contra el enemigo común... Vosotros podéis "conquistar el Estado", podéis modificar los códigos, podéis intentar impedir que las organizaciones sigan existiendo en la forma en que han existido hasta ahora; pero no podréis prevalecer sobre las condiciones objetivas en las que os veis obligados a moveros. No haréis más que obligar al proletariado a buscar una orientación distinta a la que prevalece hoy en el campo de la organización de las masas. Desde esta tribuna nosotros queremos decir al proletariado y a las masas campesinas italianas que las fuerzas revolucionarias italianas no se dejarán destruir, que vuestro turbio sueño no llegará a realizarse.»

En el aula se percibían grandes rumores. Para Gramsci

era el comienzo y la despedida. Nunca más habló desde aquel banco. Se cuenta, pero no disponemos al respecto de testimonios directos, que Mussolini al verlo en la *buvette* de la Cámara, fue a su encuentro con la mano tendida para felicitarle por su discurso. Gramsci siguió tomando su café indiferente, ignorando la mano que se le ofrecía.

Nueve días después escribió a Julia:

«El trabajo se realiza de manera muy desordenada e inconexa: esto se refleja en mi estado de ánimo, ya bastante desordenado. Las dificultades se multiplican; tenemos ahora una ley sobre las organizaciones y en contra de ellas, que anuncia una represión policíaca sistemática para disgregar nuestro partido. Refiriéndome a esta ley precisamente, he tenido mi primera intervención en el Parlamento. Los fascistas me han dado un trato de favor; esto quiere decir, desde el punto de vista revolucionario, que mi primera intervención ha sido un fracaso. Tengo la voz muy baja y por esto se han reunido en torno a mí para escucharme y me han dejado decir todo lo que quería; me interrumpían continuamente para desviar el hilo del discurso, pero sin voluntad de sabotaje. Me divertía escuchar lo que decían, pero caí en la tentación de contestarles y con ello les hice el juego, porque me fatigué y no conseguí seguir el planteamiento que quería dar a mi intervención.»

Estaba cansado. El verano romano le provocaba insomnio y le debilitaba, le enervaba. Tenía que moverse con cautela; salía sólo cuando era indispensable y no veía más que a unos pocos amigos:

«Lo que más siento es mi soledad; la organización ilegal del Partido obliga al trabajo individual e independiente. Intento evadirme de este desierto puramente político yendo a menudo a casa de Tatiana, que me hace recordarte. Pero no puedo compensar tu ausencia de ningún modo. Todas las escenas que contemplo me recuerdan a ti y a Delio y me hacen sentir más agudamente todavía mi infelicidad... Pero no importa... Todo pasará, porque estoy seguro de que vendrás a Italia y que podremos dar plena expansión a todas nuestras fuerzas, podremos afirmar toda nuestra personalidad, asistiendo juntos al desarrollo de la vida de Delio.»

Julia y el niño llegaron a Roma en otoño.

20

El Ejecutivo ampliado de marzo-abril de 1925 había confirmado la línea de los dos últimos congresos de la Internacional, el IV y el V: la dictadura del proletariado era la solución final; pero en Italia había que conseguir antes un objetivo intermedio: el restablecimiento de las libertades democrático-burguesas. Para esta batalla, a juicio de la Internacional, era necesaria la más amplia alianza posible de las masas trabajadoras y de sus partidos, con la hegemonía de la clase obrera dirigida por la organización de vanguardia del proletariado, el Partido Comunista. Gramsci, atento al desarrollo de la situación italiana caracterizada en aquel momento, después de tres años de terrorismo fascista, más por la reavivación en las masas populares de las aspiraciones democráticas que por un retorno de la voluntad revolucionaria, no dudaba de que aquella era la línea justa. En «L'Ordine nuovo» del primero de septiembre de 1924, había escrito:

«La crisis Matteotti nos ha ofrecido muchas enseñanzas... Nos ha enseñado que las masas, después de tres años de terror y de opresión, se han vuelto muy prudentes y no quieren extender más la pierna que hasta donde alcanza la sábana... Esta prudencia desaparecerá con toda seguridad, y a no tardar; pero mientras tanto existe y sólo se puede superar si en cada ocasión, en cada momento, mantenemos el contacto con el conjunto de la clase obrera, sin dejar de marchar hacia adelante.»

De aquí la exigencia de luchar contra el bordiguismo: «Si existen en nuestro Partido grupos y tendencias que, por fanatismo, quieren forzar la situación, habrá que luchar contra ellos en nombre de todo el Partido.» Pero Bordiga no parecía dispuesto a abandonar la partida.

Rechazaba todas las soluciones intermedias. Ante la dictadura de la burguesía no cabía otra alternativa que la dictadura del proletariado. El dominio burgués ejercido a través de formas democráticas no le parecía preferible al do-

minio burgués radicalizado despóticamente. Con el advenimiento del fascismo no había habido más que una simple rotación en el poder de grupos enemigos del proletariado. Y dado que, en su perspectiva, el único partido auténticamente adversario de la burguesía era el Partido Comunista (todos los demás sin excepción, desde los partidos socialistas hasta el Partido Sardo de Acción, eran puntos de apoyo del orden burgués), sólo a él, sin contaminarse con alianzas impuras, le correspondía abatir el fascismo para sustituir el Estado burgués por el Estado proletario, sin ninguna fase intermedia de tipo democrático, considerada más perniciosa que el fascismo. Al fin y al cabo, al suprimir las ilusiones democráticas, ¿no abría mejor el fascismo el camino al comunismo? ¿No postulaba mejor su necesidad? Era un diagnóstico esquemático e irreal; era una táctica suicida que no llevaba más que a condenar el Partido Comunista al aislamiento y, en la práctica, a la pura verborrea revolucionaria, cuando lo que había que oponer al totalitarismo fascista no eran llamamientos verbales a la revuelta sino acciones concretas. En la primavera de 1921 se habían constituido los grupos de los *Arditi del popolo*, una organización decidida a responder a la violencia fascista en el terreno de la lucha armada. Bordiga, que consideraba que toda forma de alianza con los socialistas se contradecía con las razones de la escisión de unos meses antes en Liorna, había ordenado a los comunistas que no se mezclasen con los socialistas. En honor a la verdad, hay que decir que ningún dirigente del partido se opuso a esta decisión sectaria: todos compartían plenamente —o casi plenamente— las posiciones extremas de su líder. Desde aquella época, su línea no había cambiado en absoluto. Zinoviev había intentado recuperarlo ofreciéndole la vicepresidencia de la Internacional. Pero en aquel hombre rígido y hecho para el combate el culto de una coherencia mal entendida era más fuerte que la vanidad.

Para preparar el congreso, en el que se iba a comprobar la verdadera correlación de fuerzas dentro del partido, Gramsci debía viajar mucho. Refiriéndose a una reunión de todo el activo de la federación de Milán (jefes de zona, jefes de sector, jefes de célula) celebrado en el verano de 1925, Giovanni Farina recuerda las palabras introductorias de su intervención: «En este momento, el pueblo italiano no lucha por la dictadura del proletariado sino por la democracia. No comprender esto significa no comprender el significado de los acontecimientos que se producen ante nuestros ojos.» Eran palabras que sonaban a herejía para los que «veían la revolución en todas las vueltas del camino» (dice Farina) y en la extrema izquierda del partido estas palabras alimentaron la fábula de que Gramsci se había situado en posiciones socialdemócratas.

Fue un verano de intensa labor. El 15 de agosto escribió a Julia: «Estoy siempre fuera de Roma; he de viajar para celebrar reuniones y he de procurar constantemente que los policías pierdan mi pista.» Sentía mucho la ausencia de Julia y del niño:

«Me he movido mucho estos últimos tiempos, he visto lugares que dicen que son bellísimos, paisajes que parece que son admirables, hasta el punto de que muchos extranjeros vienen de lejos para contemplarlos. He estado en Miramare, por ejemplo, pero me ha parecido una fantasía desviada de Carducci; las blancas torres me han parecido simples chimeneas encaladas; el mar era amarillo y sucio porque cerca de allí están construyendo una carretera y habían lanzado al agua toneladas de escombros; el sol me pareció una estufa encendida fuera de tiempo. Recordé que todas estas impresiones debían estar ligadas al hecho de que yo me había vuelto "apático", como observó tu madre, de que había perdido el gusto por la naturaleza y por la vida que me rodea, porque siempre pienso que tú estás lejos, porque desde que te amo no puedo sentir ninguna alegría que no vaya ligada a ti y que no cese inmediatamente cuando pienso que no estás cerca y que no puedes ver lo que yo veo... Para mí, Delio ha sido verdaderamente una estrella fugaz de San Lorenzo. ¿Y no se puede decir que nuestro amor ha tenido un poco el mismo carácter?»

Todos los niños le recordaban a Delio. Cuando iba a Milán se alojaba en el número 7 de la calle Napo Torriani, sede de la sociedad editora de «L'Unità». En el entresuelo habitaba, con la mujer y los hijos, el administrador del periódico Aladino Bibolotti. Gramsci tenía siempre a su disposición una habitación en aquel entresuelo. Y Fidia Sassano, que era entonces redactora de «L'Unità» le recuerda «en el pasillo de la administración, sin que nadie le viese, jugando a cuatro patas con los niños de Bibolotti».

En septiembre se trasladó durante algunos días a casa

de Togliatti, en Roma. Bajo su dirección se redactaron las tesis para el III Congreso Nacional del partido, que se iba a celebrar en Lyon, en enero. El documento de tipo nuevo era un ensayo lúcido y claro sobre la situación italiana y sobre las tareas del Partido Comunista. Con rigor científico, sin caer en la declamación polémica propia de tantos documentos de los congresos del movimiento obrero italiano, se analizaban en él las estructuras sociales y económicas del país, las contradicciones del régimen capitalista y los componentes y el papel del fascismo dentro de aquellas contradicciones y finalmente las fuerzas de clase y políticas «motrices» de la revolución proletaria y las que se podían poner en movimiento y englobar en un sistema de alianzas para la victoria sobre el fascismo. Demuestra la profundidad del análisis en el documento la previsión, que ha resultado profética, de las consecuencias extremas a que iba a llegar el fascismo:

«Coronamiento de toda la propaganda ideológica, de la acción política y económica del fascismo es la tendencia de éste al "imperialismo". Esta tendencia es la expresión de la necesidad sentida por las clases dirigentes industriales-agrarias italianas de encontrar fuera del ámbito nacional los elementos para la resolución de la crisis de la sociedad italiana. Hay en ella los gérmenes de una guerra que aparentemente se librará para la expansión italiana, pero en la que en realidad la Italia fascista será un instrumento en manos de uno de los grupos imperialistas que se disputan el mundo.»

En síntesis, las tesis cardinales para el Congreso de Lyon eran las siguientes: la definición del fascismo como método de estabilización del capitalismo italiano, la proclamación de la hegemonía del proletariado en la lucha antifascista, pero también el análisis de todas las fuerzas de masa que podían ser conquistadas para la formación de un bloque obrero-campesino y la distinción entre la fuerzas burguesas que formaban bloque en torno al fascismo y las fuerzas burguesas encuadradas o encuadrables en formaciones democráticas antifascistas. Finalmente y en la base de todo, la afirmación del papel fundamental del Partido Comunista estructurado en células en los lugares de producción, a la cabeza de la clase obrera hegemónica. Era un

buen paso adelante respecto a Bordiga aunque entre los enunciados se pudiesen encontrar residuos del antiguo sectarismo (el mismo Togliatti lo admitirá: «En este documento hay todavía huellas de la vieja orientación sectaria»). Lo que importa aquí es ver la contribución de Gramsci a la ruptura de los viejos esquemas.

Le desasosegaba la noticia transmitida por algunos camaradas del traslado seguro de Julia a Roma «para trabajar». «No sé como tomar esta noticia, por falta de toda referencia tuya a la cuestión; he referido el rumor a Tatiana y la pobre no ha podido dormir por la emoción. Está segura de que vendrás, sea como sea, y te espera con ansia.» Julia y Delio llegaron en octubre, en compañía de Eugenia. Gramsci, que entre tanto se había trasladado con los Passarge a una casa de la calle Morgagni, había alquilado para ellos un piso amueblado en la calle Trapani. Le pareció más prudente no irse a vivir con ellos. Temía implicarles en sus actividades y dar motivos al gobierno para que revocase el permiso de residencia de Julia. Se habían vuelto a apretar los tornillos. El 4 de octubre en Florencia, los escuadristas fascistas habían sembrado el terror asesinando al ex diputado socialista Gaetano Pilati y al abogado Gaetano Consolo en su propia casa, ante los ojos de la mujer y los hijos. Habían herido a muchas otras personas e incendiado muchas casas de adversarios, en una noche de ferocidad inaudita. La vida de los enemigos del fascismo no estaba ya segura. Había que moverse con cautela. El 24 de octubre, la policía registro la habitación de Gramsci en la calle Morgagni y puso todo lo de arriba abajo. El 4 de noviembre se descubrió el intento del ex diputado socialista Tito Zaniboni de asesinar a Mussolini disparándole desde una habitación del hotel Dragoni cuando saliese al balcón del palacio Chigi para pronunciar el discurso del aniversario de la victoria. Esto endureció al fascismo y la atmósfera se hizo todavía más cargada. Julia iba mañana y tarde a la embajada sovietica, donde trabajaba, pues para poder estar con Antonio en Italia había renunciado al violín y a la enseñanza musical, y Gramsci se reunía con ella en la calle Trapani ya tarde; cenaban y se quedaban allí hasta después de medianoche. Nunca salían juntos. A veces, Julia iba con las hermanas y con Leonilde Perilli a los conciertos del Argentina o del Adriano. Antonio no la acompañaba. Se quedaba en casa para jugar con el niño.

Delio tenía ya año y medio, pero el padre veía en él virtudes extraordinarias y le trataba como una persona mayor. «Tocaba el piano, es decir, había comprendido —dirá— la diversa gradación de las tonalidades en el teclado, de las voces de los animales: el polluelo a la derecha y el oso a la izquierda, y en medio muchos otros animales.» Dirá también, seriamente convencido de la gran capacidad intelectiva de su hijo: «Su amor por los animales se expresaba de dos maneras: con la música, por cuanto se las ingeniaba a reproducir en el piano la gama musical según la voz de los animales, desde el oso abaritonado hasta el agudo del polluelo, y con el dibujo.» Al niño le gustaban siempre los mismos juegos y entretenimientos: «Primero había que poner el reloj de pared encima de la mesa y hacerle hacer todos los movimientos posibles; después había que escribir una carta a la abuela materna con la figura de los animales que le habían impresionado durante el día; después había que ir al piano y tocar su música animal; finalmente jugabamos de otras maneras.»

En casa mandaba Genia. Cocinaba, cuidaba del niño mientras Julia y Tatiana estaban en la oficina y en la escuela. Todas soportaban su influencia, perdonándole algunas manifestaciones de claro fondo morboso. Después de su viaje a Moscú, Gramsci había reflexionado largamente y con preocupación sobre la actitud de Genia hacia Delio. Le había impresionado la noticia, leída en el periódico, de un drama ocurrido en Génova, en una familia sarda: una mujer enferma de cáncer se había envenenado y había envenenado a un nieto de cinco años, dejando escrita una nota en la que decía que se quería llevar al nieto con ella al paraíso porque ni siquiera en el paraíso podía estar sin él. Aquella forma morbosa de afecto que podía llegar hasta el crimen daba a Gramsci serios motivos de reflexión. Durante algunos días se oyó llamar por Delio *diadia*, que en ruso significa tío. Hubo necesidad de una brusca intervención de Tatiana ante Eugenia para poner las cosas en su punto. Gramsci estaba preocupado, pero procuraba no hacer dramas.

En la segunda quincena de enero de 1926 pasó clandestinamente la frontera francesa para asistir al Congreso Nacional del partido (organizado en Lyon), el tercero después del constitutivo de Liorna y del celebrado en Roma en marzo de 1922. El viaje no fue muy fácil, pero Gramsci ya estaba acostumbrado a las largas caminatas por la montaña y a

las reuniones al aire libre. En una carta a Julia escrita el año anterior decía que había «aprendido a viajar por la nieve y a tenderse en ésta por la noche para descansar». En Lyon había delegados de toda Italia (con un 18'9 % de «ausentes y no consultados»). Los bordiguianos, que acusaban a la mayoría gramsciana de abuso, impugnaban el método seguido para la convocación de los congresos provinciales, para el debate en éstos y para la designación de los delegados que habían de acudir al Congreso Nacional. El 20 de enero, hablando ante la comisión política del congreso, Gramsci insistió, en polémica con la izquierda, en la impractibilidad de los intentos insurreccionales.

«En ningún país —dijo— el proletariado está en condiciones de conquistar el poder y conservarlo con sus fuerzas únicamente: debe procurarse aliados, es decir, debe hacer una política que le permita ponerse al frente de las clases que tienen intereses anticapitalistas y dirigirlas en su lucha por el derrocamiento de la sociedad burguesa. La cuestión es particularmente importante para Italia, donde el proletariado es una minoría de la población trabajadora y está distribuido geográficamente de tal forma que sólo puede emprender una lucha victoriosa por el poder después de haber resuelto de manera exacta el problema de sus relaciones con la clase de los campesinos. Nuestro Partido deberá dedicarse particularmente en el futuro inmediato, a plantear y a resolver este problema.»

Para Gramsci, había que pensar en aquel momento en la organización política y no en la conquista del poder por la vía insurreccional. Las tesis de la mayoría del Comité Central fueron aprobadas por el 90'8 % de los votos; la izquierda del Comité Central (Bordiga) sólo obtuvo el 9'2 %. Pero Bordiga recurrió a la Internacional denunciando la irregularidad del Congreso (y la Internacional rechazó el recurso).

Mientras tanto, en Italia la apisonadora fascista estaba aplastando los últimos residuos de libertad. Los diputados del Partido Popular se habían separado del Aventino y habían reaparecido en la sala de Montecitorio el 16 de enero de 1926. Los diputados fascistas les acogieron a golpes, les apalearon; y al día siguiente Mussolini declaró:

«Todos los que están en el Aventino y quieran regresar a esta sala tolerados simplemente, deben solemne y públicamente: primero, reconocer el hecho cumplido de la revolución fascista y por tanto que una oposición preconcebida es políticamente inútil, históricamente absurda y sólo se puede comprender en los que viven fuera de los límites del Estado; segundo, reconocer no menos pública y solemnemente que la nefasta campaña de escándalos del Aventino ha fracasado miserablemente, porque nunca ha existido una cuestión moral en relación con el gobierno o el partido; tercero, separar no menos solemne y públicamente la propia responsabilidad de los que, fuera de nuestras fronteras, continúan la agitación antifascista. Una vez aceptadas y cumplidas estas condiciones, los prófugos del Aventino pueden contar con nuestra tolerancia y volver a entrar en esta sala. Sin la aceptación y la ejecución de estas condiciones, mientras yo ocupe este puesto, y pienso ocuparlo todavía durante mucho tiempo, no volverán a entrar aquí: ¡ni mañana ni nunca!»

Empezaba «el año napoleónico de la revolución fascista», tal como Mussolini había definido el año 1926. El Partido Socialista Unitario (el partido de Turati), al cual pertenecía Tito Zaniboni había sido disuelto inmediatamente después de descubrirse el intento de atentado contra Mussolini y su periódico «La Giustizia» había sido prohibido. Desde noviembre de 1925 había dejado también de publicarse «La Rivoluzione liberale»: el fiscal de Turín había ordenado a Piero Gobetti que lo cerrase y que cesase todas sus actividades editoriales y publicísticas; el 6 de febrero de 1926, Gobetti se expatrió a París (donde moriría nueve días más tarde, cuando todavía no había cumplido los veinticinco años). También habían emigrado Amendola y Salvemini. Una ley de 31 de enero de 1926 disponía que todos los que continuasen en el extranjero la polémica antifascista perderían la ciudadanía italiana, les serían secuestrados los bienes y, en los casos extremos, se podría llegar a la confiscación. Se privó de la ciudadanía italiana, entre otros, a Salvemini y a un periodista católico, Giuseppe Donati, que había denunciado la responsabilidad del jefe de policía De Bono en el asesinato de Matteotti. El proceso por el asunto Matteotti se celebró en Chieti del 16 al 24 de marzo de 1926. Las autoridades y los jueces recibieron en el municipio y en

la prefectura al secretario del partido fascista, Roberto Farinacci, defensor de los acusados. El ministerio público excluyó la premeditación y se admitió la preterintencionalidad en el homicidio. Los acusados, Dumini, Volpi y Poveromo fueron condenados a cinco años, once meses y veinte días, pero les fueron condonados inmediatamente cuatro años gracias a un decreto de amnistía promulgado el año anterior. Habían pasado dos semanas desde que se hizo pública la sentencia cuando, el 7 de abril, una súbdita británica de sesenta y dos años, Violet Gibson, disparó contra Mussolini a la salida del palacio dei Conservatori en el Capitolio, hiriéndole levemente en la nariz. Era una desequilibrada que ya había estado en el manicomio. Las represalias fascistas cayeron sobre los últimos periódicos liberales. Las redacciones de «Il Mondo» y de «La Voce repubblicana» fueron devastadas. Para Antonio Gramsci la vida era cada vez más difícil.

Por aquellos días llegó a Roma Apolo Schucht, bella figura tolstoiana, de cuerpo fuerte y barba larga y cándida. La Roma de 1926 estaba atestada de milicianos y se parecía muy poco a la Roma tranquila y tolerante que él había conocido en los primeros quince años del siglo. Pero Delio era una razón muy poderosa para ir a vivir allí. La familia Schucht se recomponía pues en Italia, como diez años antes, con excepción de Nadina Leontieva, de la cual no habían vuelto a tener noticias, de Ana, que había permanecido en Moscú con su marido, de Víctor y de la madre. Pese a las condiciones generales de vida y a la semiclandestinidad a que se veía obligado, fueron meses felices para Gramsci; al menos podía expansionarse en la intimidad de la familia. La proximidad de Julia y Delio le ayudaba a soportar la dificultad de la labor política.

Julia esperaba otro hijo. No quería dejar su trabajo en la embajada soviética ni quería irse de Italia. Pero todas las decisiones al respecto estaban condicionadas por la agravación de la situación política. Había que pensar en la hipótesis, muy realista, de que resultase imposible seguir viviendo en Italia; quizá el mismo Antonio se vería obligado a expatriarse como otros líderes de la oposición. Valía más, concluyó Eugenia imponiéndose a Julia, anticipar la partida, pues el nacimiento del segundo hijo complicaría las cosas; además, el cambio del clima suave de Roma al clima mucho más duro de Moscú podía perjudicarle; sin con-

tar que, si todos se reunían en Moscú, Antonio tendría más libertad de movimientos cuando se viese obligado a dejar Italia. La argumentación de Eugenia parecía razonable. Dejaron Roma en julio, con el proyecto de pasar unos días de descanso en Trafoi en la región de Bolzano. Julia pasó la frontera el 7 de agosto de 1926 y veintitrés días más tarde, el 30 de agosto dio luz a Giuliano. Eugenia y Tatiana se quedaron con Delio en Trafoi. Antonio se reunió con ellos a finales de agosto:

«He tenido la impresión —escribirá a Julia— que Delio está mucho mejor que en Roma: me parece que se ha hecho más fuerte y vigoroso. También se ha desarrollado intelectualmente: ha tomado contacto con el mundo exterior, ha conocido una infinidad de cosas nuevas. Creo que su estancia en Trafoi, en un grandioso paisaje de montañas y glaciares, dejará en su memoria huellas muy profundas. Hemos jugado. Le he construido algunos juguetes: hemos encendido fuego de campo; no había lagartijas y no he podido enseñarle a capturarlas. Me parece que ahora empieza para él una fase muy importante, la que deja recuerdos más tenaces, porque durante ella se conquista el mundo grande y terrible.»

Se había empeñado en hacerle aprender algunas palabras de sardo: «Quería enseñarle a cantar *Lassa sa figu, puzone* (Deja el higo, pájaro), pero las tías se han opuesto enérgicamente.» El niño partió con la tía Genia en septiembre. Antonio no lo volvería a ver nunca más.

21

Se dedicó a redactar un ensayo sobre la cuestión meridional, tema que no era nuevo para él. Precisamente había sido el tema de sus primeras reflexiones políticas de muchacho, cuando vivía en Ghilarza y Santulussurgiu, en un ambiente de campesinos y pastores, y también cuando era estudiante de bachillerato en Cagliari y leía a Salvemini. En Turín, en el nuevo ambiente de los obreros industriales, había seguido planteándose la cuestión pero desde un ángulo distinto, con otra madurez, profundizándolo como un aspecto más de un problema más vasto, el problema de la revolución proletaria. El muchacho, que se había formado con temple sardista, en un clima de continua denuncia del atraso del pueblo sardo por el abandono que padecía la isla, tenía al principio una visión estrecha del problema meridional, con influencias del ambiguo irredentismo rural: la protagonista de la redención de los campesinos y de las capas sociales hambrientas era *toda* Cerdeña y esta redención sólo podía realizarse con la lucha de *toda* Cerdeña, región-nación, contra el «continente». Después vino la orientación hacia el socialismo, el descubrimiento de que la sociedad se dividía en clases y la comprobación en Turín de una realidad: que del régimen proteccionista, llaga abierta de la economía meridional, no se aprovechaba *todo* el «continente» industrial, sino únicamente la clase propietaria, la clase de los patronos de las fábricas protegidas. La adhesión de Gramsci al manifiesto antiproteccionista de Deffenu y Fancello en 1913, cuando tenía sólo veintidós años, se debía a una actitud de protesta contra el empresariado parasitario. El joven sardo empezaba a ver claramente una verdad: no existe una cuestión meridional separada de la cuestión nacional, como una cuestión en sí, que se pueda resolver con medios específicos; no puede existir una política justa para el Mediodía si la política general del país está inspirada por intereses particulares. En uno de los primeros artículos escritos por Gramsci a los veinticinco años, cuando sólo hacía unos meses que colaboraba regularmente en «Il Grido del popolo» (*Il Mezzogiorno e la guerra*, primero de abril de 1916) leemos:

«El Mediodía no necesita leyes especiales ni tratos especiales. Necesita una política general, exterior e interior, inspirada por el respeto de las necesidades generales del país y no de tendencias políticas o regionales particulares. No basta construir una carretera o un pantano para compensar los daños que ciertas regiones han sufrido por causa de la guerra. Ante todo es necesario que los futuros tratados comerciales no cierren los mercados a sus productos.»

Integrada de este modo la cuestión meridional en la cuestión nacional, eran consecuentes las conclusiones del pensamiento gramsciano en 1919-20, cuando el problema del Mediodía se incluía en el cuadro más general de los problemas nacionales que el Estado socialista resolvería: «La burguesía septentrional ha sometido la Italia meridional y las islas y las ha reducido a colonias de explotación; el proletariado septentrional, emancipándose a sí mismo de la esclavitud capitalista, emancipará a las masas campesinas meridionales, sometidas por la banca y el industrialismo parasitario del norte.» («L'Ordine nuovo», 3 de enero de 1920.) Era el punto de llegada de una larga reflexión, en cuyo origen estaba el conocimiento directo de la vida de los campesinos y de los pastores sardos. El diputado que el 16 de mayo de 1925 le gritaba en la Cámara «Usted no conoce el Mediodía» evidentemente sabía muy poco de Gramsci, de su pasado y de sus intereses. Pero hay que decir que el Gramsci meridionalista en general era ignorado fuera del círculo de los compañeros más próximos. El ensayo que empezó a redactar en el otoño de 1926, pocas semanas antes de la detención, iba a constituir, al aparecer en París en 1930 (publicado en «Lo Stato operaio» de enero, año cuarto, número uno) una sorpresa para muchos.

Es un ensayo que marca la transición del periodismo de los años de lucha a la meditación del período de la cárcel. En la producción del decenio anterior, ligada día tras día a las razones más inmediatas de la batalla política, se encuentran páginas que anuncian claramente al gran ensayista revelado por los *Cuadernos de la cárcel;* pero entonces urgían otras necesidades, de propaganda y de polémica, y el periodismo acababa siendo normalmente un arma, un instrumento de movilización proletaria y de ataque: el Gramsci del período 1916-1926 es sobre todo (pero no exclusivamente) un *pamphlétaire.* En el ensayo sobre la cuestión meridional el eco perdura: en algunos momentos el tono es de *pamphlet;* pero en seguida vemos a Gramsci elevarse con ancha mirada por encima de los motivos contingentes de la polémica; su perspectiva cambia, ahora enfoca el tema desde un punto de vista «desinteresado», *für ewig,* el mismo punto de vista que adoptará para escribir las notas de la cárcel. Y nace así un ensayo ejemplar, un modelo de análisis político y social de la realidad italiana.

Con metodología marxista se describe en él el desarrollo de los últimos treinta años de vida política del país. En los primeros años del siglo, después de una dictadura demasiado exclusivista y violenta, la burguesía italiana sintió que no podía gobernar ya con toda tranquilidad. La insurrección de los campesinos sicilianos en 1894 y la insurrección de Milán en 1896 fueron sus *experimenta crucis.* Debía apoyarse, pues, en otra clase, encontrar nuevas alianzas, en un sistema de democracia burguesa. Podía elegir entre dos posibilidades: o una democracia rural, es decir, una alianza con los campesinos meridionales, una política de librecambio, de sufragio universal, de descentralización administrativa, de bajos precios de los productos industriales; o un bloque industrial, capitalista-obrero, sin sufragio universal, con proteccionismo aduanero, con el mantenimiento del centralismo estatal, con una política reformista de los salarios y de las libertades sindicales. Escogió la segunda solución: el dominio burgués se encarnó en la figura de Giolitti, y el Partido Socialista se redujo al papel de instrumento de la política giolittiana. Pero el proletariado reaccionó espontáneamente contra la política de los dirigentes reformistas y a partir de 1910 el PSI se vio obligado a volver a la táctica intransigente; con ello, el bloque industrial-obrero perdió su eficacia. Fue en aquel momento cuando Giolitti cambió el fusil de hombro: sustituyó la alianza entre los burgueses y los obreros por la alianza entre los burgueses y los católicos, que representaban a las masas campesinas de la Italia septentrional y central. ¿Cuál había de ser en aquel cuadro, la primera tarea de la clase obrera? La respuesta de Gramsci es firme y clara: ante todo, aislar a la burguesía separando de ella a los aliados antinaturales. El proletariado, sostiene Gramsci, sólo puede llegar a ser clase dirigente y dominante cuando cree un sistema de alianzas de clase que le permita movilizar contra el capitalismo y el Estado burgués a la mayoría de la población trabajadora, es decir

—en el marco de las relaciones de clase realmente existentes en Italia— cuando llegue a obtener el consenso de las grandes masas campesinas. Y dado que la cuestión campesina ha asumido en Italia dos formas peculiares, la cuestión meridional y la cuestión vaticana, conquistar la mayoría de las masas campesinas significa para el proletariado italiano hacer propias estas dos cuestiones desde el punto de vista social, comprender las exigencias de clase que representan, incorporar estas exigencias a su programa revolucionario. Sólo de este modo, abandonando todos los residuos corporativos, podrá el proletariado llegar a convertirse en clase dirigente. De no ser así los estratos campesinos, que en Italia representan la mayoría de la población, permanecerán bajo la dirección burguesa, dando al Estado la posibilidad de resistir el empuje proletario y de quebrantarlo. Pero, una vez clara la dirección de la marcha, ¿cómo obtener el consenso de las masas campesinas? La sociedad meridional, escribe Gramsci, es un bloque agrario constituido por tres estratos sociales: la gran masa campesina amorfa y disgregada, los intelectuales de la pequeña y la media burguesías rurales, los grandes propietarios territoriales y los grandes intelectuales. El segundo estrato (el de los pequeños y medios intelectuales) proviene de una capa social de características bien definidas: el pequeño y medio propietario de tierras que no es campesino, que no trabaja la tierra, que se avergonzaría de practicar la agricultura, pero que de la poca tierra que tiene, arrendada o en régimen de aparcería, quiere sacar lo suficiente para vivir convenientemente, mandar a los hijos a la universidad o al seminario y dotar a las hijas, que deben casarse con un oficial del ejército o con un funcionario civil del Estado. Los intelectuales medios reciben de esta capa una gran aversión por el campesino, considerado como una máquina de trabajo que hay que exprimir hasta los huesos y que puede substituirse fácilmente dado el exceso de población; también reciben un sentimiento atávico de miedo del campesino y de sus violencias destructoras y por consiguiente, un hábito de hipocresía refinada y un refinadísimo arte de engañar y domesticar a las masas campesinas. Este tipo de intelectual, democrático de cara a los campesinos y reaccionario de cara a los grandes propietarios y al gobierno, politicastro, corrompido, desleal, es el eslabón que liga el campesino meridional al gran terrateniente. De este modo se realiza un monstruoso bloque

agrario, que en su conjunto funciona como intermediario y vigilante del capitalismo septentrional y de los grandes bancos. Su único objetivo es conservar el *statu quo*. Los grandes propietarios en el terreno político, y los grandes intelectuales en el terreno ideológico (Giustino Fortunato, Benedetto Croce) centralizan y dominan el conjunto de manifestaciones internas del bloque. Ha habido grupos de intelectuales medios, escribe Gramsci, que han intentado salir del bloque agrario y plantear en forma nueva la cuestión meridional. Bien miradas las cosas, el meridionalismo es el principal motivo inspirador de las mejores iniciativas culturales del siglo XX en Italia, desde «La Voce» de Prezzolini hasta «L'Unità» de Salvemini. Pero Fortunato y Croce, supremos moderadores políticos e intelectuales de todas estas iniciativas, han conseguido que el planteamiento de los problemas meridionales no superase nunca ciertos límites, no llegase a ser revolucionario. En este panorama, el grupo de «L'Ordine nuovo» ocupa una posición propia y peculiar. También él, admite Gramsci, ha experimentado la influencia intelectual de Giustino Fortunato y de Benedetto Croce; pero luego, convirtiendo el proletariado urbano en protagonista moderno de la historia italiana y, por consiguiente, de la cuestión meridional, ha representado una ruptura completa de aquella tradición. ¿En qué sentido? Ha intentado actuar de intermediario entre el proletariado septentrional y los intelectuales del Mediodía que plantean la cuestión meridional en un terreno nuevo más avanzado. Para Gramsci, la figura más completa e interesante de estos intelectuales es Guido Dorso. «No se trata de intelectuales comunistas; pero la ruptura del bloque agrario sólo podrá obtenerse con la formación de un estrato de intelectuales de izquierda, de nuevos intelectuales medios que no liguen ya el campesino con el propietario territorial. La alianza entre el proletariado y las masas campesinas del Mediodía —concluye Gramsci— exige esta formación.»

El manuscrito se interrumpe aquí. La detención impidió a Gramsci revisarlo y completarlo. Pero incluso tal como quedó, como primer esbozo de una tesis que seguramente Gramsci quería desarrollar más a fondo, constituye, por el método de análisis y por la agudeza de los juicios vertidos, un ejemplo de ensayo poderosamente inspirado.

22

Las noticias que llegaban de la Unión Soviética eran cada vez más inquietantes. Las disensiones surgidas dentro del grupo dirigente soviético, incluso antes de la muerte de Lenin, se habían agudizado y la lucha entre las fracciones era cada vez más violenta. Derrotado por la *troika* (Stalin, Zinoviev, Kamenev) después de su denuncia de la esclerosis burocrática del partido, y derrotado nuevamente en el dilema «revolución permanente» o «construcción del socialismo en un solo país», Trotski no por ello había atenuado su oposición a Stalin. Pero el secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética concentraba ya en sus manos un poder inmenso. La recomendación del «testamento» dictado por Lenin el 24-25 de diciembre de 1922 y el 4 de enero de 1923, se había dejado de lado.

«Desde que el camarada Stalin es secretario general —decía Lenin— reúne en sus manos un poder enorme y no estoy seguro de que siempre sabrá usarlo con la debida prudencia... Stalin es demasiado rudo, y este defecto es inadmisible en el cargo de secretario general. Por esto propongo a los camaradas que se encuentre el modo de alejar a Stalin de este cargo y que se nombre un sucesor... más paciente, leal, cortés, más atento con los camaradas y menos caprichoso.»

Si, pese al severo juicio de Lenin, Stalin había permanecido en su puesto era gracias a Zinoviev y Kamenev. Éstos preocupados en aquel momento de liquidar ante todo el antagonista que consideraban más peligroso, Trotski, habían apoyado al tercer miembro del triunvirato consiguiendo que el Comité Central, en una reunión de mayo de 1924, no enviase el «testamento» de Lenin al XIII Congreso del PCUS y que confirmase a Stalin en el cargo de secretario general del partido. Luego Stalin se deshizo a su vez de Zinoviev y Kamenev. El proceso de regresión de un régimen de democracia proletaria a un régimen de autocracia en nombre del proletariado se desarrollaba rápidamente. En el Politburó, Trotski, Zinoviev y Kamenev, unidos ahora en un blo-

que de las distintas oposiciones, estaban aislados. No sólo les combatía Stalin sino también la derecha (Bujarin, Ribov y Tomski). Y también les combatían los nuevos miembros (Molotov, Vorochilov y Kalinin) que Stalin, que no quería depender exclusivamente del apoyo de la derecha, se había preocupado de hacer elegir para el Politburó en el XIV Congreso celebrado en diciembre de 1925. Entre el verano y el otoño de 1926, las rivalidades personales y las discordias en el terreno ideológico se habían exacerbado por la distinta interpretación que el bloque de los oposicionistas y la mayoría daban a la «nueva política económica» (NEP) iniciada por Lenin. La NEP era un sistema de economía mixta: la gran industria estaba bajo la dirección del Estado; la pequeña y la media industrias, el comercio y la agricultura estaban en manos de la iniciativa privada. Esto daba lugar a una oposición de intereses entre la clase obrera, sujeta a graves privaciones por la crisis industrial, y las capas rurales, que presionaban en favor de una política de precios bajos para los productos industriales y de precios altos para los productos de la agricultura. En la controversia, el bloque de las oposiciones de izquierda sostenía la exigencia de una rápida industrialización, único pilar estable de la revolución socialista. Decían que, de otro modo, el debilitamiento del proletariado y la excesiva fuerza que se daría a los campesinos ricos (*kulaki*) si se aceptaban sus exigencias, abrirían el camino a la restauración del capitalismo. Ésta era la cuestión que se discutía en Moscú durante el verano-otoño de 1926, con una dureza acentuada por los resentimientos y la tensa hostilidad que había suscitado la lucha por el poder. Stalin no se había declarado decididamente en favor de la política filo-campesina de Bujarin, pero en aquel momento la apoyaba. Creía conveniente solidarizarse con la derecha para eliminar definitivamente a los opositores de izquierda; calculaba también que si se procediese a la colectivización del campo podían manifestarse en el mundo campesino fermentos muy peligrosos mientras estaba abierta la lucha contra Trotski, Zinoviev y Kamenev. El choque entre el bloque de los oposicionistas y la mayoría del Comité Central llegó a un momento de máxima violencia en octubre de 1926.

En general, Gramsci compartía las tesis de la mayoría. Ya se había opuesto a Trotski en la disputa «construcción del socialismo en un solo país» o «revolución permanente»

(lo escribirá en una nota de la cárcel, rechazando la tesis del napoleonismo revolucionario, de la revolución exportada). Ahora, en la nueva controversia, no podía dejar de rechazar, dada su concepción de fondo (la alianza permanente entre los obreros y los campesinos era el elemento necesario para la estabilidad de las conquistas proletarias) el renacimiento del corporativismo obrero que le parecía entrever en las tesis del bloque de izquierda. Pero aparte la sustancia del debate, le inquietaba el modo en que éste se desarrollaba, el furor, la violencia; le inquietaban los reflejos que la escisión en el seno del grupo dirigente del PCUS podía producir en el movimiento internacional, en plena lucha defensiva especialmente en Italia, para no morir. ¿Podían dejar de tenerlo en cuenta los revolucionarios rusos? ¿Podían olvidar sus deberes hacia el proletariado de otros países? El 14 de octubre de 1926, por encargo del Buró Político del partido italiano, se decidió a escribir una carta sin velos ni tapujos al Comité Central del PCUS. La independencia de juicio había constituido siempre su fuerza. No tenía fetiches y por esto escribió lo que sentía.

«Los comunistas italianos y todos los trabajadores conscientes de nuestro país —decía la carta— han seguido siempre con la máxima atención vuestras discusiones. En vísperas de cada uno de los congresos y de las conferencias del Partido Comunista ruso siempre estábamos seguros, pese a la violencia de las polémicas de que la unidad del partido no estaba en peligro... Hoy, en vísperas de nuestra XV Conferencia, no tenemos ya la seguridad de antes; nos sentimos irresistiblemente angustiados; nos parece que la actual actitud del grupo de la oposición y la violencia de las polémicas exigen la intervención de los partidos hermanos... Camaradas, vosotros habéis sido en estos nueve años de historia mundial el elemento organizador y propulsor de las fuerzas revolucionarias de todos los países; las funciones que vosotros habéis realizado no tienen precedentes en toda la historia del género humano, nada hay que las iguale en amplitud y profundidad. Pero ahora estáis destruyendo vuestra obra, degradáis y corréis el peligro de anular la función dirigente que el Partido Comunista de la URSS había conquistado por impulso de Lenin; creemos que la violenta pasión de las cuestiones rusas os hace perder de vista los aspectos internacionales de las mismas, os hace olvidar

que *vuestros deberes de militantes rusos sólo pueden y deben cumplirse en el marco de los intereses del proletariado internacional.*»[1]

En cuanto a la sustancia del debate en curso en el PCUS, Gramsci no vacilaba en admitir el carácter paradójico de la situación denunciada por el bloque Trotski-Zinoviev-Kamenev: el proletariado, clase dominante, se encontraba en condiciones de vida inferiores a las de determinados elementos y estratos de la clase dominada y sometida.

«Sin embargo —proseguía— el proletariado no puede convertirse en clase dominante si no supera esta contradicción con el sacrificio de los intereses corporativos; no puede mantener su hegemonía y su dictadura si, incluso después de haber llegado a ser dominante, no sacrifica estos intereses inmediatos en aras de los intereses generales y permanentes de la clase. Es ciertamente fácil hacer demagogia en este terreno, es fácil insistir en los lados negativos de la contradicción: "¿Eres tú el dominador, obrero mal nutrido y mal vestido, o bien el dominador es el *nepman* cubierto de pieles y que tiene a su disposición todos los bienes de la tierra?..." Es fácil hacer demagogia en este terreno y es difícil no hacerla cuando la cuestión se ha planteado en términos del espíritu corporativo y no en términos de leninismo, de la doctrina de la hegemonía del proletariado, que históricamente se encuentra en una determinada posición y no en otra... En este elemento está la raíz de los errores del bloque de la oposición y el origen de los peligros latentes en su actividad. En la ideología y en la práctica del bloque de la oposición renace plenamente toda la tradición de la socialdemocracia y del sindicalismo, que ha impedido hasta ahora al proletariado occidental organizarse en clase dirigente.»

A modo de conclusión, Gramsci lanzaba a los dos grupos en conflicto un llamamiento a la unidad:

«Los camaradas Zinoviev, Trotski y Kamenev han contribuido poderosamente a educarnos para la revolución, nos han corregido a veces enérgica y severamente, han sido nuestros maestros. A ellos nos dirigimos especialmente como a los principales responsables de la situación actual, porque queremos estar seguros de que la mayoría del Comité Central del Partido Comunista de la URSS no pretende abusar de su victoria en la lucha y está dispuesta a evitar las medidas excesivas.»

1. Subrayado mío.

La carta no gustó a Togliatti, que estaba entonces en Moscú representando al partido italiano en la Internacional. Para él, el defecto esencial de aquel planteamiento consistía en haber colocado en primer plano el hecho de la escisión y sólo en segundo plano el problema del carácter justo o erróneo de la línea seguida por la mayoría del Comité Central. Por ello dijo explícitamente en una carta a Gramsci del 18 de octubre, que había que expresar la propia adhesión a la línea de la mayoría «sin poner ninguna limitación». Por lo demás, ¿qué sentido tenía el llamamiento a la unidad?

«La posición que tomáis en vuestra carta —señalaba Togliatti— tiene un gran peligro porque lo más probable es que de ahora en adelante la unidad de la vieja guardia leninista no se mantenga ya de modo continuo o se realice muy difícilmente. En el pasado, el factor más importante de esta unidad era el enorme prestigio y la autoridad personal de Lenin. Este elemento no puede sustituirse.»

Pero, ¿era justo atribuir a *todo* el grupo dirigente la responsabilidad de la situación de ruptura, sin distinguir entre la mayoría y el bloque de la oposición?

«En la primera parte de vuestra carta, allí donde habláis de las consecuencias que puede tener para el movimiento occidental una escisión del partido ruso y de su núcleo dirigente, habláis indistintamente de todos los camaradas dirigentes rusos, no hacéis ninguna distinción entre los camaradas que están al frente del Comité Central y los dirigentes de la oposición. En la segunda página de la carta escrita por Antonio se invita a los camaradas rusos a "reflexionar y a ser más conscientes de su responsabilidad". No hay ninguna referencia a una posible distinción entre ellos... La única conclusión posible es que el Politburó del Partido Comunista italiano considera que todos son responsables, que hay que llamar a todos al orden. Es cierto que al final de la carta

se corrige esta actitud. Se dice que Zinoviev, Kamenev y Trotski son "los principales" responsables de la situación y se añade: "Queremos estar seguros de que la mayoría del Comité Central del Partido Comunista de la URSS no pretende abusar de su victoria en la lucha y está dispuesta a evitar las medidas excesivas." La expresión "queremos estar seguros" tiene un valor de limitación, es decir, se quiere significar con ella que NO SE ESTÁ seguro. Ahora bien, aparte de las consideraciones sobre la oportunidad de intervenir en el actual debate ruso atribuyendo un poco de culpa incluso a la mayoría del Comité Central, aparte del hecho de que esta posición no puede dejar de pesar en beneficio TOTAL de la oposición, aparte de estas consideraciones de oportunidad, ¿puede afirmarse que la mayoría del Comité Central tenga también una parte de culpa?»

Togliatti lo excluía. Estaba completamente de acuerdo con las posiciones del grupo Stalin-Bujarin y le parecía justo que la lucha contra el grupo Zinoviev-Kamenev-Trotski, llegase a consecuencias extremas. Por esto no compartía la posición expresada en la carta de Gramsci, ni siquiera su llamamiento a evitar las «medidas excesivas» contra el bloque de la oposición.

«Sin duda, hay un rigor en la vida interna del Partido Comunista de la Unión Soviética, pero debe haberlo. Si los partidos occidentales quisiesen intervenir cerca del grupo dirigente para hacer desaparecer este rigor, cometerían un grave error... Es justo que los demás partidos observen con preocupación la agudización de la crisis del Partido Comunista ruso, y es justo que intenten, en la medida de sus posibilidades, hacer que sea menos aguda. Pero es indudable que cuando se está de acuerdo con la línea del Comité Central, el mejor modo de contribuir a superar la crisis es expresar la propia adhesión a esta línea sin limitación alguna.»

Después de leer la contestación de Togliatti, Gramsci no cambió de parecer. Lo cuenta el mismo Togliatti en una carta a Giansiro Ferrata: «Gramsci recibió mi carta, a través de un miembro de la representación soviética en Roma. Probablemente hizo una lectura rápida de la misma en una de las oficinas de dicha representación, donde le había sido en-

tregada, y contestó en seguida con una breve nota en la que no aceptaba mi argumentación.» Fue el último contacto directo entre Gramsci y Togliatti. No volvieron a verse ni a escribirse nunca más.

Entre el 23 y el 26 de octubre se celebró en Moscú una reunión plenaria del Comité Central y de la Comisión Central de Control. La exhortación de Gramsci a evitar las «medidas excesivas» no encontró, naturalmente, eco alguno. El grupo Stalin-Bujarin estaba decidido a vencer completamente sin reservas. Los primeros resultados fueron la expulsión de Trotski del Politburó, la destitución de Zinoviev de su cargo de presidente de la Internacional (en el que le sustituyó Bujarin) y la expulsión de Kamenev del Politburó (en julio había tenido que ceder ya a Mikoyan su puesto de Comisario para el Comercio Exterior).

Mientras tanto, el secretariado de la Internacional había decidido, después de la toma de posición de Gramsci, enviar a Italia uno de sus secretarios, Jules Humbert-Droz, con la misión de exponer el estado de las disputas en el Partido Comunista ruso. Se convocó en Valpolcevera, cerca de Génova, una reunión del Buró Político italiano. La reunión tenía que celebrarse clandestinamente del 1 al 3 de noviembre. Pero el 31 de octubre, en vísperas de la reunión, la situación se precipitó. En Bolonia hubo un atentado contra Mussolini, atribuido a un muchacho de quince años, Anteo Zamboni. Esto constituyó un incentivo para las violencias fascistas: saqueos, expediciones punitivas (incluso contra la casa de Benedetto Croce, en Nápoles), incendio de las imprentas de los periódicos de oposición. Para Gramsci, moverse abiertamente era una aventura llena de peligros. A pesar de todo salió de Roma para Valpolcevera.

«Quería llegar a Génova —refiere Togliatti sobre la base de las noticias que por entonces le comunicaron camaradas próximos a Gramsci— pasando por Milán, donde le esperaban algunos camaradas. Pero en Milán no pudo ni siquiera bajar del tren. Un comisario de policía, reteniéndole en el tren, le dijo: "Señor diputado, por su bien, vuélvase a Roma." Esto es lo que hizo. Tomó el primer tren que salía, salvando así del peligro tanto a los camaradas de Milán como a los de Génova, pero renunciando a participar en la reunión, para la cual se había preparado ampliamente.»

Algunos días después, el 4 de noviembre, Gramsci escribía a Julia: «A causa de un incidente, he tenido que regresar a Roma.» La reunión de Valpolcevera, que debía aclarar las cosas, no dio ningún resultado. En un informe de Ruggero Grieco a Togliatti, del 30 de noviembre de 1936, leemos: «Reunion modesta, a caballo entre el 31/10 y el 2/11. Faltaban Amadeo (Bordiga), Antonio (Gramsci), Angelo (Tasca) y otros. Éramos pocos...» No hay ningún elemento, ni siquiera vago, que permita creer que después de la inútil reunión de Valpolcevera, Humbert-Droz intentó encontrarse separadamente con Gramsci, es decir con el máximo dirigente del partido y autor e inspirador del documento enviado a Moscú. ¿Cabe pensar que lo que impidió el encuentro fue la rápida precipitación de los acontecimientos en Italia?

El atentado de Bolonia había sido un buen pretexto para el reforzamiento del poder fascista. El 5 de noviembre, el Consejo de Minstros dio el golpe definitivo contra la poca democracia que todavía quedaba en Italia. El gobierno acordó la anulación de todos los pasaportes, la utilización de las armas contra los que intentasen expatriarse clandestinamente, la supresión de los periódicos antifascistas, la disolución de los partidos y de las asociaciones contrarias al régimen. Estaba también a punto un proyecto de ley para la institución de la pena de muerte y para la creación de un tribunal especial: la Cámara tenía que discutirlo y aprobarlo el 9 de noviembre.

En aquella situación extrema todos creían que Gramsci había de ponerse a salvo. Se había dispuesto su refugio en Suiza. Con el encargo de acompañarlo hasta Milán fue a Roma la esposa del administrador de «L'Unità», Ester Zamboni. Pero Gramsci consideró que no debía seguirla. ¿Por qué motivos? Pueden ser dos.

«Desde hacía tiempo —escribió Camilla Ravera a Togliatti en un informe redactado a mediados de noviembre de 1926— insistíamos en la necesidad de que Antonio se marchase "fuera", como dirigente de una organización nuestra en el exterior encargada de tareas particulares y estrechamente relacionada con nuestro centro. En general, Antonio oponía una cierta resistencia: decía que sólo había que tomar dicha medida cuando las circunstancias la justificasen

absolutamente a los ojos de los obreros; que los dirigentes tenían que permanecer en Italia, hasta el momento en que fuese realmente imposible; señalaba muchas otras razones, todas dignas de tomarse en consideración.»

Influía mucho en él el deseo de no faltar a la sesión de la Cámara del 9 de noviembre, en la que se iban a discutir las leyes liberticidas aprobadas el día 5 por el Consejo de Ministros. Pero es probable también que no creyese en la eventualidad de la detención, porque el mandato parlamentario le garantizaba la inmunidad. Los últimos acontecimientos le inducían a un optimismo equivocado. El 6 de noviembre por la mañana, un diario fascista, «Il Tevere», publicó una moción de Roberto Farinacci en primera página, llamativamente. Esta moción proponía la revocación del mandato parlamentario de los diputados de la oposición; la cual se justificaba por la sistemática ausencia de los diputados del Aventino de las labores parlamentarias, motivo que no podía aplicarse a los comunistas, que ya hacía tiempo que se habían separado del Aventino y habían vuelto a ocupar su puesto en la asamblea parlamentaria: de hecho, en la lista nominal publicada por «Il Tevere» no estaban los diputados del grupo comunista. Probablemente en esto se basaba la relativa serenidad de Gramsci. La noche del 8 de noviembre reunió a algunos colegas del grupo en una sala de Montecitorio y encargó a Ezio Riboldi que, en la sesión del día siguiente interviniese contra la propuesta de restablecimiento de la pena de muerte y contra la moción Farinacci de revocación del mandato parlamentario de los diputados del Aventino. Pero aquella misma noche se produjo el golpe teatral. «Hacia las ocho —recuerda Riboldi— Mussolini llamó a Farinacci y a Augusto Turati al palacio Chigi, donde residía, y les comunicó que había que añadir a la lista a los diputados comunistas. Farinacci objetó que la moción fundamentaba la expulsión en el abandono de las labores parlamentarias por parte de los diputados del Aventino y que esto no afectaba a los comunistas, que siempre habían participado en el parlamento. Mussolini contestó que «la Corona lo quería así». El rey participaba en la preparación del golpe de Estado y lo apoyaba con esta condición. Muy tarde ya, y sin sospechar el cambio de última hora, Gramsci salió de Montecitorio y se dirigió a su casa, más allá de Porta Pia. Pero no durmió allí. Pese a estar protegido por la inmuni-

dad parlamentaria, fue detenido. Eran las 22'30. Tenía treinta y cinco años.

Poco después de la detención escribió a Julia:

«Me decías que somos todavía lo bastante jóvenes como para ver crecer juntos a nuestros hijos. Es necesario que tengas esto bien presente ahora, que te acuerdes de ello cada vez que pienses en mí y me asocies a los niños. Estoy seguro de que serás fuerte y valerosa, como has sido siempre. Tendrás que serlo incluso más que en el pasado para que los niños crezcan bien y sean todos dignos de ti.»

También escribió a su madre:

«He pensado mucho en ti estos días. He pensado en el nuevo dolor que iba a causarte, a tu edad y después de los sufrimientos que has pasado. Es necesario que seas fuerte a pesar de todo, como yo lo soy y que me perdones con toda la ternura de tu inmenso amor y de tu bondad. Saber que eres fuerte y paciente en tu sufrimiento será un motivo de fortaleza para mí... Yo estoy tranquilo y sereno. Moralmente estaba preparado a todo. Intentaré superar también físicamente las dificultades que puedan esperarme y conservar el equilibrio... Queridos todos, en este momento me sangra el corazón al pensar que no siempre he sido con vosotros tan afectuoso y bueno como debería haber sido y como merecíais. No dejéis de quererme a pesar de todo, y acordaos de mí.»

Empezaba el largo calvario de Antonio Gramsci.

23

La idea de que Gramsci podía evitar la detención pero se dejó detener por voluntad de martirio es muy retórica y, en definitiva, no cuadra con el personaje, muy poco inclinado a los gestos exteriores, por grandes que fuesen. Más tarde escribirá a Tatiana con un matiz irónico y un poco de amargura:

«Tú me imaginas, poco más o menos, como una persona que reivindica insistentemente el derecho a sufrir, a ser martirizado, a no ser privado ni un solo segundo del más leve matiz de su pena. Para ti, soy una especie de nuevo Gandhi, que quiere testimoniar ante los tormentos del pueblo italiano, un nuevo Jeremías o un nuevo Elías o no sé qué otro profeta de Israel que se iba a comer cosas inmundas en la plaza para ofrecerse en holocausto al dios de la venganza...»

En realidad, Gramsci, especialmente atento al resultado de todas las acciones, siempre había sentido repugnancia por todo lo que le parecía inconcluyente; la retórica, incluso la retórica del sacrificio, era una trampa sentimental en la que le habría gustado muy poco caer. Su línea de conducta, incluso en los años de la cárcel, fue ésta: nunca un sufrimiento inútil si la reivindicación de un derecho formalizado en leyes o en reglamentos se lo podía evitar (como por ejemplo disponer de tintero, pluma y papel, leer libros, trasladarse a una penitenciaría para enfermos, estar solo en la celda y no en compañía de otros presos, elevar instancias para la revisión del proceso, pedir la libertad provisional). Pero nunca pidió facilidades que, al no derivar del ejercicio de un derecho formal, pudiesen parecer un acto de clemencia del régimen en relación con su persona y proyectar una sombra, por leve que fuese, sobre su honradez de combatiente irreductible.

«Están en curso las gestiones para que se me permita escribir —leemos en una carta a Carlo. Con esto basta... Veo, en cambio que Tatiana imagina no sé qué fantasías, co-

mo la de que es posible que la reclusión se transforme por razones de salud en confinamiento, es decir posible por vía ordinaria, en virtud de leyes y reglamentos escritos. Esto sólo sería posible con una medida especial de gracia, que sólo se concedería naturalmente tras una petición motivada por cambio de opinión y reconocimiento, etc., etc. Tatiana no piensa en todo esto: es de una ingenuidad cándida que a veces me asusta porque no tengo la más mínima intención de arrodillarme ante nadie ni de modificar mi línea de conducta. Soy lo bastante estoico como para prever con la máxima tranquilidad todas las consecuencias de las citadas premisas. Sabía desde hacía tiempo lo que me podía ocurrir. La realidad me ha confirmado en mi resolución y no me ha transtornado en absoluto. En vista de todo esto, es necesario que Tatiana sepa que no hay ni que hablar de estas fantasías, porque el solo hecho de hablar de ellas puede hacer pensar que yo las he sugerido a modo de tanteo.»

Esta idea le irritaba «hasta el frenesí» y a veces le hacía comportarse de manera descortés con Tatiana: «Todas tus injerencias no hacen más que proyectar una sombra de equívoco sobre mi cristalina posición y la de los demás, pero especialmente mía. ¿Por qué no quieres comprender que eres incapaz, radicalmente incapaz, de tener en cuenta mi honor y mi dignidad en estas cuestiones?... Sólo quiero constatar la imposibilidad objetiva en que te encuentras de revivir la atmósfera de hierro y de fuego por la que yo he pasado.» Pero nunca renunció a lo que le concedían las leyes y los reglamentos penitenciarios. «En general —explicaba a Carlo, refiriéndose a la eventualidad de una revisión del proceso—, considero que en mi situación los recursos a la legalidad son oportunos y necesarios, sin hacerme ilusiones, pero para tener la conciencia tranquila de que, por mi parte, he hecho todo lo que legalmente era posible para demostrar que me han condenado sin ninguna base legal.»

Después de la detención le confinaron en Ustica, una pequeña isla de ocho kilómetros cuadrados y mil seiscientos habitantes, quinientos de los cuales eran presos que extinguían condena por delitos comunes. Gramsci habitaba con otros cinco detenidos: el ex diputado reformista Giuseppe Sbaraglini, de Perugia; el ex diputado maximalista Paolo Conca, de Verona; dos camaradas de los Abruzzos y su más tenaz adversario en la lucha de corrientes dentro del partido, Amadeo Bordiga. A pesar de la diversidad de las ideas y del recuerdo fresco todavía de agrias polémicas, se entendían perfectamente. Tenían que organizarse y Gramsci aceptó con espíritu de adaptación su parte de la tarea común: «Hacemos mesa común y hoy precisamente, me toca hacer de camarero y de fregón: no sé todavía si tendré que pelar las patatas, preparar las lentejas o limpiar la ensalada antes de servir a la mesa. Se espera mi debut con mucha curiosidad: algunos amigos habían querido sustituirme en el servicio, pero no ha habido forma de hacerme renunciar al cumplimiento de mi parte.» Tenía material suficiente para leer. Había recurrido a un amigo de los años de Turín, Piero Sraffa, que enseñaba economía en la Universidad de Cagliari. Y este amigo, hijo de un profesor de la Bocconi en Milán, le había abierto una cuenta corriente ilimitada en una librería de Milán, la Sperling e Kupfer. Los libros que recibía servían también para la escuela de cultura general organizada entre los confinados políticos. Gramsci era profesor y alumno: enseñaba historia y geografía y seguía un curso de alemán. La sección científica era dirigida por Bordiga. Por la noche, en casa, jugaban a las cartas. («No había jugado nunca hasta ahora; Bordiga asegura que tengo aptitudes para llegar a ser un buen jugador de malilla científica.») Los confinados políticos podían hacer frente a los gastos de subsistencia con la subvención gubernativa de diez liras diarias. Gramsci aseguraba que no necesitaba ninguna ayuda. Escribió a Tatiana: «*No quiero en absoluto* que tú te sacrifiques *personalmente* por mí; si te es posible, manda tu ayuda a Julia, que seguramente la necesita más que yo.» Pero la estancia en Ustica, bastante soportable, iba a terminarse pronto. El 20 de enero, cuarenta y cuatro días después de la llegada, Gramsci dejó la isla en dirección a la cárcel milanesa de San Vittore.

Llegó a ella el 7 de febrero de 1927, tras diecinueve días de penoso viaje de traslado, con paradas en una infinidad de cárceles de tránsito:

«Os quiero dar una impresión de conjunto del traslado... Se llega cansado, sucio, con las muñecas doloridas por las largas horas de esposas, sin afeitar, con el cabello largo, con los ojos hundidos y brillantes por la exaltación de la voluntad y por la falta de sueño; se tiende uno en el suelo, encima de colchonetas viejísimas, vestido para evitar el contacto

con la suciedad, envolviendo la cara y las manos en la propia toalla y cubriendo el cuerpo con mantas insuficientes, lo justo para no helarse. Se reemprende el camino más sucio y cansado todavía, hasta la nueva parada, con las muñecas más lívidas todavía por el frío de las esposas y el peso de las cadenas y por la fatiga de tener que transportar el propio equipaje en estas condiciones.»

Después de aquel viaje, la cárcel de San Vittore le pareció a Gramsci una arribada feliz. Dos días después de su llegada, el 9 de febrero, fue interrogado por el juez instructor Enrico Macis. Estaba sereno. En vez de buscar consuelo, escribía a su madre para consolarla a ella:

«Habrá que tener paciencia y yo tengo toneladas, vagones, casas enteras (¿te acuerdas lo que decía Carlo de pequeño, cuando comía algún dulce sabroso?: "Me comería cien casas." De paciencia, yo tengo *kentu domos e prus* —cien casas y más). Pero tú también deberás tener paciencia y ser bondadosa. En cambio, en tu carta me parece entrever otro estado de ánimo. Escribes que te sientes vieja, etc. Pues bien, yo estoy seguro de que eres todavía muy fuerte y resistente, pese a tu edad y a los grandes dolores y a las grandes fatigas por los que has tenido que pasar.»

Le recordaba un juego de palabras, Corrias (la madre era de la familia Marcias-Corrias) quiere decir «corriàzzu», coriáceo, fuerte:

«*Corrias, corriàzzu,* ¿te acuerdas? Estoy seguro de que volveremos a encontrarnos todos juntos, hijos, nietos y a lo mejor biznietos y haremos un gran banquete con *kulurzones* y *pardulas* y *zippulas* y *pippias de zuccuru* y *figu sigada.* ¿Crees que a Delio le gustarán los *pirichittos* y las *pippias de zuccuru?* Creo que él también querrá comer cien casas. No sabes cuánto se parece a Mario y a Carlo cuando eran pequeños, especialmente a Carlo, si prescindimos de la nariz, que en Carlo era rudimentaria. He pensado muchas veces en estas cosas y me gusta recordar los hechos y las escenas de la infancia: encuentro en ellos muchas penas y muchos sufrimientos, es cierto, pero también cosas alegres y bellas. Y además, en estos recuerdos estás siempre tú, querida madre, y tus manos siempre ajetreadas por nosotros, para aliviar nuestras penas y para sacar alguna utilidad de todas las cosas. ¿Te acuerdas de mis artimañas para tener el café bueno sin cebada, y otras porquerías de la misma especie?»

El 20 de febrero, Antonio escribió a Teresina:

«Me preocupa mucho el estado de ánimo de nuestra madre, pero no sé qué hacer para consolarla y tranquilizarla. Quisiera infundirle la convicción de que estoy muy tranquilo, como así es realmente, pero veo que no lo consigo... Hay toda una zona de sentimientos y de modos de pensar que constituye una especie de abismo entre nosotros. Para ella mi encarcelamiento es una terrible desgracia, totalmente misteriosa en sus concatenaciones de causas y efectos; para mí es un episodio de la lucha política que se libraba y seguirá librándose no sólo en Italia sino en todo el mundo, quién sabe durante cuánto tiempo todavía. A mí me han hecho prisionero; es como en la guerra: se podía caer prisionero sabiendo no sólo que esto podía ocurrir sino que podía ocurrir algo todavía peor.»

En mayo, Tatiana, que quería ayudar a su cuñado desde más cerca, se trasladó a Milán; pero enfermó y tuvo que restablecerse en una clínica. Era el único familiar en cuya ayuda podía confiar Antonio. Su prolongada enfermedad le deprimió. Al mismo tiempo, otros hilos se rompían.

No había sabido nada más del hermano Mario. Se habían perdido de vista desde 1921, después de una visita de Antonio a su casa de Varese. Mario no se ocupaba ahora de política o, por lo menos no se ocupaba como cuando era secretario federal fascista de Varese. Seguía teniendo las mismas ideas, pero ya no con la misma dedicación activa. Los comunistas le habían atacado casi en el mismo momento en que los fascistas apaleaban a Gennaro en Turín. Había abandonado los cargos políticos y se dedicaba exclusivamente a los asuntos de su empresa comercial. En mayo, Antonio tuvo noticias del hermano y escribió a su madre: «Quisiera tener la dirección exacta de Mario. No he tenido relaciones con él desde 1921, pero ahora he sabido que se ha preocupado por mí y quiero escribirle para darle las gracias.» Anna Maffei Parravicini, la esposa de Mario, escribió después a Ghilarza y la señora Peppina informó en se-

guida a Antonio de esta carta, «muy compungida» según ella. Antonio escribió pues a su hermano pidiéndole que fuese a verle a la cárcel. Mario fue, efectivamente, a finales de agosto. A Antonio le pareció «muy inquieto», pero no dio mucha importancia a esta inquietud, que podía ser una simple impresión. El 29 de agosto de 1927 escribió a Tatiana:

«El jueves hablé con mi hermano Mario, que me tranquilizó sobre tus condiciones de salud... Me dijo que te había invitado a pasar algunos días en su casa de Varese. ¿Por qué no aceptas? El calor ya ha pasado, pero el campo debe ser todavía agradable y la región de los lagos lombardos es digna de verse. Mi hermano es un buen muchacho y estoy seguro de que te encontrarás *à ton aise* en su casa. Conozco poco a su mujer; la he visto una sola vez, hace ya años, cuando estaba encinta, y no creo que sea este el momento más oportuno para conocer a una señora.»

También el 29 de agosto escribió a su madre:

«El jueves vino a verme Mario y hablamos cerca de un cuarto de hora. Está muy bien. Me ha hablado de sus negocios, que ahora van también bastante bien. Me parece que tiene una ligera tendencia a engordar, como papá. Antes de venir a verme, ha ido a visitar a mi cuñada en el hospital y me ha podido dar noticias suyas que me han tranquilizado un poco. Me ha prometido que te escribirá en seguida para decirte que me ha encontrado bien de salud.»

Pero la carta que Mario escribió a Ghilarza tuvo un tono muy distinto y Antonio se disgustó: «Carlo me escribe como si estuviese al borde de la tumba; habla de venir él también a Milán e incluso ha pensado en traer a mamá, una mujer de casi setenta años que nunca ha salido del pueblo ni ha hecho un viaje por ferrocarril de más de cuarenta kilómetros. Son cosas manicomiales que me han apesadumbrado e incluso irritado un poco contra Mario; podía ser un poco más franco conmigo y no aterrorizar a nuestra anciana madre.» Y concluía amargamente: «No puedo contar con mi hermano Mario.»

Otros vínculos parecían aflojarse también. Le afligía mucho la impresión de que Julia le olvidaba. El 26 de febrero de 1927, escribió a su madre: «Desde hace casi un mes y medio no tengo noticias de Julia y de los dos niños, por esto no puedo decirte nada de ellos.» El 20 de marzo escribió a Tania: «He vuelto a ver la letra de Julia: pero, ¡qué poco que escribe esta muchacha y qué bien sabe justificarse con el ruido que arman en torno a ella los niños!» El 25 de abril decía, en otra carta a Tania:

«Me escribes anunciándome una carta de Julia y vuelves a escribirme anunciándome otra: después recibo una carta tuya (tus cartas me son muy queridas), pero todavía no he recibido las de Julia. Tú no puedes imaginarte mi existencia, aquí en la cárcel. No puedes imaginar cómo espero cada día al recibir el anuncio y cómo experimento cada día una desilusion; esto repercute en todos los minutos de todas las horas de todos los días.»

El primero de agosto escribió a su madre: «Hace tiempo que no recibo noticias de Julia; desde hace tres meses no sé nada de ella ni de los niños. Mi cuñada sigue enferma en el hospital.» Quizá por esto el 4 de julio había escrito a un compañero, Giuseppe Berti: «Estoy pasando por un período de fatiga moral, en relación con hechos de carácter familiar.»

Tatiana salió de la clínica a primeros de septiembre de 1927; esto representó un gran alivio para Antonio. Le recordaba a Julia, incluso físicamente.[1] Sin embargo, era más expansiva que Julia; al temperamento tranquilo de ésta oponía un temperamento lírico, con momentos de énfasis y languideces románticas; sentía la necesidad de desahogar en Antonio un afecto de esposa-madre, protector y «enfermerístico»; le quería y el sacrificio de ayudarle la exaltaba en vez de cansarla, como si satisfaciese —y así era en realidad— una íntima exigencia de participación en la pena de otro; se prodigaba para aliviar la dureza de su reclusión y durante los diez años de cárcel fue el sostén más querido de Antonio. Lo que Gramsci sentía por ella se refleja bien en la frase con que terminaba la primera carta que le escribió después de su detención: «Te abrazo tiernamente, querida, porque en ti abrazo a todos los míos.» Tatiana era la única

1. Le dirá: «He observado que os parecéis mucho, a pesar de algunos rasgos pronunciados de personalidad propia e inconfundible. ¿Recuerdas que una tarde en Roma me dirigí a ti creyendo que eras Julia?»

familiar que estaba cerca de él, era como una hermana: «Ya ves que te escribo como si fueses una hermana, y en todo este tiempo has sido para mí algo más que una hermana. Por esto te he hecho sufrir un poco en algunas ocasiones. Pero ¿no es verdad que se hace sufrir precisamente a los que más se quiere? Quiero que hagas todo lo necesario para curarte y estar sana. Así podrás escribirme, tenerme informado de Julia y de los niños y consolarme con tu afecto.»[2] El 3 de octubre escribió a su madre:

«Mi cuñada ha salido del hospital y viene a visitarme de vez en cuando. Está todavía en plena convalecencia y hace grandes sacrificios por mí. Viene cada día a la cárcel y me manda exquisiteces: fruta, chocolate, pastas frescas. Pobrecilla; no consigo convencerla de que no se canse tanto y de que piense un poco más en su salud. A mí me humilla un poco tanta abnegación; ni una hermana haría lo que hace ella.»

Su vida transcurría en espera del proceso, pero no se hacía ninguna ilusión sobre el resultado de éste. Esperaba una condena dura. Pero no por ello había perdido la calma de siempre.

«Mi situación moral es óptima: hay quien me cree un satanás y quien me cree un santo. Yo no quiero hacerme el mártir ni el héroe. Creo ser simplemente un hombre medio, que tiene convicciones profundas y no las cambia por nada del mundo... En los primeros meses de mi estancia aquí, en Milán, un guardián me preguntó si era verdad que si yo hubiese cambiado de bandera habría sido ministro. Le contesté sonriendo que ministro era quizá demasiado pero que sí habría podido ser subsecretario de Correos o de Obras Públicas, dado que éstos eran los cargos que se daban en los gobiernos a los diputados sardos. Se encogió de hombros y me preguntó que por qué no había cambiado, pues, de bandera, llevándose un dedo a la frente. Había tomado en serio mi respuesta y me creía loco de atar.»

La instrucción del proceso iba para largo. No era fácil encontrar pruebas definitivas de las diversas acusaciones,

2. Carta del 12 de septiembre de 1927.

basadas exclusivamente en informes de policías y carabineros llenos de juicios de valor (naturalmente, Gramsci siempre había sido un «subversivo», un individuo «muy peligroso para el orden público», su acción era «nefasta», etc.) pero faltos de hechos específicos.[3] Por esto en todas las fases de la instrucción la policía intentó recoger pruebas y comprometer a Gramsci poniéndole al lado agentes provocadores. La orden de detención era del 14 de enero de 1927. Durante el traslado de Ustica a Milán, en la cárcel de Bolonia, uno de estos agentes provocadores se acercó a Gramsci; decía llamarse Dante Romani y suministraba estas informaciones sobre sí mismo: anarco-sindicalista, maquinista de tren detenido en 1920 durante la revuelta de Ancona. Ahora se encontraba en Bolonia en tránsito para Ancona, después de haber cumplido su pena en Portolongone. Pese a los años de cárcel, parecía muy bien informado —demasiado— de los ultimos acontecimientos italianos; Gramsci desconfió de él y no se dejó sonsacar. El 9 de febrero y el 20 de marzo, hubo los interrogatorios en la cárcel de San Vittore. El 21 de marzo, el juez Macis cerró el sumario y lo envió a Roma, al Tribunal Especial para la Defensa del Estado, que funcionaba desde el primero de febrero. Pero la acusación todavía no se sostenía. Y entonces volvió a aparecer Dante Romani. Hasta aquel momento, Gramsci había estado sometido a un régimen penitenciario rígido: solo en la celda, solo en el paseo, máxima vigilancia para impedir que se comunicase con otros. Cuando llegó Romani todo cambió. Extrañamente, Romani pudo acercársele; extrañamente se le permitió que pasase horas y horas en la celda de Gramsci. Se le ofrecía para sacar fuera de la cárcel cartas, mensajes, órdenes; decía que el movimiento comunista estaba en crisis y recomendaba a Gramsci que enderezase con una intervención enérgica la organización ilegal del partido. La trampa policíaca falló, pero la máquina procesal no se detuvo. El 20 de mayo se dictó una nueva orden de detención bajo la acusación de guerra civil, de saqueo, de devastación, de matanzas; el 2 de junio hubo un nuevo interrogatorio. Seguía siendo difícil probar las acusaciones. En la primera quincena de

3. En un informe de los carabineros de Roma se decía de Gramsci: «Denunciado en noviembre de 1922 por la Real Fiscalía de Roma por haber sido encontrado en posesión de armas y explosivos»: en noviembre de 1922 Gramsci estaba en Moscú desde hacía seis meses, recuperándose en el sanatorio «Bosque de plata».

octubre apareció en el patio por donde paseaba Gramsci, un tal Corrado Melani, presentado como el amante de la cuñada del jefe federal fascista de Milán, Mario Giampaoli. Melani se decía perseguido por Giampaoli y explicaba así las razones de la persecución: el atentado del 31 de octubre de 1926 contra Mussolini en Bolonia, en realidad, había sido, un truco organizado en Milán por Giampaoli; un auxiliar de la milicia había disparado al aire y Giampaoli se había precipitado sobre Anteo Zamboni, degollándolo. Melani tenía los documentos que demostraban la simulación del atentado; también tenía documentos sobre los vínculos de Giampaoli con empresas de prostitución y de juegos de azar; otros documentos en su poder demostraban la pederastia de algunos diputados fascistas. Si se publicasen aquellos documentos, la crisis del régimen sería más fuerte todavía que la que se produjo con el delito Matteotti. De aquí el propósito de Giampaoli de liquidar, envenándolo incluso, aquel fastidioso poseedor de los documentos. Corrado Melani se los ofreció a Gramsci a cambio de una cantidad mensual que le pasaría el Partido Comunista. Era una trampa ingenua; Gramsci no cayó en ella y el sumario siguió privado de los elementos de acusación que la policía pensaba poder incluir en él. Pero el juicio no podía diferirse más; después de algunos aplazamientos, se fijó para el 28 de mayo de 1928, en Roma.

24

Salió de Milán el 11 de mayo de 1928. El juicio duró del 28 de mayo al 4 de junio. Era la gran ocasión esperada; con vistas a ella Mussolini había sustituido la magistratura ordinaria, culpable de una cierta resistencia al proceso de fascistización de los órganos del Estado, por una magistratura política: el Tribunal Especial para la Defensa del Estado.

Al principio, este tribunal había tenido que ocuparse de casos más bien modestos, como por ejemplo el de los dos trabajadores romanos que, según el acta de acusación del comisario de seguridad pública, Epifanio Pennetta, habían lanzado expresiones injuriosas contra Mussolini, como «Me c... en sus muertos, ese puerco», proferida por uno de ellos, y «¡Todavía no se lo han cargado!», atribuida al otro. En cambio, ahora se sentaban frente a los jueces algunos de los adversarios más tenaces del régimen, veintidós hombres odiados por Mussolini a causa del peligro real que representaban. En primera línea Antonio Gramsci, Umberto Terracini, Mauro Scoccimarro, Giovanni Roveda y los ex diputados Luigi Alfani, Igino Borin, Enrico Ferrari y Ezio Riboldi. Tenía que ser un gran *show* judicial; se emplearon todas las formas de la liturgia fascista, un doble cordón de milicianos con casco negro, el puñal en la cintura y los mosquetones con la bayoneta calada. Los jueces iban en uniforme de gala[1] y había un siniestro ritual de corte marcial. En la mesa de la prensa habían sido admitidos los corresponsales del «Manchester Guardian», del «Petit Parisien» y de la agencia «Tass». Pudieron asistir al juicio, Carlo Gramsci y los hermanos de Terracini y de Scoccimarro.

Los veintidós acusados se sentaban en el banco a ellos reservado «custodiados por la fuerza armada pero libres en sus personas», como se dice en el acta de la primera audiencia. Todos adoptaron la línea de admitir su actividad en las filas del Partido Comunista, pero negando haber ocupado una función dirigente. Estaban tranquilos. El primer inte-

1. Era presidente el general Alessandro Saporiti, ponente el abogado. Giacomo Buccafurri, jurados cinco cónsules de la milicia fascista, fiscal el abogado Michele Isgrò.

rrogado fue Antonio Gramsci en la audiencia del 30 de mayo. Uno de los defensores, el abogado Giuseppe Sardo, ha reconstruido de este modo el diálogo:

«PRESIDENTE: Se le acusa de actividad conspirativa, de instigación a la guerra civil, de apología del delito y de incitación al odio entre las clases. ¿Qué tiene que decir en su descargo?

»GRAMSCI: Confirmo las declaraciones que hice a la policía. Fui detenido pese a ser diputado en el ejercicio de mi cargo. Soy comunista y mi actividad política es conocida porque la he explicado públicamente como diputado y como periodista de "L'Unità". No he realizado actividades clandestinas porque aunque hubiese querido me habría sido imposible. Desde hace años he sido vigilado por seis agentes, con la misión declarada de acompañarme cuando salía y de parmanecer en mi casa. Nunca fui dejado solo, pues; y con el pretexto de protegerme, se ejerció sobre mí una vigilancia que se convierte en mi mejor defensa. Pido que se oiga como testigos sobre esta circunstancia, al prefecto y al jefe de policía de Turín. Por otro lado, si ser comunista implica responsabilidad, la acepto.

»PRESIDENTE: Entre los escritos secuestrados se habla de guerra y de conquista del poder por parte del proletariado. ¿Qué quieren significar estos escritos?

»GRAMSCI: Creo, señor general, que todas las dictaduras de tipo militar terminan, tarde o temprano, derrocadas por la guerra. En este caso, me parece evidente que corresponde al proletariado sustituir a la clase dirigente, tomando las riendas del país para salvar el destino de la nación.»

Hablaba en voz muy baja. Sólo se excitó hacia el final del interrogatorio. Le habían irritado algunas interrupciones del ministerio público. Dirigiéndose a los jueces, dijo con vehemencia: «Vosotros llevaréis Italia a la ruina, y a nosotros, los comunistas, nos corresponde salvarla.»

En algunas ocasiones, también polemizaron los demás acusados. Entre los antecedentes penales de Ferrari se recordó una antigua condena por la huelgas de Modena de 1913. Ferrari objetó con prontitud: «Lo cierto es, señor presidente, que por los hechos recordados recibí entonces las mejores alabanzas del director del "Avanti!", el actual jefe del gobierno.» Y el abogado Riboldi, miembro de la comisión jurídica del PCI, dijo: «He defendido a más de trescientos comunistas que han sido considerados inocentes y absueltos por la magistratura. No comprendo porque hoy he de ser condenado yo, sólo por haberlos defendido.»

El fiscal habló en la audiencia del 2 de junio. Su requisitoria fue violenta. Refiriéndose a Gramsci dijo: «Hemos de impedir durante veinte años que este cerebro funcione.»

Finalmente, el 4 de junio antes de que el tribunal se retirase a deliberar, se concedió la palabra a los acusados. En nombre de todos habló Terracini:

«TERRACINI: Cada uno de nosotros ha dicho en sus declaraciones cuál era su posición en la organización del partido. Nuestras palabras no han sido invalidadas en lo más mínimo por los testimonios de la policía, cómodamente atrincherados detrás del principio de irresponsabilidad, llamado por otro nombre, "secreto oficial", según los cuales todos nosotros, sin excepción, éramos jefes del partido. Pero por lo demás, ¿y si esto fuese cierto, qué?

»PRESIDENTE: Bien, bien. Tomo nota.

»TERRACINI: Perfectamente, señor presidente, pero tome nota también de lo que voy a decirle ahora. Puedo adornarme con el título de abogado y quiero aducir alguna jurisprudencia. No la vieja jurisprudencia de las viejas sentencias dictadas bajo los viejos regímenes, sino la novísima jurisprudencia de los tribunales inspirados ya en los nuevos principios de la ética y la política. Existe una sentencia dictada, y no hace mucho, por un tribunal mucho más alto que este...

»PRESIDENTE: ¿Cómo, cómo?

»TERRACINI: ...por un tribunal que, a diferencia del presente, es un tribunal constitucional...

»PRESIDENTE: Vaya con cuidado en lo que dice.

»TERRACINI: El señor presidente no puede dejar de estar de acuerdo conmigo, porque hablo del Senado constituido en Alto Tribunal de Justicia, es decir, de la magistratura más alta entre todas las que existen y funcionan de acuerdo con los términos de la Constitución del Estado. Pues bien, en dicha sentencia, que el gobierno quiso que se difundiese ampliamente para conocimiento y advertencia de todos los ciudadanos, se dice que ningún jefe o dirigente de partido o de otra organización se puede considerar responsable penalmente por actos cometidos por miembros o secuaces de los partidos o de las organizaciones en cuestión, cuando no puede

probarse concretamente su responsabilidad. El tribunal ha comprendido, sin duda: me refiero a la sentencia de la Comisión de Instrucción del Alto Tribunal de Justicia en el procedimiento contra el general Luigi De Bono, acusado de complicidad en el homicidio del honorable Matteotti y absuelto por insuficiencia de pruebas. Ahora yo pregunto: ¿es válida para nosotros esta jurisprudencia? El ministerio público, en su informe, ha sostenido implícitamente que no. Por lo que a mí respecta, no tengo ninguna duda sobre la respuesta del tribunal. Y sin embargo, a pesar de estas previsiones, la de la aceptación integral de las peticiones del ministerio público y la de condena a la pena máxima, no puedo dejar de sentir una satisfacción íntima. No hay por qué extrañarse. De hecho, si tomamos estas conclusiones formuladas hasta ahora en lenguaje jurídico, y las traducimos al lenguaje político, ¿qué significado se desprende de ellas?

»PRESIDENTE: Deje estar la política y aténgase a la materia de la causa.

»TERRACINI: Señor presidente, yo pido por lo menos al final de este proceso, que tiene su origen y su razón de ser exclusivamente en causas y necesidades de orden político, yo pido que se me permita, aunque sólo sea un momento, hacer lo que durante seis días se nos ha prohibido: hablar políticamente. Decía: ¿cuál es el significado político de las conclusiones del acusador público? Simplemente éste: que el hecho puro y simple de la existencia del Partido Comunista basta, por sí solo, para poner en grave e inminente peligro al régimen. ¡He aquí, pues, el Estado fuerte, el Estado protegido, el Estado totalitario, el Estado armadísimo! Se siente amenazado en su solidez, más aún, en su seguridad sólo porque frente a él se levanta este pequeño partido, despreciado, golpeado y perseguido que ha visto a sus mejores militantes asesinados o encarcelados, obligados a acogerse al secreto para salvar sus vínculos con la masa trabajadora, por la cual y con la cual vive y lucha. ¿Es de extrañar, pues, que yo declare hacer mías, íntegramente, estas conclusiones del ministerio fiscal?

»PRESIDENTE: Basta ya de esta cuestión. ¿Tiene algo más que decir?

»TERRACINI: Habría terminado ya si no me sintiese obligado a seguir al ministerio fiscal en el terreno de las previsiones. No de las sentimentales, que son precisamente las que él ha utilizado y en las que me es demasiado fácil derrotarle. Nuestra condena no será acogida con alegría y aplausos sino con tristeza y dolor, de esto estoy cierto. Pero es una previsión política la que hago una vez más, señor presidente: seremos condenados porque se nos reconocerá culpables de excitación al odio entre las clases sociales y de actos de incitación a la guerra civil. Pues bien, el día de mañana no habrá nadie que al leer la espantosa lista de nuestras condenas no esté convencido de que este proceso y el veredicto que va a ponerle fin no constituyen, por sí mismos, un episodio de guerra civil, una poderosa excitación al odio entre las clases sociales.

(El presidente le interrumpe. Quiere quitarle la palabra.)

»TERRACINI: Pero esto no puede decirse, ¿no es cierto? Así que quiero concluir, con un pensamiento más alegre. Señor presidente, señores jueces, este juicio ha sido realmente la conmemoración más característica y digna del octogésimo aniversario del Estatuto, que vosotros habéis solemnizado por las calles de esta capital entre salvas de cañones y sones de bandas de música.»

(Interrupción definitiva del presidente.)

Cayó una verdadera granizada de años de cárcel. Gramsci fue condenado a 20 años, 4 meses y 5 días (y lo mismo Roveda y Scoccimarro); Terracini a 22 años, 9 meses y 5 días.

Circulaba la noticia de que Gramsci sería enviado a Portolongone. El 8 de junio de 1928, cuatro días después de la sentencia, Teresina tomó la iniciativa de escribir a Mussolini desde Ghilarza. Le pedía que autorizase «una rigurosa visita médica» y que el hermano fuese «internado en un sanatorio penitenciario donde, con una alimentación adecuada y con un régimen de cura que corresponde a su organismo enfermizo pueda soportar más humanamente la pena que le ha sido infligida».[2] Fue visitado. Había perdido ya doce dientes y sufría, según un informe fechado el 6 de julio de 1928, del jefe de gabinete del ministro de Gracia y Justicia al ministro del Interior, de «periodontitis expulsiva en relación con trastornos urémicos y con un leve agotamiento nervioso».[3] En consecuencia, se revocó la orden de traslado a Portolongone.

2. Carta inédita.
3. Informe inédito.

Se le destinó a la cárcel de Turi, a una treintena de kilómetros de Bari. Antonio llegó a ella el 19 de julio, después de un viaje de traslado que duró doce días:

«El viaje Roma-Turi ha sido horrible. Se ve que los dolores que había sentido en Roma y que me parecían un ataque de hígado no eran más que el comienzo de la inflamación que se manifestó luego. Me he sentido increíblemente mal. En Benevento pasé dos días y dos noches infernales; me retorcía como un gusano, no podía estar ni sentado, ni de pie, ni tendido. El médico me dijo que era el fuego de San Antonio y que no había nada a hacer.»

Llegó a Turi extenuado. «Sufría —cuenta un compañero de cárcel, Giuseppe Ceresa— una erupción cutánea de carácter urémico; todas sus funciones digestivas estaban en pleno desbarajuste, respiraba con gran fatiga y cada cuatro pasos tenía que apoyarse en alguien.»

En seguida pudo advertir la dureza y la inhumanidad del personal directivo y sanitario. Un preso político, Aurelio Fontana, recuerda las palabras de Gramsci al director en son de protesta: «Fui detenido mientras estaba vigente todavía mi mandato parlamentario. En consecuencia, se me debería dar un trato análogo al que recibiría, en su caso, un cardenal detenido. Sn embargo, no se me trata ni siquiera como a un sacristán.» El médico era un tal doctor Cisternino de quien un escritor, Domenico Zucàro, que fue a entrevistarle veinte años después, escribirá (no sin recibir un desmentido y ser demandado judicialmente):

«Gramsci necesitaba curas médicas más importantes y una mejora de las condiciones de vida a que estaba sometido... El doctor Cisternino lo abandonó. Un día le dijo que como fascista no deseaba nada más que su muerte. No era de extrañar el cinismo de aquel hombre mendaz y cobarde hasta la bellaquería... En el pueblo se cuenta que si le llaman de noche tiene por costumbre fijar los honorarios por adelantado, antes de bajar a abrir... Desde la ventana pregunta al cliente si está dispuesto a pagar cinco mil o incluso diez mil liras.»

Más atenciones tenía una parte del personal de vigilancia. Pero la celda de Gramsci estaba junto al puesto de guardia y los rumores le impedían a menudo descansar.

25

A principios de febrero de 1929, cuando llevaba ya dos años y cuatro meses en la cárcel, pudo disponer, finalmente, de material y condiciones para trabajar.[1] Cuatro meses después de la detención, el 19 de marzo de 1927, había expuesto ya a Tatiana las líneas generales de su plan de trabajo:

«Me obsesiona la idea —escribía— de que debería hacer algo *für ewig*,[2] según una compleja concepción de Goethe que recuerdo que torturaba mucho a nuestro Pascoli. Quisiera ocuparme, en suma, siguiendo un plan preestablecido, intensa y sistemáticamente, de algún tema que me absorbiese y centralizase mi vida interior.»

Pensaba entonces en cuatro temas: 1) una investigación sobre los intelectuales italianos, sus orígenes, su agrupación según las corrientes de la cultura y sus diversos modos de pensar; 2) un estudio de lingüística comparada; 3) un estudio sobre el teatro de Pirandello y sobre la transformación del gusto teatral italiano que Pirandello había representado y contribuido a determinar; 4) un ensayo sobre las novelas de folletín y el gusto popular en literatura. Cuando pudo disponer de papel y pluma no se dedicó inmediatamente al desarrollo de estos o de otros temas; traducía del alemán: «De momento sólo hago traducciones, para entrenarme un poco; mientras tanto pongo en orden mis ideas». (9 de febrero de 1929.) El día anterior había trazado un esquema general, escribiéndolo en la primera página de un cuaderno de la casa Giuseppe Laterza e Figli (doscientas páginas, cubierta rojinegra jaspeada):

1. Carta del 14 de enero de 1929: «Dentro de poco podré disponer de lo necesario para escribir en la celda; veré satisfecha, pues, mi mayor aspiración como preso.» El 9 de febrero: «Ahora que puedo tomar notas en un cuaderno, quiero leer según un plan, profundizar determinados temas y no "devorar" libros.»
2. *Für ewig:* expresión alemana que significa *para la eternidad. (Nota del Traductor.)*

«PRIMER CUADERNO (8 de febrero de 1929). — Notas y apuntes. — Temas principales: 1) Teoría de la historia y de la historiografía; 2) Desarrollo de la burguesía italiana hasta 1870; 3) Formación de los grupos intelectuales italianos: desarrollo, actitudes; 4) La literatura popular de las novelas de folletín y las razones de su éxito persistente; 5) Cavalcante Cavalcanti: su posición en la estructura y en el arte de la *Divina Commedia;* 6) Orígenes y desarrollo de la Acción Católica en Italia y en Europa; 7) El concepto de folklore: 8) Experiencias de la vida en la cárcel; 9) La «cuestión meridional» y la cuestión de las islas; 10) Observaciones sobre la población italiana: su composición, función de la emigracion; 11) Americanismo y fordismo; 12) La cuestión de la lengua en Italia: Manzoni y G. I. Ascoli; 13) El «sentido común»; 14) Revistas tipo: teórica, crítico-histórica, de cultura general (divulgación); 15) Neogramáticos i neolingüistas ("esta mesa redonda es cuadrada"); 16) Los nietos del padre Bresciani.»

Gramsci tenía muy claras desde el principio las líneas generales, por lo menos, de su plan de trabajo. Las precisó mejor en una carta a Tatiana del 25 de marzo de 1929: «He decidido ocuparme sobre todo y de tomar notas sobre estos tres temas: 1) La historia italiana en el siglo XIX, con especial atención por la formación y el desarrollo de los grupos intelectuales; 2) La teoría de la historia y de la historiografía; 3) el americanismo y el fordismo.»

Trabajaba en condiciones difíciles, con los libros que el director —inclinado, por conformismo de burócrata a resistencias y a pequeñas vejaciones— le permitía recibir irregularmente del exterior. Los compañeros de la cárcel recuerdan que dedicaba muchas horas al trabajo. Escribía sin sentarse nunca: paseaba absorto y sólo cuando la frase se le había ordenado bien en la mente se dirigía a la mesa, apoyaba una rodilla en el taburete y de pie, un poco encorbado, escribía; al terminar, volvía a pasear. Nunca había sido un escritor de flujo continuo, ni siquiera la experiencia del periodismo cotidiano le hacía ir de prisa. Pero después de la larga meditación, lo que tenía que escribir lo escribía de un tirón, sin rehacer ni tachar nada. Así trabajaba un par de horas cada día, con ejemplar tenacidad, pese a los muchos factores desfavorables: los generales de la vida de todo recluso y además la imposibilidad de consultar ampliamente los libros y los documentos necesarios, la progresiva deterioración física y el abatimiento por las sombras que la discontinuidad de la correspondencia iba acumulando entre él y Julia. El trabajo, los apuntes, las notas breves con una idea fijada en su primer esbozo, los ensayos a completar o a reelaborar eran para Gramsci la vida misma, su modo de continuar la lucha revolucionaria, de permanecer vinculado al mundo, ideológicamente activo en la sociedad de los hombres.

El resultado final fueron treinta y dos cuadernos, veintiuno de los cuales los escribió o los empezó en Turi: en total, 2.848 páginas, equivalentes a cuatro mil folios mecanografiados. La primera impresión que dan los originales es de fragmentariedad. Los temas se entremezclan, se cierran en breves notas: el resumen de un artículo acabado de leer, una idea de otro escrita para recordarla, el primer esbozo de una tesis, las indicaciones para el planteamiento de un ensayo o la parte del ensayo en la redacción definitiva; es toda una acumulación de materiales que luego han de ser sistematizados orgánicamente. A una distancia de meses y a veces de años, según le permite la irregular llegada de los libros, Gramsci reanuda un tema apenas esbozado o insuficientemente desarrollado y lo enriquece con nuevas observaciones, reescribe, amplía grupos conexos de notas precedentes. Son materiales ahora más sólidos, mejor acabados, pero todavía han de ser dispuestos, ligados, fundidos en una construcción bien equilibrada. Gramsci sólo podrá dedicarse en algunos de los temas a este último trabajo de transcripción o de nueva redacción o de nueva ordenación de las notas en una disposición orgánica. La apariencia de fragmentariedad subsiste; y sin embargo, hay una idea central, de fondo, en torno a la cual giran todas las notas dispersas.

¿Cuál es esta idea central? Se puede captar ya, y no sólo en germen, en el ensayo sobre la cuestión meridional.[3] Allí se planteaban las premisas del problema de las alianzas de clase: el proletariado sólo podrá vencer y garantizar la estabilidad del nuevo orden en la medida en que conseguirá conquistar a su causa las demás clases explotadas, la clase

3. Carta a Tatiana del 19 de marzo de 1927: «¿Te acuerdas de aquel escrito mío, apresurado y superficialísimo sobre la Italia meridional y sobre la importancia de Benedetto Croce? Pues bien, quiero desarrollar ampliamente las tesis que entonces esbocé...»

campesina en primer lugar. Pero la clase campesina está integrada en un bloque histórico en el que los intelectuales medios ejercen el papel de difusores de una *Weltanschauung* burguesa, de la concepción de la vida elaborada por los grandes intelectuales de la clase dominante. Para separar al campesino del propietario de tierras es necesario favorecer la formación de un nuevo grupo de intelectuales que rechacen la *Weltanschauung* burguesa (Gobetti, Dorso). Los *Cuadernos* son la continuación y la ampliación del ensayo sobre la cuestión meridional: en ellos se estudia la función de los intelectuales en la historia de Italia, hasta la formación del Estado unitario; la crítica de las filosofías que dan una fundamentación teórica al dominio burgués; la contribución del hombre de pensamiento a la elaboración de una nueva *Weltanschauung* proletaria, de una nueva concepción de la vida opuesta a la burguesa y capaz de sustituir a ésta en la conciencia de las clases explotadas. El Gramsci de los *Cuadernos* se mueve especialmente en estas tres direcciones: historifica los movimientos culturales del pasado; somete a crítica la filosofía de Benedetto Croce; combate las degeneraciones economicistas, mecanicistas y fatalistas del marxismo.

Todo bloque histórico, todo orden constituido —piensa Gramsci, con originalidad respecto a otros marxistas— tiene sus puntos de fuerza no sólo en la violencia de la clase dominante, en la capacidad coercitiva del aparato estatal sino también en la adhesión de los gobernados a la concepción del mundo propia de la clase dominante. La filosofía de la clase dominante, a través de una serie de vulgarizaciones sucesivas, se ha convertido en sentido común, es decir, se ha convertido en la filosofía de las masas, las cuales aceptan la moral, las costumbres, las reglas de conducta institucionalizadas en la sociedad en que viven. Para Gramsci, el problema es, entonces, ver *cómo* la clase dominante ha llegado a obtener el consenso de las clases subalternas y *cómo* estas clases podrán derrocar el viejo orden e instituir otro, un orden de libertad para todos. Ahora bien, no se trata de analizar abstractamente lo que es el capitalismo en general y lo que son las clases explotadas. La primera exigencia de Gramsci es ahondar en una realidad bien precisa, en la realidad italiana concreta; ver cómo se ha formado el Estado burgués italiano y qué función han ejercido los intelectuales en este proceso de formación.

¿Por qué el pueblo ha tenido en el *Risorgimento* un papel marginal y, en todo caso subalterno, dejando que el *Risorgimento* se caracterizase como «conquista regia» y no como movimiento popular? Porque —responde Gramsci— al pueblo le faltaba una conciencia nacional. Y no podía dársela la cultura de la época ni la literatura, porque ésta era «no nacional-popular», en cuanto que ligada a una tradición de «cosmopolitismo», la tradición de los intelectuales estaba al servicio de dos instituciones supranacionales, el Imperio y la Iglesia. Gracias a este vacío de conciencia nacional y a este alejamiento del pueblo del impulso unitario, los moderados cavourianos pudieron dirigir el proceso de unificación, regularlo de acuerdo con sus propios fines, hasta la constitución de un nuevo Estado en el que se fundieron las formas de la dictadura burguesa. Éste es, pues, el vicio de origen del Estado italiano, la causa de su debilidad y de la permanencia en él de tentaciones reaccionarias: la falta de espíritu jacobino en el movimiento que le ha dado vida.

Después de la unificación, el primer gran teórico de la *Weltanschauung* democrático-burguesa es Benedetto Croce. Tiene el mérito —subraya Gramsci— de haber llamado enérgicamente la atención sobre la importancia del momento ético-político en el desarrollo de la historia. El historicismo idealista crociano ha provocado la disolución de las interpretaciones corrientes del marxismo, groseramente mecanicistas, positivistas, evolucionistas. El hombre es el único protagonista de la historia. El pensamiento es un estímulo para la acción, para la actividad ético-política concreta, para la creación de nueva historia. La filosofía crociana, la cual revaloriza contra las teorías deterministas el papel activo del hombre en el desarrollo de la realidad, que es creación del espíritu, tiene, pues, una función de premisa para la reanudación del pensamiento marxista, enturbiado por el economicismo, por el mecanicismo fatalista. Pero, ¿de qué hombre habla Croce? ¿Del hombre históricamente determinado, que vive en una realidad concreta, en un conjunto de condiciones objetivas verificables en un espacio y en un tiempo determinados? No, en la filosofía crociana está presente el Hombre universal, entidad metafísica, no el hombre social, no el hombre cuya personalidad, cuyo pensamiento nacen de una triple relación: del hombre consigo mismo, con los demás hombres y con la naturaleza. En

la filosofía de Croce se encuentran el Espíritu, la Idea, abstracciones del hombre que se mueve y opera dentro de relaciones sociales precisas. El hombre, elevado a criatura de la historia es colocado fuera de ésta por el historicismo crociano. Así —objeta Gramsci— mientras la concepción historicista de la realidad que se encuentra en la filosofía de la praxis se ha liberado de todo residuo de transcendencia y de teología, incluso en su última encarnación especulativa (el Hombre, el Espíritu), el historicismo crociano permanece en la fase teológico-especulativa.

Gramsci define a Croce como el líder nacional de la cultura liberal democrática. El historicismo crociano —escribe— no es nada más que una forma de moderantismo político, que propugna como único método de acción política aquel en que el progreso, el desarrollo histórico, resultan de la dialéctica de la conservación y la innovación. En lenguaje moderno —observa Gramsci— esta concepción se llama reformismo. Pero este historicismo de los moderados y de los reformistas —prosigue— no es en absoluto una teoría científica, no es el «verdadero» historicismo; no es más que el reflejo de una tendencia práctico-política, una ideología en sentido peyorativo. En definitiva, ¿por qué la «conservación», primer término del proceso dialéctico (tesis) ha de ser precisamente aquella determinada «conservación», aquel determinado elemento del pasado? El pasado es una cosa compleja, un complejo de vivos y muertos, en el que la elección no puede hacerla arbitrariamente *a priori* un individuo o una corriente política. Si la elección se ha hecho de este modo (sobre el papel) no puede tratarse de historicismo sino de un acto de voluntad arbitrario, de una manifestación, de una tendencia práctico-política unilateral que no puede servir de fundamento a una ciencia sino únicamente, a una ideología política inmediata. Croce quiere dictar *a priori* las reglas del proceso dialéctico, quiere establecer unilateralmente lo que la síntesis debe conservar de la tesis (el pasado), superado por la antítesis (movimiento innovador); y encierra el proceso dialéctico dentro de la forma liberal del Estado. Pero, ¿cómo se puede pedir que las fuerzas en lucha «moderen» esta lucha dentro de ciertos límites (los límites de la conservación del Estado liberal) sin caer en la arbitrariedad o en el esquema preconcebido? En la historia real, observa Gramsci, la antítesis debe plantearse necesariamente como *antagonista radical*

de la tesis, hasta tender a *destruirla* completamente y a sustituirla, y la síntesis será la superación, pero sin que pueda establecer *a priori* lo que conservará de la tesis, sin que se puedan «medir» *a priori* los golpes, como en un ring convencionalmente regulado. Concebir el desarrollo histórico como un juego deportivo, con su árbitro y con sus normas preestablecidas que hay que respetar lealmente, es una forma de historia preestablecida, una historia planificada, uno de tantos modos de «poner los pañales al mundo». Este tipo de historia correspondía a los intereses de la clase dominante y era natural que el historicismo moderado y reformista de Croce se convirtiese en su ideología cuando la dictadura burguesa de los decenios inmediatamente posteriores a la unificación debía ser sucedida por un nuevo bloque de poder democrático-burgués. Croce ha sido el dirigente de los movimientos culturales que nacían para renovar las viejas formas políticas; su liderazgo ha significado la creación de un nuevo clima cultural: se proponía al consejo de los gobernados una nueva *Weltanschauung*. La hegemonía democrático-burguesa ha podido realizarse por la adhesión de los ciudadanos a la nueva concepción del mundo elaborada por el filósofo del liberalismo.

La referencia de Gramsci a Croce es constante: 1) porque cree que la renovación, la reanudación del marxismo ha de partir de la proposición crociana de la identidad entre la historia y la filosofía; 2) porque la influencia ejercida por el filósofo del liberalismo obliga a reflexionar sobre la función de los grandes intelectuales en la vida orgánica de la sociedad civil y del Estado y sobre el momento de la hegemonía y del consenso como forma necesaria del bloque histórico concreto.

En relación con el primer punto, Gramsci es explícito:

«Así como la filosofía de la praxis ha sido la traducción del hegelismo en lenguaje historicista, la filosofía de Benedetto Croce —escribe— es, en muy notable medida, una retraducción en lenguaje especulativo del historicismo realista de la filosofía de la praxis... Ahora hay que hacer con la concepción filosófica de Croce la misma reducción que los primeros teóricos de la filosofía de la praxis, Marx y Engels, hicieron con la concepción hegeliana. Y éste es el único modo históricamente fecundo de provocar una adecuada renovación de la filosofía de la praxis, de elevar esta

concepción (que se ha ido "vulgarizando" por las necesidades de la vida práctica inmediata) a la altura que debe alcanzar para la solución de las más complejas tareas que plantea el desarrollo actual de la lucha, esto es, la creación de una nueva cultura integral que tenga las características de masa de la Reforma protestante y del iluminismo francés y las características de clasicismo de la cultura griega y del Renacimiento italiano; una cultura que, para decirlo con las palabras de Carducci, sintetice Maximiliano Robespierre y Emannuel Kant, la política y la filosofía en una unidad dialéctica inherente a un grupo social no sólo francés o alemán sino europeo y mundial. Es necesario no sólo inventariar la herencia de la filosofía clásica alemana sino volverla a convertir en vida operante; por esto hay que ajustar las cuentas a la filosofía de Croce. Es decir, para nosotros los italianos, ser herederos de la filosofía clásica alemana significa ser herederos de la filosofía crociana, que representa el actual momento mundial de la filosofía clásica alemana.»

Para Gramsci, el problema de fondo consiste en la creación de una nueva *Weltanschauung* proletaria, de una nueva concepción de la vida que (en la primera fase, de movimiento por la conquista del Estado) penetre en la conciencia de los gobernados y sustituyendo a la precedente, restrinja el área del consenso popular a la forma liberal del Estado, y que después (en la segunda fase de gestión del poder conquistado) asegure al nuevo Estado proletario la más amplia base de adhesión. De este modo, el proletariado será clase *dominante* y clase *dirigente* a la vez: «dominio» para someter y liquidar a los grupos capitalistas, y «dirección intelectual y moral» para convencer a la causa del socialismo a todos los grupos antagonistas del capitalismo. «Un grupo social —escribe— puede llegar a ser, de este modo, *dirigente* incluso antes de conquistar el poder gubernamental (y ésta es una de las condiciones principales para la conquista del poder precisamente); después, cuando ya ejerce el poder, y aunque lo tenga fuertemente en sus puños, se convierte en *dominante*, pero debe seguir siendo *dirigente*.»[4]

Primera fase: lucha por la conquista del Estado. Gramsci piensa que la experiencia revolucionaria rusa es irrepetible en Occidente. Allí fue posible la guerra de maniobra el ataque fulminante y rápidamente resolutivo, porque la sociedad civil era «primordial y gelatinosa» y el Estado zarista no contaba con el consenso de los gobernados. En cambio, en Occidente, donde la dirección intelectual y moral de la burguesía ha procurado a la forma liberal del Estado el consenso de masas enormes de ciudadanos, «el Estado es una trinchera avanzada detrás de la cual hay una robusta fortaleza de casamatas», es decir, el modo de vivir y de pensar, las aspiraciones, la moral, las costumbres que la mayoría de los ciudadanos, conformándose a la concepción del mundo difundida por la clase burguesa dominante, han hecho propios: es una sociedad civil «resistente a las "irrupciones" catastróficas del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, etc.)». Por esto en los Estados bajo dirección liberal hay que pasar de la guerra de maniobra a la guerra de posición, hay que abandonar la estrategia bolchevique para encontrar una estrategia nueva, fundada no ya en la conquista pura y simple del Estado, «trinchera avanzada», sino en el apoderamiento de la «robusta fortaleza de casamatas», de la sociedad civil para la conquista de la «trinchera avanzada» y para la conservación de esta posición.

«Me parece que Ilich[5] había comprendido la necesidad de pasar de la guerra de maniobra, aplicada victoriosamente en el este en 1917 a la guerra de posiciones, la única posible en el oeste... Pero Ilich no tuvo tiempo de profundizar su fórmula; además, hay que tener en cuenta que él sólo podía profundizarla teóricamente y que, en cambio, la tarea fundamental era nacional, *es decir, exigía un reconocimiento del terreno y una fijación de los elementos de la sociedad civil.*»[6]

Como ya había hecho en el ensayo sobre la cuestión meridional, Gramsci lleva a cabo en los *Cuadernos* este reconocimiento del terreno (del terreno *italiano*); comprueba y fija los «elementos de trinchera y de fortaleza» que guarnecen el Estado burgués. Para ello estudia el desarrollo de la

4. Subrayado mío.

5. Vladimir Ilich Ulianov (Lenin). *(Nota del Traductor.)*
6. Subrayado mío.

historia italiana, desde el final de la República de Roma hasta los municipios *(Comuni)* medievales, la Reforma, el Renacimiento, la Contrarreforma, el momento de la Unidad. Interpreta con método historicista los hechos del pasado, hasta definir las fuerzas que operan realmente en la sociedad italiana, las fuerzas que han llevado a la constitución del Estado unitario. Y después de haber situado en su concreción histórica todas las corrientes culturales italianas, historiciza también la filosofía de Croce, atribuyéndole, en último análisis, el papel de constructora de «casamatas».

Ahora bien, ¿basta en la guerra de posición con identificar los «elementos de trinchera y de fortaleza»? Es evidente que no se combate si no se ha inspeccionado antes el terreno. Pero una vez hecho el reconocimiento es necesario que el ejército asaltante disponga de los medios necesarios para el ataque; en este caso, es necesario que el ejército proletario sea ideológicamente aguerrido, pueda oponer a la concepción burguesa de la vida otra *Weltanschauung*, una nueva moral, un nuevo mundo de ideas, un nuevo modo de vivir y de pensar: sólo así caerán muchas «casamatas», disminuirá el consenso a la forma liberal del Estado y surgirá el nuevo Estado, el Estado proletario, rodeado del consenso de los gobernados.

Segunda fase: la gestión del poder. Fue el mismo Lenin —subraya Gramsci— quién revalorizó, frente a las diversas tendencias «economicistas», el frente de la lucha cultural; fue el mismo Lenin quien elaboró la doctrina de la hegemonía (dominio + dirección intelectual y moral) como complemento de la teoría del Estado-fuerza (dictadura del proletariado) y como forma actual de la doctrina de Marx. El significado de esto es claro: el dominio (la coerción) es un modo del poder, una necesidad histórica en un momento dado; la dirección es el modo que garantiza la estabilidad del poder apoyado en bases de amplio consenso. «En el momento en que un grupo subalterno llega a ser completamente autónomo y hegemónico suscitando un nuevo tipo de Estado, nace concretamente la exigencia de construir un nuevo orden intelectual y moral, es decir, un nuevo tipo de sociedad y, por consiguiente —subraya Gramsci *la exigencia de elaborar los conceptos más universales, las armas ideológicas más refinadas y decisivas.*»[7]

7. Subrayado mío.

Él dedica una gran parte de su trabajo a la elaboración de estos conceptos. En la concepción de Gramsci es fundamental la reasunción del concepto de «dialéctica» en el significado hegeliano-marxista. La polémica gramsciana va dirigida, pues, no sólo contra el idealismo crociano, que utiliza especulativamente la dialéctica y sustituye la dialéctica real por una dialéctica conceptual, la dialéctica de las cosas por una dialéctica de las ideas, de modo que en Croce —afirma Gramsci— «la historia se convierte en historia formal, en historia de conceptos y, en último análisis, en una historia de los intelectuales o, mejor dicho, en una historia autobiográfica del pensamiento de Croce, una historia de "mandones"[8]»; no va dirigida, decimos, únicamente contra este idealismo crociano sino también —y con la misma tensión— contra el materialismo tradicional, que contrapone al vicio del idealismo (la reducción de la realidad a la idea) un vicio opuesto (la reducción de la realidad a la materia), ignora la dialéctica y concibe evolutivamente el curso de la historia, cuando en la historia real —sostiene Gramsci— el proceso no es de evolución sino de negación total de la tesis: la antítesis tiende a destruir la tesis, no a modificarla simplemente. También polemiza con el materialismo metafísico, es decir, con el intento (atribuido por Gramsci a Bujarin) de separación entre la filosofía y la praxis, entre la filosofía como ciencia de la dialéctica (materialismo dialéctico) y la doctrina de la historia y de la política (materialismo histórico).

«En el *Ensayo*[9] —escribe Gramsci— falta un estudio de la dialéctica... Esta falta puede deberse a dos razones: la primera puede ser el hecho de que se supone la filosofía de la praxis escindida en dos elementos: una teoría de la historia y de la política concebida como sociología... y una filosofía propiamente dicha, que sería el materialismo filosófico o mecanicista (vulgar). Ni siquiera después de la gran discusión contra el mecanicismo, no parece que el autor del *Ensayo* haya modificado mucho el planteamiento del problema filosófico... Sigue creyendo que la filosofía de la

8. En italiano «*mosche cocchiere*», expresión corriente que significa literalmente «moscas cocheras» *(Nota del Traductor.)*

9. Se trata de *La teoría del materialismo histórico. Manual popular de sociología marxista*, publicado por primera vez en Moscú en 1921.

praxis está escindida en dos elementos: la doctrina de la historia y de la política y la filosofía, aunque dice que ésta es el materialismo dialéctico y no ya el viejo materialismo filosófico... La raíz de todos estos errores del *Ensayo* y de su autor consiste, precisamente, en esta pretensión de dividir la filosofía de la praxis en dos partes: una "sociología" y una filosofía sistemática. Separada de la teoría de la historia y de la política, la filosofía ha de ser forzosamente metafísica.»

Finalmente, la difusión de la nueva *Weltanschauung* proletaria. Corresponde a los intelectuales orgánicos de la clase obrera la tarea de conquistar a la causa del socialismo a los intelectuales tradicionales y de convertir juntos la nueva concepción del mundo en sentido común. De este modo, con el paso de las «casamatas» (dirección cultural) y de la «trinchera avanzada» (dominio) de la burguesía a manos de la clase obrera, podrá realizarse la hegemonía del proletariado.

El «intelectual colectivo» de la clase obrera es el partido, el «Príncipe moderno».

«El príncipe moderno, el príncipe-mito no puede ser (como el Príncipe propugnado por Maquiavelo) una persona real, un individuo concreto; sólo puede ser un organismo, un elemento de sociedad compleja en el que ya empiece a concretarse una voluntad colectiva reconocida y afirmada parcialmente en la acción. Este organismo ha sido creado ya por el desarrollo histórico: es el partido político, la primera célula donde se reúnen los gérmenes de voluntad colectiva que tienden a ser universales y totales... El Príncipe moderno debe y puede ser el pregonero y el organizador de una reforma intelectual y moral, lo cual significa crear el terreno para un desarrollo ulterior de la voluntad colectiva nacional-popular hacia la plena realización de una forma superior y total de civilización moderna. Estos dos puntos fundamentales, la formación de una voluntad colectiva nacional popular, de la cual el Príncipe moderno sea al mismo tiempo el organizador y la expresión activa y operante, y la reforma intelectual y moral, deben constituir la estructura del trabajo.»

Este es, pues, rápidamente resumido, el contenido central de los *Cuadernos*: una obra de investigación de la realidad italiana concreta y de elaboración teórica. No todos los problemas son resueltos; por otro lado, dadas las precarias condiciones de trabajo, no podían tener más que una solución fluida (Gramsci es el primero en advertirlo y así lo dice explícitamente en una nota). Pero todos están planteados con originalidad y con una precisión y una riqueza de indicaciones tales que no pueden dejar duda alguna sobre la línea de desarrollo ulterior.

Los *Cuadernos* llevan una numeración, debida a Tatiana Schucht, que no corresponde al orden en que fueron escritos. Pero, hay tres elementos de juicio —las indicaciones de Gramsci en algunas cartas de la cárcel; las fechas puestas en algunos cuadernos, en la primera página o en alguna nota (por ejemplo, «escribo en noviembre de 1930», «cuaderno iniciado en 1933», etc.); las fechas de las revistas citadas, que permiten colocarlos en su orden cronológico. Corresponden al primer período de actividad (1929-1930) los cuadernos 16, 20, 9 y 13. Gramsci escribió en ellos el ensayo sobre el canto décimo del *Infierno* de Dante, ensayos sobre los intelectuales y sobre la escuela y diversas notas, que serán luego ampliamente reelaboradas, sobre el materialismo histórico, sobre la filosofía de Benedetto Croce y sobre el *Manual* de Bujarin. Corresponden, probablemente, al mismo período los cuadernos 15, 19 y 26, que contienen traducciones del alemán: fábulas de los hermanos Grimm, la primera parte del libro *Las familias lingüísticas del mundo*, de Franz Nikolaus Fink, un número especial de la revista «Die Literarische Welt», dedicado a la literatura de los Estados Unidos, las conversaciones de Eckermann con Goethe y diversos fragmentos de prosa y de poesía de Goethe.

26

Recibía pocas cartas de su mujer. Entre una y otra había intervalos de varios meses y siempre eran cartas escritas de prisa, con lápiz sobre el primer trozo de papel que tenía a mano de tono voluble, ora burocráticas, ora afectuosas. Él se sentía desconcertado:

«Veo que Julia sigue sin escribir, después de tanto tiempo. Esto me causa un gran dolor. No puede tratarse únicamente de falta de tiempo. Hace casi cuatro meses que no me escribe y en todo este tiempo yo le he escrito dos cartas, sin recibir respuesta... No me veré capaz de volverle a escribir si antes no he recibido alguna noticia directa suya... No tengo susceptibilidades mezquinas, pero a veces pienso que si no me escribe es porque no siente ya ningún placer en recibir cartas y noticias mías.»

No conseguía explicarse estos largos silencios, que a veces Julia rompía con palabras afectuosas, llenas de ternura: todo esto le parecía falto de lógica y preguntaba a Tatiana: «¿Cómo crees que hay que interpretar la carta donde me dice que después de la mía del 30 de julio se ha sentido más, próxima a mí, pero ha estado cuatro meses sin escribirme, precisamente después de recibir mi carta? Hasta ahora, yo no he conseguido encontrar la síntesis superior de esta contradicción y no sé si conseguiré encontrarla.» Le había llegado a las manos un libro de Silvio Spaventa, *Dal 1848 al 1861. Lettere, scritti, documenti*, publicado por Croce en 1923 y había leído en él un párrafo que reflejaba perfectamente su estado de ánimo. Se trataba de una carta escrita por el patriota abruzo a su padre, desde una cárcel borbónica:

«No tengo noticias de vos desde hace dos meses; desde hace cuatro meses o quizá más no sé nada de las hermanas, y de Bertrando hace mucho tiempo... No creo que ahora mi familia me ame menos de lo que me ha amado siempre; pero la desventura suele producir dos efectos: que a menudo

apaga todo el afecto por los desventurados y no menos a menudo apaga en los desventurados el afecto por todos los demás. Yo no temo tanto el primero de estos efectos en vosotros, cuanto el segundo en mí.»

No volvió a escribir. Tatiana, que tampoco recibía noticias de Julia, proponía a su cuñado toda una serie de hipótesis para justificar a su hermana, pero las réplicas de Antonio al respecto eran bruscas:

«Te ruego que no me pidas que escriba a Julia, porque creo que entonces dejaré de escribirte incluso a ti. No creas que estoy irritado: lo estaba hace cuatro meses y me desahogué en las cartas que te escribí entonces. Ahora me siento totalmente indiferente. Incluso a mí me parece imposible que haya llegado a este estado y me disgusta, pero así ha ocurrido y yo soy el menos responsable de ello, si es que se puede hablar de responsabilidad en estas cosas. Durante más de un año (mucho más) he pasado una crisis y he tenido momentos muy malos; ahora soy insensible y no quiero quemarme la sangre y pasar semanas enteras con dolor de cabeza. Te ruego que no menciones más estas cosas cuando me escribas. Envíame noticias, si recibes, pero no me hagas exhortaciones ni sermones.»

Entre julio de 1929 y julio de 1930 recibió una sola carta de Julia. Por esto se consideraba sometido a diversos regímenes penitenciarios:

«Hay el régimen penitenciario constituido por los cuatro muros, las rejas, las celdas de castigo, etc., etc. Yo ya lo había previsto, como probabilidad secundaria, porque la probabilidad primaria desde 1921 a noviembre de 1926 no era la cárcel sino la pérdida de la vida. Lo que no había previsto era la otra cárcel, que se ha añadido a la primera y está constituida por la separación no sólo de la vida social sino también de la vida familiar... Podía prever los golpes del adversario que combatía, pero no los golpes que me podían dar desde otras partes, desde donde menos lo esperaba.»

Presentía la objeción de Tatiana, que para aliviarle la carga de este segundo régimen penitenciario soportaba grandes sacrificios, viajes y estancias en Turi (extenuantes por sus malas condiciones de salud), congojas, gastos... Y todo esto con buen ánimo, con devoción, hasta dar la impresión de que había perdido el gusto de vivir por sí misma y de no tener otro objetivo en la vida que la salvación, la salud y la serenidad del cuñado. Antonio se daba perfecta cuenta de la abnegación de Tatiana y le estaba reconocido. Pero había amado y amaba a Julia; la proximidad de Tatiana podía hacerle sentir menos pesada la cárcel, pero no extinguía totalmente la pena causada por el silencio de Julia. Dirigiéndose, pues, a Tatiana completaba de este modo lo que decía sobre el segundo régimen penitenciario: «Pero estás tú, dirás. Es cierto, eres muy buena y te quiero mucho. Pero en estas cosas no vale la substitución de la persona.» Finalmente, en agosto y septiembre de 1930 recibió dos cartas de Julia. Le contestó:

«Me ha causado un gran placer lo que me escribes: que al leer mis cartas del 28 y del 29 te has dado cuenta de la identidad de nuestros pensamientos. Sin embargo, me gustaría saber, en qué circunstancias y en torno a qué objeto has observado especialmente esta identidad. En nuestra correspondencia precisamente, falta una "correspondencia" efectiva y concreta; nunca hemos conseguido entablar un "diálogo": nuestras cartas son una serie de "monólogos" que no siempre consiguen ponerse de acuerdo ni siquiera en las líneas generales.»

A Antonio le parecía que correspondía perfectamente a su estado de ánimo la siguiente historieta popular escandinava: «Tres gigantes habitaban en Escandinavia, lejos el uno del otro como las grandes montañas. Después de miles de años de silencio, el primer gigante gritó a los otros dos: "Oigo mugir un rebaño de vacas". Al cabo de trescientos años, el segundo gigante intervino: "También yo he oído el mugido". Trescientos años más tarde, el tercer gigante protestó: "Si seguís armando ruido me voy".»

También se habían roto muchos hilos políticos y Gramsci sufría mucho por ello, porque su aislamiento político no era sólo rescisión de la actividad práctica, desvinculación de los viejos compañeros de lucha, conocimiento retrasado y necesariamente sumario de los problemas y de las orientacio-

nes discutidos en la Internacional y en los partidos comunistas nacionales, el italiano en primer lugar, sino algo peor que todo esto. Las últimas orientaciones de la Internacional, después del VI Congreso (7 de julio-1 de septiembre de 1928) y del X Pleno del Comité Ejecutivo (julio de 1929) no correspondían ya a la posición de Gramsci y él no creía que debiese corregirla.

En su última intervención de agosto de 1926 ante el Comité Central, pocos meses antes de la detención, todavía había dicho:

«Si bien es verdad que políticamente el fascismo puede ser sucedido por la dictadura del proletariado, porque ningún partido o coalición intermedia está en condiciones de dar satisfacción, ni siquiera mínima, a las exigencias económicas de las clases trabajadoras que irrumpirán violentamente en la escena política en el momento de la ruptura de las relaciones existentes, *no es cierto ni siquiera probable que el paso del fascismo a la dictadura del proletariado sea inmediato.*» [1]

Gramsci consideraba más probable, como alternativa inmediata al fascismo, la solución democrático-burguesa. De acuerdo con este diagnóstico le parecía que, para el derrocamiento del fascismo, la táctica más adecuada era la de frente único de todas las fuerzas proletarias y de las encuadradas o encuadrables en una plataforma republicana, con la hegemonía de la clase obrera guiada por el Partido Comunista.

En cambio, el VI Congreso proclamó terminada la fase «de derecha» de la Internacional y enterró la táctica del «frente único». Había en este cambio brusco un reflejo de las violentas luchas internas del Partido Bolchevique ruso. Con el apoyo de Bujarin, Stalin había liquidado el bloque de la oposición (Zinoviev, Trotski, Kamenev); pero ahora tenía que enfrentarse con la disidencia de Bujarin, que formaba, junto con Tomski y Rikov, la «oposición de derecha». Bujarin era presidente de la Internacional desde 1926, cuando había sucedido en el cargo a Zinoviev. El VI Congreso abolió el cargo de presidente. El 23 de abril de 1929, el Comité Central del Partido Comunista ruso excluyó a Bujarin del Buró Político y del Presidium de la Internacional. El debate sobre las cuestiones rusas (y la lucha por el poder que acompañaba a este debate, en la que Stalin actuaba con extrema intransigencia) imponía, pues, una nueva orientación a la Internacional. Los puntos más destacados de esta orientación eran: el régimen capitalista se encuentra al borde de la catástrofe; por todas partes la protesta proletaria tiende a radicalizarse en sentido revolucionario; el derrocamiento del poder burgués debe ir seguido *inmediatamente* de la dictadura del proletariado, sin fases *intermedias democrático-burguesas;* la socialdemocracia no es una fuerza revolucionaria, la burguesía se sirve de ella para detener el impulso revolucionario, es una forma del dominio burgués, es socialfascismo. La nueva directiva dada a los partidos nacionales era, pues: acción «autónoma», al *margen de todo sistema de alianzas* por el derrocamiento del régimen capitalista; lucha a fondo contra la socialdemocracia; lucha por salvar a los partidos del «oportunismo», nombre con que se definían todas las desviaciones de esta línea.

La equiparación de la socialdemocracia al fascismo era una línea sectaria, una verdadera fantasía política, en general, porque no se derivaba de un análisis correcto de la situación; en relación con Italia era simplemente absurda: la reacción fascista había dispersado el ejército proletario, diezmado por las detenciones y privado de sus organizaciones políticas y de su periódico e incapaz de rebelarse contra la dictadura fascista sin aliarse con el semiproletariado campesino y con la pequeña y la media burguesía contrarias al régimen. La adaptación del Partido Comunista de Italia a esta línea fue lenta y llena de tensiones y altibajos. Al insistir en la necesidad del cambio de orientación, Togliatti encontraba sordos a muchos dirigentes y a una parte importante de los cuadros intermedios. «La discusión sobre las cuestiones internacionales que ha tenido lugar en la última reunión de nuestro Comité Central —debía admitir el 3 de marzo de 1929, "Stato operaio", el órgano mensual del PCI, dirigido por Togliatti, que se publicaba en París— ha revelado la existencia, incluso en su seno, de una diferenciación que sigue aproximadamente las mismas líneas de la diferenciación producida a propósito de la aceptación o de la interpretación de las decisiones del VI Congreso mundial en casi todos los demás partidos de la Internacional.» El artículo se titulaba *Il pericolo dell'opportunismo nel nostro partito.* In-

1. Subrayado mío.

sistía: «El proletariado formula su candidatura a la sucesión del fascismo porque el dilema histórico ante el cual se encuentra la sociedad italiana no es entre un capitalismo progresivo (democracia burguesa) y un capitalismo que retrocede hacia la Edad Media (fascismo) sino el dilema entre la dictadura del capital y la dictadura del proletariado.» El X Pleno (julio de 1929) aumentó su presión sobre el partido italiano. La destitución de Bujarin y de Humbert-Droz había de constituir un ejemplo; y «Stato operaio» fue en seguida, en el número de julio-agosto, muy explícito:

«Sin una depuración rigurosa de nuestras filas, sin separar de ellas a los que expresan la influencia de una ideología que no es la nuestra, a los que tienden a llevar a su seno la duda, la vacilación y la confusión, es imposible la lucha por la conquista de la mayoría. Lor órganos dirigentes de nuestro partido deberán sacar una serie de conclusiones muy importantes de las decisiones del X Pleno... *La lucha contra el oportunismo debe tener en nuestras filas la misma dureza que ha tenido en las filas de los demás partidos de la Internacional, es decir, debe llevarse a fondo, sin vacilaciones.*»

Según «Stato operaio» las críticas del X Pleno al partido italiano consistían: *a*) en un llamamiento a precisar la línea política del partido, de acuerdo con las directivas de la Internacional y corrigiendo algunos «errores» cometidos; *b*) en un llamamiento a dar mayor relieve a la línea política del partido; *c*) en un llamamiento a llevar con mayor intensidad, claridad y eficacia la lucha contra el oportunismo de derecha, tanto en los órganos dirigentes como en todos los demás campos de actividad. En septiembre se expulsó del partido a Angelo Tasca. Pero la resistencia continuaba. Y en marzo de 1930 el Buró Político del PCI se escindió. El documento que se sometía a votación sostenía:

«La misma presión ejercida por el fascismo tiende a cultivar en algunas capas trabajadoras la opinión de que, dada la imposibilidad en que se encuentra el proletariado de abatir rápidamente el fascismo, la mejor táctica es apoyar el movimiento de la burguesía y de la pequeña burguesía que se proponga eliminar el fascismo de Italia sin una revolución proletaria.»

El documento calificaba esta concepción de «radicalmente falsa»: «Oponer al régimen fascista un régimen de democracia burguesa que debe sucederle no tiene otro propósito que desviar a las masas obreras y campesinas de la lucha revolucionaria, de la preparación de la insurrección y de la guerra civil.» Togliatti, Longo y Camilla Ravera votaron en favor de la resolución; en contra estuvieron el responsable de la prensa ilegal Alfonso Leonetti, el dirigente del movimiento sindical Paolo Ravazzoli y el responsable de organización Pietro Tresso; Grieco y Silone estaban ausentes. Tuvo, pues, un peso determinante el voto de Pietro Secchia, aunque como representante de la Federación Juvenil, no tuviese más que voto consultivo. Algunos meses después, Leonetti, Tresso y Ravazzoli fueron expulsados del Buró Político y del Comité Central y se inició contra ellos una violenta campaña de difamación. Todos eran obligados a condenarles públicamente. Incluso sobre Ignazio Silone, que desaprobaba el cambio de línea, se ejercieron presiones para que se pronunciase contra los tres.[2]

¿Lo sabía Gramsci? ¿Y cuál era su opinión al respecto? Con excepción de su hermano Gennaro, nadie más podía entrar legalmente en Italia, ir a ver a Antonio a la cárcel de Turi e interrogarle sobre esta cuestión. Togliatti lo buscó. Gennaro Gramsci trabajaba entonces en París. Se le dio el encargo de poner a Antonio al corriente de todo y, a su regreso, de referir su punto de vista. El 9 de junio de 1930 Leonetti, Tresso y Ravazzoli fueron expulsados del partido. Una semana después, el 16 de junio, Gennaro se entrevistaba con su hermano en la cárcel de Turi.

«Pese a no poder conocer todos los detalles sino únicamente las líneas generales del enfrentamiento —escriben Marcella y Maurizio Ferrara— Gramsci asintió desde la cárcel a las medidas más severas.» En realidad, las cosas fueron muy distintas, aunque Gennaro considerase conveniente —en seguida veremos porqué— dar a Togliatti una versión cómoda de la entrevista.

Asistió a la misma un guardián sardo, de Paulilàtino, un pueblo próximo a Ghilarza. «Pudimos hablar libremente», me dice Gennaro. En el poco tiempo de que disponía dijo a su

2. En su última novela, *Uscita di sicurezza*, Silone recuerda estos importantes momentos; relata también la entrevista que tuvo con Togliatti en Suiza, poco antes de alejarse del Partido.

hermano todo lo que tenía que transmitirle. Antonio se impresionó mucho. Él estaba en la línea de Leonetti, Tresso y Ravazzoli: no justificaba su expulsión y rechazaba la nueva línea de la Internacional, compartida por Togliatti, demasiado apresuradamente, a su parecer. En julio hubo una segunda entrevista. Después de haber estado en Ghilarza para ver a su familia, Gennaro volvió a Turi. Le vigilaban una nube de policías de paisano. Comprobó que les espiaban incluso en el restaurante donde comía con Tatiana. Esta vez asistió a la entrevista no un guardián sino el secretario de la cárcel personalmente, por encargo del director. Los dos hermanos tuvieron que limitarse a las noticias de carácter familiar. Gennaro regresó pues a París. «Fui a ver a Togliatti —me cuenta— y le dije: "Nino está totalmente de acuerdo con vosotros".» No me esperaba esta conclusión y le pregunté el por qué de la misma. Gennaro no comprendía mi extrañeza. Para él la respuesta dada a Togliatti era la única conclusión lógica del único razonamiento lógico. Se explica: sospechaba que en el fragor de la lucha, decidido como estaba el grupo que rodeaba a Togliatti a reprimir todas las disidencias respecto a la línea de la Internacional, la acusación de oportunismo habría caído también contra su hermano cuando se conociese en París y Moscú su verdadera posición. Por esto la cubrió. «Si hubiese dado otra respuesta —concluye Gennaro— ni siquiera Nino se habría salvado de la expulsión.»

Mientras tanto, en la cárcel, asaltaba a Gramsci un verdadero torbellino de pensamientos después de las informaciones recibidas por Gennaro. El día de la primera visita (16 de junio) escribió a Tatiana: «Acabo de tener una entrevista con mi hermano que ha impreso un verdadero zig-zag a mis pensamientos». Era un zig-zag natural. Pero la reflexión sobre aquel conjunto de problemas y de vicisitudes no le indujo a cambiar de línea. A finales de año decidió iniciar una nueva labor de educación política entre los camaradas de la cárcel y celebró un curso de lecciones durante la hora de paseo en el patio.

Por un informe que escribió Athos Lisa el 22 de marzo de 1933 para la dirección del partido apenas hubo salido de la cárcel de Turi, sabemos que Gramsci se proponía formar nuevos cuadros, libres de todo sectarismo.

«Nunca se cansaba —refiere Lisa— de repetir que el partido sufría de maximalismo y que la labor de educación política que él llebava a cabo entre los camaradas tenía que conducir, entre otras cosas, a la creación de un núcleo de elementos capaces de aportar al partido una contribución ideológica más sana. Con demasiada frecuencia —decía— en el partido se tiene miedo a todas las denominaciones que no entran en la vieja fraseología maximalista... Toda acción táctica que no corresponda al subjetivismo de los soñadores es considerada, en general, como una deformación de la táctica y de la estrategia de la revolución. Así, se habla a menudo de revolución sin tener una noción precisa de lo que se requiere para llevarla a cabo, de los medios necesarios para alcanzar el fin. No se sabe adecuar los medios a las diversas situaciones históricas. En general, se es más propenso a hablar que a realizar una acción política, o se cofunde una cosa con la otra.»

Hay otro testimonio al respecto. Es de Giuseppe Ceresa y fue redactado en 1938:

«Se indignaba ante la superficialidad de algunos camaradas que en 1930 afirmaban que era inminente la caída del fascismo (dos o tres meses, este invierno como máximo, afirmaban aquellos profetas de la facilonería) y que sostenían que de la dictadura fascista se pasaría inmediatamente a la dictadura del proletariado. Gramsci combatía estas posiciones mecanicistas, abstractas, antimarxistas que se basaban en gran parte en el factor "miseria" como un factor decisivo para hacer desembocar los movimientos de las masas en la revolución proletaria y en la dictadura del proletariado. Él decía: "La miseria y el hambre pueden provocar convulsiones, revueltas que lleguen incluso a destruir el equilibrio establecido, pero hacen falta muchas otras condiciones para destruir el sistema capitalista".»

«Afirmamos —había dicho Togliatti en el VI Congreso de la Internacional— que la instauración del fascismo y la completa transformación reaccionaria que ha hecho sufrir a la sociedad burguesa no abren la perspectiva de una segunda revolución democrático-burguesa sino que demuestran que la revolución proletaria está madura, que estamos atravesando el período de preparación política de la revolución proletaria y no el período de preparación de una revolución democrático-burguesa.»

«Gramsci conservaba toda su fe en la capacidad de las masas —refiere Ceresa— pero no se le ocultaba que la losa de plomo del fascismo había provocado inevitablemente una gran desorientación, una disminución de su espíritu de lucha, y afirmaba que en aquellas condiciones las masas aspiraban ciertamente a la democracia.»

«Stato operaio», órgano de expresión de Togliatti y su grupo, había escrito:

«Excluimos la perspectiva de una pretendida "fase transitoria", es decir, de un período de revolución democrático-burguesa que preceda al desarrollo de la revolución proletaria. Esto quiere decir que no podemos ni debemos trabajar con la perspectiva de que la situación se desarrollará de tal modo que las masas trabajadoras y su vanguardia, el proletariado y el Partido Comunista, gozarán de un período de legalidad o de semilegalidad del movimiento, durante el cual podrán reordenar las fuerzas sin verse diaria y profundamente hostilizados por el enemigo. Este período, que fue permitido a los bolcheviques rusos después de la victoria de la revolución burguesa en marzo de 1917, no nos será permitido a nosotros.»

Gramsci afirmaba (según el testimonio de Ceresa):

«El fascismo ha hecho retroceder al proletariado y a todo el pueblo italiano hacia las posiciones más atrasadas; el proceso de la lucha de clases en Italia se desarrollará, pues, siguiendo la línea de las libertades destruidas por el fascismo... La presión de las masas podrá llegar a influir en una parte de los mismos dirigentes fascistas que viven más en contacto con los trabajadores. Al mismo tiempo se producirá una activación de las corrientes de oposición antifascistas-burguesas y el paso a la oposición de las corrientes "flanqueadoras" que intentarán aprovechar las ventajas de la reanudación del movimiento de las masas, pero procurando que este movimiento no salga de los límites del Estado burgués. ¿Se puede, pues, hablar de un paso directo de la dictadura fascista a la dictadura del proletariado? No, no se puede hablar sin caer en el esquematismo.»

«STATO OPERAIO»: «Se oye repetir a menudo esta afirmación: al acentuarse la crisis económica y política de la sociedad italiana, la burguesía se alejará del fascismo; impulsada por la situación, la burguesía se convertirá en "antifascista" y limpiará el terreno de una gran parte de las instituciones, de los métodos de gobierno, etc., que constituyen el actual régimen reaccionario italiano. La Concentración (de los partidos republicanos) y todos los "demócratas" basan su política en esta perspectiva. Pero también se encuentra sin duda una concepción similar, o por lo menos, reflejos de la misma, en algunos estratos de las clases trabajadoras italianas e incluso en elementos de nuestro partido... Hay una cosa que podemos y debemos admitir: que no se llega a una situación aguda sin que se produzcan en una parte de las clases dirigentes estados de ánimo, de pánico o de falta de fe en las propias fuerzas... Pero si esto es verdad más cierto es todavía que cometeríamos un gravísimo error si basásemos nuestra política y nuestra labor en la perspectiva de que las manifestaciones de incertidumbre y pánico llevarán a la constitución de un campo "antifascista-burgués", es decir, a la adopción de una actitud antifascista por parte de estas clases dirigentes... La organización del fascismo es tal, que sólo se la puede derrotar con un movimiento de masas que asuma un carácter insurreccional, y no existe ningún sector de la burguesía o de la pequeña burguesía que quiera tomar la iniciativa de desencadenar un movimiento de este tipo.»

GRAMSCI (según el informe Lisa): «El partido puede llevar a cabo una acción con todos los partidos que luchan en Italia contra el fascismo... Las perspectivas revolucionarias en Italia deben ser dos: la perspectiva más probable y la menos probable. A mi parecer, la más probable es la del período de transición. Por esto la táctica del partido debe elaborarse en función de este objetivo, sin temor a parecer poco revolucionaria.»

«STATO OPERAIO»: «La Concentración y la socialdemocracia hablan de "plutocracia" en vez de "capitalismo" y de "imperialismo"; hablan de "régimen paternalista" en vez de "capitalismo de Estado"; de "obscurantismo" y de "predominio de fuerzas medievales" en vez de reacción y de dictadura del capital. Su lenguaje quiere hacer olvidar a los obreros que la lucha por la revolución proletaria, la lucha por el derrocamiento del régimen capitalista, la lucha por el socialismo y

la tarea que la historia asigna hoy a la clase obrera, constituyen *el único contenido posible de la lucha contra el fascismo.* Toda concesión que hagamos en este terreno a las tesis políticas e históricas de la Concentración y a su fraseología equívoca y adormecedora, toda concesión de este tipo es oportunismo, es una desviación sustancial de nuestra línea política.»

Gramsci (según el informe Lisa): «La acción por la conquista de los aliados es para el proletariado extremadamente delicada y difícil. Pero, por otro lado, *sin la conquista de estos aliados, el proletariado no puede emprender ningún movimiento revolucionario serio.*[3] Si se tiene en cuenta las particulares condiciones históricas en cuyos límites se observa el grado de desarrollo político de las capas campesinas y pequeño-burguesas de Italia, es fácil comprender que la conquista de estas capas sociales implica para el partido una acción particular que, desarrollándose gradualmente, llegue hasta las capas sociales en cuestión... Al campesino del sur de Italia o de cualquier otra región le será fácil, hoy, comprender la inutilidad social del rey, pero no le será tan fácil comprender que los trabajadores pueden sustituirlo, del mismo modo que no cree posible la sustitución del patrono. El pequeño-burgués, el oficial subalterno del ejército, descontento por no haber ascendido, por las precarias condiciones de vida, etc., estará dispuesto a creer que sus condiciones de vida podrán mejorar más en un régimen republicano que en uno soviético. El primer paso que hay que hacer dar a estas etapas es que se pronuncien sobre el problema constitucional. La inutilidad de la Corona la comprenden hoy todos los trabajadores, incluidos los campesinos más atrasados de la Basilicata o de Cerdeña. En este terreno, el partido puede realizar una acción en común con los partidos que luchan en Italia contra el fascismo.»

En substancia, el razonamiento de Gramsci era el siguiente: 1) ni siquiera en las condiciones más favorables podrá el partido contar con más de seis mil activistas; 2) la táctica más conveniente no es el aislamiento sectario, sino la búsqueda de alianzas de clase; 3) los campesinos atrasados y la pequeña burguesía descontenta de su situación pueden ganarse a una alianza con la clase obrera, pero sólo para la realización de un objetivo intermedio: el restablecimiento de las libertades confiscadas por el fascismo. Había que promover y dirigir, pues, un vasto movimiento popular antifascista. «El partido —concluía Gramsci, según Ceresa— deberá encontrar una consigna capaz de movilizar todas las fuerzas antifascistas para este movimiento.»

Las lecciones a los camaradas de la cárcel duraron un par de semanas. No todos compartían las tesis de Gramsci: el mismo Lisa, por ejemplo, y Angelo Scucchia sostenían otra posición. Al ponerse de relieve la divergencia, «todos los que participábamos en la discusión —refiere Lisa— fuimos invitados a volver a examinar la cuestión para volver a discutirla y expresar nuestro pensamiento al cabo de quince días. Este reexamen del problema no fue posible porque Gramsci, bajo la influencia de falsas informaciones —recuerda Lisa— creyó que las discusiones entre los camaradas se habían planteado en un terreno fraccional».

Pero no se trataba de falsas informaciones».

«La verdad —refiere Giovanni Lay— es que las discusiones entre los camaradas de las celdas no siempre tenían el carácter de discusión política. A menudo, demasiado a menudo a mi parecer, descendían al nivel del chisme e incluso de la calumnia, con apreciaciones personales sobre Gramsci que a veces llegaban a la denigración. En mi celda estaban entonces Bruno Spadoni y Angelo Scucchia. Scucchia llegaba a decir que las posiciones de Gramsci eran socialdemócratas, que Gramsci ya no era comunista, que se había hecho crociano por oportunismo, que había que denunciar su acción disgregadora al partido y que, por consiguiente, había que expulsarlo del colectivo paseo del patio. Spadoni y yo soportamos con paciencia a este camarada, al principio, con la esperanza de volverle a hacer entrar en razón, pero diciéndole claramente que no le permitiríamos continuar su reprobable acción. Cuando estuvo claro que no había nada a hacer, hablamos de ello con Gramsci. Nos dijo en seguida que en otras celdas las discusiones degenaraban también, a menudo, en apreciaciones absurdas y sólo llevaban a la división entre los camaradas.»

La tensión era muy grande. Gramsci intentaba disuadir a los camaradas de la polémica con los guardianes, ex campe-

3. Los subrayados son míos.

sinos no responsables directamente de las durezas de la vida en la cárcel; por ello, «alguno le acusaba de excesivo legalismo e incluso de tener miedo a perder los privilegios de que gozaba, es decir, el privilegio de poder disponer de material para escribir sus libros».[4]

Se aisló. Una vez dijo a Lay: «Muchas veces he tenido que encargarme de la ingrata tarea de rascar el barniz para ver lo que había debajo. Hay personas (a veces se encuentran incluso entre nosotros), que parecen personajes importantes y no son más que charlatanes.»

4. El testimonio es también de Lay. En una carta del 28 de marzo de 1931, Gramsci decía a su hermano Carlo: «Por mantener rígidamente mi conducta de corrección absoluta en la observancia de los imperativos carcelarios, he chocado con otros detenidos y he roto relaciones personales.»

27

El 3 de septiembre de 1933 escribió: «El inspector Saporiti, cuando vino a visitarme, me dijo (y no sé de dónde pudo sacar su afirmación) que mi malestar se explica no sólo por razones físicas sino también, y especialmente, por motivos psíquicos, entre ellos la impresión de haber sido abandonado por los míos (no materialmente sino por ciertos aspectos de la vida interior que en un intelectual pesan mucho).» Desde mediados de 1920 hasta finales de 1932, Gramsci había pasado dos años y medio difíciles, agravados por la irregularidad de la correspondencia.

Julia padecía una forma grave de agotamiento psicofísico. Antonio no lo supo directamente por ella, sino por algunas referencias marginales y después, poco a poco, por algunos otros detalles, a finales de 1930. El 13 de enero de 1931 le escribió:

«En estos últimos tiempos me he ido informando, creo que de modo definitivo y fidedigno, sobre tus condiciones de salud. Me parece que esta manera de actuar acaba por convertir nuestras relaciones en algo bizantino, falto de espontaneidad, sin pensar que los sentimientos suscitados por estas barreras de alambre espinoso en las relaciones recíprocas terminan siendo exasperados y morbosos. Nos habíamos prometido ser siempre francos y veraces al informarnos recíprocamente de nuestra situación, ¿te acuerdas? ¿Por qué no hemos mantenido la palabra?... Naturalmente, me siento muy feliz cuando recibo tus cartas; llena una gran parte de mi inútil tiempo e interrumpe mi aislamiento de la vida y del mundo. Pero me parece necesario que escribas incluso para ti, en tu beneficio, porque creo que también tú estás aislada y un poco alejada de la vida y que escribiéndome puedes superar algo esta soledad íntima.»

La enfermedad de Julia le permitía explicarse los largos silencios. El tono de sus cartas volvió a ser tierno:

«Siento mi impotencia para hacer algo real y eficaz que te pueda servir de ayuda; me debato entre el sentimiento

de una inmensa ternura por ti, criatura débil que hay que consolar inmediatamente con una caricia física, y el sentimiento de que debo hacer un gran esfuerzo de voluntad para persuadirte desde lejos, con palabras frías y deslavazadas, que sigues siendo fuerte y puedes y debes superar la crisis... Creo que nuestra mayor desgracia ha sido que hemos estado juntos demasiado poco tiempo y siempre en condiciones anormales, alejados de la vida real y concreta de todos los días. Ahora, en las condiciones de fuerza mayor en que nos encontramos, debemos remediar estas insuficiencias del pasado para conservar toda la firmeza moral de nuestra unión y salvar de la crisis todo lo que ha habido de bello en nuestro pasado y que vive en nuestros hijos.»[1]

A mediados de mayo recibió una larga carta de Julia, distinta a las habituales: se reflejaban en ella los signos de una recuperación del agotamiento psico-físico y contribuía a alejar las nubes que se habían acumulado entre marido y mujer: «Me parece que esta carta inicia un nuevo período en nuestras relaciones y me siento muy feliz por ello, porque debo confesarte que ya había empezado a "enrollarme" sobre mí mismo y me estaba haciendo más hirsuto que un puerco espín. Ahora serás tú la que deberás ayudarme a volver a la superficie.» (18 de mayo de 1931). Pero Gramsci no volvió a leer cartas de Julia como la del 8 de mayo: volvieron los largos silencios, las cartas apresuradas con unas cuantas líneas convencionales, sin la más mínima sombra de noticias concretas. El 30 de noviembre de 1931 le escribió:

«Por tu última carta creo que tú también tienes la sensación de que algo no marcha bien en nuestra correspondencia, falta de continuidad, escrita a ratos perdidos, con saltos de meses y meses. Lo peor es que no consigo encontrar la manera de cambiar el curso de las cosas. En los largos intervalos de tu silencio pienso en la situación que se ha ido creando, tan distinta a lo que yo creía hace cinco años, después de mi detención. Creía que sería todavía posible una cierta comunidad en nuestra vida, que me ayudarías a no perder completamente el contacto con la vida del mundo, por lo menos con tu vida y con la de los niños. En cambio, me parece —y te lo digo aunque te disguste mucho— que has contribuido

1. Carta a Julia de 9 de febrero de 1931.

a agravar mi aislamiento, haciéndomelo sentir más amargamente. En tus cartas insistes a menudo en que "estamos unidos más fuertemente, somos más fuertes" pero cada vez estoy más convencido de que no es verdad y que tú misma lo dudas y luchas con la duda en el mismo momento en que repites esta afirmación... En realidad, no sé nada de ti: no sé ni siquiera si has reanudado tu trabajo. Tus cartas son extremadamente vagas. No consigo imaginar nada de tu vida. He intentado muchas veces iniciar un diálogo contigo: te he hecho preguntas, te he indicado lo que para mí tenía un máximo interés. No he conseguido obtener ningún resultado y he caído en un estado de ánimo en el que escribir me resulta difícil y penoso. Esta carta es un nuevo intento de reanudar nuestras vidas; me parece que todavía estamos a tiempo.»

Pero por ambos lados —aunque en medida diversa— había complicaciones psicológicas nada fáciles de resolver; la sensación de haber sido dejada sola en una fase difícil de su vida (cuando Tatiana habría podido ir a Moscú para ayudarla) amargaba a Julia no menos de lo que amargaba a Antonio la sensación de haber sido olvidado. En aquella espiral la crisis de las relaciones se agudizaba.

Tampoco los demás familiares eran tan asiduos como Antonio hubiese deseado. En 1928 había roto con Mario y no recibía carta alguna de Varese. En su viaje a Turi de junio-julio de 1930, Gennaro había prometido escribir con frecuencia, pero sólo había enviado una carta desde Namur —abundantemente censurada— poco después de la visita; después, nada. A su vez, Carlo pasaba por momentos de profunda inquietud. Había tenido que cerrar su zapatería de Ghilarza; había entrado a trabajar en las Latterie Sociali de Macomer, pero había sido despedido a la primera reducción de personal y se había quedado sin empleo. Visitó a Nino en Turi entre finales de septiembre y primeros de octubre de 1930; regresó a Ghilarza pero no le escribió. «Carlo no me ha escrito después de su viaje a Turi (o por lo menos, yo no he recibido carta suya)» (17 de noviembre de 1930). «Queridísima mamá: no consigo explicarme lo que ocurre... Carlo no me ha escrito desde hace tres meses... He pensado que quizá ha sufrido molestias por mi causa y no quiere o no sabe explicarme un posible estado de ánimo de desconcierto y de vacilación» (15 de diciembre de 1930). Intentó encontrarle un empleo. Podía ayudarle Piero Sraffa, que desde hacía algunos

años enseñaba economía política en Cambridge. En otras circunstancias Sraffa había dado ya pruebas de su devota amistad. Delio recibía juguetes de él cuando estaba en Roma; él pagaba los libros que Gramsci pedía a la librería milanesa desde los días del confinamiento en Ustica. Dada su amistad, quizá no le sería difícil colocar a Carlo. Antonio se lo propuso y el 26 de enero de 1931 escribió a su hermano:

«Durante algún tiempo he creído que te habías establecido en Milán y por esto no comprendía ciertas referencias de Tatiana a tu presencia en Roma en un determinado momento; por casualidad, gracias a una carta de Grazietta creo, he sabido que habías vuelto a Ghilarza. Durante algún tiempo todo esto ha constituido un misterio para mí y me preocupaba. ¿Por qué? Temía que en Milán, sólo por llevar el nombre de Gramsci, la policía te hubiese hecho algunas bromas poco alegres a pesar de todos tus documentos y tus opiniones y las informaciones de la policía de Cagliari. Sé lo que digo; he visto y sentido sobre mi propia piel el encarnizamiento con que me ha tratado esta policía milanesa.»

Carlo se fue efectivamente a Milán en el invierno de 1931; tenía un empleo en la Snia Viscosa. Visitó a Nino en marzo. El 28 del mismo mes éste le volvió a recomendar que escribiese con asiduidad: «Por las razones que ya te indiqué verbalmente en nuestra entrevista, quisiera que, al menos durante estos meses de tu estancia en Milán, me escribieses a menudo sobre tu vida y sobre cómo te las arreglas.» Pero estuvo mucho tiempo sin escribir: «Carlo no me ha escrito todavía; si sabes su dirección escríbele diciéndole que su conducta me ha causado un gran pesar; no escribe ni siquiera a nuestra madre, pese a que sabe muy bien cuáles son sus condiciones de salud.» (4 de mayo de 1931).

Esperaba que, por lo menos, le escribiesen las mujeres de casa. No le era difícil reconstruir la vida de la madre, anciana ya y con poca salud, y de Teresina, entre el empleo en la oficina de correos y las tareas domésticas, y de Grazietta:

«Ni siquiera los de casa me han escrito desde hace un mes por lo menos. Mi madre no puede escribir y mis hermanas tienen mucho que hacer; por lo demás, conozco su vida porque la compartí durante mucho tiempo e imagino cómo deben andar las cosas. Cada día, mi madre se lamentará de que nadie me escribe y que por esto no escribo yo: todos prometerán escribir... el día siguiente, pero todos pensarán que el otro lo hará y así irán las cosas durante mucho tiempo. Es una vida bastante curiosa, un poco a la china; recuerdo perfectamente que yo hacía lo mismo.»[2]

A veces se quejaba a la madre:

«Pero, ¿por qué me dejáis tanto tiempo sin noticias? Incluso con malaria se pueden escribir algunas líneas y yo me contentaré con una postal. Yo también me estoy haciendo viejo, ¿comprendes? Por esto me vuelvo nervioso, irritable y más impaciente. Me hago este razonamiento: no se escribe a un preso por indiferencia o por falta de imaginación. En tu caso y en el de todos los de casa no creo que pueda tratarse de indiferencia. Creo, más bien, que se trata de falta de imaginación: no llegáis a representaros exactamente lo que es la vida en la cárcel y la importancia esencial que en ella tiene la correspondencia, hasta qué punto llena los días y da todavía un cierto sabor a la vida. Yo no hablo nunca del aspecto negativo de mi vida, en primer lugar porque no quiero ser compadecido: era un combatiente que no ha tenido suerte en la lucha inmediata y los combatientes no pueden ni deben ser compadecidos cuando han luchado no por obligación sino porque lo han querido conscientemente. Pero esto no quiere decir que el aspecto negativo de mi vida en la cárcel no exista, no sea muy duro de soportar y no pueda ser agravado por las personas queridas.»

Era una queja dirigida no a la madre sino a Teresina, a Grazietta, a la sobrina Mea, que tenía ya once años.

Comprendía que su madre no estaba en condiciones de escribirle. Le conmovió una carta que ésta dictó a Teresina:

«He recibido la carta que me has escrito con la mano de Teresina. Creo que debes escribirme así a menudo; en tu carta he sentido todo tu espíritu y tu modo de razonar; era realmente tu carta y no una carta de Teresina. ¿Sabes lo que me ha hecho recordar? Me he acordado claramente de cuando estaba en el primero o en el segundo año de la escuela elemental y tú me corregías los deberes: recuerdo perfectamente que

2. Carta a Tatiana del primero de junio de 1931.

no conseguía recordar nunca que *uccello* se escribe con dos *c* y tú me has corregido este error diez veces, por lo menos. Si nos has ayudado a aprender a escribir... es justo, pues, que uno de nosotros te sirva de mano para escribir cuando no tienes fuerza suficiente para hacerlo tú misma... No puedes ni imaginar cuántas cosas recuerdo en las que tú apareces como una fuerza benéfica y llena de ternura para nosotros. Bien miradas las cosas, todas las cuestiones del alma y de la inmortalidad del alma o del paraíso y el infierno no son, en el fondo, más que un modo de ver este simple hecho: que todas nuestras acciones se transmiten a los demás según su valor bueno o malo, pasan de padres a hijos, de una generación a otra en un movimiento perpetuo. Todos los recuerdos que tenemos de ti son de bondad y de fuerza, has gastado todas tus fuerzas para sacarnos adelante; esto significa que tú estás ya desde ahora en el único paraíso real que existe, que para una madre creo que es el corazón de sus hijos. ¿Ves lo que te he escrito?»

Aunque las cartas de Cerdeña fuesen escasas, Gramsci sabía más cosas de su familia de Ghilarza que de la de Moscú: «Conozco mejor a los hijos de Teresina; me han escrito algunas veces y Teresina me informa lo suficiente para que yo, conociendo como conozco el marco general de su vida por experiencia directa, pueda formarme una idea. En cambio, me imagino, que para Delio y Giuliano yo debo ser una especie de Holandés Errante.» Se sentía muy unido a todos los niños; procuraba seguir su evolución y orientarles, en la medida de sus posibilidades. Una vez escribió a Teresina:

«Franco me parece muy avispado e inteligente; me imagino que ya debe hablar sin dificultad. ¿En qué lengua habla? Espero que le dejaréis hablar en sardo y no le daréis disgustos al respecto. Para mí ha sido un error no haber dejado que Edmea hablase libremente el sardo de pequeña. Esto ha perjudicado su formación intelectual, ha puesto una camisa de fuerza a su fantasía... Te recomiendo con todo mi corazón que no cometas este error y que dejes que tus hijos absorban todo el sardismo que quieran y se desarrollen espontáneamente en el ambiente natural en que han nacido.»

Pasaba largos ratos en su celda comparando las fotografías de los niños de la familia, estudiando los rasgos comunes y las diferencias entre Delio y Giuliano y los hijos de Teresina (Franco, Mimma y Diddi) y la hija de Gennaro, Mea.[3]

Estaba enfermo. Dormía poquísimo. En octubre de 1930 hizo el siguiente balance de sus horas de sueño: «Sólo dos noches he dormido cinco horas; durante nueve noches enteras no he dormido ni un solo minuto; las demás noches he dormido menos de cinco horas: esto da un promedio general de poco menos de dos horas por noche.» Su sueño era interrumpido a menudo por ruidos exteriores. Lay recuerda: «Gramsci ocupaba la primera celda del corredor del primer piso, por donde pasaba día y noche todo el tráfico para las demás secciones y la enfermería. Sólo cuando estaba de servicio alguna guardia menos celosa que las otras el tráfico se reducía, era menos ruidoso y Gramsci podía gozar de un poco más de tranquilidad.» Experimentaba grandes vacíos en su actividad mental: «Duermo poco, me domina una gran desgana; ni siquiera la lectura me atrae. Como dicen en Cerdeña, doy vueltas por la celda como una mosca que no sabe donde morirse.» (20 de julio de 1931).

«Desde hace algunos meses pierdo la memoria. Hace tiempo que no he tenido fuertes dolores de cabeza como en el pasado (jaquecas que yo llamaría "absolutas"), pero en cambio me siento en un estado permanente que podría calificar-

3. «He recibido una carta de mi hermana Teresina con la fotografía de su hijo Franco, nacido unos meses después de Delio. Creo que no se parecen en nada; en cambio, Delio se parece muchísimo a Edmea. Franco no tiene el pelo rizado y debe tenerlo de color castaño oscuro; además, Delio es más guapo. Me ha sorprendido que Franco, en la fotografía por lo menos, se parezca poco a nuestra familia: debe parecerse a Paolo (Paulesu, marido de Teresina) y a su estirpe campidanesa y quizá *maurreddina;* ¿Y Mimí, a quién se parece?» «Tatiana me ha enviado hace unas semanas algunas fotografías de los niños de Teresina que me han gustado mucho. Es cierto que Mimí se parece mucho a Emma cuando era pequeña. Es extraordinario hasta qué punto estos niños tienen los rasgos de la familia (incluso Delio y Giuliano tienen muy marcados estos rasgos): parece que ves caras ya vistas, que afloran los recuerdos de hace tantos años. Diddi creo que se parece a Teresina de pequeña, cuando vivíamos todavía en Sòrgono e íbamos al asilo de las monjas; pero no tiene el pelo rizado y rubio como Teresina. La última fotografía que he recibido de Delio me ha hecho la impresión de que volvía a ver a Mario cuando tenía ocho años; también Giuliano tiene una cara que en sus rasgos generales me recuerda a Nannaro y especialmente al tío Alfredo.»

se de evaporación del cerebro; fatiga difusa, aturdimiento, incapacidad de concentrar la atención, relajación de la memoria, etc.»[4]

Siete días después de esta carta, el 3 de agosto a la una de la madrugada sufrió una hemoptisis. Mucho tiempo después se lo comunicó a Tatiana con frialdad, como si estuviese redactando un informe:

«No fue una verdadera hemorragia continua, un flujo irresistible como el que he oído describir a otros: sentía un gorgoteo en la respiración como cuando se está resfriado, venía después un acceso de tos y la boca se llenaba de sangre. La tos no era violenta, ni siquiera fuerte: era la tos típica de cuando se tiene una cosa extraña en la garganta, sin accesos continuos y sin espasmos. Esto duró hasta cerca de las cuatro y en todo este tiempo llegué a escupir 250-300 gramos de sangre.»

Después de dar otros detalles, concluía, con el mismo tono distanciado: «Creo que te he dado todas las informaciones esenciales. Debo añadir que no me he debilitado mucho ni he sentido ninguna repercusión psíquica... Como ves, no hay porqué preocuparse, aunque, como dice el médico, habrá que "vigilar".» No era la catástrofe del cuerpo lo que le postraba moralmente, por lo menos en aquella fase. Tenía propensión a juzgar las desgracias físicas sin dramas.

Pero no le ocurría lo mismo con las desgracias morales (el alejamiento de Julia, la irregularidad de la correspondencia familiar, los choques ideológicos con los viejos compañeros de lucha y con algunos comunistas presos y las difamaciones que de ellos resultaban). El 3 de agosto escribió a Tatiana y no le dijo nada de la hemorragia que había tenido por la noche. Después de la hemoptisis le dominaba otro pensamiento, más punzante que el dolor físico:

«No creas que el sentimiento de estar personalmente aislado me haga caer en la desesperación o en un estado de ánimo de tragedia. En realidad, nunca he sentido necesidad de una aportación exterior de fuerzas morales para vivir fuertemente mi vida, incluso en las peores condiciones; tanto menos hoy, cuando siento que mis fuerzas volitivas han adquirido un grado más elevado de concreción y de validez. *Pero así como en el pasado me sentía orgulloso de mi aislamiento, ahora siento toda la mezquindad, la aridez, la sordidez de una vida reducida exclusivamente a la voluntad.*»[5]

En la carta del 3 de agosto de 1931, el día de la primera hemoptisis, se refería también a su trabajo. Cada vez sentía con más intensidad, aunque sin rendirse, la dificultad de desarrollar sistemáticamente y en profundidad los temas que se había propuesto. El 17 de noviembre de 1930 había escrito a Tania:

«Me he centrado en tres o cuatro temas principales, uno de los cuales es el de la función cosmopolita de los intelectuales italianos hasta el Setecientos, escindida luego en tantas direcciones: el Renacimiento y Maquiavelo, etc. Si pudiese consultar el material necesario creo que podría hacer un libro realmente interesante, que todavía no existe; digo libro por referirme sólo a la introducción a un cierto número de trabajos monográficos, porque la cuestión se presenta diversamente en las distintas épocas y, a mi parecer, habría que remontarse hasta los tiempos del Imperio Romano. Mientras tanto escribo notas, aunque sólo sea porque la lectura de lo relativamente poco que tengo a mi disposición me hace recordar las lecturas del pasado.»

En la carta del 3 de agosto insistía en estas dificultades de consulta:

«Se puede decir que no tengo ya un verdadero programa de estudio y de trabajo, cosa que había de ocurrir forzosamente. Me había propuesto reflexionar sobre una serie de cuestiones, pero era forzoso que al llegar a un cierto punto tuviese que pasar a la fase de documentación y, por tanto, a una fase de trabajo y de elaboración que exige grandes bibliotecas. Esto no quiere decir que pierda completamente el tiempo, pero no siento ya una gran curiosidad por determinadas líneas generales, al menos por ahora... Hay que tener en cuen-

4. Carta de 27 de julio de 1931.

5. Subrayado mío.

ta además que el hábito de severa disciplina filológica adquirido durante los estudios universitarios me ha dado unos escrúpulos metodológicos excesivos (quizá).»

La contestación de Tatiana no se hizo esperar: «Para hacer una historia *perfecta* de los intelectuales se debe disponer, ciertamente, de una gran biblioteca. Pero ¿por qué no hacerla imperfecta de momento, con la idea de perfeccionarla cuando tengas libertad de acceso a las bibliotecas?» (28 de agosto de 1931). En realidad, Gramsci no se dejaba desanimar por las dificultades objetivas del trabajo en la cárcel. El 7 de septiembre contestó a Tatiana:

«No creas que no sigo estudiando o que me desanimo porque al llegar a un cierto punto no puedo continuar mis investigaciones. Todavía no he perdido una cierta capacidad inventiva, en el sentido de que todas las cosas importantes que leo me excitan y me hacen pensar: ¿cómo podría hacer un artículo sobre este tema? Imagino un comienzo y un final mordaces y una serie de argumentos irresistibles (a mi parecer) como otros tantos puñetazos en el ojo, y así me divierto. Naturalmente, no escribo nada de esto: me limito a escribir sobre temas filológicos y filosóficos, sobre temas de los que Heine decía: eran tan aburridos que me dormí, pero el aburrimiento era tan grande que me hizo despertar.»

Cuando la falta de libros le impedía continuar su labor pasaba el tiempo traduciendo del ruso páginas de Gogol, Turgueniev, Dostoievski, Chejov y Tolstoi. Pero la investigación sobre los intelectuales le obsesionaba: no podía estar sin los libros necesarios y para tenerlos decidió elevar una instancia al jefe del gobierno. El borrador de la instancia se encuentra en el cuaderno 14 (el mismo que contiene las traducciones del ruso):

«El infrascrito, de acuerdo con lo dispuesto en los reglamentos y en la disciplina penitenciaria y con la debida autorización superior ha intentado llenar el ocio de la detención tomando notas para una historia de la formación y del desarrollo de los grupos intelectuales italianos. Dado que últimamente parecen haber surgido dificultades de carácter no muy preciso, pero por esto más difíciles de resolver, el infrascrito ruega a V.E. que le conceda la autorización para continuar la citada labor.»

Siguió, como pudo, acumulando notas breves, apuntes, observaciones, es decir, materiales para unos ensayos que sólo más tarde se podrían escribir según un orden determinado. En las páginas 1 y 2 del cuaderno 28 (escrito en 1932) puso la siguiente advertencia bajo el título *Note sparse e appunti per una storia degli intellettuali italiani*, para que quedasen bien claros el carácter y la materia de su labor:

«1) Carácter provisional de estos apuntes y notas; 2) De ellos podrán salir ensayos independientes, no un trabajo orgánico de conjunto; 3) No puede hacerse todavía una distinción entre la parte principal de la exposición y las secundarias, entre lo que constituiría el "texto" y lo que serían las "notas"; 4) Se trata a menudo de afirmaciones no controladas, que podrían llamarse "de primera aproximación": en las investigaciones ulteriores algunas de ellas podrán ser abandonadas e incluso puede llegar a demostrarse que la afirmación exacta es la opuesta; 5) No debe causar una mala impresión la vastedad y la incerteza de los límites del tema, por todo lo que se ha dicho: no tengo la intención de redactar un mamotreto confuso sobre los intelectuales, una compilación enciclopédica con la pretensión de colmar todas las "lagunas" posibles e imaginables. — *Ensayos principales* — *Introducción general* — Desarrollo de los intelectuales italianos hasta 1870: diversos períodos — La literatura popular de las novelas de folletín — Folklore y sentido común — La cuestión de la lengua literaria y de los dialectos — Los nietos del padre Bresciani — Reforma y Renacimiento — Maquiavelo — La escuela y la educación nacional — La posición de B. Croce en la cultura italiana hasta la guerra mundial — El *Risorgimento* y el Partido de Acción — Ugo Foscolo en la formación de la retórica nacional — El teatro italiano — Historia de la Acción Católica — Católicos integristas, jesuitas, modernistas — El municipio medieval, fase económico-corporativa del Estado — Función cosmopolita de los intelectuales italianos hasta el siglo XVIII — Reacción ante la falta de carácter popular-nacional de la cultura en Italia: los futuristas — La escuela única y lo que significaría para toda la organización de la cultural nacional — El "lorianismo" como una de las características de los intelectuales italianos — La falta de «jacobinis-

mo" en el *Risorgimento* italiano — Maquiavelo como técnico de la política y como político integral o en acto. *Reagrupamientos de materias*: 1) intelectuales, cuestiones escolares; 2) Maquiavelo; 3) Nociones enciclopédicas y temas de cultura; 4) Introducción al estudio de la filosofía y notas críticas sobre un ensayo popular de sociología; 5) Historia de la Acción Católica, católicos integristas, jesuitas, modernistas; 6) Miscelánea de diversas notas de erudición (pasado y presente); 7) El *Risorgimento* italiano (en el sentido de la época precisa del *Risorgimento* italiano de que habla Omodeo, pero insistiendo en los motivos más estrictamente italianos); 8) Los nietos del padre Bresciani, la literatura popular (notas de literatura); 9) El lorianismo; 10) Apuntes sobre el periodismo.»

Siguió adelante pese a la progresiva ruina física y al abatimiento que le causaban los hilos que se rompían o se complicaban por las incomprensiones.

Pero quizá pedía al organismo más de lo que éste podía darle, en aquel estado de aflicción y de graves enfermedades mal curadas. Tuvo una recaída.

«He llegado a un punto en que mi capacidad de resistencia va a derrumbarse completamente, no sé con qué consecuencias. Estos días me siento peor que nunca; desde hace ocho días sólo duermo tres cuartos de hora cada noche y paso noches enteras sin pegar ojo. Es indudable que si el insomnio no determina por sí mismo males específicos agrava los existentes y los acompaña de un malestar tan profundo que la existencia llega a ser insoportable.»[6]

Su carácter se había agriado. Algunas iniciativas de Tatiana, debidas a su «fanatismo romántico» le exasperaban.[7] Quería que Tatiana se fuese a Moscú.[8] Dos hechos contribuyeron en aquel momento a aumentar su excitabilidad: la noticia, enviada por Grazietta, de que su madre estaba moribunda, y una nota de Carlo redactada de forma que le hacía creer inminente la liberación.

La señora Peppina estaba inmovilizada en la cama desde hacía muchos meses. El 7 de octubre de 1932 Grazietta escribió a Antonio dándole noticias muy graves: su madre había hecho ya las últimas recomendaciones y no había ninguna esperanza. Una carta enviada dos días después por Mea en tono tranquilizador calmó un poco a Antonio. Pero la impresión de la primera carta no había desaparecido del todo:

«La idea de que nuestra madre pueda estar moribunda mientras yo no puedo saber nada preciso ni puedo volver a verla me obsesiona, me persigue en todo momento, noche y día. La recuerdo en sus momentos de mayor energía y fuerza, veo nítidamente muchas escenas de nuestra vida familiar de épocas pasadas y no consigo convencerme de que esté postrada como tú dices y que ella misma sienta que está a punto de dejarnos. No sé si tú (la carta iba dirigida a Grazietta) podrás hacerle sentir lo mucho que la he querido y que una de las mayores amarguras de mi vida —enormemente influyente en la formación de mi carácter— ha sido ver que su existencia no ha conocido ningún momento de reposo, que su vida ha carecido de satisfacciones y de paz duradera.»[9]

En este estado de ánimo tan transtornado, le llegó, a finales de mes, un telegrama de Carlo: «He sabido concesión amnistía. Estoy a tu lado. Telegrafíame necesidad presencia mía u otra cosa.» En realidad, al cumplirse el décimo aniversario de la marcha sobre Roma, se habían promulgado medidas de amnistía y de condonación, aplicables a los presos políticos; pero la reducción de la pena no significaba para Gramsci la libertad inmediata. El telegrama de Carlo, en cambio, le hizo creer «durante siete u ocho horas» que los sufrimientos de la cárcel estaban a punto de terminar. La desilusión fue muy

6. Carta de 29 de agosto de 1932.

7. «Estos días he estado pensando en cosas pasadas y he llegado a la convicción de que cuando Julia me escribía dos o tres cartas al año, siempre iguales, estereotipadas, en las que se percibía la molestia y el esfuerzo, sólo en parte se debía a su enfermedad; se debía ciertamente a una propuesta que le habías hecho en mi nombre, que era deshonrosa para mí y que ella tenía todos los motivos para creer que se debía a mi iniciativa. ¿Cómo explicar, si no, algunas expresiones recientes muy sibilinas, cuando me dice que reconoce que fue injusta en sus opiniones sobre mí?»

8. «Julia cree que permaneces en Roma y no te decides a ir con tus padres porque no sabes decidirte a romper las relaciones de relativa intimidad que mantienes conmigo. No sé si tiene razón y si ésta es la causa única o principal de que permanezcas aquí. Si fuese realmente así, tendrías que tomar una decisión y partir sin más.»

9. Carta de 17 de octubre de 1932.

fuerte. Sobre todo porque sentía que hoy ya no podía contar con otras vías de salida.

A principios de año le habían comunicado una iniciativa de alto nivel para el intercambio de presos políticos. Se interesaban por la cuestión la Unión Soviética (los encargados de la gestión eran el historiador y diplomático Platon Mijáilovich Kerzenchev y otro diplomático llamado Makar) y el Vaticano. Después del fracaso de la conferencia de Génova (abril-mayo 1922) en la que habían intervenido el ministro de asuntos exteriores soviético Chicherin y los prelados vaticanos Pizzardo y Sincero, junto con el arzobispo de Génova, Signori, las relaciones entre la Unión Soviética y el Vaticano se habían deteriorado. Quedaban abiertas, sin embargo, algunas posibilidades de entendimiento sobre cuestiones específicas. Por ejemplo, el Papa había obtenido la liberación del arzobispo de Mogilev, Chieplak, condenado a muerte el 26 de marzo de 1923. Las negociaciones para la liberación de Gramsci formaban parte de todo un sistema de intercambio con prelados presos. Monseñor Giuseppe Pizzardo, que entonces todavía no era cardenal, había realizado una visita a la cárcel de Turi. Pero el subsecretario de Estado vaticano no había podido entrevistarse con Gramsci y se había limitado a dejarle, antes de partir, una tarjeta de saludo.[10] Las negociaciones se suspendieron. ¿Cuándo y a iniciativa de quién? ¿Se conocía ya fuera de la cárcel la heterodoxia de Gramsci respecto al «giro» staliniano, pese a lo que Gennaro había dicho a Togliatti, antes del informe de Lisa? ¿O era Mussolini quien se oponía a su liberación? En septiembre de 1932 Carlo Gramsci había estado diez días en Ghilarza aprovechando las vacaciones para ver a su madre, que se apagaba lentamente. Al volver a la península se fue a Turi, donde permaneció casi una semana. Nino quería hablarle de cosas delicadas pero no conseguía que estuviese presente en la entrevista un guardián de su confianza, ante el cual pudiese hablar libremente: por esto aplazaba un día tras otro la discusión del tema. Hasta que estuvo presente el guardián amigo y Nino pudo contar a su hermano lo de la operación Vaticano y de la visita a Turi de monseñor Pizzardo. Estaba furioso con

10. La tarjeta se conserva en el Instituto Gramsci. El texto impreso dice: primera línea: Mons. Giuseppe Pizzardo; segunda línea: Substituto de la Secretaría de Estado de S.S.; debajo, a mano: Saludos.

Tania, que no le había tenido al corriente de la operación. Le habría podido hacer sugerencias útiles, pero ella hacía tiempo que no iba a Turi Al pasar por Roma, Carlo vio a Tania. Le contó su entrevista con Nino y supo, por las informaciones que circulaban en los medios de la embajada soviética, que era el propio Mussolini quien se oponía personalmente a la liberación de Gramsci. Litvinov había propuesto oficialmente, a través del embajador ruso en Roma, el intercambio de Gramsci con otros presos y la respuesta de Mussolini había sido —según la versión soviética— una seca negativa. Desaparecía, pues, la esperanza de una próxima liberación por aquella vía. Y no se perfilaban otras perspectivas favorables.

Amargado por la ruina física y cada vez más fatigado moralmente, Gramsci pensó en resolver de una vez para siempre y sin equívocos la cuestión de las relaciones con Julia. Estaba curada o por lo menos, había superado la fase crítica de su enfermedad. A Gramsci le parecían evidentes sus progresos: «Tu proceso mental ha vuelto a ser límpido y claro, sin dudas, arrepentimientos y vacilaciones.» (1 agosto 1932) «Se ve que haces progresos gigantescos, de semana en semana, hacia unas condiciones físicas y psíquicas generales de plena salud y de equilibrio superior.» (2 de agosto de 1932) El 19 de agosto insistía en una carta a Tatiana: «Me parece que ya se puede afirmar positivamente que Julia ha "salido del piélago y ha llegado a la costa" y que para ella empieza una nueva vida.» Pero esto no bastaba para deshacer nudos tenaces. Un viaje de Julia a Italia con los niños quizá habría vuelto a dar a sus relaciones el antiguo frescor; Antonio deseaba este viaje, como puede comprobarse por una referencia al mismo en una carta de Tatiana a Grazietta del 30 de noviembre de 1932: «Hace poco he tenido noticias de Julia y de los niños; todos están bien. Giuliano ha querido escribir a su padre y le ha pedido su fotografía. Esperemos que dentro de poco el niño podrá venir a conocer a su padre. ¿No es cierto? Esperemos.»[11] Pero Julia no vino. Antonio había renunciado ya a comprender la actitud de su mujer: «Soy un sardo sin complicaciones psicológicas y me cuesta comprender las complicaciones de los demás.» Analizando despiadadamente su pasado, se había convencido de que era «culpable» ante Julia, culpable de «egoísmo», pero no del egoísmo común, «el que consiste en utilizar a los demás como instrumentos

11. Carta inédita.

para el propio bienestar y la propia felicidad». La cuestión era otra, tenía su origen en sus vicisitudes de combatiente político.

«Cuando se ha ligado la propia vida a un fin y se concentran en éste todas las energías y toda la voluntad, ¿no es forzoso que queden al descubierto algunos o muchos o quizá uno solo de los aspectos individuales? No siempre se piensa en esto y llega un momento en que se pagan las consecuencias. Se descubre incluso que uno puede parecer egoísta a los que menos se creía que pudiesen llegarlo a pensar. Y se descubre el origen del error: la debilidad, la debilidad de no haber osado quedarse solo, sin crearse vínculos, afectos, relaciones, etc.»

¿Existía un remedio? ¿Se podía reparar todavía aquella «debilidad»? A Gramsci le pareció que el remedio consistía en el retorno a la soledad, restituyendo a Julia su plena libertad. Tenía ella treinta y seis años; era, pues, bastante joven para reconstruirse una existencia menos torturada. El 14 de noviembre de 1932, Antonio expuso su intención a Tatiana, por primera vez:

«Es difícil empezar, pero lo intentaré. He sabido hace tiempo que algunas mujeres que tenían el marido en la cárcel, condenado a una larga pena, se consideraron libres de todo vínculo moral e intentaron construirse una vida nueva. Por lo que se dice, el hecho ocurrió por iniciativa unilateral. Puede juzgarse de muchas maneras, desde muchos puntos de vista. Se puede censurar, explicar o incluso justificar. Personalmente, después de haber pensado mucho en ello, he acabado explicándolo y justificándolo. Pero si la ruptura del vínculo fuese por acuerdo bilateral, ¿no sería todavía más justificado? Naturalmente, no quiero decir que sea sencillo, que se pueda hacer sin dolor y sin choques profundamente hirientes. Pero, incluso en estas condiciones puede hacerse, si estamos convencidos de que debe hacerse... ¿Por qué un ser vivo debe permanecer ligado a un muerto o casi muerto?... Como digo, la cosa no es sencilla; es necesario un desgarrón violento, una herida dolorosa; hay que prever, después de la decisión, un cierto período de remordimientos, de arrepentimientos, una oscilación. Pero en el fondo todo esto puede superarse y se puede crear una vida nueva. Te expongo la cuestión, puedes creerlo, con mucho convencimiento, para

que tú se lo comuniques a Julia, a no ser que me aconsejes que se lo comunique yo directamente. Es una cosa muy seria; llevo mucho tiempo pensando en ella, quizá desde el primer día de la detención, al principio medio en broma, después con mayor seriedad y profundidad. También he pensado que esto podría parecer un gesto muy romántico. O que podría parecer una astucia, una especie de chantaje sentimental (te ofrezco esto para que te sientas aplastada por mi magnanimidad y te veas obligada a rechazarlo)... Lo que es seguro es que la iniciativa ha de partir de mí... Pienso que aunque Julia no sea una jovencita todavía puede crearse libremente una nueva vida. En todo caso, puede —aunque sea violentamente— dar una nueva dirección a su existencia. Y toda una serie de cuestiones relacionadas con ésta quedarían resueltas. Yo volvería a entrar en mi cáscara "sarda". No quiero decir que no sufriría. Pero cada día que pasa me vuelvo más insensible y adaptable. Lo podría soportar, me acostumbraría... En este caso, tú debes tener una gran presencia de ánimo y ser absolutamente imparcial. Debes pensar en lo que te he escrito con mucha frialdad, teniendo en cuenta el futuro de Julia y su vida.»

No era una decisión improvisada, debida al humor de un momento. Una semana después, el 21 de noviembre, contestó a Tatiana:

«Espero la carta que me anuncias, y en la que contestarás a la mía anterior. Pero la referencia que haces a la cuestión no me satisface en absoluto. No comprendo qué significa esto de que "mi modo de sentir es inadecuado a las circunstancias". No se trata de "sentir" en el significado inmediato de la palabra sino de algo que tiene en cuenta una larga perspectiva y en la que es difícil separar el sentimiento de la razón. Es un sentir, sin duda, pero las premisas del sentimiento no son impulsos emocionales o pasiones instintivas sino una larga meditación hecha con toda calma y frialdad.»

Y el 5 de diciembre:

«Querida Tania, te ruego con todo mi corazón que no intentes discutir, analizar, refutar mi carta del 14 de noviembre... No debes contestarme más que una cosa: ¿estás dispuesta a comunicar a Julia lo que te he escrito o lo conside-

ras imposible? Un sí o un no: esto es todo lo que quiero saber. Toda discusión me disgustaría inmensamente. Se trata de una operación quirúrgica, de decapitación en cierto sentido; sólo está justificada si va seguida de un corte neto, decidido. De otro modo sería un suplicio chino. Me habría gustado que me contestases en seguida; no has podido hacerlo. Paciencia. Pero ahora no hemos de remover el cuchillo en la herida.»

El 30 de diciembre de 1932, la señora Peppina falleció en Ghilarza. Los demás pensaron que Antonio no soportaría el golpe y no se lo dijeron. Tres meses después, el 3 de abril de 1933, Antonio recomendaba a Teresina: «Antes de que me olvide, felicita a mamá de mi parte por las fiestas de Pascua. Este año me he olvidado de felicitarla el día de su onomástica y esto me disgusta mucho.»

28

Era a principios de 1933. Terminaba para Gramsci un año de torturas y se anunciaba otro igualmente sombrío. Él lo preveía. El 2 de enero de 1933 escribió algunas líneas, a modo de balance:

«El año que acaba de pasar no tiene recuerdos precisamente agradables para mí; ha sido el peor año que he pasado en la cárcel. El año nuevo no se presenta con perspectivas mucho mejores. Si el año 1932 ha sido malo, el 1933 creo que será peor. Estoy consumido, gastado y la gravedad va aumentando; ha empeorado todavía más la relación entre las fuerzas disponibles y el esfuerzo que hay que sostener. Pero no estoy desmoralizado; al contrario, mi voluntad se alimenta del realismo con que analizo los elementos de mi existencia y de mi resistencia.»

Gramsci se moría lentamente. Seguía padeciendo insomnio, se sentía a veces «como suspendido en el aire, sin equilibrio físico, como cuando se tiene vértigo y la cabeza da vueltas o cuando se está borracho». Se le habían caído los dientes; padecía penosos trastornos gástricos. Y para completar la catástrofe del cuerpo, progresaban la tuberculosis, la arterioesclerosis y la enfermedad de Pott (las vértebras se iban destruyendo progresivamente y en los músculos dorsales se formaban abscesos).

Pero, a principios de 1933 por lo menos, las facultades críticas y volitivas, como si se hubiesen separado de un cuerpo que se derrumbaba, como si fuesen exteriores a éste y no estuviesen condicionadas en absoluto por los sufrimientos físicos, conseguían mantenerse lúcidas, siempre en un punto máximo de tensión: «He pasado momentos muy malos, me he sentido muchas veces físicamente débil, pero nunca he cedido a la debilidad física y, en la medida en que es posible decirlo en estas cosas, creo que no cederé nunca de ahora en adelante. Sin embargo, mis fuerzas son escasas. Cuanto más veo que voy a pasar momentos malos, que voy a sentirme débil, que se van a agravar las dificultades, tanto más me endu-

rezco en la tensión de todas mis fuerzas volitivas» (30 de enero de 1933). Era una vida de dolor, «odiosa», insoportable, pero Gramsci quería vivirla a pesar de todo:

«Desde hace algún tiempo, cosa de año y medio, he entrado en una fase de mi vida que puedo calificar, sin exageraciones, de catastrófica. No consigo reaccionar ante el mal físico y siento que cada vez me faltan más las fuerzas. Pero no quiero abandonarme a la corriente, no quiero prescindir de nada que, aunque sólo sea abstractamente, ofrezca la posibilidad de poner término a este sufrimiento. Creo que si prescindiese de algo sería, en cierto sentido, como suicidarme. Estoy lleno de contradicciones, es cierto, pero no hasta el punto de no comprender estas cosas elementales...»[1]

Pero era una persona de carne y huesos, no pensamiento puro. Le torturaba una pesadilla: hasta entonces había resistido al terrorismo fascista, rechazando siempre el chantaje para que elevase una petición de gracia: pero, ¿y si, rota por los sufrimientos físicos, en la hipnosis mental causada por el avance de la enfermedad, la voluntad llegase a ceder? En un cuaderno anotó:

«Se oye decir: "Ha resistido cinco años, ¿por qué no seis? Podía resistir un año más y triunfar." Pero en algún caso se trata de un juicio *a posteriori*, porque al llegar al quinto año el sujeto no sabía que *sólo* le esperaba otro año de sufrimientos. Aparte de esto: la verdad es que el hombre del quinto año no es ya el del cuarto, del tercero, del segundo, del primero, etc. Es una nueva personalidad, totalmente nueva, en la que el transcurso de los años ha demolido los frenos morales, las fuerzas de resistencia que caracterizaban al hombre del primer año. Un ejemplo típico es el del canibalismo.»

Desarrolló este ejemplo en una carta a Tatiana:

«Imagina un naufragio: un cierto número de personas se refugian en una barca para salvarse sin saber dónde, ni cuándo, ni después de qué peripecias se salvarán efectivamente. Antes del naufragio naturalmente, ninguno de los futuros náufragos pensaba que se convertiría en... náufrago y menos todavía que tendría que verse obligado a cometer los actos que los náufragos pueden cometer en ciertas ocasiones, por ejemplo, el acto de convertirse en... antropófagos. Si se les hubiese interrogado en frío sobre lo que harían de encontrarse ante la alternativa de morir o hacerse caníbales, todos y cada uno de ellos habrían contestado con la mayor buena fe que preferirían sin duda morir. Pero ocurre el naufragio, el refugio en la barca, etc. Al cabo de unos días empiezan a faltar los víveres y la idea del canibalismo se presenta bajo una luz distinta hasta que, en un momento determinado, algunas de aquellas personas se convierten en caníbales. Pero, en realidad, ¿se trata de las mismas personas? Entre los dos momentos, aquel en que la alternativa se presentaba como una pura hipótesis teórica y aquel en que la alternativa se presentaba con toda la fuerza de la necesidad inmediata, se ha producido un proceso de transformación "molecular"... y sólo desde el punto de vista del estado civil y de la ley se puede decir... que se trata de las mismas personas.»

Para Gramsci, el drama era, que sentía producirse en su propio interior un cambio similar:

«La personalidad se desdobla: una parte observa el proceso, la otra lo sufre. Pero la parte observadora (mientras esta parte existe quiere decirse que hay un autocontrol y la posibilidad de rehacerse) siente la precariedad de su posición, es decir, prevé que llegará a un punto en que su función desaparecerá y no habrá más autocontrol: la personalidad entera será engullida por un nuevo "individuo", con impulsos, iniciativas, modos de pensar diversos de los precedentes.»

Son palabras escritas el lunes 6 de marzo de 1933.

Unos días antes, los compañeros de paseo habían observado que Gramsci zigzagueaba en el patio. También Tatiana —que acababa de fijar su residencia en una posada de Turi— se había dado cuenta de su pésimo estado. El primero de marzo escribía a Teresina: «Creo que es necesario venir a verle lo más a menudo posible en estos momentos; está pasando por una crisis de agotamiento físico y nervioso lo suficientemente grave como para impresionar.»[2] Le faltaba el

1. Carta a Tatiana de 13 de febrero de 1933.

2. Carta inédita.

valor de comunicarle la muerte de su madre; este penoso encargo la atemorizaba. «Pero cuando pienso que un día sabrá, por fuerza, la desgracia que les afecta a él y a sus hermanos, no sé imaginarme cómo se lo tomará.» El martes 7 de marzo por la mañana, al día siguiente de la carta sobre el naufragio, apenas levantado de la cama, Gramsci cayó al suelo y no consiguió levantarse con sus propias fuerzas.

Deliraba. Algún tiempo después los camaradas que habían sido admitidos en su celda para asistirle, el bolonés Gustavo Trombetti y un obrero de Grosseto, le contaron lo que había dicho en el delirio: discursos, entremezclados con largas tiradas en dialecto sardo, sobre la inmortalidad del alma: «Parece que durante toda una noche he estado hablando sobre la inmortalidad del alma en sentido realista e historicista, esto es, como una supervivencia necesaria de nuestras acciones útiles y necesarias y como una incorporación de éstas al proceso histórico universal, fuera de nuestra voluntad, etc. Me escuchaba un obrero de Grosseto que se moría de sueño y que estaba convencido de que yo me volvía loco; al parecer, lo mismo creía el guardián de servicio.» Eran los efectos de la arterioesclerosis. Las manifestaciones agudas del mal duraron algunos días más:

«Hablé largamente en una lengua que nadie entendía y que indudablemente era el dialecto sardo, porque me he dado cuenta de que hasta hace algunos días (la carta es de dos semanas después del primer ataque) mezclaba el italiano con palabras y frases en sardo. Las ventanas y las paredes de la celda me parecían pobladas de figuras, especialmente de caras, sin ningún rasgo terrorífico: al contrario, en las poses más diversas, sonrientes, etc. De vez en cuando parecía que se formaban en el aire masas compactas pero fluidas que se acumulaban y se precipitaban sobre mí, haciéndome retroceder con espasmos nerviosos en la cama. La retina conservaba durante largo tiempo las imágenes pasadas y éstas se superponían a las más recientes, etc. También tuve alucinaciones auditivas. Si cerraba los ojos para reposar, oía voces claras que me preguntaban: "¿Estás ahí?", "¿duermes", etc. u otras palabras aisladas.»

La «parte observadora» de Gramsci no había, pues, desaparecido y todavía podía seguir críticamente el proceso. Hasta el día antes del ataque de arterioesclerosis había experimentado la pesadilla, la duda atroz de que pudiese cambiar, de que se produjese un proceso de sustitución de la vieja personalidad por otra nueva, carente de frenos morales, dispuesta al gesto repugnante del caníbal (la capitulación, la petición de gracia). Pero el hundimiento físico no iba acompañado de la catástrofe mental.

Celebró una entrevista con Tatiana.

«En un determinado momento —referirá ésta—, mientras Antonio intentaba convencerme de que en aquellos últimos años había hecho todo lo posible para mantenerse en las mejores condiciones, pero que no se podía hacer nada para su restablecimiento mientras estuviese en la cárcel... el guardián presente se dirigió a mí y me dijo lo que yo tenía que decir a Nino: "Ya que afirma que ha hecho todo lo posible para salvarse, ahora debe hacer lo más importante." Ya puede imaginar lo molesta que me sentí cuando el guardián, creyendo que yo no le entendía, prosiguió: "Debe decir a su cuñado, señorita, lo que hemos hablado en la administración." Entonces, sin ira, con una tranquilidad que me sorprendió, Nino dijo dirigiéndose al guardián: "Ah, comprendo. No es nada nuevo sino una cosa muy vieja. Se trata de hacer una petición de gracia, ¿no es cierto? Esto es una forma de suicidio; si se quiere elegir una forma en vez de otra se puede hacer rápidamente, pero la cosa no tiene nada de nuevo." Cuando le dije que todos los que, aparte de la administración, me sugerían este medio para verle fuera de la cárcel no lo hacían por maldad sino todo lo contrario, como demostración de simpatía por él, admitió que no era un signo de maldad, efectivamente, sino un signo de ceguera y de ignorancia... Si quiere que le diga la verdad, a veces no entiendo porque Nino teme atravesar intelectualmente una crisis tan grave...»

Fue Tatiana quien el 15 de diciembre de 1932 elevó una instancia al jefe del gobierno solicitando que un médico de confianza, de fuera de la cárcel, pudiese visitar a Gramsci. El 20 de marzo, el profesor Umberto Arcangeli pudo ver al enfermo. Para intentar su restablecimiento consideró necesario un cambio radical de las condiciones en que vivía, cambio que sólo era posible con una petición de gracia. Gramsci se opuso y la referencia a la gracia se quitó del certificado médico, que decía:

«Antonio Gramsci padece mal de Pott; tiene lesiones tuberculosas en el lóbulo superior del pulmón derecho, que han provocado dos hemoptisis, una de ellas particularmente abundante y seguida de fuerte fiebre durante varios días; padece arterioesclerosis, con hipertensión de las arterias. Ha sufrido desvanecimientos con pérdida del conocimiento y parafasia, que han durado varios días. Desde el mes de octubre de 1932 ha perdido siete kilos.»

El profesor Arcangeli concluía: «Gramsci no podrá sobrevivir mucho tiempo en las actuales condiciones; considero necesario su traslado a un hospital civil o a una clínica, a menos que sea posible concederle la libertad condicional.» Pero durante algún tiempo no hubo en el régimen carcelario de Gramsci ningún cambio sensible.

El sufrimiento físico le amargaba. Se dirigía a sus familiares en tono resentido. Era impaciente y montaba fácilmente en cólera. Pero Tatiana y Carlo sabían hasta qué punto había que ser indulgentes con aquellas explosiones y seguían prodigándose. Con Julia, Antonio seguía una línea ondulatoria. Después del plan de separación legal, había habido oscilaciones y arrepentimientos, nuevas propuestas de ruptura radical y nuevas vacilaciones. La quería: ésta era la causa de las indecisiones. El 27 de marzo, veinte días después del ataque de arterioesclerosis, le escribió: «Hace tiempo que no tengo noticias tuyas ni de los niños. En cambio yo te he escrito varias veces. Creo que tampoco Tatiana ha recibido noticias tuyas. Te ruego que me escribas y me tranquilices.» Le inquietaba también la falta de noticias de su madre; el silencio de sus familiares no le inquietaba hasta el punto de hacerle comprender la verdad, pero le preocupaba de verdad. El 30 de abril escribió a Teresina: «He recibido dos postales con recuerdos tuyos, de Grazietta y de todos los niños. No me habéis mandado más noticias de mamá y no he visto que me déis recuerdos suyos en las postales. Te ruego que me digas lo que hay al respecto y que digas también a Grazietta que me escriba.»

Después de unas semanas de relativo alivio, la enfermedad volvió a agravarse. Las curas que podían hacerle en Turi eran inadecuadas para la gravedad de sus muchas enfermedades. Era necesaria una asistencia médica muy distinta, ya que se le negaba la aplicación de un artículo del código penal, el 176, que disponía la concesión de libertad condicional

a los enfermos graves. No podía moverse de la cama («En cama puedo estar con los ojos cerrados y no ver las paredes que dan vueltas a mi alrededor»). El 29 de mayo escribió, repitiendo las palabras de Romain Rolland («El pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad») que se habían convertido en su máxima:

«Hasta hace algún tiempo yo era, por así decirlo, pesimista con la inteligencia y optimista con la voluntad. Es decir, aunque veía lúcidamente todas las condiciones desfavorables y fuertemente desfavorables para toda posible mejora de mi situación (tanto la general, en lo concerniente a mi posición jurídica, como la particular, en lo concerniente a mi salud física inmediata), pensaba que con un esfuerzo racional, con paciencia y arte, sin despreciar nada para organizar los pocos elementos favorables e intentar neutralizar los muchísimos elementos desfavorables, podría obtener un resultado apreciable, podría conseguir, por lo menos, vivir físicamente, detener el terrible consumo de energías vitales que me va postrando progresivamente. Hoy ya no pienso así. Esto no quiere decir que haya decidido rendirme. Pero sí quiere decir que ya no veo ninguna salida concreta y no puedo contar con ninguna reserva de fuerzas.»

La respuesta del ministerio a una instancia para su traslado a la enfermería de otra prisión tardaba. El 15 de junio Tatiana fue a verle otra vez a la cárcel («Lo he encontrado con la cara hinchada por el dolor de las encías»). Dos días después pudo comprobar que la ruina de Antonio continuaba. En una carta, inédita, del 21 de junio a su amiga Nilde Perilli, decía: «Nino me ha escrito que ha vuelto a empeorar; se siente tan mal como cuando tuvo la crisis del 7 de marzo... En la carta de hoy Nino insiste en el tema de Julia, como en noviembre pasado. Estoy desesperada.» Por aquellos mismos días Tatiana recibió la noticia de la muerte de su padre: el señor Apolo había fallecido en Moscú el 29 de mayo. En aquel estado de ánimo celebró una nueva entrevista con Antonio el primero de julio. Encontró a un hombre sin voluntad, una sombra de hombre. Y al día siguiente pudo leer:

«Estoy inmensamente cansado. Me siento lejos de todo y de todos. Ayer, en nuestra entrevista, lo pude comprobar una vez más. Debo decirte que la conversación me pesaba

como un suplicio y me parecía que no iba a terminar nunca. Quiero decirte la verdad con toda franqueza y brutalidad, si me permites la expresión. No tengo nada que decir, ni a ti ni a nadie. Estoy vacío. En enero tuve la última sensación de vida, el último intento. No lo has comprendido. O no me he hecho entender, en las condiciones en que he de moverme y hablar. Ahora ya no hay nada a hacer. Si alguna vez llegas a tener otras experiencias como la que has tenido conmigo, puedes creer que el tiempo es la cosa más importante: es un simple seudónimo de la vida.»

Tatiana no se rindió. También ella estaba muy enferma y había llegado a una edad, cerca de los cincuenta años, que no permite sin grave perjuicio fatigas como las que ella había soportado en los últimos tiempos. La vida en un pueblo como Turi no parecía la más conveniente para sus condiciones de salud. Pero ni siquiera después de esta carta de Antonio regresó a Roma. Recibió otra cuatro días después, el 6 de julio:

«He pedido que me dejasen escribirte esta carta extraordinaria. Creo que a estas horas habrás recibido ya la carta que te mandé el domingo y que te habrá causado mucho pesar. Estoy medio loco y no sé si no llegaré a estarlo del todo dentro de poco... Créeme, te lo ruego, que no puedo resistir más. El dolor en el cerebelo y en la bóveda del cráneo me ponen fuera de mí mismo. Se ha agravado también y se agrava cada día más la dificultad en el uso de las manos, cosa que no puede deberse únicamente a la arterioesclerosis... Hoy ha venido a visitarme un inspector de la administración penitenciaria, el cual me ha asegurado que de ahora en adelante recibiré los cuidados necesarios... El inspector me ha asegurado que el ministerio quiere interesarse por mi caso: espero, pues, que no será difícil obtener una cosa tan sencilla como la de que me envíen a un hospital penitenciario dotado de organización moderna. Es una cosa que ocurre a menudo. No puedo darte detalles, porque los ignoro: he oído hablar de las enfermerías de Roma y de Civitavecchia, pero me interesa poco el lugar. Lo que me interesa es que me saquen de este infierno donde me estoy muriendo lentamente.»

Se limitaron a cambiarlo de celda. Era una celda casi subterránea, húmeda, contigua a las celdas de castigo; pero en comparación con la anterior, situada junto al cuerpo de guardia, tenía la ventaja de estar aislada de los ruidos y rumores. Gramsci tenía ahora un compañero fijo de celda, Gustavo Trombetti. Lejos de los insoportables ruidos de antes, experimentó una mejora momentánea y el 24 de julio, pocos días después del traslado, pudo escribir a Tatiana:

«Creo que puedo decirte, pese a lo precarias que son estas constataciones, como ya has visto, que me encuentro un poco mejor. El cambio de celda y, por consiguiente, de algunas de las condiciones exteriores de mi existencia, me ha ido bien porque ahora puedo dormir o, por lo menos, no existen las condiciones que me impedían dormir cuando tenía sueño y me despertaban bruscamente, provocándome agitación y espasmos. Todavía no duerno regularmente, pero podré dormir; en todo caso, aunque no duerma no estoy muy agitado.»

Estudiaba y escribía. A 1933 corresponden los cuadernos 1 (notas diversas sobre varios temas), 2 (elementos de política), 4 y 22 (notas diversas).

Pero el cambio de celda era una solución inadecuada. Volvió a empeorar. Necesitaba cuidados serios, no un simple traslado de un piso a otro. Pero tuvo que esperar largo tiempo todavía (mientras las enfermedades ganaban terreno) antes de que el ministerio se decidiese a trasladarlo, siempre en situación de recluso, a un centro de cura. Le habían condenado a una pena de cárcel, no a muerte. Pero la condena que expiaba era más dura que la pena de muerte: al privarle de los cuidados necesarios, se apagaba lentamente, un poco cada día, en medio de sufrimientos inauditos. La duda de si era el ministerio del Interior el que ponía los obstáculos indujo a Carlo a pedir directamente a Mussolini el traslado de Antonio a una clínica. Fue a Roma el 23 de agosto de 1933 y redactó una exposición de las circunstancias. Había que hacerla llegar a Mussolini y Carlo la entregó al médico que acompañaba al jefe del gobierno en sus viajes. Pero la respuesta tardó. Mientras tanto se había constituido en París un comité para la liberación de Gramsci y otras víctimas del fascismo, del que formaban parte algunos calificados exponentes de la cultura democrática, desde Romain Rolland hasta Henri Barbusse. La declaración del profesor Arcangeli, transmitida por Piero Sraffa a los periódicos y publicada en mayo por «L'Humanité» y en junio por «Soccorso rosso» había conmovido a la opinión pública internacional. Finalmente, el gobierno fas-

cista, bajo la presión de la opinión internacional tuvo que plegarse a no dejar morir a Gramsci sin cuidados médicos.

El primero de septiembre de 1933, el ministro del Interior envió un telefonema a los prefectos de Viterbo, Terni, Rieti, Frosinone y Roma pidiéndoles que indicasen una localidad no marina que dispusiese de una casa de salud «apta para acoger importante condenado político afectado tuberculosis y otras graves enfermedades que exigen cuidados especiales. Casa a escoger debe ser fácil vigilar».[3]

Se habían perdido años y meses quizá decisivos, desde la primera hemoptisis del 3 de agosto de 1931 y desde el primer ataque de arterioesclerosis del 7 de marzo de 1933. A finales de octubre se decidió la nueva residencia, siempre en estado de detención: en Formia, en la clínica del doctor Giuseppe Cusumano, siempre que Gramsci estuviese dispuesto a pagarse la pensión, 120 liras diarias, y los gastos que exigirían las medidas de seguridad, rejas en las ventanas, etc. El 13 de noviembre de 1933, Carlo se trasladó a Formia para firmar el contrato con la clínica. La orden de partida llegó el 18 de noviembre.

«Acompañados por el guardián —recuerda Gustavo Trombetti— fuimos al almacén y le preparamos su equipaje. Mientras, de acuerdo conmigo, él entretenía al guardián "charlando", yo metí los dieciocho cuadernos manuscritos (en realidad eran veintiuno) en el baúl, entre la ropa... Al volver a la celda, Gramsci no quiso dormir durante el resto de la noche... Hacia las seis de la mañana, cuando todavía era noche cerrada, vino la escolta armada... Le hicieron subir a un coche, le pusieron sus maletas al lado, nos abrazamos.»

Se dirigía a la enfermería de una cárcel de tránsito, Civitavecchia. «¡Qué impresión tan terrible he sentido en el tren, después de seis años viendo siempre los mismos techos, los mismos muros, las mismas caras torvas, al ver que durante este tiempo el vasto mundo ha seguido existiendo con sus prados, sus bosques, la gente común, las bandadas de muchachos, los árboles, los huertos!... Pero, sobre todo, ¡qué impresión he tenido al verme en el espejo después de tanto tiempo!» Llegó a Civitavecchia al atardecer del mismo 19 de noviembre. En aquella cárcel estaban muchos otros presos políticos, Terracini, Scoccimarro, Negarville, Pajetta, etc. Pero se evitó que Gramsci se encontrase con ellos. «Sólo le vio —recuerda Celeste Negarville— un solo camarada, por pura casualidad, mientras era acompañado a la visita médica con Gramsci. Este camarada nos contó que Gramsci caminaba lentamente y que le había parecido febril, envuelto en su abrigo de recluso, con el cuello levantado.»

3. El telefonema es inédito.

29

Llegó a Formia el 7 de diciembre de 1933. Un carabinero le vigilaba en la habitación y otros, hasta un total de veinte, vigilaban en los pasillos y en el jardín. Pero aunque las medidas policíacas siguiesen siendo severas, habían cambiado, por lo menos, las condiciones sanitarias: ahora le cuidaban, y aunque se tratase de una clínica modesta, con médicos no especialistas, y las curas fuesen tardías, iniciadas en un estado ya muy avanzado de las enfermedades, el organismo parecía reaccionar favorablemente, hasta cierto punto. Una vez por semana, el jueves, se le permitía pasear por el jardín de la clínica. El doctor Cusumano consideraba que esto era necesario y el 19 de diciembre el ministerio había dado el visto bueno. Por Navidad fueron a visitarle Tatiana y Carlo.

«El día de Navidad —escribió después Carlo a Teresina— no nos lo dejaron ver y tuvimos que matar el tiempo haciendo una excursión a Gaeta. El día de San Esteban estuvimos con Nino una hora por la mañana y un par de horas por la tarde... Nino, y esto te lo guardas para ti, no lo digas, tiene una lesión en el ápice del pulmón derecho. Se ha empequeñecido y está muy flaco. El martes estaba de buen humor y nos acogió con mucha cordialidad. La fiebre de la noche le ha bajado y la presión arterial ha disminuido. Salí de la clínica no con el corazón en un puño como cuando salía de la cárcel sino con un alivio que, en el fondo, no es más que esperanza.»

Tatiana escribió a su vez: «Poco a poco recupera su ánimo, se puede esperar, por tanto, una cierta mejora en sus condiciones físicas. Sus sufrimientos intestinales son menos graves, digiere un poco mejor, con menos fatiga y menos dolores.» [2] Pero ni siquiera entonces, cuando hacía ya más de un año que había muerto su madre, tuvieron el valor de decírselo. Teresina había preparado y enviado el habitual paquete de Navi-

1. Carta inédita.
2. Carta inédita.

dad. El día de San Esteban, Carlo consiguió del capitán de los carabineros que el paquete le fuese entregado: «Al abrir el paquete de galletas para que los carabineros verificasen su contenido, Nino dijo: "Estas galletas las ha hecho seguramente mamá." Yo dije que sí.» Tatiana comentaba en una carta del 14 de enero de 1934:

«Es natural que Carlo no haya tenido valor para hablar de otra forma. Pero no cabe duda de que esta ignorancia de la desgracia que aflige a toda la familia, necesaria ahora por la gravedad en que está y por los cuidados que requiere, que esta ignorancia será una gran dificultad para nosotros cuando nos veremos obligados a decirle la verdad. Esperemos hasta lo más tarde posible, y siempre con las mentiras necesarias para poderle hacer entender la cosa sin que provoque alguna recaída en su salud, ya tan traqueteada.»[3]

El 8 de marzo de 1934, al acercarse el día de San José onomástica de la señora Peppina, Gramsci todavía ignoraba su desaparición, ocurrida hacía ya año y medio. Le escribió una carta:

«Queridísima mamá: El año pasado, por las graves condiciones de salud en que me encontraba por estas fechas, no pude enviarte la felicitación por tu onomástica. No quiero que pase también este año sin recordarte el gran cariño que siento por ti. Tatiana ha tenido informada a Teresina de mis nuevas condiciones de vida, que sin ser de las mejores, no pueden ni compararse con las del año pasado. No he escrito hasta ahora porque me sentía un poco desquiciado y también porque sabía que Tatiana, que viene a visitarme todos los domingos, os tiene informados. Todavía no soy dueño de mis fuerzas físicas e intelectuales; en el último tiempo pasado en Turi había llegado a una situación casi catastrófica y la recuperación es muy lenta, con recaídas y oscilaciones... Tengo pocas informaciones sobre tu salud.»

Desde que había llegado a Formia no había escrito a nadie más. En una carta inédita del 13 de abril, Tatiana decía a Teresina: «Desde noviembre Nino no ha escrito ni a Julia ni a mí; su única carta es la que ha enviado a casa por la

3. Carta inédita.

onomástica de su pobre madre. Creo que no tiene fuerza para escribir; puede, pues, imaginar lo que debe sufrir Julia, que desde hace más de un año no ha recibido noticias directas de Nino.»

El estado de salud no era en aquel nuevo ambiente tan catastrófico como en Turi, pero seguía siendo precario. Gramsci quería que le trasladasen a la clínica para enfermedades nerviosas «Poggio Sereno», de Fiesole. En abril presentó una instancia en este sentido. El 12 de julio de 1934 le visitó el profesor Vittorio Puccinelli de la clínica «Quisisana» de Roma. Tres días después, el 15 de julio, renovó la petición de traslado. El 22 de julio escribió a Tatiana:

«Esta mañana me he decidido a escribirte porque me sentía más desquiciado que de costumbre. Ahora reanudo la carta en la cama. He vuelto a sentir escalofríos y la temperatura ha subido a 39'4. En este momento está en 38'4... Confío en tu buena voluntad para la entrevista con el comandante Leto (jefe de la sección de asuntos generales del ministerio), que ahora me parece todavía más indispensable. Me parece útil explicarle cómo se ha escogido la clínica de Fiesole y cómo se han intentado tener en cuenta especialmente las exigencias de la policía, porque yo soy realista y no se me ocultan las dificultades ni quiero jugar a la gallina ciega... Puedes preguntarle si, en el caso de que tarde la solución, puedo cambiar provisionalmente de alojamiento en Formia mismo. El malestar de hoy se debe, en gran parte por lo menos, al hecho de que no he dormido: ha llegado la familia Cusumano y sobre mi cabeza hay un continuo ir y venir, desde las cinco de la mañana hasta medianoche. Me han dado muchas seguridades pero lo cierto es que mis condiciones son delicadas y el más pequeño ruido me produce espasmos.»

Las gestiones para el traslado no avanzaban. A fines del verano de 1934, encontrándose en las condiciones señaladas por el artículo 176 del código penal, Gramsci solicitó en primer lugar la libertad condicional, y en segundo lugar, que se le permitiese consultar a un médico de confianza, para elegir el domicilio según las exigencias de su estado físico («porque me veo obligado a residir en una clínica especializada o junto a una clínica especializada»). En el extranjero se había intensificado la campaña en favor de Gramsci. En el número de septiembre, «Soccorso rosso» escribió: «En Italia, Mussolini

quiere asesinar a Gramsci negándole la aplicación de las normas contenidas en el mismo código fascista. Según las disposiciones de éste, Gramsci tendría que haber sido puesto en libertad.» Se publicó también un folleto de Romain Rolland con la narración del martirio de Gramsci. La instancia fue acogida en 25 de octubre de 1934, pero el decreto de libertad condicional no dio lugar a ningún cambio sensible en la vida del enfermo. Le sacaron el carabinero de la habitación, pero mantuvieron el servicio de vigilancia exterior; quitaron las rejas y le permitieron salir de la clínica: pero le faltaban las fuerzas. Sólo salió, a pie o en coche, un par de veces, con Tatiana, Carlo y Piero Sraffa, el amigo fiel de todos aquellos años de cárcel. Su situación era paradójica: formalmente había sido «liberado» el 29 de octubre de 1934, pero no podía salir de Formia para irse a curar a una clínica especializada. En Roma se oponían, sospechando que Gramsci pensaba, en realidad, en fugarse: periódicamente le atribuían esta intención. El 12 de febrero de 1935 la policía de Roma envió una nota a la de Littoria: «Tatiana Schucht —se decía en ella— se ha puesto de acuerdo con Antonio Gramsci para preparar una evasión financiada por antifascistas residentes en Nueva York.» Al día siguiente, el 13 de febrero, llegaron a Formia cuatro agentes ciclistas. En aquel clima, el gobierno consideraba poco prudente el traslado de Gramsci a Fiesole o a algún otro lugar menos fácil de vigilar que la clínica Cusumano. El 23 de mayo de 1935 hubo la primera negativa del ministerio, negativa que se reiteró el 13 de agosto, después de dos instancias de Gramsci. La libertad condicional concedida en octubre de 1934 cambiaba, pues, pocas cosas, por no decir que nada, en la vida del «beneficiario», que mientras tanto seguía estudiando y escribiendo.

Ciertamente, llega al límite de lo humano la fuerza de voluntad de este hombre. Pese a los terribles sufrimientos, no se dejaba llevar por la corriente, y reaccionaba ante la catástrofe del cuerpo sin desesperación, refugiándose en lo que le había quedado íntegro, el vigor intelectual, sin dejar de estudiar y de escribir. Pertenecen al período de Formia (1934-35) cinco cuadernos iniciados en Turi y once escritos enteramente en la clínica Cusumano. Gramsci reelaboraba y transcribía, poniéndolas en un cierto orden, las notas de los cuadernos precedentes. Empezaba a verse no sólo la gran serie de materiales sino toda la equilibrada construcción del pensamiento gramsciano. Sin embargo, la probidad intelectual movía a Gramsci a escribir en la primera página del cuaderno 18 (en el que se refundían en gran parte las notas del cuaderno 20):

«Las notas contenidas en este cuaderno, como en los demás, han sido escritas apresuradamente para constituir un memorial. Hay que revisarlas todas y controlarlas detalladamente porque contienen, sin duda, inexactitudes, enfoques falsos, anacronismos. Han sido escritas sin disponer de los libros a que se hace referencia y es posible que después del control haya que corregirlas radicalmente porque lo que resulte cierto sea precisamente lo contrario de lo que se ha escrito.»

El cuaderno 18 contiene el ensayo sobre el *Manual popular de sociologia marxista* de Bujarin, estudios sobre los «instrumentos lógicos del pensamiento», sobre la «traducibilidad de los lenguajes científicos» y sobre diversos problemas de filosofía y también notas sobre Antonio Labriola, Alessandro Levi, Alessandro Chiappelli, Luciano Herr, Giovanni Gentile, Antonio Rosmini, Antonio Lovecchio, Ettore Ciccotti, Giuseppe Rensi, Corrado Barbagallo, Georges Sorel, Pierre Joseph Proudhon, Henri de Man, G. A. Borgese. En el cuaderno 29 (que sólo contiene veinticuatro páginas escritas) se reelaboran algunas notas anteriores sobre la historia de los intelectuales y sobre la organización de la escuela y de la cultura. El cuaderno 30, al que Gramsci puso el título de *Noterelle sulla politica di Machiavelli*, comprende estudios sobre los partidos, sobre el análisis de las situaciones y de las correlaciones de fuerza, sobre el economicismo, sobre el cesarismo, sobre la hegemonía político-cultural, sobre el voluntarismo y las masas sociales. Las notas sobre la filosofía de Benedetto Croce se transcriben en el cuaderno III (el número romano lo puso el propio Gramsci). En el cuaderno 31 no hay más que dos páginas escritas: el comienzo de la traducción de una fábula de los hermanos Grimm, copiada de un cuaderno anterior. Estos son los cinco cuadernos iniciados en Turi y terminados en Formia. Pero Gramsci no se limitaba a redactar de nuevo las notas anteriores o a reagruparlas homogéneamente por temas. Los cuadernos de Formia contienen muchos estudios nuevos. Destacan el 6 (sobre problemas de la crítica literaria) y el 10 (*Note sul Risorgimento*). Al final la escritura se hizo irregular, a causa del agotamiento de las energías físicas. En

el verano de 1935 Gramsci interrumpió definitivamente su labor sin poder revisar ni sistematizar en un cuadro orgánico una parte de las notas.

Diez meses después de la aceptación de su petición de libertad condicional, se pudo trasladar a otra clínica. Salió de Formia el 24 de agosto de 1935, en dirección a la clínica «Quisisana» de Roma.

30

El 26 de agosto le visitó el profesor Frugoni. Su situación era desesperada: mal de Pott, tuberculosis pulmonar, hipertensión a 200, crisis anginoides y crisis de gota. Pese a ello, siguió luchando.

Pensaba en Julia. Volvió a escribirle.[1] El 14 de diciembre le propuso que fuese a Italia:

«Creo que si vinieses a Italia harías una cosa magnífica desde todos los puntos de vista. Para tu salud, que quizá se restablecería definitivamente, y para mí, que tengo necesidad de sentirte cerca, de reanudar profundamente los vínculos que siempre nos han unido pero que desde hace demasiados años se han convertido en algo etéreo y abstracto. Querida, yo siempre te he esperado y tú siempre has sido uno de los elementos esenciales de mi vida, incluso cuando no tenía noticias precisas de ti o recibía cartas escasas y carentes de sustancia vital, incluso cuando yo ni te escribía porque no sabía qué decirte, porque me parecía que tú no querías darme ningún motivo de toma de contacto. Creo que ha llegado el momento de poner término a esta situación; podemos hacerlo si tú vienes aquí, porque yo no puedo moverme. Estoy muy consumido y me parece difícil que pueda recuperar mis fuerzas de golpe. Pero creo que tú puedes hacer mucho por mí y que yo también puedo hacer algo por ti, no mucho, pero algo sí... Querida, pongo en lo que te digo todo mi cariño, aunque no se vea en las palabras escritas. Recordarás que en 1923 yo no era elocuente pero sé que, a pesar de todo, percibías toda la profundidad de mis sentimientos por ti; puedo decirte que no han cambiado en absoluto, al contrario: se han fortalecido, son más serenos, porque junto a nosotros están ahora nuestros dos hijos.»

Insistió: «Después de tantos años, de tantos acontecimientos cuyo significado real se me ha escapado en gran par-

1. Carta de 25 de noviembre de 1935: «Me siento más tranquilo desde que he vuelto a escribirte.»

te, después de tantos años de vida mezquina, comprimida, llena de sombras y de miserias, poder hablar contigo de amigo a amigo me sería muy útil... Estoy convencido de que, desde todos los puntos de vista, tu viaje tendría óptimas consecuencias para los dos» (25 de enero de 1936). Julia no fue a Italia. Antonio se apagaba lentamente.

«Su corazón —sabemos por una carta inédita de Tatiana del 18 de abril de 1936— se ha debilitado mucho y aunque en algunos aspectos sus condiciones físicas parezcan mejorar, en realidad no es así ni mucho menos. Temo que Nino se ha convertido ya en un inválido. Ha sufrido demasiado estos últimos años y su organismo, demasiado arruinado, no consigue superar el estado de agotamiento físico en que ha caído. Además, muchos órganos vitales de su cuerpo, demasiados, funcionan a duras penas.»

Parecía estar al margen de todo, o quizá lo estaba realmente. No hay noticias de que tomase contacto con Togliatti o con otros dirigentes o cuadros del partido. En la clínica «Quisisana» gozaba de una relativa libertad, aparte de la vigilancia exterior. De haberlo querido, habría podido reanudar el contacto con los miembros del partido a través de los familiares que le visitaban: una nota, unas pocas líneas. No hay señal alguna de iniciativas de este tipo.

Gramsci se dirigía únicamente a Julia, a los hijos lejanos. Sólo conocía a Giuliano por fotografía. Delio tenía ya doce años. Sus conversaciones, a distancia, eran de una ternura infinita:

«Querido Delio (...) te agradezco que hayas abrazado fuerte, muy fuerte a mamá de mi parte: creo que debes hacerlo todos los días, todas las mañanas. Yo pienso siempre en vosotros; así podré cada mañana decirme: en este momento, mis hijos y Julia piensan en mí. Tú eres el hermano mayor, pero debes decírselo también a Julik: así, cada día pasaréis "cinco minutos con papá". ¿Qué te parece?»[2]

Las energías se esfumaban. Le sostenía un poco la perspectiva del próximo retorno a la libertad. La condena expiraba el 21 de abril de 1937. Pensaba regresar a Cerdeña para

2. Diciembre de 1936.

vivir en un aislamiento absoluto. Así lo escribió a su familia. Al saberlo el padre, la emoción le hizo subir la fiebre.

Estaba enfermo, viejo. Tenía setenta y siete años. No veía a Nino desde 1924. Los demás hijos también estaban fuera, lejos: Gennaro en Bilbao, alistado en las fuerzas republicanas españolas para luchar contra el general Franco; Mario era oficial en Africa, donde se había instalado después de haber participado en la guerra de Abisinia; Carlo estaba en Milán. La vida del padre se apagaba con los hijos dispersos por el mundo. La noticia del regreso de Nino le reanimó.

Mea Gramsci recuerda aquellos momentos:

«Cuando la condena estaba a punto de expirar —cuenta— tío Nino nos escribió. Quería que le buscásemos una habitacion en Santulussurgiu. Había estado allí de estudiante y el clima le convenía. Allí fuimos, Teresina, una amiga, Peppina Montaldo y yo. Encontramos la habitación; era muy bonita. Esperábamos, pues, que el tío Nino llegase de un momento a otro. En aquel período el abuelo estaba muy mal. Pero la idea del regreso del hijo parecía haberle reanimado. Nino tenía que llegar el 27 de abril; le esperamos hora tras hora. Terminó el día y nada. Nos sentíamos desilusionados. El abuelo había esperado con ansia que el hijo llegase aquel día. Será mañana, pensamos. Pero al día siguiente entró una mujer en casa y dijo: «Pero, ¿es verdad que Nino ha muerto?» Nos quedamos petrificados. «Lo ha dicho la radio, lo he oído por la radio», dijo la mujer. En seguida empezó a afluir la gente, todos venían a darnos el pésame. El abuelo estaba muy mal y no teníamos el valor de decírselo; era necesario, pues, que uno de nosotros se quedase en la habitación con él, cerca de la puerta, para evitar que alguien entrase y le dijese la verdad. En general era yo quien me quedaba en la habitación; era una chiquilla, tenía diecisiete años. No sé cómo, le dejé solo un momento. Estaba en la cocina. Oí gritos, nos precipitamos: era el abuelo que gritaba: «¡Asesinos, me lo han matado!» Esto lo recuerdo muy bien. Decía: «¡Me lo han matado!» Y se tiraba de los pelos, de la barba, se daba golpes... Era una escena impresionante, sabe...»

Nino había muerto a las 4'10 del 27 de abril. Tenía cuarenta y siete años. Le enterraron al día siguiente por la tarde. Sólo seguían el féretro, en coche, Tatiana y Carlo.

Francesco Gramsci murió apenas dos semanas después,

el 16 de mayo de 1937. Antes de morir había leído muchas veces las palabras escritas por Nino a su madre el 10 de mayo de 1928, en vísperas del proceso:

«Para estar tranquilo, quiero que no te asustes ni te inquietes, cualquiera que sea la pena a que me condenen. Quiero que comprendas bien, incluso sentimentalmente, que soy un detenido político y que ahora seré un condenado político, que no tengo ni tendré nunca que avergonzarme de esta situación. Que, en el fondo, la detención y la condena las he querido yo mismo porque nunca he querido cambiar mis opiniones: por ellas estoy dispuesto a dar la vida y no sólo a sufrir la cárcel. Que por esto puedo estar tranquilo y contento de mí mismo. Querida mamá: quisiera también poder abrazarte muy estrechamente para que sintieses lo mucho que te quiero y para consolarte por el disgusto que te he dado: pero no podía hacer de otra manera. La vida es así, muy dura y a veces los hijos tienen que dar grandes disgustos a sus madres si quieren conservar su honor y su dignidad de hombres.»

Nota bibliográfica

1. *OBRAS DE GRAMSCI*

1.1 *Cartas*

El editor Giulio Einaudi publicó en 1947 una primera recopilación de 218 cartas. No todas eran íntegras. Los cortes obedecían a tres órdenes de consideraciones: 1) en las cartas correspondientes al período de confinamiento de Ustica, el cálculo político, hoy severamente juzgado, de ocultar la cordialidad de las relaciones entre Gramsci y Bordiga; 2) excluir las referencias privadas que los familiares de Gramsci todavía en vida pudiesen desear que no llegasen a conocimiento del público; 3) reducir las cartas a sus líneas esenciales, con supresión de aspectos marginales. Pese al carácter incompleto de la recopilación a los cortes, el retrato intelectual y moral de Gramsci se delineaba netamente y la edición puede leerse hoy todavía si se quiere tener una primera imagen vigorosa del personaje. — Editori riuniti publicaron en 1961 una selección de estas cartas, precedida por el notable discurso pronunciado por Luigi Russo en el Aula Magna de la Escuela Normal Superior de Pisa el 27 de abril de 1947, diez años después de la desaparición de Gramsci. — En diversos periódicos y revistas se han ido publicando otras cartas, puestas poco a poco a disposición del público por los familiares u otros corresponsales. Las han recogido, junto con una parte de las editadas por Einaudi y otras inéditas, Giansiro Ferrata y Niccolò Gallo en la edición publicada por Il Saggiatore (segundo volumen de la antología *2.000 pagine di Gramsci*). El volumen, publicado en 1964, comprende 64 cartas del período 1912-1926 y 268 cartas de la cárcel. Es notable la labor de anotación de los dos responsables de la edición. — Finalmente se ha publicado una edición completa de las cartas de la cárcel en la Nuova Universale Einaudi, al cuidado de Sergio Caprioglio y Elsa Fubini (1965). Son 428 cartas, la mayoría cotejadas con los originales. Los dos responsables de la edición han incluido en el volumen informaciones sobre los corresponsales (pero no todo lo que se dice sobre la familia Schucht es completamente exacto) y una cronología muy detallada y puntual en la que se refieren esquemáticamente los hechos más salientes de la vida de Gramsci. La obra termina con un índice de los libros y de los periódicos citados en las cartas. Es excelente la labor de anotación, con muchas contribuciones originales al conocimiento de Gramsci.

La producción gramsciana puede dividirse en dos grandes períodos: los artículos y ensayos publicados en diarios y revistas desde 1914 hasta 1926, y los cuadernos de la cárcel.

1.2. *Escritos del período 1914-1926*

El editor Einaudi ha publicado hasta ahora los artículos aparecidos en «Il Grido del popolo», en «La Città futura» y en el «Avanti!», desde 1914 hasta 1918 (*Scritti giovanili*, 1958), una selección de la rúbrica *Sotto la Mole*, que se publicaba cada día en el «Avanti!» (*Sotto la Mole*, 1960), los escritos de «L'Ordine nuovo», cuando era semanario (*L'Ordine nuovo, 1919-1920*, 1954). También Einaudi ha publicado en 1963 una antología de «L'Ordine nuovo» semanal, a cargo de Paolo SPRIANO, autor de un ejemplar ensayo de introducción (reeditado por Editori riuniti en 1965 con el título de *Gramsci e L'Ordine nuovo*). En la antología ya citada, *2.000 pagine...*, se publican escritos del período precedente. FERRATA y GALLO, han incluido en ella, además de una selección de textos ya publicados en la edición Einaudi, artículos del período 1921-26, extraídos de «L'Ordine nuovo» diario, de «L'Ordine nuovo» quincenal, de «Stato operaio» y de «L'Unità». La antología de la casa Il Saggiatore comprende también la intervención de Gramsci en la Cámara de Diputados el 16 de mayo de 1925, la carta al PCUS de octubre de 1926 y el ensayo incompleto *Alcuni temi della quistione meridionale*, publicado por primera vez en París en enero de 1930 en las páginas de «Stato operaio». *2.000 pagine* (que de ahora en adelante citaremos con la letra D) lleva un lúcido prefacio de FERRATA que se amplía y sigue desarrollándose en las sucesivas introducciones a los diversos grupos de escritos gramscianos. — Elsa FUBINI prepara actualmente la edición de los escritos 1921-22 y 1923-26.

1.3. *Los Cuadernos*

Las 2.848 páginas de los treinta y dos cuadernos que Gramsci llenó en los años de cárcel con notas y apuntes, son la mayor herencia dejada a las nuevas generaciones. Las 2.848 páginas del original —ha escrito el primer ordenador de los *Cuadernos*, Felice PLATONE, en «Rinascita» en abril de 1946— corresponden a cerca de cuatro mil páginas mecanografiadas. Apenas hubo entrado en posesión de los cuadernos, Tatiana Schucht los numeró pegando en cada uno de ellos una etiqueta en la cubierta y otra en el dorso; pero en la numeración no tuvo en cuenta para nada el orden en que los cuadernos habían sido escritos (así, por ejemplo, el primer cuaderno que escribió iniciado el 8 de febrero de 1929, lleva el número 16); uno de los cuadernos, señalado

por Gramsci con la cifra III y titulado *La filosofía de Benedetto Croce*, por motivos que ignoramos no fue numerado como los demás. Veintiún cuadernos fueron escritos (o al menos comenzados) en la cárcel Turi de Bari y llevan en cada hoja el timbre de la cárcel; todas las hojas fueron numeradas por la dirección de la cárcel y en la cubierta o en la primera página hay la anotación: «El presente cuaderno contiene hojas numeradas del uno al... y pertenece a la matrícula 7047 Gramsci Antonio.» A veces esta inscripción es reemplazada por la simple nota: «Mla. 7047 hojas...» seguida de la firma del director de la cárcel. Los otros once cuadernos, el 3, el 5, el 6, el 10, el 11, el 12, el 17, el 31, el 23, el 25 y el 27 según la numeración de Tatiana Schucht, no están timbrados y no llevan indicación alguna de la penitenciaría: fueron escritos, pues, en los años 1934-35, después del traslado de Gramsci a la clínica de Formia. En 1935, Gramsci interrumpió definitivamente la labor: su lucidez y su vigor intelectual habían permanecido intactos como lo testifican los que pudieron hablar con él en los últimos meses de su vida, pero sus energías físicas estaban agotadas.

La labor de fechar las notas presenta grandes dificultades. La edición Einaudi las publica en seis volúmenes, en el siguiente orden: *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce*, 1948; *Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura*, 1949; *Il Risorgimento*, 1949: *Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo Stato moderno*, 1949; *Letteratura e vita nazionale*, 1950 (este volumen comprende también las crónicas teatrales publicadas en el «Avanti!» desde 1916 hasta 1920) y *Passato e presente*, 1951. En los seis volúmenes de la edición Einaudi se agrupan orgánicamente temas desarrollados en diversos cuadernos, incluso a varios años de distancia. Editori riuniti publicó en 1963 una antología de escritos gramscianos (artículos, cartas, notas de la cárcel) a cargo de Carlo SALINARI y Mario SPINELLA. En 1964, Editori riuniti publicó también una selección hecha por Mario SPINELLA, con el título de *Elementi di politica*.

Es muy vasta la literatura crítica sobre el pensamiento de Gramsci. Al no existir una bibliografía general (véase sin embargo, *Note bibliografiche* de G. CARBONE en «Società» del 1 de marzo de 1951, pp. 156-58, revisadas y puestas al día por Carlo Leopoldo OTTINO en la bibliografía adjunta a *Concetti fondamentali nella teoria politica di A. G.*, Milán 1956; para el período 1921-1926 véase Stefano MERLI, *Il Partito comunista italiano* (1921-1926) (reseña bibliográfica) en «Annali» del Instituto Giangiacomo Feltrinelli, III, 1960, pp. 656-738; *cfr.* también las *Note bibliografiche*, anotadas y puestas al día, incluidas por Romano en *Antonio Gramsci*, Turín 1965 y las breves referencias, al cuidado de S. CAPRIOGLIO, en las páginas XLVII-XLVIII de *Lettere dal carcere*, Turín 1965) nos limitaremos a señalar los volúmenes monográfi-

cos de Nicola MATTEUCI, *Antonio Gramsci e la filosofia della prassi*, Milán 1951; de C. L. OTTINO, *Concetti fondamentali*, ya citada; los dos volúmenes de ensayos *Studi gramsciani*, Roma, 1958 y *La città futura*, Milán, 1959, además de la interpretación de G. TAMBURRANO, *Antonio Gramsci. La vita, il pensiero, l'azione*, Lacaita, Manduria, 1963.

2. *BIOGRAFIAS DE GRAMSCI*

2.1. *Biografías generales*

El primer intento biográfico es el de Lucio LOMBARDO-RADICE y Giuseppe CARBONE, *Vita di Antonio Gramsci*, Edizioni di Cultura Sociale, Roma, 1952. Las investigaciones posteriores han puesto de relieve los grandes límites de la obra; cabe decir, sin embargo, que los mismos autores lo advierten en el prefacio. — En la ya citada obra de Giuseppe TAMBURRANO, *Antonio Gramsci...*, el perfil biográfico es esquemático; algunos de los juicios vertidos en ella han dado lugar a discusiones no siempre serenas. En la amplia monografía de Salvatore Francesco Romano, *Antonio Gramsci* (ya citada) no hay nuevas contribuciones, pero los capítulos sobre los años de Turín son muy completos. — Domenico ZUCÀRO ha llevado a cabo dos notables trabajos de investigación sobre los años de la Universidad y los de la cárcel (*Antonio Gramsci all'Università di Torino*, 1911-1915) en «Società», diciembre de 1957, y *Vita del carcere di Antonio Gramsci*, Edizioni Avanti!, Milán-Roma, 1954. Los dos ensayos contienen noticias originales y precisiones muy útiles.

2.2. *La infancia*

Sobre la situación política en Cerdeña en la época de la detención de Francesco Gramsci: Camillo BELLIENI, *La lotta politica in Sardegna dal 1848 ai nostri giorni*, en «La Sardegna nel Risorgimento», antología de ensayos históricos, Sassari, 1962; Francesco PAIS SERRA, *Relazione dell'inchiesta sulle condizioni economiche e della sicurezza pubblica in Sardegna*, tip. Cámara de los Diputados, Roma, 1896 (reproducido en parte en la *Antologia storica della questione sarda*, al cuidado de Lorenzo DEL PIANO, con un prefacio de Luigi BULFERETTI, Padua, 1954; Alfredo NICEFORO, *Delinquenza in Sardegna*, con un prefacio de Enrico FERRI, ed. Sandron, Palermo, 1897.

Sobre Ghilarza desde mediados del ochocientos hasta finales de siglo: G. CASALIS, *Dizionario geografico-storico-statistico-commerciale degli Stati di S.M. il Re di Sardegna*, Turín, 1833-1856, voz *Ghilarza* a cargo de Vittorio ANGIUS; Michele LICHERI, *Ghilarza*, Gallizzi, Sassari, 1900.

Sobre Gramsci niño: Maria CUTRI, *Nella casa di Ghilarza*, en «L'Unità» del 27 de abril de 1947.

Sobre la crisis económica, el bandidaje y los fermentos sociales en la isla entre finales de siglo y comienzos del siglo actual: Francesco PAIS SERRA, *Relazione, op. cit.* (los datos sobre el bandidaje son reproducidos por Lorenzo DEL PIANO, en *La Sardegna nell'età contemporanea*, Gallizzi, Sassari, 1964, obra de útil consulta); Sebastiano SATTA, *Intervista coi banditi Derosas, Delogu e Angius* (en colaboración con Gastone CHIESI), Gallizzi, Sassari, 1894; reeditado por Nuraghe en 1925 con un prefacio de Vincenzo SORO; Enrico COSTA, *Giovanni Tolu. Storia di un bandito sardo narrata da lui medesimo, preceduta da cenni storici sui banditi del Logudoro*, Dessì, Sassari, 1897; Carlino SOLE, *Felice Cavallotti e la Sardegna*, en «La Sardegna nel Risorgimento», *op. cit.*; Camillo BELLIENI, *Attilio Deffenu e il socialismo in Sardegna*, Il Nuraghe, Cagliari, 1925; Mario CIUSA ROMAGNA, prefacio a *Canti* di Sebastiano SATTA, Mondadori, Milán, 1955; Luigi NIEDDU, *Primi appunti per una storia del socialismo in Sardegna*, en «Ichnusa», año IV, núm. 13 ss.; Alberto BOSCOLO, *Lo sciopero de Bugerru del 1904*, en «Movimento operaio», año IV, mayo-junio, 1954; Angelo CORSI, *L'azione socialista tra i minatori della Sardegna. 1898-1922*, Comunità, Milán, 1959 (obra fundamental para el estudio del movimiento obrero en la isla; utilísima porque en ella se recogen documentos de extraordinario interés). El testimonio de Togliatti sobre la propuesta de Gramsci de un ensayo que profundizase la relación entre el bandidaje y las tarifas aduaneras se encuentra en *Gramsci sardo*, número especial de «Il Ponte» dedicado a Cerdeña, VII, núm. 9-10, septiembre-octubre 1951. El juicio de Gramsci sobre la psicología de los campesinos se encuentra en el artículo *Operai e contadini* publicado en «L'Ordine nuovo» del 2 de agosto de 1919 (puede encontrarse en la obra correspondiente de la edición Einaudi y en la antología preparada por Salinari y Spinella). El testimonio de Velio Spano sobre la distinción hecha por Gramsci entre el obrero de la Fiat y el obrero de la Montevecchio se encuentra en *Gramsci*, conjunto de artículos publicados en Francia entre 1937 y 1938 (textos de Togliatti, Amoretti, Ceresa, Farina, Grieco, Mario y Rita Montagnana, Negarville, Parodi, Platone y Spano) reeditado en 1945 en Roma por la Società Editrice L'Unità.

2.3. *La primera juventud*

Sobre el clima político en Cerdeña durante los años de estudios secundarios: Ottone BACAREDA, *L'Ottantanove cagliaritano*, Valdès, Cagliari, 1909; Alberto BOSCOLO, *I moti del 1906 in Sardeg-*

na (estudio notable por la riqueza de información), en «Studi Sardi», VIII, fasc. I-III, 1948; la obra de Angelo CORSI ya citada; Michelangelo PIRA, *Salvemini e il Partito Sardo d'Azione*, en «Rinascita Sarda», I, núm. 4, 15 octubre 1957. El ensayo de Renzo LACONI, *Note per una indagine gramsciana*, publicado en «Rinascita Sarda», I, núm. 2, 15 junio 1957, contiene elementos muy interesantes. El juicio de Gramsci sobre Umberto Cao es referido por Velio SPANO en *Gramsci, op. cit.* No hay literatura sobre las vicisitudes políticas de Cerdeña entre 1908 y 1911, los años de instituto de Gramsci. He reconstruido el trasfondo político de aquellos años en Cagliari y en la isla con las colecciones de «L'Unione Sarda», de «La Nuova Sardegna», de «Il Paese» y de «La Voce del Popolo». Es útil la consulta del breve ensayo de A. CAJATI, *Gli anni liceali di Gramsci*, en «Annali del Liceo classico Dèttori di Cagliari», 1963. El tema *Oppressi e oppressori* se publica en D.

2.4. *En la Universidad de Turín*

Sobre las corrientes de pensamiento, los profesores, los compañeros: Palmiro TOGLIATTI, *Gramsci*, Parenti, Florencia, especialmente el capítulo tercero, *Pensatore e uomo d'azione*, texto del discurso pronunciado en la Universidad de Turín el 23 de abril de 1949) y también de TOGLIATTI, *Gramsci sardo* en «Il Ponte», *loc. cit.* (Editori riuniti, de Roma, ha publicado en abril de 1967 una nueva edición de los ensayos y artículos de Togliatti sobre Gramsci preparada por Ernesto Ragionieri, con el título de *Gramsci*. En ella se incluyen los dos artículos acabados de citar. *Nota del traductor*); Domenico ZUCÀRO, *Antonio Gramsci all'Università, op. cit.*; Angelo TASCA, *I primi dieci anni del Partito comunista italiano*, en «Il Mondo», 18 agosto 1953 y siguientes (cinco artículos); el magnífico ensayo de Paolo SPRIANO, *Torino operaia nella grande guerra (1914-1918)*, Turín 1960 (notable contribución al conocimiento de aquellos años); Marcella y Maurizio FERRARA, *Conversando con Togliatti*, Roma, 1953; Annibale PASTORE, *Gramsci tra i miei discepoli*, en el «Avanti!» del 25 de febrero de 1951 y *Eccezionale studente* en el «Avanti!» del 3 de enero de 1962 (en el ensayo ya citado, Zucàro recoge una declaración de Pastore). Franco ANTONICELLI ha trazado en *Trent'anni di storia italiana* un interesante perfil de Umberto Cosmo, *Un professore antifascista*, Turín, 1961. En forma de nota se publica en *Lettere dal carcere*, NUE, Turín 1965, una carta de Cosmo. Bartoli es recordado por Gramsci en muchas cartas y en diversas notas de la cárcel incluidas en *Letteratura e vita nazionale* (pp. 202, 206, 207, 211).

Del socialsardismo de Gramsci da testimonio TOGLIATTI en *Gramsci sardo*, ya citado y en *Gramsci, op. cit.* (especialmente en el capítulo *Gramsci, la Sardegna, l'Italia*). (Este artículo se incluye también en la nueva edición de la obra de Togliatti, *Gramsci*, ya citada, pp. 47-56. *Nota del traductor.*) El llamamiento de la Internacional Campesina al V Congreso del Partido Sardo de Acción celebrado en Macomèr fue publicado por «L'Unità» de Milán número secuestrado, y «casi inédito», en «Stato operaio», abril de 1927: lo reeditó «Rinascita sarda» el 15 de junio de 1957. La polémica gramsciana sobre el tema del Mediodía «losa de plomo» se encuentra en el ensayo sobre la cuestión meridional, reeditado en D.

2.5. *Las primeras experiencias políticas*

Para las grandes huelgas de los obreros de la industria automovilística, véase Paolo SPRIANO, *Socialismo e classe operaia a Torino dal 1892 al 1913*, Turín, 1958.

Sobre la batalla antiproteccionista en Cerdeña: Camillo BELLIENI *Attilio Deffenu, op. cit.*; Lorenzo DEL PIANO, *Attilio Deffenu e la rivista «Sardegna»*, Sassari, 1963; Michele SABA, *Antonio Gramsci e Attilio Deffenu* en «Riscossa», II, num. 17, 23 de abril de 1945.

He reconstruido las primeras elecciones con sufragio ampliado en Cerdeña a base de los diarios «L'Unione Sarda» y «La nuova Sardegna» y del semanario socialista «Il Risveglio dell'Isola». La referencia de Gramsci a la esperanza mística puesta en las elecciones se encuentra en *Il Risorgimento*, p. 113. El testimonio de Tasca sobre la reacción de Gramsci ante las elecciones de 1913 se encuentra en *I primi anni del Partito comunista italiano, loc. cit.* También se encuentran en este ensayo las noticias sobre el movimiento juvenil socialista en Turín.

El retrato de Gramsci escrito por GOBETTI se encuentra en *La Rivoluzione liberale*, Bolonia, 1924 (reeditada por Einaudi en 1964 con un ensayo introductorio de Gaspare DE CARO).

Sobre la exigencia de la desprovincialización, Gramsci escribió la nota que abre el volumen *Passato e presente.*

El episodio de la propuesta candidatura de Salvemini es referido por Gramsci en el ensayo sobre la cuestión meridional. Salvemini aportó algunas aclaraciones y correcciones en el prefacio a *Scritti sulla questiones meridionale*, Turín, 1955 (obra en la que se incluye también una carta de Tasca; el testimonio salveminiano se reproduce en la colección de escritos de SALVEMINI, *Movimento socialista e questione meridionale*, preparada por Gaetano ARFÈ, Milán 1963). En *Torino operaia..., op. cit.* SPRIANO publica una carta de Ottavio PASTORE. Véase también, al respecto, TASCA, *I primi dieci anni... loc. cit.*

Sobre el debate interno del PSI en vísperas de la guerra es fundamental el ensayo de Leo VALIANI, *Il Partito socialista italiano nel periodo dalla neutralità all'intervento*, Milán, 1963.

También es importante la obra de Renzo DE FELICE, *Mussolini il rivoluzionario*, Turín, 1965. El testimonio de MONTAGNANA sobre el «mussolinismo» del joven revolucionario se encuentra en *Ricordi di un operaio torinese*, Roma 1949. Se puede consultar útilmente Enzo SANTARELLI, *Socialismo rivoluzionario e «mussolinismo» alla vigilia del primo conflitto europeo*, en «Rivista storica del socialismo», mayo-diciembre 1961. Sobre la posición de Gramsci: A. TASCA, *I primi dieci anni... loc. cit.;* P. SPRIANO, *Torino operaia... op. cit.;* Aldo ROMANO, *Antonio Gramsci tra la guerra e la rivoluzione*, en «Rivista storica del socialismo», octubre-diciembre 1958; Marcella y Maurizio FERRARA, *Conversando con Togliatti, op. cit.*

La referencia de Gramsci a las clases particulares que le procuraba Cosmo se encuentra en el artículo *Franche parole ad un borghese*, publicado en la edición piamontesa del «Avanti!» el 5 de noviembre de 1920 (reeditado en D.).

El testimonio de Annibale Pastore se encuentra en el estudio de ZUCÀRO, *Antonio Gramsci all'Università, op. cit.* Marcella y Maurizio FERRARA sitúan en los años de la universidad el interés de Gramsci por Antonio Labriola. La afirmación parece discutible. En todos los escritos juveniles de Gramsci el nombre de Labriola es citado una sola vez, en 1918 (se puede encontrar en la página 163 de *Scritti giovanili*). — Sobre la formación de Gramsci es excelente el ensayo de Gastone MANACORDA en *Studi gramsciani*, actas del congreso celebrado en Roma los días 11 al 13 de enero de 1958, Editori riuniti, Roma.

Sobre la revuelta del 17 de mayo de 1915, P. SPRIANO, *Torino operaia,... op. cit.*

2.6. *El periodista*

Piero GOBETTI, *Storia dei comunisti torinesi scritta da un liberale*, en «La Rivoluzione liberale» del 2 de abril de 1922 (reeditado en *Scritti politici*, Einaudi, 1960); P. SPRIANO, *Torino operaia, op. cit.;* G. TREVISANI, *Gramsci e il teatro italiano*, en *Studi gramsciani, op. cit.*

Sobre las conferencias: P. SPRIANO, *Torino operaia,... op. cit.;* Rita MONTAGNANA, *La sua grandezza e la sua semplicità*, en *Gramsci, op. cit.*

El episodio recordado por Battista SHANTIÀ se encuentra en *Con Gramsci all'«Ordine nuovo»*, Roma, 1956.

El editor Andrea Viglongo publicó en 1952 un número limitado de reproducciones fotográficas del número único de «La Città futura». La referencia de Gramsci a su escrito juvenil se encuentra en una nota de la cárcel incluida en *Il Materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce*, p. 199.

Sobre los acontecimientos que culminaron en las revueltas de agosto de 1917, además del volumen de SPRIANO, *Torino operaia..., op. cit.*, véase Ezio AVIDGOR, *Il movimento operaio torinese durante la prima guerra mondiale*, en *La città futura*, Milán, 1959.

Sobre el «Club de vida moral», véase la carta de Gramsci a Giuseppe Lombardo Radice en «Rinascita» del 7 de marzo de 1964; Spriano da más noticias al respecto en «Rinascita» del 28 de marzo de 1964.

A propósito de Aron Wizner, el camarada polaco traductor, véase Sergio CAPRIOGLIO, *Un compagno polacco citato da Gramsci*, en «Rinascita», 13 de marzo de 1965.

El juicio de GOBETTI sobre «Il Grido» se encuentra en *La Rivoluzione liberale, op. cit.*

2.7. *La postguerra*

El recuerdo de cuando Velio Spano oyó por primera vez el nombre de Gramsci se encuentra en *Gramsci, op. cit.*

Sobre Gramsci y Lenin, véase P. TOGLIATTI, *Gramsci e il leninismo* en *Studi gramsciani, op. cit.* (Incluido en el volumen *Gramsci*, Roma 1967, pp. 157-182, *Nota del traductor*); también Carlo CICERCHIA, *Rapporto col leninismo e il problema della rivoluzione italiana* en *La città futura, op. cit.*

El juicio polémico de Gramsci sobre los primeros números de «L'Ordine nuovo» se encuentra en *Programa dell'Ordine nuovo*, publicado en «L'Ordine nuovo» el 14 y el 28 de agosto de 1920.

Sobre «L'Ordine nuovo» es de consulta indispensable el ejemplar ensayo de Spriano publicado como introducción a una antología de la revista en la colección de Einaudi «La cultura italiana del '900 attraverso le riviste». También la *Storia dei comunisti torinesi* y *La rivoluzione liberale* de GOBETTI; A. TASCA, *I primi dieci anni... loc. cit.;* Umberto CALOSSO, *Gramsci e «L'Ordine nuovo»*, en «Quaderni di Giustizia e Libertà», agosto de 1933; Felice PLATONE, *Antonio Gramsci e «L'Ordine nuovo»* en *Gramsci, op. cit.*

M. MONTAGNANA cuenta el episodio de Gramsci entre los guardianes de la prisión en *Ricordi di un operaio torinese, op. cit.*

Sobre el congreso socialista de Bolonia en octubre de 1919, véase Franco PEDONE, *Il Partito socialista italiano nei suoi congressi*, Milán, 1963.

Sobre el movimiento de los consejos de fábrica: P. SPRIANO, *Torino operaia,... op. cit.;* P. SPRIANO, la introducción a la antología de «L'Ordine nuovo»:, P. SPRIANO, *L'occupazione delle fabbriche, Settembre 1920*, Turín, 1964; Umberto TERRACINI, *Gramsci e i consigli di fabbrica*, en «Calendario del Popolo», febrero

1955; B. SANTHIÀ, *Con Gramsci all'Ordine nuovo, op. cit.;* P. TOGLIATTI, *Gramsci, capo della classe operaia italiana,* en *Gramsci, op. cit.* (también en *Gramsci,* Roma, 1967, pp. 3-6, *Nota del traductor*); Gaetano ARFÈ, *Storia dell'Avanti!,* Milán-Roma, 1956; M. MONTAGNANA, *Ricordi di un operaio torinese, op. cit.;* Marcella y Maurizio FERRARA, *op. cit.*

El juicio de Lenin sobre el programa de «L'Ordine nuovo» se encuentra en *Sul movimento operaio italiano,* Roma, 1962.

La carta a Zino Zini la publicó «Rinascita» el 25 de abril de 1964.

2.8 *La escisión de Liorna*

Las citas de Lenin y de Serrati se han extraído de *Sul movimento operaio italiano, op. cit.*

Sobre el grupo de educación comunista: B. SANTHIÀ, *Con Gramsci, op. cit.;* Franco FERRI, *La situazione interna della sezione socialista torinese nell'estate del 1920* en «Rinascita», abril de 1958.

Sobre la disputa Gramsci-Bordiga-Serrati: Alberto CARACCIOLO, *Serrati, Bordiga e la polemica gramsciana contro il «blanquismo» o settarismo di partido,* en *La città futura, op. cit.;* Giansiro FERRATA, introducción a *2.000 pagine, op. cit.;* P. SPRIANO, introducción a la antología de «L'Ordine nuovo»; P. TOGLIATTI, introducción a *La formazione del gruppo dirigente del Partito comunista italiano,* Roma, 1962; G. ARFÈ, *Storia dell'Avanti!, op. cit.* La argumentación de Gramsci sobre las «alucinaciones particularistas» se encuentra en *Due rivoluzione,* «L'Ordine nuovo» de 3 de julio de 1920.

La visita de Gramsci a la SPA la cuenta SANTHIÀ en *Con Gramsci... op. cit.*

El testimonio de Tasca sobre la rechazada candidatura de Gramsci, se encuentra en *I primi dieci anni... loc. cit.*

Sobre las jornadas de Liorna: F. PEDONE, *Il Partito socialista italiano nei suoi congressi, op. cit.;* Ottavio PASTORE, *Il congresso di Livorno nei ricordi di un giornalista,* en «L'Unità», 21 de enero de 1949.

De la resistencia a la inclusión de Gramsci en el primer Comité Central del PCI habla TOGLIATTI en la citada introducción a *La formazione del gruppo dirigente, op. cit.* En la página 102 se cita el juicio de Gramsci sobre «la separación de la mayoría del proletariado italiano de la Internacional comunista».

El reproche de Togliatti se encuentra en *La formazione... op. cit.,* p. 213. El comentario de Lenin sobre el congreso de Liorna está en *Sul movimento... op. cit.,* p. 223. La argumentación de Gramsci sobre el estado de necesidad se encuentra en *Contro il pessimismo,* «L'Ordine nuovo» quincenal, 15 de marzo de 1924, reeditado en D. — GOBETTI habla de «inercia» y de «cerebro y actividad agostados» en «La Rivoluzione liberale» del 2 de abril de 1922.

Sobre el viaje de Gramsci a Gardone: Sergio CAPRIOGLIO, *Un mancato incontro Gramsci-D'Annunzio a Gardone nell'aprile 1921,* en «Rivista storica del socialismo», enero-agosto 1962, núm. 15-16.

En cuanto a la polémica sobre el «frente único», véase los fragmentos de Lenin en *Sul movimento... op. cit.;* los párrafos de Togliatti se encuentran en *La formazione,... op. cit.*

La referencia de Gramsci a la «fórmula lapidaria» se encuentra en el informe presentado en el congreso de Lyon, febrero de 1926, publicado por «L'Unità». En las cartas de 1923-24 incluidas en *La formazione... op. cit.,* Gramsci se refiere muchas veces al valor exclusivamente consultivo de las tesis sobre la táctica aprobadas en el congreso de Roma. También se encuentra en estas cartas su juicio sobre Rakosi.

Sobre Gramsci y Viena: Bruno FORTICHIARI, *Ricordo di Gramsci. 1923-Vienna* en «Questioni del movimento operaio», Movimento Operaio, Milán, 1958; Guido ZAMIS, *Gramsci a Vienna nel 1924,* en «Rinascita», 28 de noviembre de 1964. — En «L'Unità» del 16 de febrero de 1964 se publica la carta del 12 de septiembre de 1923 en la que Gramsci sugería el título del periódico y una interesante nota de Leonetti.

Las fuentes sobre la labor de Gramsci para alinear el partido italiano con la política de la Internacional se encuentran en *La formazione... op. cit.* (algunas cartas se reeditan en D.)

Sobre la agresión de que fue objeto Gennaro Gramsci el 18 de diciembre de 1922 en Turín: Mario MONTAGNANA, *Ricordi, op. cit.*

El testimonio de PLATONE sobre la vida de Gramsci en Roma después del regreso de Viena está en *Gramsci, op. cit.* En esta misma obra se encuentra el testimonio de Velio SPAÑO sobre los primeros grupos juveniles de «L'Ordine nuovo» y el testimonio de Giuseppe AMORETTI sobre «L'Unità» y la crisis Matteotti.

El artículo *La crisi italiana* reproduce el informe de Gramsci al Comité Central después de la crisis Matteotti. El informe se publicó el 17 de julio de 1924 en «L'Unità» y el 21 de agosto en «Stato operaio». El artículo fue publicado el prime-

ro de septiembre por «L'Ordine nuovo» quincenal (y reeditado en D.)

Sobre la reunión clandestina de Cagliari: Franco RESTAINO, *Con Gramsci a Is Arenas*, en «Rinascita sarda»; D. ZUCÀRO, *Vita del carcere di Antonio Gramsci*, Milán-Roma, 1954 (en esta obra se publica el informe del coronel de carabineros Valenzuola). Sobre la visita a Ghilarza: Celeste NEGARVILLE, *Gramsci maestro e capo*, en *Gramsci, op. cit.*

2.10 *La dictadura, la detención*

A. TASCA, *Nascita e avvento del fascismo;* Luigi SALVATORELLI y Giovanni MIRA, *Storia d'Italia nel periodo fascista*, Turín, 1956; Franco CATALANO, *L'Italia dalla dittadura alla democrazia*, Milán, 1962.

Sobre la escuela del partido por correspondencia: Rita MONTAGNANA, *La sua grandezza e la sua semplicità*, en *Gramsci, op. cit.*

El discurso de Gramsci en la Cámara de Diputados se publica en D. — La referencia de SPANO se encuentra en *Gramsci, op. cit.* — La profecía de GOBETTI, en «La Rivoluzione liberale» del 22 de abril de 1924.

En *Gramsci, op. cit.*, el testimonio de Giovanni FARINA sobre Gramsci en Milán. — Gramsci y el hijo de Bibolotti: Fidia SASSANO, *Ricordi di Gramsci*, en «Avanti!», 29 de enero de 1961.

Sobre las tesis de Lyon: Marcella y Maurizio FERRARA, *op. cit.* — El juicio de Togliatti sobre las tesis se encuentra en *Il Partito comunista italiano*, Roma, 1961.

Sobre el registro de la habitación de Gramsci: D. ZUCÀRO, *Vita del carcere, op. cit.* (como apéndice se incluye el acta del registro).

La carta de Gramsci al Comité Central del Partido Bolchevique fue publicada por TASCA en «Problemi della rivoluzione italiana», abril 1928; la reeditaron «Corrispondenza socialista» del primero de diciembre de 1958 y «Rinascita» el 30 de mayo de 1964 (con la respuesta de Togliatti). También se incluye en D. junto con una aclaración de Togliatti (en «Rinascita» del 13 de junio de 1964 se publicó una aclaración ulterior de Togliatti).

Sobre la detención: en noviembre de 1926 Camilla Ravera escribió una carta a Togliatti publicada en «Rinascita» el 5 de diciembre de 1964. «Rinascita» publicó el 24 de julio de 1965 otra carta a Togliatti, ésta de Ruggero Grieco.

2.11. *La cárcel*

D. ZUCÀRO, *Vita del carcere.., op. cit.;* Giuseppe CERESA, *In carcere con Gramsci*, en *Gramsci, op. cit.* (es un testimonio fundamental sobre el curso de lecciones políticas organizado por Gramsci en la cárcel después del cambio de orientación de la Internacional); Athos LISA, *Discussioni politiche con Gramsci in carcere*, en «Rinascita», 12 de diciembre de 1964 (es el informe que Lisa escribió para la dirección exterior del PCI a principios de 1933 sobre las conversaciones políticas de Gramsci: lo presenta Franco Ferri); Giovanni LAY, *Colloqui con Gramsci nel carcere di Turi* (el enfrentamiento de Gramsci con algunos camaradas) en «Rinascità», 20 de febrero de 1965. En cuanto a la polémica sobre el «cambio de orientación», véase la antología de «Stato operaio» preparada por F. FERRI para Editori Riuniti. — Gustavo TROMBETTI narra la partida de Gramsci de Turi en *Vita di Antonio Gramsci* de Lombardo RADICE y CARBONE, *op. cit,.* y también en *In cella con la matricola 7047*, «Rinascita» septiembre de 1946 y *Piantone di Gramsci nel carcere di Turi*, «Rinascita», 1 de mayo de 1965; Giovanni FARINA, *Gramsci come l'ho conosciuto* (los días de Regina Coeli, después del proceso) en *Gramsci, op. cit.;* Mario GARUGLIERI, *Ricordo di Gramsci* en «Società», núm. 7-8, 1946 (contiene muchas inexactitudes). Aurelio FONTANA, *Cinque aneddoti della vita carcelaria di Antonio Gramsci*, en «Rinascita», marzo de 1952. Sobre las lecturas de Gramsci en la cárcel: Giuseppe CARBONE, *I libri del carcere di Antonio Gramsci* en «Movimento operaio», julio-agosto 1952. — Las actas del proceso se publican en Domenico ZUCÀRO, *Il processone*, Roma, 1961: un texto fundamental.

Para las referencias biográficas suministradas por Gramsci en las cartas remitimos a D. (cartas del período 1912-1926) y a *Lettere dal carcere*, NUE, ya citada. Teresina Gramsci conserva algunas otras cartas inéditas; Mimma Quercioli Paulesu posee una. He podido consultar otras cartas inéditas en el Instituto Gramsci.

Indice